

OSCAR SECCO ELLAURI ✧ PEDRO DANIEL BARIDON

Profesores de enseñanza secundaria

HISTORIA UNIVERSAL

G R E C I A

Adaptado a los programas vigentes de segundo
año de Bachillerato y Magisterio.

SEGUNDA EDICIÓN

EDITORIAL KAPELUSZ & Cía.

MORENO 372 ✧ BUENOS AIRES

DE LOS MISMOS AUTORES

HISTORIA UNIVERSAL

- I.—Oriente.
- III.—Roma.
- IV.—Edad Media.
- V.—Época Moderna.
- VI.—Época contemporánea.

Aprobado por el Ministerio de
Justicia e Instrucción Pública.

Todos los derechos reservados por (Copyright, 1939, by).
EDITORIAL KAPELUSZ Y Cía. — Buenos Aires.
Hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Impreso en la Argentina. (Printed in Argentine).

Publicado en junio de 1939.

Segunda edición, abril 1942; segunda edición, primera
reimpresión, julio 1942; segunda reimpresión, julio 1942;
tercera reimpresión, enero 1943; cuarta reimpresión,
marzo 1943; quinta reimpresión, enero de 1944; sexta
de 1945; octava reimpresión, marzo de 1946; novena
reimpresión, enero de 1947.

*A Daniel Castellanos,
maestro y amigo.*

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

INTRODUCCIÓN

Las más antiguas civilizaciones conocidas surgieron en Egipto y Mesopotamia. Desde el IV milenario a. C. los habitantes de esas regiones conocían ya el empleo de los metales (cobre y bronce), habían inventado sistemas de escritura, formado Estados bien organizados y en todo sentido habían superado el nivel de vida de las tribus de la época neolítica.

La civilización de Egipto y Mesopotamia se fué extendiendo gradualmente por las comarcas del Cercano Oriente, de donde pasó también a las islas del mar Egeo, y a la península de Grecia, que limita este mar por el Oeste. En este pequeño sector de tierras del continente europeo, la cultura de los pueblos orientales ejerció una gran influencia y contribuyó al florecimiento de una brillante civilización, la más antigua de Europa, a la que se designa con el nombre de *civilización egea* en mérito al área geográfica que abarcó (costas e islas del mar Egeo).

Esta civilización llegó a su máximo esplendor a mediados del II milenario a. C., pero su desarrollo fué interrumpido por las invasiones de pueblos de origen indoeuropeo, procedentes del norte, que conquistaron toda la cuenca del Egeo. Dicha conquista fué realizada lentamente durante los últimos siglos del II milenario. En ella intervinieron diferentes grupos de tribus: aqueos, jonios, eolios, dorios, pero a todos esos invasores se les llama genéricamente *griegos* o *helenos*.

A consecuencia de esas invasiones se produjo un sensible retroceso cultural. Hubo un verdadero eclipse de la civilización egea. Pero luego los griegos, a su vez, supieron elaborar una maravillosa civilización, cuya plenitud y originalidad los presenta como uno de los pueblos más inteligentes y más finos de la historia.

El surgimiento de la civilización griega se produjo entre los siglos IX y V a. C., es decir, durante la misma época en que se formaban sucesivamente en el Cercano Oriente los grandes imperios, de los asirios, primero, y de los persas, después.

Los persas, que en el siglo V dominaban todo el Cercano Oriente, quisieron conquistar a Grecia. La empresa parecía fácil, pues los griegos no formaban un solo Estado, sino que vivían separados en distintas ciudades totalmente independientes entre sí y, a menudo, en lucha unas con otras. Sin embargo, frente al enemigo común, las principales ciudades griegas unieron sus fuerzas y consiguieron derrotar al poderoso imperio asiático. Un siglo más tarde de esas luchas, llamadas las guerras médicas, los griegos, dirigidos por un gran caudillo militar, Alejandro de Macedonia, conquistaron el imperio persa (336-323 a. C.).

El enorme Estado forjado por las victorias de Alejandro no sobrevivió a la desaparición de su creador. A la muerte de éste, las ciudades griegas readquirieron su independencia y en las regiones ocupadas por el antiguo imperio persa se formaron distintos reinos. *Pero el resultado perdurable de las conquistas de Alejandro fué la extensión de la civilización griega por Oriente hasta las márgenes del río Indo.*

Contemporáneamente a estos sucesos había ido creciendo en Italia el poder de un nuevo Estado: Roma, que en esta época (siglo II a. C.) dominaba ya la cuenca del Mediterráneo Occidental. En el correr de los dos siglos siguientes, los Estados surgidos del desmembramiento del imperio de Alejandro fueron sometidos por Roma¹, que con estas conquistas realizó la unidad política del mundo antiguo.

La dominación romana no significó el ocaso de la cultura griega. Roma, victoriosa por las armas, fué conquistada por la civilización de los vencidos, y de este modo, a través del imperio romano, el legado cultural de Grecia fué transmitido a la Europa de Occidente.

¹ Grecia fué convertida en provincia romana en el año 146 a. C.

CAPÍTULO I

EL MUNDO EGEO

Su extensión.—El mar Egeo es un amplísimo golfo formado por el Mediterráneo entre tierras de Europa y Asia. Por un lado Europa desprende hacia el sur la península de Grecia, prolongación meridional de la península balcánica; por el otro, el continente asiático lanza hacia el oeste la península de Asia Menor. Entre ambas está contenido el mar Egeo, llamado también mar Archipiélago por la gran cantidad de islas que contiene.

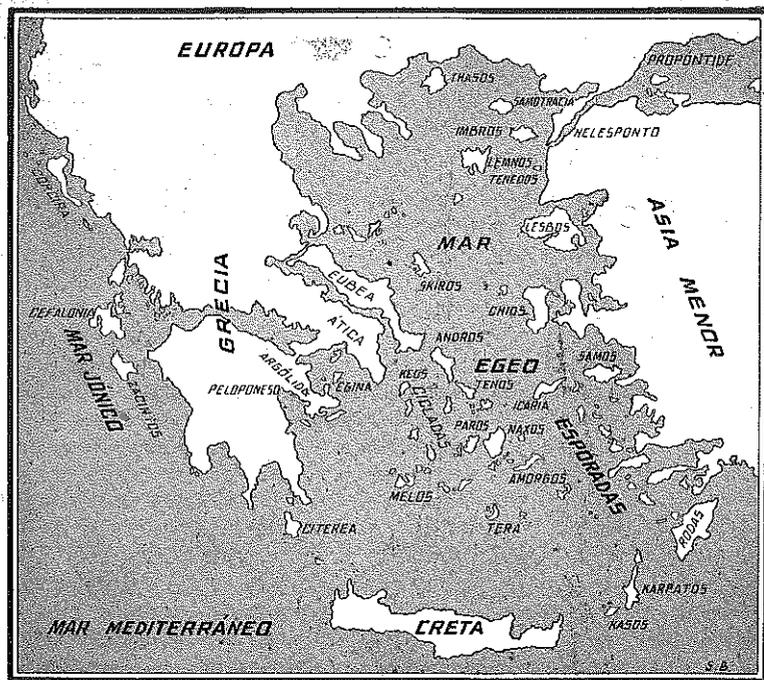
La abundancia de islas y la irregularidad de las costas que las aguas recortan sinuosamente multiplicando las bahías y los cabos, dan a la zona del Egeo una especial fisonomía caracterizada por la mezcla íntima de la tierra y el mar.

Las islas continúan las salientes de las costas y se extienden entre las riberas como si fueran los pilares gigantes de un inmenso puente tendido por la naturaleza entre Grecia y el Asia.

Así, por ejemplo, la pequeña península griega del Ática y la isla de Eubea, que por el norte corre paralelamente a ella, se prolongan en un grupo de islas: Andros, Tenos, Delos, Naxos, Paros (famosa por sus mármoles), Melos, etcétera, llamadas las *Cícladas*. Este nombre de *Cícladas* en idioma griego significa "en círculo", y, en efecto, están circularmente agrupadas como un collar que rodeara la isleta de Delos. Vecinas de las *Cícladas*, por el este, están las *Esporadas*¹, que se desparraman junto a la costa de Asia Menor y completan así un puente entre las dos riberas opuestas. Esta cadena insular que cruza el mar Egeo de este a oeste lo divide en dos sectores: el sector septentrional, también sembrado de numerosas islas, como las de Thasos, Samotracia, Imbros, Lemnos, Lesbos, que comunica con el mar de

¹ *Esporadas* proviene del griego *sporos*, disperso, desparramado.

Mármara y el mar Negro a través de los estrechos del Helesponto (actualmente llamado de los Dardanelos) y del Bósforo; el sector meridional, en el que otro cordón de islas: Citera, Creta, Kasos, Karpatos, Rodas, se extiende de costa a costa y separa las aguas del Mediterráneo de las del Egeo propiamente dicho.



LA CUENCA DEL MAR EGEO.

Creta es la más importante de estas islas, y con sus 3.500 km² de superficie, la más grande de todo el mar Egeo. Sus fértiles valles, sus radas espaciosas y la ventaja estratégica de su proximidad con la costa fenicia y el delta del Nilo hicieron de ella uno de los primeros centros de civilización en el Egeo.

La abundancia de islas fué un estímulo para el tráfico marítimo, pues el navegante podía hacer la travesía del Egeo sin

perder de vista la tierra protectora. En cambio, en el interior de la península griega, las montañas obstaculizan la vida de relación. Pero si las montañas separan, el mar une. El mar ofrecía sus "húmedos caminos"¹ para unir fácilmente los puntos más extremos de las costas. Por eso, Grecia estuvo más cerca del Asia Menor que de la parte montañosa de la Europa balcánica, y por eso se desarrolló desde muy antiguo en el Egeo un activo intercambio comercial, gracias al cual un mismo tipo de cultura se propagó por las regiones ribereñas del Archipiélago.

Esas regiones de las que es centro el mar Egeo están situadas en la zona templada; disfrutaban de un clima suave y seco, estimulante de la actividad humana y favorable para la vida al aire libre. No puede decirse que sean tierras extraordinariamente fértiles, pero en ellas se dan con facilidad el trigo, la vid y el olivo, que fueron siempre en Grecia cultivos de primordial importancia.

Una serie de ventajas beneficiaban, pues, a las regiones de la cuenca del Egeo. La suavidad de su clima, los recursos de su suelo y sobre todo su posición de encrucijada entre tres continentes (Asia, África y Europa) hacen de ella un centro geográfico propicio al desarrollo de la civilización, como lo fueron el valle del Nilo y la Mesopotamia en el Cercano Oriente.

En esta región florecieron, sucesivamente, dos civilizaciones:

1º La civilización egea (III y II milenario a. C.).

2º La civilización griega (I milenario a. C.).

PERÍODOS DE LA CIVILIZACIÓN EGEO

Generalidades.—Los primitivos pobladores de la zona egea no tenían ningún parentesco racial con los griegos, conquistadores de origen indoeuropeo que más adelante habrían de establecerse en esa región. Por su aspecto físico, —bajos, robustos, de piel morena—, los egeos parecen haber pertenecido al grupo de pueblos que, desde época remotísima, poblaron las riberas del Mediterráneo y cuyo tipo todavía se perpetúa en algunos puntos del sur de Italia y España.

Después de una larga etapa de vida neolítica, de la que los arqueólogos han hallado abundantes rastros, el uso de los metales empezó a difundirse en el Egeo durante el curso del III milena-

¹ Expresión del antiguo poeta griego Homero.

rio a. C. El empleo del cobre parece remontarse al año 3.000 a. C. En cuanto al bronce, recién se le empezó a utilizar seiscientos o setecientos años más tarde¹.

Los egeos, trabajadores expertos del bronce y muy hábiles en el arte de la alfarería, desarrollaron una industria floreciente y fueron adelantando a grandes pasos en la vida civilizada. La mejor expresión de sus progresos la constituye la invención de un sistema propio de escritura que, desgraciadamente, no ha podido aún ser descifrada.



De Ch. Webster.

ESCRITURA CRETENSE.

Es una escritura ejecutada sobre una tableta de arcilla, al estilo mesopotámico. La escritura cretense no ha podido aún ser descifrada.

Schliemann, hombre de origen humilde, enriquecido en el comercio, tenía un interés apasionado por la historia y la literatura de los griegos. Sus libros de lectura favoritos eran *La Ilíada* y *La Odisea*, obras del poeta heleno Homero, quien cantaba en ellas las aventuras de los héroes de su raza, sus luchas con los troyanos y la destrucción de Troya por los guerreros griegos.

Se suponía que esos relatos eran pura ficción poética, sin base alguna en la realidad. Schliemann, en cambio, los creyó verdaderos y se propuso, con entusiasmo, hallar el emplazamiento de Troya. En el año 1870 inició trabajos de excavaciones en la colina de Hissarlik, situada próxima a la costa asiática de Helesponto, donde, según la versión homérica, se había levantado la legendaria ciudad. El resultado fué óptimo. Restos de murallas y castillos fueron surgiendo ante las piquetas de los obreros excavadores, y el estudio de esos restos reveló que correspondían

¹ La época del bronce en el mundo egeo se inicia, pues, más tarde que en el Cercano Oriente.



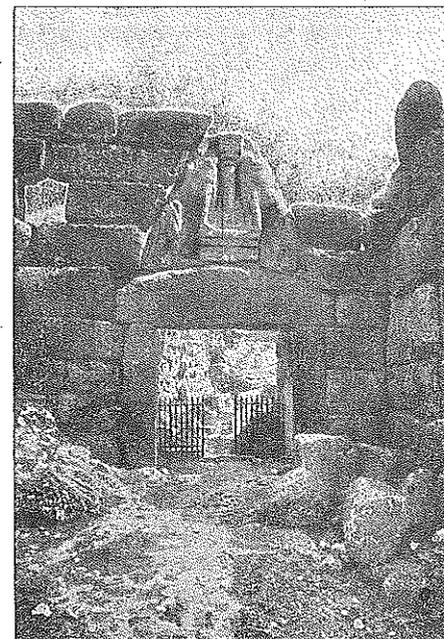
De Ch. Webster.

EMPLAZAMIENTO DE TROYA

Este es el lugar donde Schliemann inició sus excavaciones. Dentro del montículo se hallan las ruinas de nueve ciudades diferentes, la primera de las cuales corresponde a la época neolítica, la novena a la época romana. Los tesoros descubiertos por Schliemann estaban en las ruinas de la segunda ciudad que aquél creyó ser la Troya conquistada por los héroes griegos. Posteriores excavaciones demostraron el error de esta opinión. La Troya homérica era la sexta ciudad, y no la segunda, que fué anterior, por lo menos en 800 años, a la Troya mencionada por el poeta griego.

no a una ciudad, sino a varias, cada una de las cuales había sido edificada sobre las ruinas de la anterior. En una de ellas, que conservaba claras señales de haber sido destruída por el fuego, Schliemann creyó reconocer la Troya homérica, la que fué saqueada y quemada por los griegos.

Encontró entre los restos calcinados un espléndido tesoro en joyas y objetos de todas clases: 2 diademas de oro; 12.271 sortijas; 4.066 plaquitas en forma de corazón; 24 collares; 16 ídolos; pendientes, broches, agujas; una gran copa de oro de 600 gramos de peso. En total, unas 8.700 piezas de oro y



De C. Braun.

PUERTA DE LOS LEONES (Mycenas).

algunas otras más de plata.

Nuevas excavaciones dirigidas también por Schliemann y realizadas en Micenas (1876) y Tirinto (1884), pusieron en descubierto las ruinas de estas otras ciudades, tan antiguas como Troya. La ciudad de Micenas, sobre todo, por las enormes murallas de piedra que la rodeaban, y por la magnificencia de su palacio real, impresionó de tal modo a Schliemann, que dió el nombre de *miceniana* a la civilización cuya existencia empezaba a revelarse con estos trabajos.

Pocos años más tarde (1900), Arturo Evans descubrió la sede de la ciudad cretense de Knossos, cuya riqueza expresaba claramente el importantísimo papel desempeñado por la isla de Creta en la época pre-griega.



D. R. Dussaud,

PUÑAL MICENIANO.

Sobre la hoja de bronce de este puñal está esculpida, en oro y plata, una escena que representa a un león devorando a su víctima.

habían sido el primer pueblo culto de la cuenca del Egeo, sino que muchos siglos antes de ellos (3000 a 1200 a. C.) había florecido ya en esa región una brillante civilización correspondiente a la época del Bronce. En la evolución de esta civilización pueden distinguirse dos periodos 1) Período cretense o de la civilización llamada minoica; 2) Período de Micenas, Tirinto y Troya, o de la civilización llamada creto micénica.

Creta.—La civilización cuyos vestigios halló Evans, en la isla de Creta, parece haber sido la más antigua del mar Egeo. Su esplendor data posiblemente de principios del II milenario a. C., y corresponde a la época del bronce. A juzgar por la magnificencia de sus palacios, la isla de Creta debió ser en ese momento, el centro político y cultural más importante del mar Egeo. Los marinos cretenses comerciaban activamente con las islas vecinas y las costas de Grecia y el Asia Menor. Favorecidos por los vientos etesios que soplan suavemente hacia el sur, sus barcos podían alcanzar en tres días de navegación el delta del Nilo, y así se estableció un tráfico intenso con el Egipto cuya cultura,

por supuesto, influyó notablemente sobre los cretenses.

Importantes ciudades se formaron en la isla: en la costa norte, *Knossos*, la ciudad capital donde residían los reyes de Creta, que llevaban el título de Minos; en el sur, *Faestos*, otro punto de residencia real o quizá la capital de otro pequeño reino.

Esta civilización cuyo centro fué la isla de Creta, es llamada cretense o minoica. Dicho nombre le fué adjudicado por Evans, quien la llamó así, en razón de los Minos o reyes de Knossos.

El poderío de Creta alcanzó su apogeo entre los años 1600 a 1400 a. C., pero, a partir de esta época, se produjeron en el mundo egeo grandes cambios, debidos a la aparición en Grecia de los primeros invasores indoeuropeos. El grupo más importante de estos emigrantes del norte, procedentes de las llanuras de la Europa Oriental, fué el de los Aqueos. El desplazamiento hacia el sur de los Aqueos, perturbó la situación imperante hasta entonces en el Egeo. En efecto, a consecuencia de guerras cuyos detalles ignoramos, Knossos fué quemada y Creta perdió su categoría de región preponderante. Nuevas ciudades ubicadas en las costas de Grecia y Asia Menor recogieron la herencia del poderío cretense. Las principales fueron *Micenas, Tirinto y Troya.*

Micenas, Tirinto y Troya.—Micenas, situada en la península de Argólida, estaba rodeada de sólidas murallas formadas de bloques de piedras tan grandes que los griegos, más tarde, atribuyeron su construcción a unos seres fabulosos de fuerza extraordinaria llamados cíclopes. Tirinto quedaba un poco más al sur de Micenas, próxima al mar.

En cambio, Troya estaba situada al otro lado del Egeo, en la costa de Asia Menor, cerca del Helesponto, en una inmejorable posición para dominar la ruta de los estrechos que conducen al mar Negro.

Estas tres ciudades fueron, precisamente, aquellas cuyas ruinas hallara Schliemann. Posiblemente, las dos primeras estuvieron pobladas por aqueos, no así Troya, donde se mantuvo la población aborígen. Esto explicaría las luchas de Micenas y Tirinto contra la ciudad asiática, ocurridas probablemente en ésta época y cuyo recuerdo, conservado por la tradición, inspiró más adelante los relatos legendarios y poéticos de Homero.

Las excavaciones de Schliemann comprueban, en las tres ciudades, un tipo común de civilización parecido a la minoica, lo que indicaría que, si bien los aqueos destruyeron el poderío cre-

tense, asimilaron los elementos esenciales de la civilización de Knossos. Suele llamarse a esta civilización, creto-micénica, o simplemente miceniana, porque Micenas parece haber sido el centro urbano más importante de este nuevo período.

El período de la civilización cretomicénica abarca aproximadamente doscientos años, desde el 1.400 a. C., en que Knossos perdiera su anterior poderío, hasta el 1.200, en que la invasión de los dorios, nueva tribu indoeuropea, provocó la decadencia de Micenas, Tirinto y Troya.

La invasión doria; sus consecuencias.—Los nuevos invasores provenían del norte, de las regiones que se extienden más allá de los Balkanes y del mar Negro. Eran de origen indoeuropeo y, por lo tanto, de la misma raza que aquellos otros pueblos que también durante el II milenario a. C. conmovieron con sus ataques a los Estados del Cercano Oriente, y algunos de los cuales alcanzaron a establecerse en la India¹. Eran también los dorios del mismo origen que los aqueos, pero, a diferencia de éstos, civilizados ya por una larga estada en las tierras del sur, mantenían toda la rusticidad y la fiereza de las tribus pastoriles. En el siglo XI a. C. los guerreros dorios, armados de largas espadas de hierro, penetraron en Grecia y conquistaron el Peloponeso². Micenas y Tirinto fueron saqueadas y destruídas por el fuego. De la península, algunas bandas dorias pasaron a las islas, principalmente a Creta y Rodas, y llegaron hasta las costas del Asia Menor.

Estas invasiones transformaron totalmente las condiciones de vida en la cuenca del Egeo. Las guerras y luchas continuadas destruyeron la civilización existente y reiniciaron un período de barbarie. Las artes decayeron y el comercio quedó paralizado.

La escritura también desapareció con las invasiones. Los signos cretenses no se usaron más y en las nuevas generaciones se borró el recuerdo de los acontecimientos del pasado, o sobrevivió en relatos legendarios cada vez más alejados de la realidad. A los grandes cambios culturales producidos por la invasión doria debe agregarse otro importante en el orden material: la introducción del hierro. Los dorios lo conocían ya y es probable que sus éxitos militares se expliquen por la supe-

¹ Véase *Oriente*, de esta colección.

² Se llama Peloponeso a la península situada al sur de Grecia y conocida también con el nombre de Morea.

rioridad de las armas de hierro sobre las de bronce, cuyo uso difundieron en la Hélade.

La llegada de los dorios marca, pues: 1º) el fin de la época del bronce en el mundo egeo y el advenimiento de la edad de hierro; 2º) el eclipse de la civilización cretomicénica y el comienzo de un período de confusión y de barbarie.

- 1) civilización cretense o micénica
- 2) micénica (aqueos)
- 3) Dorios

CAPÍTULO II

LAS CIVILIZACIONES DEL MUNDO EGEO

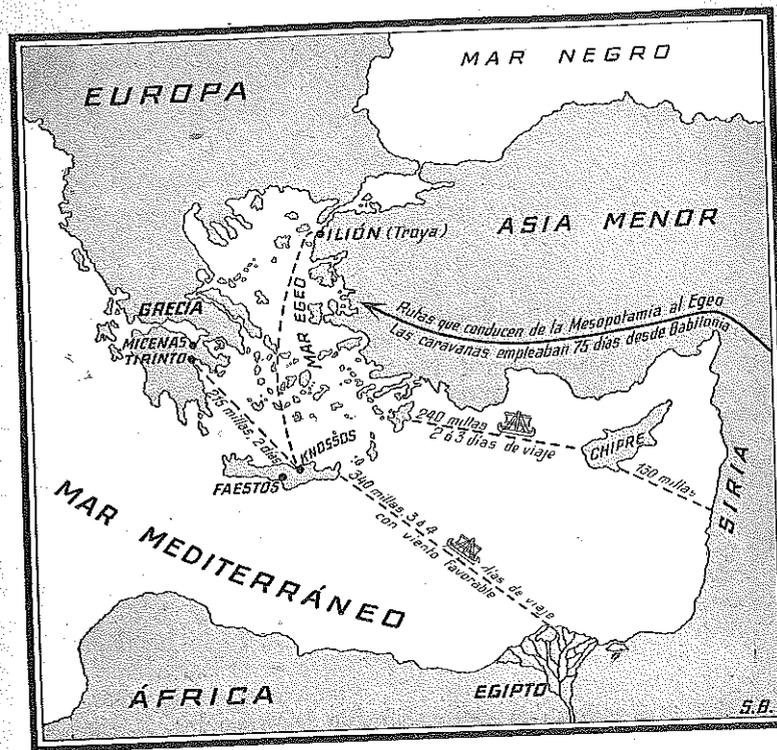
La civilización minoica y la cretomicénica.—Las mencionadas ciudades del Egeo fueron centros cuya dominación no pasó de las tierras inmediatamente vecinas. Así, aun Micenas, Tirinto y Troya, fueron en la época aquea pequeños estados independientes y no partes integrantes, de un imperio. Cada una de estas ciudades, como Knossos en el período anterior, estaban regidas por un rey, quien gobernaba con un consejo y con el apoyo de los nobles.

La civilización minoica, que alcanzó su apogeo en los tiempos del esplendor de Knossos, decayó como consecuencia de las invasiones aqueas; éstos dominaron entonces, pero no hubo sustitución de culturas: la civilización micénica, en lo fundamental, imitó a la cretense o minoica, por lo que se le llama cretomicénica. Los rudos guerreros aqueos, destructores de Knossos, asimilaron y adaptaron la civilización de los vencidos.

Si el mundo Egeo careció de unidad política, tuvo en cambio, unidad cultural. Esa civilización, como la de los fenicios en Oriente, fué esencialmente industrial y mercantil. A diferencia de los grandes estados territoriales de Egipto y Mesopotamia, cuya principal fuente de riqueza fué la tierra, las ciudades del Egeo se enriquecieron gracias al comercio marítimo y al trabajo industrial.

En la época cretense, la navegación había adquirido ya un notable desarrollo. Los marinos de Knossos cruzaban el mar en

todas direcciones y llevaban hasta los puertos orientales los productos de la industria insular, especialmente objetos de bronce y cerámicas de brillante colorido. Los egeos fueron, pues, los primeros grandes navegantes de la antigüedad.



RELACIONES DE LA CUENCA EGEOA CON EL CERCANO ORIENTE.

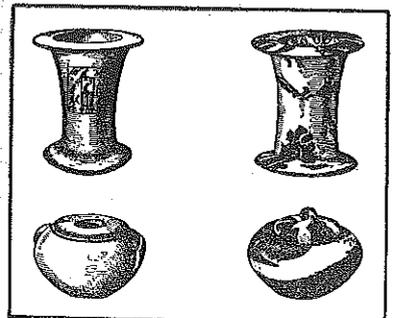
El comercio contribuyó a difundir un mismo tipo de vida en el mar Egeo y en ese sentido, puede decirse que la civilización mercantil egea fué hija del mar. Por el mar le llegaron las influencias poderosas de las dos grandes culturas orientales, egipcia y babilónica; la egipcia, a través del Mediterráneo; la babilónica de modo más directo, a través de los hititas que ocupa-

ban el Asia Menor y que, habiendo asimilado la civilización de Mesopotamia, pusieron a ésta en contacto con el mundo egeo.

Posiblemente, esas relaciones con Oriente fueron la causa del surgimiento de la civilización egea; pero ésta no fué imitadora servil de Egipto y Mesopotamia: modificó las enseñanzas recibidas, alcanzando a ser, en muchos aspectos, profundamente original, especialmente en el arte.

El arte.—Los egeos tuvieron una gran habilidad para el trabajo artístico de los metales. Hicieron muy finas joyas, y especialmente triunfaron en la ejecución de objetos de bronce y de oro esculpidos en relieve, que demuestran una maestría extraordinaria.

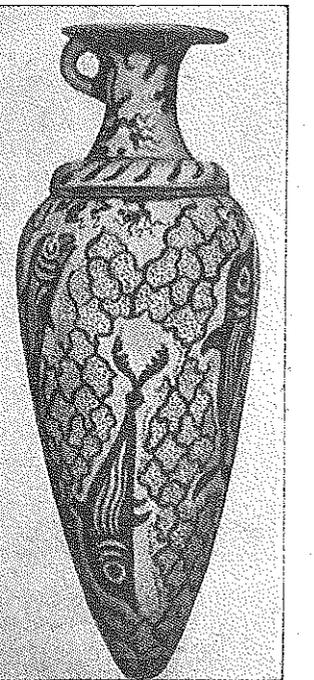
La más acabada expresión del temperamento artístico de los pueblos del Egeo fué la *cerámica*, nacida por imitación de la egipcia, cuyos modelos de vasos de arcilla copiaron, al principio, sin modificar mayormente. En poco tiempo superaron ampliamente a sus maestros del Egipto y alcanzaron, en esta industria de



De R. Flenley.

CERÁMICA EGIPCIA Y CRETENSE.

El parecido de los ejemplares cretenses (derecha) con los egipcios (izquierda), revela la influencia que Egipto ejerció sobre el arte cretense, por lo menos en su origen.



De J. H. Breasted.
CERÁMICA DE KNOSSOS.



De J. H. Breasted.
CERÁMICA DE KNOSSOS.

Los colores más usados, eran el amarillo, rosado, rojo, pardo, naranja y blanco, que sabían combinar armoniosamente y a los que daban brillantez vistiéndolos de una capa de barniz.



De R. Lockwood.
COPA MICENIANA.

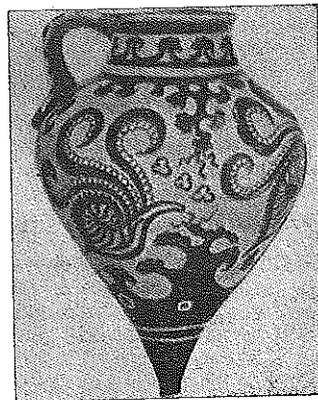
Este ejemplar, de una admirable delicadeza, revela cómo se continuó en Micenas la tradición artística de la cerámica de Knossos.

la alfarería, un grado de perfección admirable.

Los ejemplares encontrados en Knossos, que corresponden al período de esplendor de esta ciudad, revelan un gran dominio de la forma y un fino sentido del color.

En las vasijas, ánforas y copas los artistas gustaban representar, sobre todo, motivos marinos: peces, pulpos, algas, caracoles y estrellas de mar, que en vivos colores se destacaban del fondo de los vasos.

Los colores más usados, eran el amarillo, rosado, rojo, pardo, naranja y blanco,



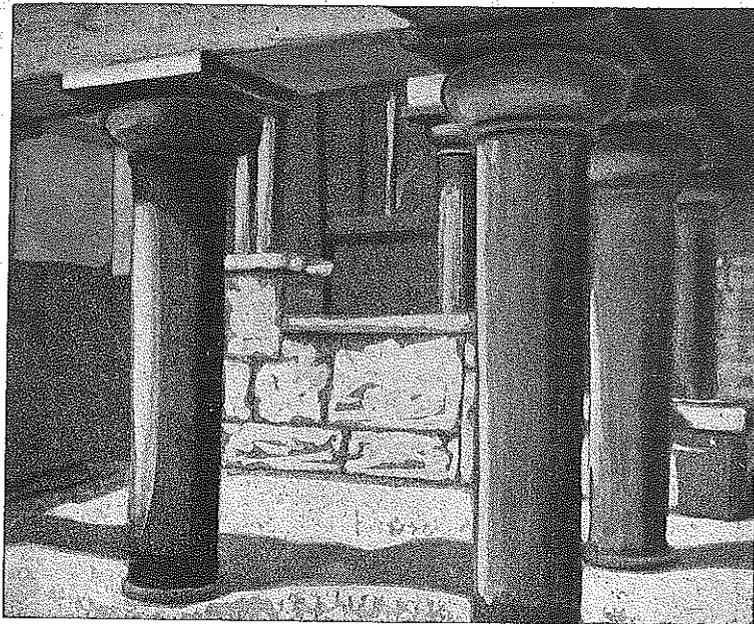
De J. H. Breasted.
CERÁMICA DE KNOSSOS.

En las islas y costas del Egeo se han encontrado innumerables muestras de cerámica de parecido estilo al de los hermosos ejemplares de Knossos. Hay que suponer, pues, o que provenían de los mercados de Creta, o que fueron obra

de talleres locales fuertemente influidos por los modelos cretenses.

Eclipsado el poder de Knossos, la supremacía artística pasó a Micenas, que se convirtió en el centro más activo de producción cerámica, aunque sin variar, en lo fundamental, los gustos y los motivos de adorno que los talleres de Creta habían difundido.

La industria artística de la cerámica no desapareció con las invasiones que provocaron el naufragio de la civilización egea. Los griegos la heredaron de sus antecesores y, como se verá más



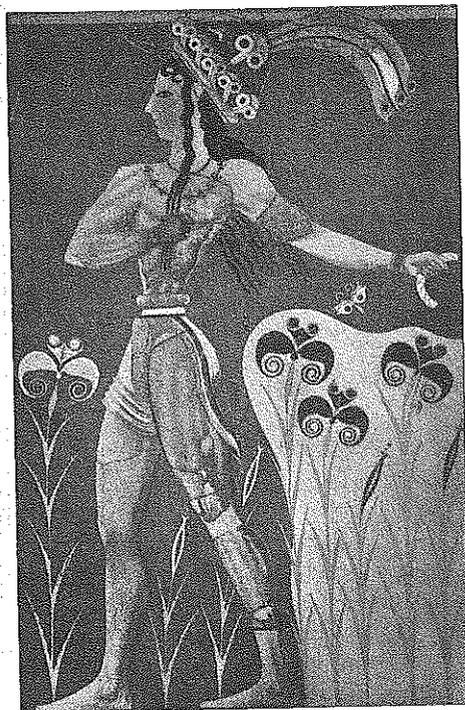
De Ch. Terrasse.
COLUMNAS DEL VESTÍBULO DEL PALACIO DE KNOSSOS.

adelante, supieron llevarla también a un magnífico grado de perfección.

La arquitectura.—Las ruinas de Knossos y de Faestos revelan el gran desarrollo alcanzado por aquellas antiguas ciudades cretenses. Numerosas casas tenían hasta dos y tres pisos

y su lujo interior evidenciaba la riqueza de sus propietarios. Generalmente la distribución era en todas ellas la misma: un núcleo de piezas que daban a un gran patio.

La mansión del rey estaba también ubicada dentro de la ciudad y no en lugar apartado de ella como en Egipto o Mesopotamia. El plan constructivo, si bien realizado en mayor escala, era idéntico al de las residencias particulares, es decir, las piezas se agrupaban alrededor de patios centrales. Tal era



De Ch. Terrasse.

REY CRETENSE.

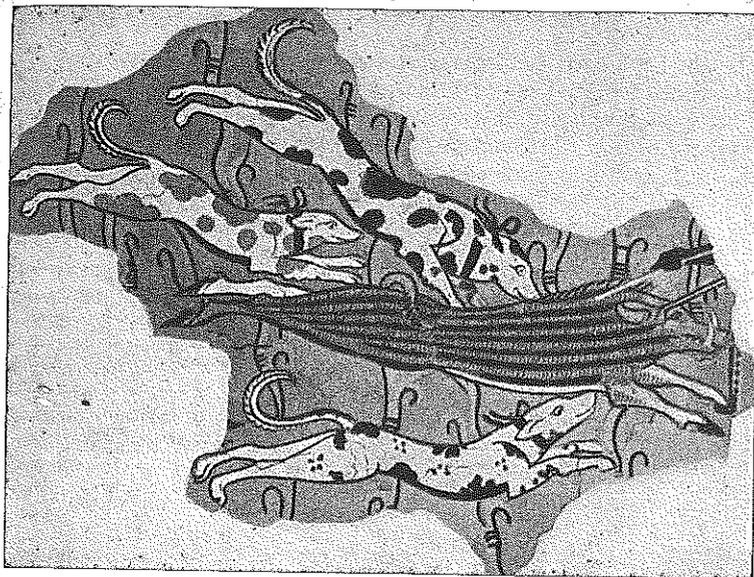
Relieve en estuco pintado, del palacio de Knossos.

escenas de la vida diaria, fiestas, cacerías, ceremonias de culto, y en todas ellas las figuras aparecen llenas de movimiento y de

acción, animadas de gran naturalidad y sin la rigidez que caracterizó a la pintura egipcia, pese a haberse inspirado en ella los artistas cretenses.

La arquitectura del período cretomicénico presenta algunas diferencias apreciables con la de la época minoica.

En primer término, en el aspecto general de los palacios reales, que aparecen rodeados de sólidas murallas de piedra y con-



CAZA DEL JABALÍ.

De Ch. Terrasse.

Pintura mural del palacio de Knossos.

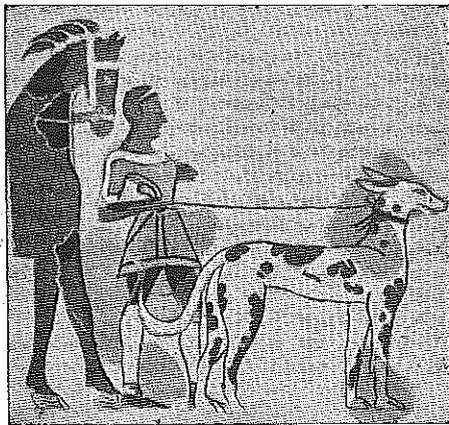
vertidos en verdaderas fortalezas militares. En segundo lugar, en el techado de las casas, que ya no es plano, de azotea, como en Creta, sino a dos aguas o en doble pendiente. Posiblemente, esta nueva forma de techo fué difundida en el mundo egeo por los invasores del norte, que provenían de regiones de clima lluvioso y acostumbraban techar sus chozas de ese modo para facilitar el deslizamiento de la nieve y las aguas pluviales. Esta será la forma característica de techado que más tarde habría de emplear la arquitectura griega.

Vida y costumbres.—Las pinturas murales que adornan los palacios de los reyes nos evocan muchos pasajes interesantes de la vida egea, sobre todo en lo que concierne a las diversiones.

Así, el deporte real por excelencia era la caza del jabalí; el rey y los nobles salían en sus carros precedidos por los servidores que llevaban los mastines amaestrados para la peligrosa cacería, y uno de los frescos de Knossos muestra vívidamente el momento en que los perros acosan a dentelladas a la bestia perseguida.

En las fiestas públicas gustaban los egeos contemplar espectáculos violentos. Uno de ellos era la lucha, en la que los competidores, con los puños protegidos con una armazón de paja, podían golpear libremente a su adversario. Otro espectáculo mucho más excitante para el público, pero terrible a veces para los que en él intervenían, era una especie de corrida de toros, en las que el lidiador debía tomar por los cuernos al animal que

lo embestia y dar un salto por encima de su cabeza. Seguramente esta curiosa lidia tenía cierto sentido religioso, pues el toro era considerado como animal divino, y es muy posible que estas "corridas" hayan dado origen a la posterior leyenda griega de que había existido en Creta un animal fabuloso con cuerpo de hombre y cabeza de toro, llamado el Minotauro, al que los reyes entregaban jóvenes y doncellas para ser devorados.



De Ch. Webster.

CAZADOR CON SU PERRO.

Pintura mural del palacio de Tirinto.

El feudalismo aqueo.—Los aqueos, como ya se ha establecido, no lograron crear un estado único sometido a la autoridad de un mismo jefe. La civilización aquea careció, pues, de unidad política. Surgieron así príncipes regionales independientes y a

menudo rivales, que lucharon con frecuencia entre sí, contribuyendo a la decadencia del poder aqueo y a su dominación por los nuevos pueblos indoeuropeos. Estos jefes locales disfrutaron de completa autoridad dentro de sus dominios cuya vida social, política y económica regularon en sus detalles, como puede verse en las obras de Homero. Algunos historiadores han hallado cierta semejanza entre este sistema de organización política de los aqueos y el que, en el período llamado de la Edad media o feudal, se practicó en el occidente europeo, y por ello, hablan del feudalismo aqueo.

La edad heroica. Homero y los poemas homéricos: la Iliada y la Odisea.—La invasión de los dorios provocó —como ya se ha establecido— la desaparición de la brillante civilización cretomicénica, y hasta la escritura de los egeos cayó en desuso. Quedó sin embargo, el recuerdo transmitido de generación en generación de algunos acontecimientos importantes de la época micénica, como las luchas de los guerreros de Micenas contra los habitantes de Troya. Con el correr del tiempo, la tradición deformó cada vez más aquellos hechos engendrándose así pintorescas leyendas en que la fantasía predominó sobre la realidad. Después de las invasiones, esos relatos legendarios constituyeron el tema preferido de una naciente poesía popular. En efecto, cantores populares llamados "aedos" dieron forma poética a dichos relatos, que recitaban en las fiestas acompañándose con la música de la cítara. Gradualmente, esos cantos se fueron integrando con verdaderos poemas. Así, entre los siglos X y VIII a C. se formaron dos grandes colecciones de poemas: uno, llamado *la Iliada*, que contiene el relato de la destrucción de Ilión (Troya) por los griegos; otro, llamado *Odisea*, que cuenta las aventuras que acaecieron a un héroe griego, Ulises u Odiseo, a su regreso de la guerra de Troya. Además de estos héroes existían otros, de muchos de los cuales Homero se ha ocupado. Estos héroes prestan a la época un brillo singular, poco terrenal, por lo que se la llama *la edad heroica*.

Estos poemas se conservaron al principio por tradición verbal. Más tarde, cuando los griegos aprendieron de los fenicios el uso del alfabeto, los escribieron y así han podido llegar hasta nosotros.

Los griegos atribuyeron la creación poética de la *Iliada* y la *Odisea* a un solo aedo llamado Homero, originario de Jonia, en el Asia Menor. A pesar del valor tradicional de esta creencia, las sensibles diferencias de estilo de los dos poemas, y aun de distintas partes de cada uno de ellos, inducen a suponer que no fueron creados por un solo autor, sino que resultaron del agregado de cantos diversos creados por distintos aedos.

Los poemas homéricos compuestos entre los siglos X y VIII a. C., relatan sucesos de la época miceniana. La guerra de Troya fué, en efecto, un episodio que parece corresponder a las luchas efectuadas por los aqueos para conquistar las tierras de la ribera asiática del Egeo. Pero Homero mezcló los vagos recuerdos que la tradición verbal mantenía de las costumbres micenianas, con las propias costumbres de los griegos de su época.

De modo que los poemas homéricos contienen en sustancia:

- a) relatos legendarios de hazañas de héroes griegos;
- b) tradiciones, en parte exactas, confirmadas por las excavaciones, sobre las costumbres de la época miceniana;
- c) cuadros descriptivos de la civilización y de las costumbres de los propios griegos contemporáneos de Homero.

Por esto los poemas homéricos son una fuente histórica utilísima, tanto para el conocimiento del período cretomicénico, como para el período primitivo del pueblo griego.

La Iliada. — Según las leyendas, la guerra contra Troya tuvo por causa el rapto de Helena, princesa griega, por Paris, príncipe troyano. Hallándose Paris en Esparta como huésped del rey Menelao, huyó con Helena, esposa de éste, reputada como la más hermosa mujer de toda Grecia. Para vengar la injuria, los griegos se unieron bajo la dirección de Agamenón, hermano de Menelao y rey de Micenas, marchando hacia Troya donde Paris se había refugiado en busca de protección junto a su padre, el rey Príamo, y de su hermano el valeroso Héctor.

Al cabo de diez años de asedio los griegos consiguieron vencer la tenaz resistencia de la ciudad de Príamo, a la que en venganza saquearon y destruyeron por completo.

Sólo un brevísimo episodio de esta guerra de Troya es el que canta la *Iliada*: la disputa entre dos jefes griegos de las fuerzas sitiadoras de la ciudad asiática. En el décimo año del sitio de Troya, estalló una violenta disputa entre Agamenón, el jefe supremo de las fuerzas griegas y uno de sus principales compañeros de armas, llamado Aquiles. Agamenón le arrebató a Aquiles una joven cautiva que a éste le había sido adjudicada como recompensa a su valor, y entonces, indignado éste por la ofensa abandonó la lucha contra los troyanos. Aquiles —el de los pies ligeros, como le llama Homero— era el caudillo más valeroso de los griegos. Contaba la

leyenda que su madre, la diosa Tetis, para hacerlo invulnerable a las armas de los mortales, lo había sumergido, al nacer, en unas aguas que producían ese mágico efecto; pero, como lo mantuvo asido de un talón, esta parte permaneció vulnerable.

La retirada de Aquiles del campamento griego señaló el comienzo de grandes desgracias para los sitiadores, a quienes los troyanos batieron varias veces. El resentimiento de Aquiles sólo desapareció cuando a raíz de un combate, Héctor, el jefe troyano, dió muerte al griego Patroclo, amigo fraternal de Aquiles. El afán de venganza impulsó a éste de nuevo hacia la lucha. Rindió solemnes funerales a su camarada, echó al olvido su querrela con Agamenón, empuñó sus armas y, en un terrible combate, dió muerte a Héctor.

El poema termina con los funerales del héroe troyano, cuyo cuerpo rescataron sus compatriotas, porque Aquiles conmovido ante las súplicas del viejo Príamo permitió al dolorido padre recoger del campo de batalla los despojos mortales de su hijo.

La Odisea. — A diferencia de la *Iliada* que es una descripción poética de hazañas guerreras, la *Odisea* es un canto de la vida del mar y de las aventuras azarosas de un osado navegante llamado *Ulises* u *Odiseo*. Ulises fué uno de los jefes griegos que combatieron en la guerra contra Troya, y la *Odisea* —que toma de él su nombre— es el relato de las infinitas peripecias que le sucedieron al volver de Troya hacia su hogar.

Así como Aquiles era considerado como el jefe más valeroso de los griegos, Ulises era el más astuto y perspicaz. Su patria era la pequeña isla de Itaca, donde era rey. Sólo al cabo de muchos años logró hallarse de nuevo entre los suyos. En efecto, apenas se embarcó para Itaca, la desgracia comenzó a perseguirle. El barco que le conducía se extravió y el héroe, después de triunfar en distintas aventuras, logró abordar a una lejana isla en que vivía la diosa llamada Calipso que, enamorada de Ulises, quiso casarse con él. Ulises consiguió huir de la isla de Calipso, pero al hacerse otra vez a la mar una terrible tempestad lo arrastró hacia una tierra desconocida llamada el país de los feacios. Allí, agasajado por el rey Alkinoos, narró detalladamente todas sus aventuras, que subyugaron a sus huéspedes, quienes le hicieron llegar a Itaca en uno de sus barcos. Entretanto, su mujer, Penélope, debió resistir las instancias de los pretendientes que, seguros de la muerte de Ulises, deseaban contraer matrimonio con ella y reemplazarlo en su reyecía. Penélope, para retardar tales propósitos, manifestó que accedería, cuando terminara el tejido de una tela, pero deshacía de noche su trabajo del día. Ulises se encontró con su hijo Telémaco en casa de un viejo y fiel servidor, que le había escondido para protegerlo de la mala voluntad de los pretendientes. Ambos, con la ayuda de antiguos compañeros, mataron a los pretendientes y Ulises reinó de nuevo en Itaca, recobró a su mujer Penélope y a su familia, y triunfó definitivamente sobre sus enemigos.

CAPÍTULO III

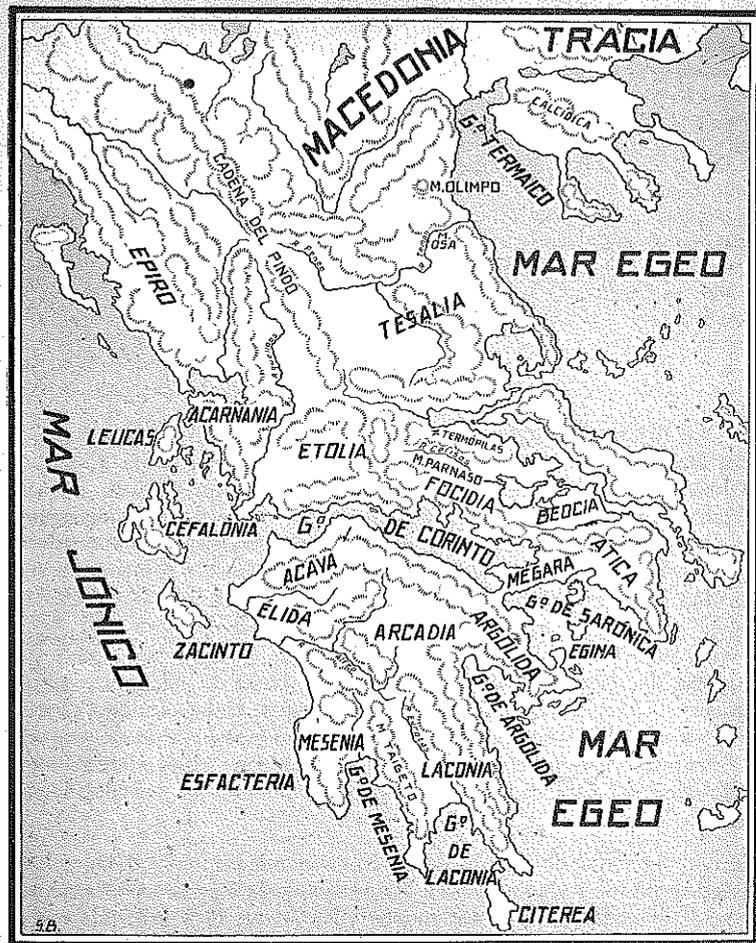
G R E C I A

El medio geográfico: Grecia continental y Grecia marítima.—La naturaleza del territorio en que habitaron fué uno de los factores determinantes de esta organización política de los griegos en ciudades independientes. Grecia no es un país de grandes llanuras. Las montañas se cruzan en todas direcciones, y los valles, que se extienden entre sus flancos, sin estar totalmente separados entre sí, forman regiones propicias para la vida particularista y local. Lo mismo se puede afirmar de la costa del Asia Menor, donde también se establecieron los griegos, así como de las islas del Egeo. Naturalmente que no basta la geografía para explicar la dispersión política de los griegos. Debe también tenerse en cuenta el amor que siempre sintieron por la vida en pequeños grupos independientes. Pero es evidente que el particularismo geográfico contribuyó, en gran parte, a fomentar el espíritu localista de la raza.

Grecia es la península de la Europa meridional que termina la región de los Balcanes. Para los antiguos, la Grecia propiamente dicha comenzaba al sur del monte Olimpo en la región llamada Tesalia (ver fig. pág. 32).

La península griega se extiende de noroeste a sureste. Por el este, el mar Egeo sembrado de islas la separa del Asia; por el oeste, el mar Jónico, abierto en forma de triángulo, lo separa de Sicilia y de las costas meridionales de Italia.

El territorio peninsular griego es de modestas dimensiones, pues apenas mide 55.000 km². El país griego se divide en dos



REGIONES DE GRECIA.

porciones principales: Grecia continental y Grecia peninsular o Peloponeso.

La Grecia continental se extiende desde la Tesalia hasta el golfo de Corinto. Es una región erizada de montañas que son

prolongaciones del sistema alpino. La cadena montañosa central es la del Pindo, en cuyas ramificaciones orientales (montes Camunianos y Othris) se encuentran algunas elevaciones, a las que la leyenda ha dado fama eterna, tales como el Olimpo (2.973 metros), donde, según las creencias griegas, moraban los dioses; el Parnaso (2.500 metros), consagrado al dios Apolo; y el Helicón, sede de las Musas o diosas de las Artes.

El Peloponeso ¹, actualmente llamado Morea, es una península apenas ligada a la Grecia continental por el angosto istmo de Corinto, de sólo 7 kilómetros de ancho, que hoy día se encuentra atravesado por un canal. La estrechez de ese istmo hace del Peloponeso casi una isla de costas extremadamente recortadas por una serie de salientes que dan a la región la forma curiosa de una mano abierta. En el centro del Peloponeso, las montañas encuadran la elevada llanura de Arcadia; más al sur, dos altas cadenas, el Parnón y el Taigeto (2.400 metros) sirven de marco a la llanura de Laconia, en que se hallaba la ciudad de Esparta.

Recursos económicos de Grecia.—Grecia es una región de clima templado, propicia, por lo tanto, para el cultivo de producciones variadas. En la región del norte se encuentran los cereales y los productos de la Europa central; en los valles del sur y en las islas, la vid, la higuera, el olivo, el naranjo, el limonero y hasta la palmera.

Pese a ello, el país es pobre. Las montañas dan al territorio griego un carácter abrupto y escabroso. Gran parte del suelo es alto, seco y rocoso. En las llanuras, nunca muy vastas, la tierra no es rica. No existen grandes ríos. Los cursos de agua son de corto recorrido y de irregular caudal. En verano, el calor disminuye su volumen; en otoño e invierno, las lluvias continuas los hacen torrentosos.

En esta tierra, de rendimiento mediocre, el agricultor tenía que trabajar de firme para obtener las cosechas de trigo, uvas y aceitunas que para los griegos eran productos fundamentales en su alimentación.

Pero Grecia compensaba las deficiencias naturales de su suelo con las ventajas incomparables de su situación geográfica. Vecina

¹ Peloponeso significa isla de Pelops, nombre de un legendario héroe griego.

del Asia, a la que las islas egeas la vinculan, y enfrentada al Egipto, la Hélade es la encrucijada en que convergen Europa, África y Asia.

Esto significó un maravilloso estímulo para el comercio marítimo con las regiones orientales, pues, en tanto que Grecia está aislada de la Europa balcánica por una alta barrera montañosa, el mar Egeo, de fácil navegación y de poca anchura, la une al Oriente. El mar fué también el nexo de unión entre los mismos griegos, porque si bien las montañas dividen a Grecia en compartimientos separados, casi todos éstos se abren por un lado hacia el mar¹. Ésta fué la vía de comunicación que acercó lo que los montes separaban. Muy pronto, los griegos se convirtieron en expertos navegantes, y el tráfico marítimo fué para ellos la aventura que siempre les entusiasmó e hizo de ellos los grandes colonizadores del Mediterráneo.

Principales regiones de Grecia.—Ya se ha visto que el relieve del suelo y la división de la península en pequeños compartimientos naturales explican aspectos fundamentales de la historia griega.

Es preciso, pues, retener los nombres de esas regiones naturales, que fueron hasta la época de la conquista romana las divisiones esenciales de Grecia.

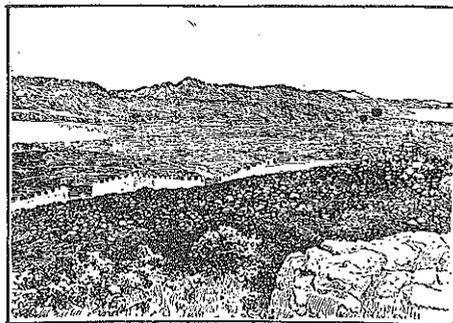
Al norte del monte Olimpo se extiende la alta planicie de *Macedonia*, cuyos habitantes eran del mismo origen que los griegos, pero fueron considerados por éstos, durante mucho tiempo, como bárbaros, extraños a la Hélade, y objeto, por tanto, del desprecio general que los helenos sentían por los pueblos radicados más allá del monte Olimpo.

Al sur del Olimpo, sobre la costa del Egeo, se extiende la *Tesalia*, la más vasta llanura del país griego, regada por los ríos Peneo y Tempé. Del otro lado de la cadena del Pindo, en el flanco occidental de la Tesalia, la región del *Epiro*, de costas sobre el mar Jónico, abrupta y montañosa, está aislada del resto de Grecia y fué reputada como zona bárbara hasta el fin de la historia griega.

Una ramificación de la cadena del Pindo, hacia el este, separa a Tesalia de la región de *Beocia*, a la cual se penetra viniendo

del norte, por un estrecho pasaje, abierto entre los montes y el mar, que es el desfiladero de las Termópilas¹. Al este de Beocia avanza en el mar Egeo la pequeña península del *Ática*, uno de los lugares más importantes de Grecia por el papel destacado que desempeñó Atenas, la gran ciudad de esa región. Del Ática y de Beocia hacia el Occidente, bordeando el golfo de Corinto, se extiende la *Focidia*, región famosa por el templo del dios Apolo, que todos los griegos reverenciaban y donde se creía que, por medio de oráculos, el dios expresaba su voluntad a los fieles; más allá, las comarcas de *Etolia* y de *Arcanania*, de menor importancia histórica.

En la estrecha faja de tierra que une a la Grecia central con el Peloponeso, está la región de *Megara*, seca y rocallosa, pero, en cambio, magníficamente situada, pues enfrenta, por un lado, al golfo de Corinto, y por el otro, al golfo de Sarónica. El delgado istmo de Corinto comunica a Megara con el Peloponeso.



De J. H. Breasted.

ISTMO DE CORINTO.

La fotografía está sacada desde las colinas del sur de la antigua Corinto. Se ve el mar a ambos lados: a la izquierda, el golfo de Corinto; a la derecha, el golfo de Sarónica. La línea blanca que cruza la figura, es el moderno canal que corta el istmo.

Mesenia y *Laconia*, en los valles del sur, y *Argólida*, península que penetra en el Egeo, en posición paralela al Ática, de la que la separa el golfo de Sarónica, en cuya centro está la isla de Egina.

¹ Termópilas significa en griego puertas calientes, designación que deriva de las numerosas fuentes termales existentes en esa zona.

¹ Ningún punto de la Grecia continental dista más de 90 km del mar.

Pero el mundo griego no termina con el Peloponeso, sino que se prolonga en las islas del Egeo, cuya enumeración y descripción ya se ha hecho, y en las costas del Asia Menor, también habitadas por griegos. Hay, pues, además de la Grecia continental y peninsular, una Grecia insular y una Grecia asiática. En esta última, que abarcaba sólo una delgada franja de tierra sobre la costa, cabe distinguir tres regiones principales, que son, de norte a sur: *Eolia*, *Jonía* y *Dórída*.

Como se ve, pues, el mar Egeo es el centro geográfico del mundo griego. De los dos mares que bañan la Hélade, el Jónico y el Egeo, este último fué el mar helénico por excelencia, pues la península griega, que corre de noroeste a sureste, mirando al Asia, da la espalda al mar Jónico y, en cambio, abre ampliamente sus mejores costas, llenas de puertos y ensenadas, para el lado del Egeo. En los bordes de este mar, los pueblos helenos se desparramaron "como ranas alrededor de un estanque"¹.

Los griegos: su procedencia.—Los griegos se consideraban *autóctonos* de la Hélade. Sin embargo, parecen haber venido de las llanuras del este europeo, desde donde, en sucesivas migraciones, se extendieron hasta la Hélade. Por su lenguaje los griegos pertenecen a la gran familia de los pueblos indoeuropeos. Antes de establecerse en la Hélade su vida fué seminómada y pastoril; pero a medida que penetraron en las tierras del Egeo sus costumbres cambiaron y se hicieron sedentarios.

La penetración de los griegos en la Hélade se hizo lentamente, en el transcurso de muchos siglos, pues llegaron separados en diversas tribus. Una de las primeras fué la de los *aqueos* que — como ya se ha visto — conquistaron Creta y fueron los protagonistas de la civilización cretomicénica. Mucho después llegaron los *dorios*, invasión que convulsionó profundamente el mundo micénico. Además de estas dos tribus griegas se establecieron en la Hélade muchas otras, entre ellas, las de los *jonios* y los *eolios*.

Los invasores impusieron su lenguaje a las poblaciones vencidas con las cuales sin embargo, se mezclaron cada vez más. De esa fusión de las tribus invasoras con los aborígenes del Egeo, surgió el pueblo griego.

¹ Expresión del escritor griego Platón.

En la época inicial de su historia existían marcadas diferencias de lenguaje entre los griegos pues hablaban diversos dialectos como el jonio, el eolio y el dorio. Los jonios estaban dispersos en el Ática, en la Eubea y en la región litoral del Asia Menor. Los eolios ocupaban el norte del Asia Menor y algunas otras regiones de la península griega.



DISTRIBUCIÓN DE LOS GRIEGOS EN LA REGIÓN DEL EGO.

Entre el 1.400 y el 1.000 a. C., los diferentes ramales del pueblo griego ocuparon todas las tierras que bordean el mar Egeo.

Además existía entre los griegos una gran diversidad política porque se hallaban divididos en una multitud de pequeños estados independientes. No es de extrañar pues, que en un principio no tuvieran conciencia de su origen común a tal punto que ni siquiera todas las tribus se daban un mismo nombre genérico.

Sólo con el correr del tiempo los griegos se sintieron herma-

nados por la semejanza de su civilización y de sus costumbres. Sus leyendas afirmaron entonces que todos ellos descendían de un mismo antepasado llamado *Helen*, del que derivaron el nombre común de *helenos*, pues ellos nunca se llamaron griegos. Los romanos más tarde, al entrar en relación con Grecia, emplearon ese nombre —que era el de una pequeña tribu helénica del Epiro, región situada frente a las costas de Italia— para designar con él a todos los pueblos de la Hélade.

Es, pues, lo mismo hablar de civilización griega que de civilización helénica y llamar al país que habitaron los griegos, Grecia o Hélade. Algunos historiadores, sin embargo prefieren el nombre de helenos que aparece en las antiguas leyendas, y no el de griegos con que se les nombró a partir de la época romana.

Leyendas de los orígenes.—Las leyendas griegas explicaban el origen de la humanidad y el de la raza helénica. El dios más importante era Zeus, quien reinaba sobre todos los demás dioses en una mansión celestial llamada Olimpo. Zeus, había llegado a convertirse en el rey de los dioses destronando a su padre Kronos, cuyos hermanos, unos seres gigantes llamados Titanes, se rebelaron contra el usurpador, pero fueron vencidos. Uno de estos Titanes, Prometeo, fué el creador del primer hombre, llamado Efimeteo. Lo formó de arcilla y luego, para darle vida, tuvo la audacia de robarle a Zeus el fuego divino del cielo. En castigo por semejante atrevimiento, Zeus lo encadenó a una roca en la cima de una montaña e hizo que un buitre le devorara las entrañas, que incesantemente volvían a crecer.

Zeus quiso sin embargo, darle una compañera al hombre creado por el Titán castigado, y formando una mujer llamada Pandora la entregó a Efimeteo. Zeus dió a Pandora una caja misteriosa, ordenándole que no la abriera en ningún caso, pero la primera pareja humana, desobedeciendo por curiosidad la prohibición divina, abrió la caja de la que escaparon todos los males que azotan a la humanidad, pero quedando en el fondo, la esperanza.

Los hombres se volvieron entonces tan malvados, que Zeus los destruyó con un diluvio. Sólo una pareja, la formada por Deucalión y Pirra, escapó de la destrucción, y éstos, para poblar la tierra, arrojaron al aire unas piedras, de las que nacieron nuevos hombres. El hijo de Deucalión, *Helen*, fué el antepasado le-

gendario de los griegos, y los nombres de los descendientes de *Helen*, *Aqueo*, *Ión*, *Eolo* y *Doros*, explican por esta genealogía legendaria las divisiones de las tribus griegas.

Organización económica, política y social de los griegos. La Ciudad Estado.—Antes de penetrar en las costas del Egeo, las bandas invasoras de raza griega eran tribus de pastores nómadas. Pero una vez establecidas en esas regiones, su vida cambió de modo fundamental. La adquisición de tierras los transformó en sedentarios y agricultores, si bien durante mucho tiempo los rebaños constituyeron, para ellos, la principal riqueza. Las primeras agrupaciones fueron pequeñas aldeas habitadas por un escaso número de familias que poseían las tierras circundantes. Poco a poco, las aldeas vecinas se juntaron y se transformaron en ciudades, cada una de las cuales constituyó un Estado perfectamente independiente, con su gobierno, sus leyes, sus recursos, sus ejércitos propios. La existencia de estas ciudades-estados es un hecho fundamental en la historia de los griegos. Éstos no organizaron un gran estado territorial como los imperios de Oriente. Cada ciudad, con su reducido territorio y su escasa población, constituyó una pequeña nación, y las rivalidades existentes entre ellas fueron un permanente factor de guerras y de perturbaciones.

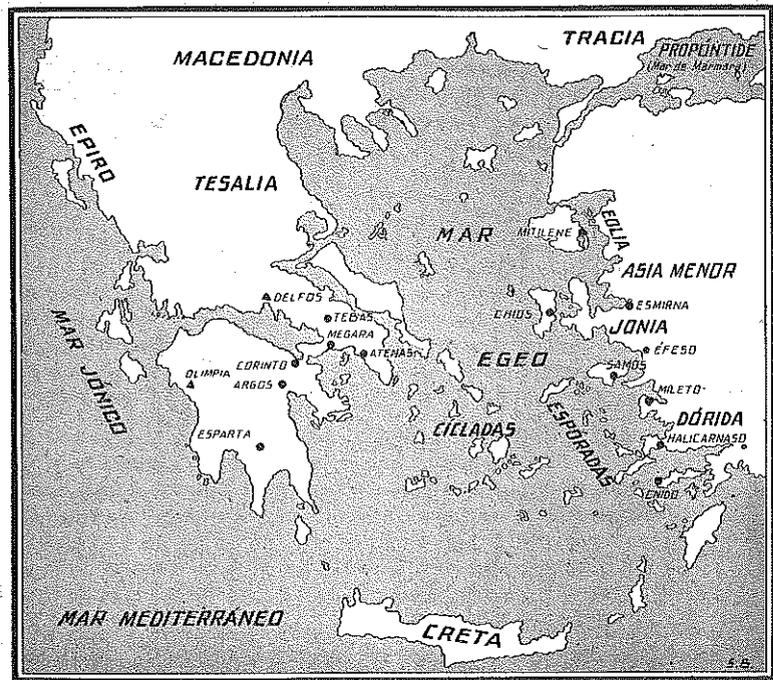
Por encima de estas rivalidades, la semejanza de costumbres y de creencias se tradujo en un tipo de vida común a todos los griegos. Por eso, ellos se dieron a sí mismos el nombre de helenos y llamaron bárbaros a los pueblos que no eran de su raza y hablaban idiomas extraños. Pero no alcanzaron a realizar la unidad política. Cabe, pues, hablar de civilización griega o helénica, pero no de un estado helénico, y por eso la historia política de los griegos es la historia de las luchas incesantes entre las diversas ciudades que deseaban imponer su hegemonía a las otras.

Principales ciudades del mundo griego.—En cada una de las regiones de Grecia no existió sólo una ciudad-estado. Por lo común, cada pequeño territorio contuvo diversas ciudades independientes. Pero no todas tuvieron idéntica importancia en el desarrollo de la civilización griega. Entre las que ejercieron mayor influencia en la historia helénica se deben señalar las siguientes:

Esparta, ciudad que se levantaba en el centro de Laconia, relativamente lejos del mar, sobre las márgenes del río Eurotas. Tanto Laconia como la vecina región de Mesenia fueron domi-

nadas por Esparta, que constituyó así el estado más fuerte del Peloponeso.

Corinto, situada en el istmo del mismo nombre, con costas a dos mares, posición que benefició su comercio convirtiéndola en una de las ciudades más ricas de Grecia.



PRINCIPALES CIUDADES DEL MUNDO GRIEGO.

Atenas, cuyo poder abarcaba toda la región del Ática. Edificada cerca del mar, pronto buscó salida por el Egeo, y desde su puerto del Pireo desarrolló un intenso comercio marítimo. El brillo que alcanzaron en ella las artes y las letras llegó a convertirla en el centro intelectual más influyente del mundo griego.

Tebas, una de las muchas ciudades que existían en la región

de Beocia. A diferencia de Corinto y Atenas, que fueron emporios comerciales y ciudades de intensa vida marítima, Tebas estaba enclavada en la Beocia, zona de vida agrícola y de no muchos recursos. Pero el predominio que llegó a adquirir sobre las restantes ciudades beocias le dió importancia política y militar, y, en ciertos momentos, su influencia se hizo sentir en toda Grecia.

En la Grecia Asiática hubo también ricas y poderosas ciudades. Al norte, *Mitilene*, ubicada en la isla de Lesbos y muy próxima a la costa asiática, fué la más importante de las doce villas de la región de Eolia. En Jonia, las principales ciudades fueron *Esmirna*, *Efeso* y *Mileto*, en el litoral; *Chios* y *Samos* en las islas. En la Dórica, *Cnido* y *Halicarnaso* fueron los dos centros urbanos de mayor importancia.

Las ciudades griegas de la costa asiática, sobre todo las de Jonia, fueron, en un principio, mucho más ricas y civilizadas que las de la Hélade misma, pues no sufrieron tanto la violencia de las invasiones. Pero, en cambio, a partir del siglo VI a. C., la supremacía política y cultural pasó, netamente, a las grandes ciudades de la península griega, como Esparta y Atenas.

Régimen político y social de las ciudades griegas. — Desde los comienzos de su historia, los griegos, como ya se ha establecido, vivieron separados en ciudades independientes. Muchas de estas ciudades (en griego "polis") solían estar situadas cerca de una colina fortificada, que servía de refugio en caso de peligro. En esta ciudad alta (en griego "acrópolis"¹) estaban también los grandes templos.

La ciudad griega abarcaba no sólo el territorio delineado por sus murallas, sino también una porción más o menos extensa de las tierras circundantes. En ciertos casos, una vasta región dependía de la ciudad. Así, el poder de la ciudad de Atenas se extendía por toda la región del Ática.

La población de los pequeños estados griegos estaba dividida en distintas clases sociales: los nobles, los trabajadores libres y los esclavos.

La reyecía. Oposición de la nobleza.—Sólo los nobles eran considerados como verdaderos ciudadanos, con derecho a

¹ Acro: alto; pólis: ciudad.

intervenir en el gobierno de la ciudad. Mantenían entre sí una íntima asociación. Creían descender de un antepasado común, héroe protector de la ciudad, al que rendían culto. Estos vínculos de supuesto parentesco hacían de la ciudadanía un privilegio que sólo se podía adquirir por nacimiento. En efecto, las familias estaban organizadas en grupos poderosos llamados "genos" y sólo los que por su origen formaban parte de esos grupos religioso-familiares eran considerados ciudadanos.

Los nobles eran también los grandes propietarios de la tierra y, por lo tanto, los más ricos, ya que en esta época el comercio y la industria apenas empezaban a desarrollarse, y la riqueza principal radicaba en la tierra.

Al frente de la ciudad había un rey, llamado el "basileus". Era el jefe de guerra, el juez supremo y el sacerdote principal, pero en todos los asuntos importantes debía pedir consejo a los jefes de las familias nobles y, a veces, cuando había que tomar alguna decisión muy grave, se reunía también la asamblea de todos los ciudadanos.

Los reyes de las ciudades griegas gobernaban, pues, apoyados y controlados por la nobleza, que era la clase social dominante. Los nobles trataron de ir debilitando el poder real y, por lo general, consiguieron sustituir al rey por varios magistrados elegidos anualmente entre los mismos miembros de la nobleza. Ese cambio en la organización política de la ciudad se produjo en el curso del siglo VIII a. C. El gobierno quedó, entonces, exclusivamente en manos de la aristocracia¹ de nobles cuyo poder, ya muy grande en la época de los reyes, aumentó todavía más cuando se abolió la reyección.

Conflictos entre las clases urbanas y los campesinos. (Hesíodo).—Los griegos primitivos vivieron dedicados sobre todo, a la *agricultura* y a la *ganadería*.

En los flancos de las montañas, los pastores cuidaban los rebaños de ovejas y de cabras. En las llanuras, el agricultor cultivaba el trigo y la viña, o, allí donde el clima y la tierra lo permitían, el olivo y la higuera.

El trabajo del campo se realizaba de modo muy rústico. Los arados, generalmente de madera, penetraban poco la tierra. Efec-

tuada la cosecha, la separación del grano de la paja se hacía de modo primitivo: se esperaba un día ventoso, y entonces, con una gran pala de madera, se arrojaba al aire el cereal para que el viento arrastrara la paja. No se conocían los molinos, y para moler el grano se le aplastaba dentro de un mortero.

La industria y el comercio eran en esta época actividades de muy escasa importancia, pues cada familia procuraba obtener todo lo necesario para su vida por el trabajo de sus integrantes. Las mujeres hilaban, y luego tejían los paños para las vestimentas, y los hombres trabajaban en la confección del mobiliario. En principio, pues, cada hogar se bastaba a sí mismo. En estas condiciones, ni el comercio ni la industria podían desarrollarse mucho. Pero la acumulación de riqueza por los grandes propietarios rurales contribuyó a transformar esta situación. Los ricos empezaron a adquirir los objetos de lujo que vendían los fenicios. Luego, en la propia Grecia, comenzó a desarrollarse la industria, puesto que existía ya una clientela capaz de remunerar bien la habilidad del joyero, del ceramista o del armero, por no citar otros oficios. Los barrios industriales fueron tomando gran importancia en la ciudad. Los componentes de un mismo oficio se agruparon para protegerse, y adoptaron un culto común que creó entre ellos una especie de parentesco religioso. Estas asociaciones tomaron, por consiguiente, cierta semejanza externa con el *genos* nobiliario. Así, los obreros del bronce en Atenas se daban a sí mismos el nombre de "hijos del bronce", del mismo modo que los nobles pertenecientes al *genos* de los Alcmeónidas se llamaban "hijos de Alcmeón".

Paralelamente al desarrollo de la industria, se intensificaba el comercio, sobre todo el marítimo. Naturalmente, este resurgimiento de la industria y del comercio no afectó por igual a todas las ciudades del mundo griego. En cambio, las ciudades próximas al mar, y, especialmente en el siglo VIII a. C., las ciudades jónicas de la Grecia asiática, se convirtieron en centros industriales y comerciantes de verdadera importancia, capaces de competir con los fenicios y de desalojar a sus barcos del mar Egeo.

El desarrollo del comercio y de la industria generó un importante cambio social, pues provocó el surgimiento de una nueva clase de hombres enriquecidos por la explotación de esas nuevas actividades económicas. La riqueza que empezó a afluir a las ciudades como consecuencia del progreso industrial y mer-

¹ Del griego, *aristos*: mejores; y *cratos*: gobierno.

cantil favoreció a las clases urbanas, pero engendró en cambio, un profundo malestar entre las clases campesinas. En efecto, la importación de cereales procedentes de otras regiones donde su producción era más barata que en Grecia, significó una competencia ruinosa para los agricultores locales, quienes por la baja de los precios se encontraron ante una terrible crisis. Para hacer frente a ésta solicitaron préstamos a los nobles quienes los concedieron con intereses usurarios y con las garantías de sus tierras y aun de sus personas en caso de insolvencia. Sucedió así, que muchos campesinos perdieron sus campos y quedaron convertidos en esclavos por deudas. Esta situación miserable de las clases populares ha sido agudamente descripta por el poeta *Hesíodo*, que vivió en esa época. En uno de sus libros, llamado *Los trabajos y los días*, describe la angustia de los humildes campesinos, víctimas de sus acreedores, y expresa resignado que no cabe otro remedio sino confiar en la justicia de Zeus, que algún día les librará de las garras de sus explotadores.

El gobierno de los nobles.—Los nobles fueron los principales responsables de la angustiosa situación de los campesinos. Dueños de grandes tierras, eran principalmente ellos quienes prestaban a sus vecinos modestos, para luego si éstos no cumplían, arrebatarles sus campos y extender cada vez más sus ya dilatadas propiedades rurales.

Al poderío económico de los nobles sumábase su fuerza política. En muchas ciudades de Grecia habíanse adueñado del gobierno, sustituyendo los reyes por magistrados anuales, elegidos exclusivamente entre los miembros de la clase nobiliaria. Los nobles gobernaron despóticamente cuidando sólo de acrecentar sus privilegios y despreocupándose de resolver los problemas de los oprimidos campesinos. No es de extrañar entonces que el antagonismo existente entre nobles y campesinos creciera y fuera transformándose en abierta rebelión.

El gobierno de los nobles suscitó también la oposición de la nueva y rica clase urbana, compuesta por comerciantes e industriales, quejosa de su exclusión del gobierno. El descontento general contra la opresión de los nobles era un peligro para la paz de las ciudades griegas. Acosados por los campesinos que exigían reformas favorables y por los nuevos ricos que deseaban compartir con ellos el gobierno, los nobles —como se verá en el capítulo siguiente— se vieron obligados a hacer importantes concesiones que disminuyeron su poder.

CAPÍTULO IV

LA COLONIZACIÓN GRIEGA

(Siglos VIII a VI a. C.)

Generalidades.—Al referirnos a la colonización griega la llamaremos así, aunque en realidad debe considerársela segunda, ya que la colonización anterior al siglo VIII a. C. es de distinto carácter: más cercano al de la colonización fenicia.

Los territorios ocupados por los griegos, dijimos, comprendían la Hélade, las islas del Egeo y la costa del Asia Menor. Durante los siglos inmediatamente posteriores a la invasión de los dorios (X y IX a. C.), los griegos permanecieron en esa región, dedicados casi exclusivamente a sus ocupaciones agrícolas y ganaderas. Pero gradualmente cambiaron sus costumbres: se hicieron navegantes y empezaron a competir en el tráfico marítimo con los fenicios que, en esa época, monopolizaban el comercio naval del Mediterráneo.

A partir del siglo VIII, se lanzaron, como los fenicios, a colonizar las costas del Mediterráneo, desde el mar Negro hasta el estrecho de Gibraltar, extendiendo así la civilización griega.

Este movimiento de colonización del Mediterráneo, que había de transformar en todos sus aspectos la vida griega, se produjo en el correr de los siglos VIII, VII y VI a. C., uno de los períodos más interesantes de la historia de los helenos.

La segunda colonización griega; circunstancias políticas y necesidades que la impulsaron.—Una de las causas más importantes del movimiento colonial fué la *densidad excesiva* de la población, que vivía cada vez más apretada en un suelo pobre.

La población había ido aumentando desde la época de las invasiones, y la subsistencia humana en una tierra como la griega, de escasos recursos, se tornó difícil.

Por otra parte, las tierras estaban acaparadas por las familias nobles que, lejos de facilitar la división de la tierra, se empeñaban en concentrar la mayor cantidad posible de ella, oprimiendo a los pequeños propietarios. De aquí la necesidad para los trabajadores rurales de buscar nuevas comarcas en las que establecerse.

Otra causa que influyó, sensiblemente, en la colonización fué la *situación política*. Dentro de las ciudades, cuyo gobierno en este período estaba monopolizado por la nobleza, había luchas constantes, unas entre facciones nobiliarias; otras, entre los nobles y las demás clases sociales. Estas luchas, sangrientas y crueles, impulsaron a los vencidos a alejarse de su país para fundar, en otra parte, una nueva patria que les fuera más generosa y más propicia.

Una tercera causa fué el *progreso de la navegación*. En esta materia los griegos fueron buenos discípulos de los fenicios, cuyo estilo de barcos imitaron (fig de pág. 52), para superarlo después con la invención del trirreme, barco con tres puentes de remeros que empezaron a usar los corintios a mediados del siglo VIII a. C.

Al principio, el mar atrajo a los griegos como teatro de piratería, pero gradualmente se dieron al comercio, hasta entonces en manos de los fenicios. Éstos no pudieron oponer gran resistencia a sus nuevos rivales, porque en esta época, los asirios los acosaban en sus tierras. Tiro, la gran metrópoli fenicia, conquistada por los asirios, perdió su poderío en beneficio de los griegos.

Conquista de las costas oriental y occidental del Mediterráneo.—Una de las primeras zonas colonizadas por los griegos fueron las costas de Macedonia y el norte del mar Egeo, donde fundaron numerosas colonias como Olinto y Potidea en la Calcídica.¹

Después colonizaron la ruta de los estrechos que, a través del mar de Mármara, conducen al mar Negro: Sestos y Abydos a la entrada del Helesponto (Dardanelos); Cízico, en el mar de Mármara; Bizancio, centinela del Bósforo, que fundada por Megara hacia el 660 a. C. se convirtió en riquísima ciudad mercantil.

¹ El nombre de Calcídica viene de Calcis, ciudad de la isla de Eubea, que desempeñó principalísimo papel en la colonización de esa península.

Finalmente, el mar Negro fué el nuevo vasto escenario de la colonización. Para los griegos del Egeo fué una gran aventura penetrar en aquel mar para ellos inmenso, sin islas, azotado frecuentemente por fuertes tempestades. Pronto se adaptaron al nuevo ambiente marino, como lo expresa el nombre de mar Hospitalario (en griego Ponto Euxino) que dieron al mar Negro. Las colonias griegas del Ponto Euxino, Odesa, Tanais, Panticapea, Quersoneso, Fasis, Sínope y Heraklea fueron más bien factorías rurales exportadoras de cereales en grandes cantidades que explotaban, además, la pesca, especialmente la del atún. El desarrollo agrícola de estas colonias hizo del mar Negro el granero del mundo griego.

Por el sur del Mediterráneo Oriental no hubo casi expansión griega, pues fué detenida allí por los grandes estados orientales de Asiria¹ y Egipto. Sin embargo, los griegos colonizaron parte de la isla de Chipre, y fundaron, en la región del delta del Nilo, previa concesión de los faraones, la ciudad de Naucratis. También colonizaron en la costa africana, al oeste del Egipto, frente a la Hélade, la región de Cirenaica (Libia).

Hacia el occidente, la expansión griega fué asimismo vigorosa y eficaz.

Las costas del oeste de la Hélade distan apenas 70 kms. del taco de la bota italiana. Esta fué la primera zona de penetración. De ahí siguieron a Sicilia, en la que sólo ocuparon la región oriental, pues en la otra porción de la costa dominaban los cartagineses.

Las primeras colonias griegas en el sur de Italia datan del 750 a. C. Un siglo después se extendían, como un festón costanero, desde el golfo de Tarento hasta el golfo de Nápoles. Por el clima, las producciones, el paisaje, esta región repetía, con ventajas, los rasgos geográficos de Grecia.

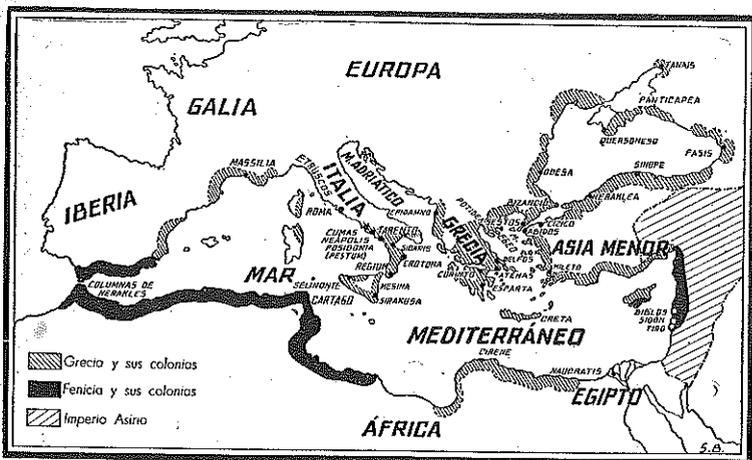
Infinidad de ciudades fundaron allí. Entre las más importantes estaban Sibaris, Crotona y Tarento, en el golfo de este nombre; Mesina y Siracusa en Sicilia; Paestum, Neapolis² (Nápoles) y Cumas en la costa del mar Tirreno. El sur de la pen-

¹ En el 700 a. C. Senaquerib, el conquistador asirio, derrotó en Cilicia a un destacamento griego. Fué el primer choque entre los griegos y un gran Estado del Cercano Oriente.

² Neapolis significa en griego ciudad nueva.

ínsula italiana y Sicilia se convirtieron, así, en una nueva Grecia, en la Magna Grecia, como se le llamó más tarde.

Más hacia el oeste del Mediterráneo, los griegos se establecieron en el sur de Galia (Francia), donde los colonos de la ciudad jonia de Focea fundaron Massilia (Marsella), cuyo comercio se desarrolló rápidamente, pues dominaba toda la zona del valle del Ródano. Massilia fundó, a su vez, otras ciudades en la costa de Galia: Nikaia¹ (actual Niza); Antipolis² (actual Antibes); Monekis (actual Mónaco).



COLONIAS GRIEGAS Y FENICIAS EN EL SIGLO VI A. C.

En las costas de Iberia (España), ricas en minerales de plata y en lana, los griegos no pudieron extenderse mucho debido a la competencia de los establecimientos fenicios, en particular de Gades (Cádiz).

La zona preferida de colonización helénica en el Mediterráneo Occidental fué, pues, el sur de Italia. En todos los otros sectores del occidente no pudieron desplazar a la poderosa Cartago, cuyas flotas dominaban las aguas del Mediterráneo, desde Sicilia hasta Gibraltar.

² Antipolis en griego significa ciudad de enfrente.

¹ Nike en griego significa victoria.

Principales ciudades colonizadoras.—La colonización fué un movimiento general en que tomaron parte casi todas las ciudades griegas. Pero, naturalmente, las que se distinguieron más en la actividad colonial fueron las ciudades más pobladas y de mayor desarrollo comercial que poseían, por ello, los elementos necesarios para la realización de la empresa colonial: emigrantes decididos y ya iniciados en los viajes marinos; navíos en abundancia; pilotos, capitanes, marinos y dinero.

Dos ciudades marcharon a la cabeza del movimiento colonizador: Mileto y Focea, ambas de la región de Jonia, en la Grecia asiática.

Mileto fué la gran colonizadora del Ponto Euxino, donde estableció más de 80 factorías que la surtían de cereales, maderas, esclavos y pescado.

Focea, en cambio, expandió su comercio en el Mediterráneo occidental, especialmente en Sicilia, Córcega, Galia e Iberia.

Los focenses fueron los más audaces marinos de su época. Su actividad colonizadora fué, sin embargo, un poco desordenada, pues debido quizá a su escaso número buscaron más bien sacar inmediato provecho material de sus viajes que fundar colonias y mantener con ellas relaciones constantes.

En las islas del Egeo hubo, también, importantes focos colonizadores. La isla de Eubea fué uno de ellos, y dos de sus ciudades, Calcis y Eretria, participaron activamente en la colonización de la zona septentrional del Egeo. En la península griega, las grandes ciudades comerciantes y colonizadoras fueron Megara y Corinto, beneficiadas las dos, de modo extraordinario, por el dominio estratégico que su situación en el istmo de Corinto les daba sobre las rutas marítimas que unían al Oriente con el Occidente. En cuanto a Atenas, que habría de convertirse más tarde en la reina del Egeo (siglo V a. C.), quedó al margen del proceso colonial de esta época, pues su desenvolvimiento económico y su poderío político comenzó a partir del siglo VI a. C.

Relaciones entre colonias y metrópolis.—Las colonias griegas fueron ciudades completamente independientes de la ciudad fundadora o metrópoli¹. Existían entre la colonia y la metrópoli una serie de vínculos, religiosos, culturales y, a veces, económicos; pero en el terreno político no había subordinación sino in-

¹ Metrópoli significa en griego ciudad madre.

dependencia. La colonización griega no engendró, pues, imperios marítimos, sino que aumentó los numerosos pequeños estados en que se dividía el mundo griego.

Fundación de una colonia. — La fundación de una colonia era una empresa de carácter religioso. Generalmente se efectuaba una consulta previa al oráculo de Delfos, cuyos sacerdotes, gracias a los numerosos informes que les llevaban sus consultantes de todas las partes del mundo griego, poseían una real versación geográfica y podían señalar, por lo tanto, con acierto, los parajes propicios para fundar los nuevos establecimientos.

La expedición colonizadora partía bajo la dirección de un jefe llamado el "Oikistes", quien elegía el punto favorable para establecerse, que era generalmente una bahía profunda, o una península recortada, es decir, una posición marítima de buena navegación y fácil defensa. Se desembarcaba, se hacía un sacrificio, y se fijaban los límites de la colonia, distribuyendo las tierras que habían de corresponder a los dioses, al Oikistes y a los colonos, entre quienes se repartían los lotes a la suerte.

Por último, había de darse un nombre a la nueva ciudad, nombre que corrientemente provenía del dios o héroe protector de la villa (Herakleia, de Herakles; Apolinia, de Apolo; Posidonia, de Poseidón), o del lugar en que se levantaba la ciudad.

Griegos y fenicios.—Antes que los griegos se convirtieran en marinos, comerciantes y colonizadores, en competencia con los fenicios, éstos habían dominado el tráfico del Egeo, llevando a los griegos los productos de la industria oriental.

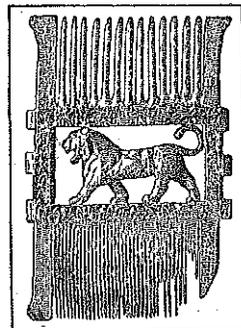
Los marinos fenicios llegaban, con sus barcos repletos de mercaderías, a comerciar en las costas del Egeo con las poblaciones griegas. Traían infinidad de objetos de lujo que agradaban a los griegos: bandejas labradas de bronce y de plata; peines de marfil con figuras de animales esculpidas; joyas y adornos femeninos; vasos de alabastro llenos de perfumes y finos paños de lana teñidos de color púrpura. La actividad económica de los griegos, estimulada de tal modo, pronto habría de convertirlos en rivales afortunados de sus maestros en el tráfico marítimo.

Además, el comercio fenicio puso en contacto a los griegos con las civilizaciones orientales cuya influencia favoreció el progreso cultural de los griegos. Pero el gran servicio que los fenicios hicieron a Grecia fué el aporte del *alfabeto*. Los fenicios habían simplificado los sistemas de escritura de Mesopotamia y Egipto; y habían creado un sistema alfabético de 22 signos. Con leves modificaciones los griegos adoptaron esta escritura alfabética, de la que derivan los alfabetos modernos. La adopción de este sistema de escritura, cuyo uso se generalizó en el mundo grie-

go en los siglos VIII y VII a. C., contribuyó a transformar, fundamentalmente, la vida intelectual de los griegos.

En muchos aspectos, como se ve, los griegos fueron discípulos de los fenicios, a los que muy pronto habrían de superar.

En la actividad mercantil, antes monopolio de los fenicios, los griegos los superaron, extendiendo su comercio por todo el



Del British Museum.

PEINE FENICIO.

Este peine de marfil era uno de los tantos objetos de la industria fenicia, que los comerciantes de Sidón y Tiro llevaron hasta las costas de Grecia.



De W. Reynolds.

VASO CON ESCRITURA GRIEGA.

Arriba, a la derecha, en pequeño, el referido vaso, que contiene una de las más antiguas inscripciones conocidas en letras griegas. Las dos figuras de la parte inferior reproducen, en grande, la decoración del vaso. Puede verse, a la derecha, una inscripción, cuya traducción es la siguiente: "Hecho por Aristonotos".

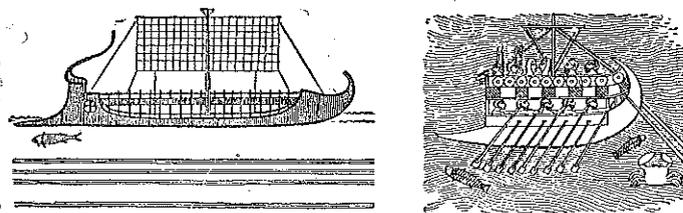
Mediterráneo. Sin embargo los griegos no pudieron desalojar a los fenicios de los puntos del Mediterráneo occidental en que se habían establecido. El Mediterráneo, como resultado de la colonización helénica, quedó repartido en dos zonas de influencia: la del norte, en que dominaron los griegos; la del sur, en que dominaron los semitas de Cartago y Fenicia.

CONSECUENCIAS DE LA COLONIZACIÓN

La navegación, el comercio, las industrias.—La expansión por el Mediterráneo favoreció el desarrollo de la navegación: los griegos revelaron notables condiciones de navegantes, construyeron barcos más rápidos que los usados por los fenicios. Ellos

fueron, como ya se ha señalado, los inventores de los barcos llamados trirremes, impulsados por tres filas de remeros, distribuidos en puentes superpuestos.

La colonización griega estimuló el comercio de modo extraordinario y, como necesaria consecuencia, la industria progresó considerablemente. El comercio griego conectó los puntos más apartados del Mediterráneo. Las colonias próximas a las regiones pobladas por pueblos bárbaros se convirtieron en mercados de gran movimiento, en los cuales los griegos adquirían los produc-



De R. Flinley.

BARCO GRIEGO Y BARCO FENICIO.

Los antiguos barcos egipcios y cretenses eran curvos de popa y de proa. Los fenicios modificaron la forma de la proa, prolongándola en un agudo espolón que quedaba bajo la línea de flotación (figura de la derecha). En este tipo de barco fenicio se inspiraron los griegos, como puede verse por la figura de la izquierda, que corresponde a un barco griego del siglo VIII a. C.

tos naturales del lugar, lanas, minerales, pieles, y entregaban, en cambio, los productos de su industria, armas, utensilios de metal, joyas, vasos pintados, tejidos, etc.

La necesidad de adaptar su industria a los requerimientos cada vez más intensos del comercio mejoró la cantidad y la calidad de la producción de los talleres griegos. Puede afirmarse que hasta fines del siglo VII a. C. la industria griega se dedicó, más que nada, a repetir los modelos orientales, pero del siglo VI a. C. en adelante la situación cambió por completo, lográndose la emancipación definitiva de la influencia del Oriente y revelándose, entonces, la poderosa originalidad artística del temperamento griego. Esto puede observarse, claramente, en la cerámica, que fué una de las producciones mejor cotizadas de la industria artística griega de esta época. Así lo muestran las excavaciones que descubren vasos griegos en todo el litoral de la

cuenca mediterránea, en Iberia como en Rusia, en Galia como en Egipto. Esta cerámica, delicada y armoniosa como la egea, se diferencia, en cambio, notablemente de ésta en la decoración, que no es de inspiración naturalista, plantas y animales, como la egea, sino humana. Son escenas mitológicas, guerreras, deportivas, familiares, las que aparecen tratadas. Por esto, los vasos griegos son preciosos auxiliares para la reconstrucción de la vida y costumbres de los helenos.



MONEDAS GRIEGAS.

De Ch. Webster.

La moneda.—El progreso económico del mundo griego se aceleró al aparecer la moneda. Las primeras monedas empezaron a usarse en el reino de Lidia, en el Asia Menor, a principios del siglo VII. Luego se usaron en las ciudades griegas de Jonia, y poco a poco, se generalizó su uso en todo el mundo mediterráneo, así como en el reino de Persia en los tiempos de Darío.

Las más antiguas monedas griegas conocidas, son las *dracmas*. La dracma, era una moneda pequeña de plata, cuyo valor por el metal que contenía puede fijarse en unos 35 centavos de nuestra moneda. Esta relación tiene un alcance muy relativo, pues el valor adquisitivo de la moneda era, en aquellos tiempos, mucho mayor de lo que es en la actualidad. Así, una oveja costaba 1 dracma; un buey, 5 dracmas. Por eso, un propietario con una renta anual de 500 dracmas (165 pesos) era considerado un hombre rico.

Las monedas de mayor valor que la dracma eran: *la mina*, que valía 100 dracmas, y *el talento*, que valía 60 minas; a su vez la dracma se subdividía en 6 *óbolos*.

Las ciudades griegas empleaban distintos cuños para sus monedas, pero su valor, era más o menos igual. Generalmente las monedas llevaban la efigie de un dios, o de un héroe, o de un

animal: las monedas atenienses, lucían la figura de una lechuza, animal preferido de la diosa Atenea que era la divinidad protectora de la ciudad.

La esclavitud. Los conflictos político-sociales.—El uso de la moneda facilitó las transacciones mercantiles, y creó un nuevo tipo de riqueza.

Hasta entonces la riqueza había consistido en tierras y rebaños, pero ahora surgieron personas enriquecidas en el comercio y en la industria, cuyo capital se medía por la cantidad de moneda que poseían.

Estos nuevos ricos fueron rivales amenazadores para la clase de los nobles, que gobernaban las ciudades griegas, pues aspiraban a compartir con ellos sus privilegios políticos.

En cambio, el uso de la moneda perjudicó muchísimo a la clase de los pequeños propietarios rurales, por el desarrollo del préstamo a interés, y de la usura, que aprovechó a los grandes terratenientes, quienes prestaban su dinero en condiciones de extrema severidad. El deudor que no pagaba perdía su propiedad, y hasta su libertad, pues se convertía en esclavo de su acreedor. Así se formó, en las ciudades griegas, una numerosa clase pobre, de gentes endeudadas, dispuesta a recurrir a la violencia para terminar con la opresión económica que pesaba sobre ellas.

La clase noble que, hasta el siglo VII a. C., había dominado el gobierno, se vió, pues, atacada de golpe por dos enemigos diferentes: los hombres de nueva fortuna, comerciantes e industriales, que querían intervenir en la dirección de la ciudad, y los pobres, que deseaban mejorar su situación económica y que pedían abolición o rebaja de sus deudas y reparto de tierras.

El peligro era grande, y, para enfrentarlo, la nobleza ya no tenía el poderío de los primeros tiempos. En efecto, las luchas entre los grupos de familias nobiliarias la habían debilitado en extremo, máxime si se tiene en cuenta que algunos caudillos de la nobleza, por móviles más o menos interesados, pasaron a las filas del pueblo. Por otra parte, la transformación de la táctica guerrera había disminuído notablemente la superioridad militar del noble. En efecto, en la época homérica, las batallas se resolvían en múltiples combates singulares, y el equipo militar, carro de guerra, coraza, casco, lanza, espada, era un lujo costoso que sólo podían darse los nobles. Ahora, en cambio, se empezaba a combatir de nuevo modo, en masas cerradas, y con armas que re-

sultaban más baratas por el perfeccionamiento industrial. Estas innovaciones hicieron que las clases inferiores participaran en las empresas militares, y, por consiguiente, la nobleza, privada de su monopolio militar, no pudo defender con éxito sus posiciones de privilegio, rudamente atacadas por los otros sectores sociales.

Los legisladores.—El proceso y el resultado de los conflictos político-sociales, tuvieron modalidades diversas en las distintas ciudades. En algunas se nombró, por acuerdo pacífico, un ciudadano, al que se otorgaron plenos poderes para realizar reformas y formular *legislaciones* que contemplaran los derechos de las clases inferiores, reprimiendo los principales abusos del predominio de los nobles; en otras, un caudillo popular, a veces de origen noble, se apoderó del gobierno por la violencia y una vez en él contempló las aspiraciones de los elementos sociales que lo auxiliaron en su empresa. A estos gobernantes, especie de reyes sin derecho a serlo, los griegos les llamaban *tiranos*. La palabra no tenía entonces el sentido que hoy le asignamos de gobernante despótico; significaba, simplemente, que se había adquirido el poder por la fuerza.

Sea por medio de las reformas pacíficas de los legisladores, sea por el gobierno de tiranos, el resultado general fué que *la constitución social y política de las ciudades griegas se transformó rápidamente, durante la época de la colonización*. La aristocracia de nobles perdió el poder completo de que hasta entonces disfrutara, como consecuencia de la organización de nuevos regímenes políticos. En algunas ciudades, el gobierno correspondió exclusivamente a las clases ricas, Esta forma de gobierno era llamada por los griegos *plutocracia*¹. En otras, todos los ciudadanos, sin distinción de origen ni de riqueza, intervinieron por igual en el gobierno. Este régimen político era llamado por los griegos *democracia*².

La cultura de la época.—La colonización, que provocó tan grande transformación en la vida económica y en la estructura de la sociedad griega, influyó también, profundamente, en la evolución espiritual del pueblo heleno.

El progreso económico desarrolló el gusto por la comodidad,

¹ Del griego *plutos*: riqueza, y *cratos*: gobierno.

² Del griego *demos*: pueblo, y *cratos*: gobierno.

el lujo y los refinamientos materiales, pero estos cambios en la vida material fueron acompañados por otros de orden superior, en la vida del espíritu.

La época de la colonización (siglos VIII a VI a. C.) señaló, desde este punto de vista, una transformación radical de la mentalidad griega, que se manifestó tanto en el terreno intelectual como en el de la literatura y en el de las artes plásticas.

En el terreno intelectual se produjo el despertar maravilloso de nuevas ideas. Hasta entonces los griegos lo habían explicado todo por la mitología. Ahora surgieron una serie de inquietos pensadores, a quienes las explicaciones parecieron insuficientes, y pusieron, entonces, en juego su razón para buscar soluciones que mejor se adaptaran a las exigencias de sus espíritus curiosos.

Una de las figuras dirigentes de este movimiento fué *Tales*, de *Mileto*, que vivió en esta próspera ciudad de Jonia, a fines del siglo VII a. C. Tales había observado y estudiado atentamente el movimiento de los astros y, posiblemente, estaba bien informado de los progresos realizados en esta materia por los astrólogos de Mesopotamia. Valido de sus conocimientos, logró predecir un eclipse solar, aclarando así la naturaleza de un fenómeno cuya misteriosa producción había dado asidero, durante siglos, a toda clase de supersticiones.

Tales tuvo, pues, el mérito de comprender que en la naturaleza todo ocurre de acuerdo a leyes regulares y, a justo título, merece, por lo tanto, ser considerado como una de las grandes figuras en la historia del desarrollo del espíritu científico.

Muchos otros pensadores deben ser mencionados, además de Tales. *Pitágoras de Samos*, que enseñó en la Magna Grecia, y es reputado como uno de los grandes matemáticos de la antigüedad; *Anaximandro* y *Anaximenes de Mileto*, *Xenofanes*, *Hecateo*. Hecateo, en particular, fué un geógrafo que hizo una descripción completa de la tierra, o, por lo menos, del mundo conocido en su época. "Escribo —dice Hecateo en uno de sus pasajes— lo que creo que es verdad, porque la mayoría de los relatos que cuentan los helenos son, en mi opinión, ridículos". En esta frase se destaca bien la distinción, que los griegos empezaban a realizar, entre los hechos reales y los mitos. El despertar del espíritu científico empezó, pues, a hacer tambalear la autoridad de los mitos.

Desde el punto de vista religioso, también comenzaron a revelarse nuevas necesidades morales que transformaron el sentido de algunos antiguos cultos. Así, por ejemplo, en el Ática adqui-

rió gran importancia el santuario de Eleuis, donde se realizaba el culto a la diosa Deméter y al dios Dionisos, y donde se enseñaba la idea de la resurrección de las almas.

En la literatura también se advirtió una transformación fundamental, consistente en el nacimiento de la poesía personal. Las obras de Homero eran relatos en los que el poeta no ponía nunca en juego sus propios sentimientos, ni hablaba de sí mismo. En cambio, en los siglos VII y VI a. C. se inició una especie nueva de poesía en la que los sentimientos propios e íntimos del autor fueron el tema y la sustancia de la obra. Esta poesía personal es conocida con el nombre de poesía lírica. Este nombre deriva de la circunstancia de cantarse dicha poesía al compás de la lira¹.

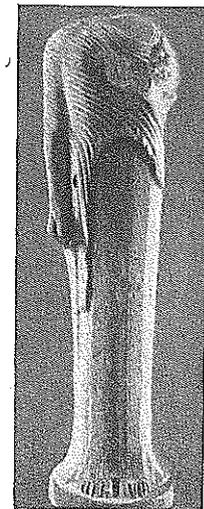
Los primeros grandes poetas líricos griegos, *Alceo* de Mitilene, *Safo* de Lesbos y *Anacreonte* de Teos, cantaron, especialmente, el amor.

Las artes plásticas, en las que el genio griego había de revelar sus más admirables condiciones, nacieron, verdaderamente, durante la época de la colonización.

En la escultura, el proceso fué muy lento: las estatuas anteriores al siglo VI a. C., son de una ejecución realmente primitiva.

El cuerpo humano aparece rígido, sin insinuación alguna del movimiento, con los brazos pegados. Es en el curso del siglo VI a. C. que se advierten los primeros progresos, todavía muy leves, pero que preludian ya la perfección acabada que la estatuaria griega había de alcanzar un siglo más tarde.

La arquitectura adelantó más rápidamente que la estatuaria. Hasta fines del siglo VIII a. C. los edificios religiosos fueron construidos con madera y ladrillos, pero, paulatinamente, en el curso de los dos siglos siguientes, la piedra fué sustituyendo a los pri-



De H. Huby.

ESTATUA
GRIEGA PRIMITIVA
(Principios del siglo
VIII a. C.).

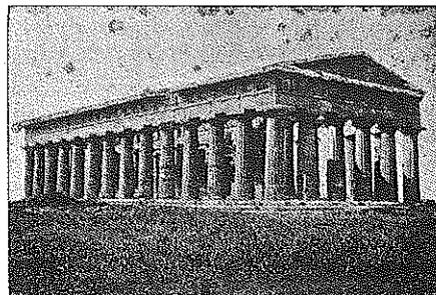
¹ Terpanro, poeta de Lesbos, perfeccionó la lira aumentando de 4 a 7 el número de sus cuerdas (siglo VII a. C.)



De Ch. Terrasse.

ESTATUAS DEL SIGLO VI A. C.

festó, primeramente, el genio artístico de los griegos. Los vasos de barro, destinados a los usos domésticos y comerciales, fueron muy pronto ennoblecidos por el arte del pintor. Los talleres de Corinto, y después los de Atenas, crearon vasos de barro de formas variadas, de delicada ejecución y en cuya superficie exterior los pintores desarrollaron, en bandas horizontales, escenas de la vida humana en colores negros o rojos que se destacan vivamente del fondo del vaso. En un



De R. Braün.

TEMPLO GRIEGO DE FINES DEL SIGLO VI A. C.
Este templo dedicado a Poseidón está en la Magna Grecia, en el punto donde existió la ciudad de Posidonia, que en la época latina fué conocida con el nombre de Paestum. Es el templo mejor conservado de la zona occidental del mundo griego. Su vista comprueba el adelanto ya alcanzado por la arquitectura religiosa griega a fines del siglo VI.

principio, el dibujo fué tosco; todo en su realización demuestra la impericia del ejecutante. Pero, a partir del siglo VI a. C., la cerámica fué adquiriendo una gran perfección, pudiendo ser comparada con ventaja a la de la época cretense.

La unidad cultural del mundo griego.

— La colonización amplió, de modo extraordinario, la extensión del mundo griego, multiplicando a lo largo de las costas del Mediterráneo el número de pequeños estados helenos independientes. Pero, en cambio, consolidó los lazos espirituales de unión entre todos los griegos, pues el contacto con pueblos de razas y costumbres diferentes fortificó, en ellos, la conciencia de su comunidad de civilización. Por eso, no se mezclaron con las poblaciones indígenas, a las que indistintamente aplicaron el calificativo de "bárbaros". No sufrieron ninguna influencia local. Conservaron la pureza de su lengua. Su religión, sus costumbres, sus ideas siguieron siendo siempre esencial y profundamente helénicas. Un griego de Massilia, o de Cirenaica, en nada se diferenciaba de uno de Atenas o de Corinto. Una íntima unión cultural, un sentimiento poderoso de helenismo existió, pues, por sobre las diferencias políticas que separaron a las ciudades griegas.



De H. Huby.

MODELOS DE VASOS GRIEGOS.

CAPÍTULO V

A T E N A S

Generalidades.—Durante los primeros siglos de la historia griega, ni Esparta ni Atenas desempeñaron un papel dirigente. Ninguna de ellas intervino en el movimiento de colonización, y ninguna de ellas podía competir en riqueza o cultura con las ciudades de Jonia.

Sin embargo, ya en el siglo VI a. C. Esparta era la ciudad más fuerte del Peloponeso, y Atenas iniciaba un rápido desenvolvimiento marítimo y comercial.

Estas dos ciudades de caracteres muy distintos, *Esparta*, continental, militar y aristocrática, y *Atenas*, marítima, industrial y democrática, estaban destinadas a ser las dos potencias preponderantes de la Hélade, a partir de las guerras médicas (siglo V a. C.).

Atenas y el Ática.—El Ática es la península de la Grecia continental que penetra en el Egeo, paralela a la Argólida, de la que la separa el golfo de Sarónica.

Es una región montañosa, pero los montes encierran entre sus faldas tres pequeñas llanuras propicias para la agricultura: las de Maratón, Eleusis y Atenas. El Ática está situada fuera de la gran ruta que pasa por el istmo de Corinto y une la Grecia central con el Peloponeso. Por eso quedó bastante al margen de las invasiones, aunque éstas contribuyeron a mezclar mucho su población, por la cantidad de fugitivos que buscaron refugio en el Ática. Pese a este origen abigarrado, los atenienses se consideraron, siempre, como pertenecientes al grupo jonio de la raza griega, y su lenguaje apenas difería del que se hablaba en las ciudades del otro lado del Egeo.

En esta época primitiva, el Ática estaba repartida en diversas aldeas. Una de éstas era Atenas, situada a legua y media del mar, a los pies de un macizo rocoso de 100 metros de altura, que años

más tarde fué coronado de templos y formó el Acrópolis (ciudad alta).

Favorecida por su situación ventajosa, Atenas, poco a poco, impuso su autoridad a las otras aldeas, que pasaron, así, a integrar un solo estado, convirtiéndose todos sus habitantes en ciudadanos atenienses.



De Ch. Guignebert.

DISPUTA DE ATENEA Y POSEIDÓN POR LA POSESIÓN DEL ÁTICA.

Reproducción de un vaso pintado.

La tradición llenaba con numerosas leyendas este período oscuro de la historia del Ática. Se atribuía a Cecrops la fundación de la ciudad. Luego, Atenea y Poseidón disputaron sobre quién había de darle su nombre. Para merecer tal honor ambos dioses quisieron superarse en beneficiar a los pobladores. Poseidón creó el caballo y Atenea el olivo. La asamblea divina del Olimpo se pronunció a favor de Atenea, cuyo nombre llevó, con orgullo, la ciudad de Atenas.

En cuanto a la unificación política del Ática, se atribuía su realización a *Teseo*, rey legendario de Atenas y vencedor del Minotauro. Teseo recorrió todas las aldeas y persuadió a sus habitantes que reconocieran a su ciudad como capital de la región.

La oligarquía.—En su primera época (siglos XI a VIII a. C.), Atenas tuvo el tipo de gobierno común a todas las ciudades griegas primitivas. A la cabeza de la ciudad estaba un *Rey* (*Basilus*), jefe de guerra, juez y sacerdote. A su lado funcionaba un Consejo formado por los jefes de las familias nobles, que sesionaba en la colina de Ares y por eso recibía el nombre de *Areópago*.

La nobleza era la clase dirigente, cuyos miembros llevaban el nombre de *eupátridas*, palabra griega que significa “los bien nacidos”. Las familias eupátridas (genos), vinculadas entre sí por el culto de un antepasado mítico, formaban el esqueleto del Estado.

Los nobles eran los grandes propietarios, en cuyas manos estaban las mejores tierras de la región. No existía posibilidad alguna de que se operara la división de sus grandes dominios, por herencia o por venta, pues los dominios hereditarios eran invendibles y

en caso de muerte del propietario (al que no le estaba permitido hacer testamento), pasaban, íntegramente, a quien debía sucederlo, según la costumbre familiar.

De modo que la tierra, primordial fuente de riqueza en esta época de vida agrícola, estaba acaparada por las grandes familias nobiliarias. Los eupátridas consolidaron todavía más su posición de clase gobernante, sustituyendo a la reyecía por varios magistrados llamados *Arcontes*, que duraban un año en sus funciones y que eran, naturalmente, elegidos por los nobles. Esta sustitución se operó, gradualmente, durante el correr de los siglos VIII y VII a. C.

El primer paso fué el nombramiento de un arconte llamado el *Polemarcha*, a quien se confió la dirección del ejército. Luego se designó otro magistrado, el arconte *Epónimo*, encargado de asistir al rey en todo lo que se relacionaba con el gobierno interior de la ciudad. Finalmente, se establecieron seis arcontes más, los *Tesmotetes*, que debían actuar como jueces.

Así, de manera pacífica y gradual, el rey de Atenas fué perdiendo sus poderes, y quedó reducido al cumplimiento exclusivo de su misión religiosa. Poco a poco se le consideró, simplemente, como un magistrado de igual categoría que los otros, nombrado como éstos por un año, y al que se designó con el nombre de arconte *Rey*.

Con esta sustitución de la reyecía por los nueve arcontes, los eupátridas se adueñaron completamente del poder. El gobierno ateniense se trasformó así en una *oligarquía*, o sea un gobierno en que el poder dependía de unas pocas personas.

La opresión de los nobles y las luchas sociales (siglo VII a. C.).—El gobierno de los nobles fué muy duro, especialmente para los campesinos, cuya situación económica era, en esa época, angustiosa. El rendimiento de sus cosechas era poco remunerador, pues empezaban a sentir la competencia del trigo extranjero, que hacía bajar los precios de venta. Para salir de la situación angustiosa en que los sumía una mala cosecha, los pequeños propietarios rurales pedían prestado a los ricos eupátridas, que exigían un altísimo interés por su dinero. Y, en caso de incumplimiento en el pago de la deuda, hacían responder al deudor, no sólo con sus bienes, sino, también, con su persona y con la de sus familiares.

De este modo, los nobles fueron acaparando cada vez más tie-

rras, en tanto que los pequeños propietarios disminuían y aumentaban los esclavos por deudas. "La esclavitud por deudas era, para el pueblo, el más amargo de los males; sin embargo, tenía muchos otros motivos de descontento, porque, por así decirlo, no poseía ninguna clase de derechos."¹

Los paisanos del Ática bajo la dominación de los nobles corrían el peligro de convertirse en una clase servil. Si ello no sucedió, fué porque se colocaron del lado de los campesinos en la lucha contra los eupátridas, los industriales y los comerciantes, nuevos elementos de la sociedad ateniense, a los que el progreso económico empezaba a enriquecer y que deseaban agregar a su riqueza la influencia política que los nobles les impedían adquirir.

Estos dos grupos de descontentos unieron sus fuerzas para atacar a los nobles, y de ello resultaron luchas sangrientas. En la historia de estas luchas continuadas se destaca el intento de Cílón para establecer la tiranía en Atenas.

El atentado de Cílón (632 a. C.).—Cílón era un rico ateniense, vencedor en las carreras de carros de Olimpia, que confió en su prestigio popular para convertirse en tirano de Atenas.

Sublevó a sus partidarios y se apoderó, por sorpresa, del Acrópolis. Pero los nobles se organizaron rápidamente comandados por Megacles, eupátrida del genos de los Alcmeónidas, y pusieron sitio al Acrópolis. Cílón y sus compañeros tuvieron que rendirse, y lo hicieron con la condición de que se respetarían sus vidas. Como desconfiasen de la promesa de Megacles, descendieron del Acrópolis llevando de la mano una cuerda, que habían atado al altar de la diosa Atenea, para expresar, así, que continuaban bajo la protección de la diosa. El cordel se rompió antes de que llegaran a lugar seguro, y fueron, inmediatamente, acuchillados por los hombres de Megacles.

Este acto, considerado como un sacrilegio, despertó tanta indignación contra el eupátrida Megacles que fué desterrado del Ática, juntamente con todos sus familiares.

Dracón (621 a. C.).—La aristocracia se vió obligada a hacer una concesión importante, *el establecimiento de las leyes por escrito*.

El tesmote Dracón realizó la tarea. Redactó un Código extremadamente severo, en el que la mayor parte de los delitos eran castigados con la muerte. No obstante su rigor, las leyes de Dracón significaron un gran progreso, por el solo hecho de estar escritas. Antes, los eupátridas juzgaban de acuerdo a las cos-

¹ Párrafo de "La Constitución de Atenas", obra de Aristóteles, pensador griego del siglo IV a. C.

tumbres, fáciles de deformar. Ahora, en cambio, todos podían conocer exactamente lo que las leyes establecían.

Además, el código de Dracón limitó el derecho que poseían las familias nobiliarias de hacerse justicia por sus propias manos.

Solón (594 a. C.).—La situación de violencia en que se vivía hizo entrar en razón a los partidos en pugna y se resolvió entonces, de común acuerdo, nombrar como árbitro, a un magistrado que hiciera las reformas necesarias para asegurar la paz social. Al efecto, el eupátrida *Solón* fué elegido arconte, con plenos poderes.

Nadie mejor que él para concentrar en su persona la confianza de los grupos rivales. Por su nacimiento, pertenecía a la clase de los eupátridas, pero había hecho su fortuna como comerciante y en consecuencia se hallaba también muy vinculado con los mercaderes e industriales de Atenas. Solón poseía una gran ilustración, era justo, moderado y lo respetaban por igual en Atenas los pobres y los ricos. Cuando sus conciudadanos le encargaron la difícil tarea de restablecer la paz social, procuró asegurarla en el futuro por medio de leyes justicieras.

La obra de Solón comprende dos partes: una de alivio de la situación de los deudores (reforma social); otra de reorganización del gobierno de Atenas (reforma política).

La reforma social consistió en la abolición integral de las deudas, el rescate de los que habían caído en servidumbre y la prohibición de responder con la persona como garantía de una deuda.

La reforma política tuvo un carácter más complejo. Solón mantuvo los órganos de gobierno existentes, los Arcontes y el Areópago. Pero agregó (o reorganizó) dos nuevos cuerpos políticos: la Asamblea Popular y el Consejo de los 400.

La Asamblea (en griego: *eclesia*) estaba formada por todos los ciudadanos, sin distinción de nacimiento, y su función era hacer las leyes y elegir los arcontes.

El Consejo de los 400 debía revisar y preparar las leyes antes que éstas fuesen aprobadas por la Asamblea.

Solón disminuyó, además, el poder político de los nobles, pero no en beneficio de todos los ciudadanos por igual, *sino de aquellos que poseían fortuna*. Clasificó a los atenienses en cuatro grupos, según su riqueza, y graduó, de acuerdo con esa clasificación, los derechos y deberes de cada uno para con el Estado. Los ciudadanos de las tres primeras clases debían equiparse por sus

propios medios para combatir en la caballería o en la infantería pesada, pero, en cambio, en materia política tenían acceso a todos los altos cargos. Muy distinta era la situación de la cuarta clase, llamada de los *thetes*, en la que figuraban los elementos más pobres de la población. Sus obligaciones militares consistían en el servicio de infantería, como auxiliares en el servicio naval o como marineros de los *trirremes*. Del punto de vista político, tenían intervención en la Asamblea, pero no podían optar a ningún cargo.

Las leyes de Solón, pues, organizaron el gobierno de Atenas prescindiendo del privilegio del nacimiento, pero, en su lugar, establecieron el privilegio de la fortuna. Por eso no arruinaron, enteramente, el poder de los *eupátridas*, que, en su calidad de ricos, siguieron figurando en las primeras clases; pero permitieron a todo ateniense que se enriqueciera con el trabajo llegar a figurar en la clase superior y alcanzar, así, todas las magistraturas. *En ese sentido, puede decirse que Solón preparó el camino para la democracia.*

Pisístrato y la tiranía (561-528 a. C.).—Las leyes de Solón no aplacaron del todo las luchas políticas, pues los *eupátridas* no se resignaban con la disminución de sus privilegios, y los pobres deseaban que se les favoreciera con repartos de tierras.

El ateniense *Pisístrato*, perteneciente por su nacimiento a la clase de los *eupátridas*, se puso al frente del partido popular, se apoderó del *Acrópolis* y se hizo reconocer como tirano.

Como oportunamente se ha dicho, se llamaba tiranos, en Grecia, a los ciudadanos que se apoderaban del poder por la violencia o por la astucia, y que por lo tanto gobernaban sin tener derecho a ello, válidos exclusivamente de la fuerza.

La tiranía fué un régimen bastante generalizado en la Hélade en el curso del siglo VI a. C. Atenas, Corinto, Samos y las ciudades jónicas estuvieron, en esa época, gobernadas por tiranos. Dicho régimen, que, más tarde, provocó un violento repudio, tuvo, al principio, en casi todas las ciudades, efectos bienhechores.

En Atenas, Pisístrato respetó las leyes de Solón; favoreció mucho a los ciudadanos pobres de la cuarta clase, a quienes distribuyó tierras; estimuló la agricultura, desarrolló la industria y el comercio, embelleció la ciudad, haciendo construir al pie del *Acrópolis* el barrio nuevo del Cerámico, donde se agruparon los talleres de los ceramistas de Atenas, que empezaban ya a enviar sus hermosos vasos, con figuras rojas, a todos los puntos del Egeo.

Cuando *Pisístrato* murió, la tiranía estaba tan afirmada que lo sucedieron en el poder sus dos hijos, *Hipias* e *Hiparco*.

Una conspiración urdida contra la autoridad de éstos costó la vida a Hiparco. A partir de ese momento, su hermano Hipias gobernó de modo severo y cruel, e hizo condenar a la muerte o al destierro a sus enemigos. Entonces, un grupo de atenienses desterrados, ayudados por un contingente de guerreros espartanos, consiguieron apoderarse de Atenas. Hipias huyó al Asia Menor.

La tiranía de Pisístrato y la de sus hijos había durado medio siglo (560-510 a. C.).

Clístenes y la democracia (508 a. C.).—Clístenes, de origen noble, pero de tendencias populares, fué encargado de revisar las leyes de Solón y las modificó en un sentido democrático.

Dividió el *Ática* en un centenar de circunscripciones territoriales llamadas *demos*, que, a su vez, constituían diez unidades superiores, llamadas *tribus*. En las tribus se mezclaban todos los atenienses, sin distinción de clases: pobres y ricos, nobles y plebeyos, todos aparecían allí reunidos, compartiendo el culto, que organizó Clístenes para las tribus y los *demos*. Esto significó un ataque muy grave para la fuerza de las grandes familias nobiliarias.

Por otra parte, Clístenes tomó a las tribus, como unidades básicas para una reorganización del gobierno. El Consejo de los 400 pasó a tener 500 miembros (50 por tribu); el ejército se dividió en 10 regimientos (1 por cada tribu), cada uno de los cuales estaba mandado por un general, cuyo nombre era el de Estratega; se eligieron 5.000 jueces para integrar los tribunales populares (500 por cada tribu).

El ostracismo.—Temeroso de una restauración de la tiranía, Clístenes estableció un curioso sistema para prevenirla. La Asamblea podía votar el destierro por 10 años de todo ciudadano que por su prestigio e influencia, amenazara convertirse en tirano. Todos los años debía celebrar una sesión especial a efectos de realizar esa votación. El destierro, así resuelto, se llamaba *ostracismo*, nombre derivado del tejo (en griego *ostrakon*) en que los ciudadanos inscribían sus votos.

Este destierro tenía un alcance puramente político, y, por lo tanto, no revestía carácter deshonoroso ni significaba para el ciudadano afectado pérdida alguna en sus bienes.

Con las reformas de Clístenes, se inició en Atenas una era de tranquilidad, pues terminaron con ella las revoluciones y las luchas internas. El desarrollo del comercio y de la industria aportó a la ciudad una gran prosperidad.

Muy pronto las guerras médicas iban a revelar la fuerza y la capacidad política de Atenas, que desempeñó en ellas un papel preponderante, convirtiéndose, así, en una de las ciudades más poderosas del mundo griego.

CAPÍTULO VI

ORGANIZACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE ATENAS

Las instituciones políticas.—Con las reformas de Clístenes, las instituciones políticas de Atenas, alcanzaron la forma que habrían de mantener por largo tiempo. Aun las modificaciones introducidas por Pericles —famoso dirigente del partido popular, que trató de democratizar la constitución ateniense—, no alteraron lo esencial de las instituciones dejadas por Clístenes.

El arcontado. Los estrategas.—Los principales magistrados de Atenas eran los arcontes y los estrategas.

Los *arcontes* eran nueve: el arconte rey, el arconte polemarcha, el arconte epónimo y los seis arcontes tesmotetes.

En general, los arcontes ejercían funciones de justicia y de administración. Algunos de ellos, especialmente el arconte rey, tenían intervención importante en los asuntos religiosos.

Los *estrategas* eran diez magistrados elegidos a razón de uno por tribu, a quienes estaba confiada la preparación del ejército en tiempo de paz y su dirección en tiempo de guerra.

Muchos otros funcionarios estaban encargados del detalle de la administración, en materia de culto, justicia, finanzas, policía, etcétera. Todos ellos *duraban un año en sus funciones*, y su nombramiento se efectuaba por sorteo, excepción hecha de los encargados de las finanzas, y de los estrategas, quienes, por la misma índole delicada de sus funciones, eran designados por elección de la Asamblea del Pueblo.

Las garantías contra los funcionarios incapaces o inescrupulosos eran abundantes. En primer término, todos los candidatos tenían que someterse a un previo examen, antes de tomar pose-

sión de su cargo, y la elección podía ser revocada si se averiguaba alguna tacha en su vida privada o pública. En segundo término, la asamblea popular tenía el derecho de destituir, en cualquier momento, a cualquier magistrado, y, finalmente, éstos, al cesar en su mandato anual, debían rendir cuentas de su administración.

Las asambleas del pueblo. El senado.—El órgano más importante del gobierno ateniense era la *Asamblea Popular*, que hacía las leyes, nombraba y vigilaba a los magistrados, y resolvía, en última instancia, sobre todos los asuntos del Estado.

La asamblea se reunía, ordinariamente, cuatro veces al mes en un espacio abierto situado en la colina del Pnix¹, ubicada frente al Acrópolis. Tenían derecho a concurrir a ella todos los atenienses varones de más de 18 años de edad.

La asamblea no abordaba directamente la discusión de una ley, sino que los temas propuestos a su consideración venían ya estudiados y preparados por un cuerpo llamado el *Consejo de los 500* o *Senado*. Este cuerpo se componía de 500 miembros elegidos por un año, a razón de 50 por cada tribu. Los 50 consejeros de cada tribu formaban un grupo llamado *Pritania*, que tenía a su cargo, durante una décima parte del año, todas las funciones del Consejo, es decir, preparaba la tarea de la Asamblea y fiscalizaba todo lo referente a la organización del estado. El Senado, en pleno, sólo se reunía en casos excepcionales.

La intervención previa del Consejo de los 500, preparando los informes sobre los proyectos de ley, era la única limitación a la autoridad de la asamblea. De modo, pues, que, a través de ella, todo el pueblo ateniense intervenía en el gobierno de la ciudad. Esta es una gran diferencia entre la democracia ateniense y las democracias modernas. En éstas, el pueblo elige representantes para que gobiernen en su nombre; en aquélla, el pueblo gobernaba de modo directo.

El tribunal de los Heliastas.—En Atenas, la justicia se administraba por medio de tribunales populares. Cada año se elegían a la suerte 6.000 jueces, que se repartían, luego, en diez secciones o tribunales, compuestos cada uno por 500 ó 600 miembros.

¹ Más tarde, en el siglo IV a. C., la asamblea acostumbró reunirse en el espacioso recinto del teatro de Dionisos.

El areópago.—El areópago era el más antiguo tribunal de Atenas. Estaba compuesto por los arcontes cesantes que se habían distinguido en el ejercicio de su cargo, en número de doscientos o trescientos.

Estaba encargado de todo lo concerniente a la religión y a las costumbres. Entendía además en los casos de asesinato premeditado.

El pueblo ateniense: ciudadanos, metecos y esclavos.—El pueblo ateniense estaba dividido en tres clases distintas: ciudadanos, metecos y esclavos.

Los ciudadanos.—Los ciudadanos eran la minoría de la población. A mediados del siglo V a. C., la relación numérica entre los tres grupos sociales, ciudadanos, metecos y esclavos, era en efecto más o menos la siguiente: 150.000 atenienses, 50.000 metecos y 120.000 esclavos. Pero la cifra de 150.000 aplicada a los ciudadanos incluye a las mujeres y a los niños, lo que reduce su número real por lo menos a una tercera parte, puesto que las mujeres no disfrutaron de derechos políticos. Sólo el hombre intervenía en la vida cívica, y a la mujer, que vivía recluída en el hogar, le quedaba reservada la influencia indirecta que expresa claramente una frase atribuída a Temístocles, famoso político ateniense, que actuó en el tiempo de las guerras médicas, y el cual dirigiéndose un día a su hijo, le manifestó: "Tú eres el personaje más importante de la ciudad, porque yo mando en Atenas, tu madre me manda a mí y tú mandas a tu madre".

La ciudadanía era un privilegio que se adquiría por nacimiento. Sólo era considerado ciudadano aquel cuyos ascendientes ya lo hubiesen sido. La persona nacida en el Ática, pero de padres no atenienses, seguía siendo siempre, forastero o meteco. También se transmitía de padres a hijos la calidad de esclavo.

Sólo los ciudadanos podían intervenir en la vida política, actuar en la asamblea popular o en los tribunales o ser elegidos magistrados. En cambio los extranjeros o metecos y por supuesto los esclavos estaban totalmente excluidos de la vida política, de manera pues, que si bien en Atenas *todos los ciudadanos tenían iguales derechos políticos, no todos los habitantes eran ciudadanos.*

Los extranjeros o metecos.—Se llamaba metecos a los extranjeros domiciliados en Atenas. Sobre ellos recaían muchas de

las obligaciones de los ciudadanos. Debían servir en el ejército o en la flota, pagar los impuestos generales y, además, un impuesto especial llamado metoikión.

Los metecos eran objeto de gran consideración, pues constituían una clase numerosa (más de 50 000), rica y culta. La población del Pireo, por ejemplo, estaba compuesta en su mayoría de metecos. Realizaron grandes beneficios en la industria y el comercio, y se cita el caso de un meteco muy rico que poseía más de 600 esclavos que trabajaban, por su cuenta, en las minas de plata del Laurión.

Pero ni su riqueza, ni su cultura, ni la larga residencia en el Ática les permitía obtener los derechos políticos, pues la ciudadanía era rigurosamente hereditaria y sólo en casos excepcionales la asamblea ateniense llegó a otorgar a los metecos el privilegio de la ciudadanía.

Los esclavos.—La esclavitud fué, puede decirse, el denominador común de las sociedades antiguas. En las ciudades griegas, como en los estados del Oriente, y más tarde en el imperio romano, la esclavitud apareció, siempre, como base de la estructura social.

En Atenas, los esclavos eran muy numerosos. Probablemente constituían más de la tercera parte de la población total. Sobre ellos recaían los trabajos más penosos, como la explotación de las minas. También trabajaban en los talleres, al lado de sus amos, y, por lo general, desempeñaban todos los pequeños menesteres de la vida doméstica. El Estado tenía, igualmente, muchos esclavos que cumplían funciones de vigilancia y hacían la policía de la ciudad.

A los esclavos natos se agregaba el contingente de prisioneros de guerra, que eran reducidos a esclavitud y vendidos en el mercados. El comercio de esclavos llegó a tener una gran importancia en el mundo antiguo.

En Atenas los esclavos recibían, de acuerdo a la costumbre, un trato más bien benigno. Estaban íntimamente asociados al trabajo de sus amos, y de aquí resultaba una cierta familiaridad que hacía más tolerable su situación.

En ciertas ocasiones, los esclavos eran emancipados y se convertían así en hombres libres, pero quedaban siempre, lo mismo, al margen de la ciudadanía.

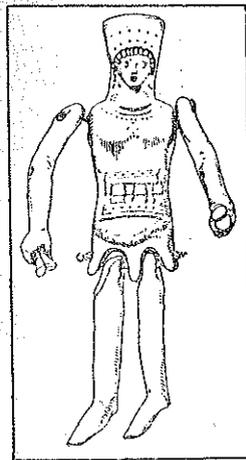
La existencia del trabajo servil, cuyo costo se reducía al de la compra y alimentación del esclavo, permitió a la clase de hombres libres emancipar su vida de muchas preocupaciones materiales. Pero ello no debe entenderse en el sentido de que todo el trabajo recayera sobre los esclavos. Entre los hombres libres eran, en efecto, muy numerosos los que tenían que ganarse duramente la vida, y para éstos el desarrollo de la esclavitud, más que una ventaja, significó un peligro, por la baratura del trabajo servil,

La educación.—La educación ateniense difería poco de la practicada en las demás ciudades griegas, salvo el caso particular de Esparta, que tenía su especialísimo sistema educacional de carácter rigurosamente militarista.

Durante los primeros años, el niño vivía exclusivamente en el hogar, entregados a sus juegos, bajo la vigilancia y cuidado de la madre. Las niñas no recibían otra educación que ésta, de carácter doméstico, pues los atenienses no concebían la existencia de escuelas femeninas. Era la madre quien debía prepararlas en el conocimiento de la dirección de una casa, y a su lado permanecían hasta el momento del matrimonio. Los varones, en cambio, comenzaban a concurrir a la escuela desde la edad de siete años. No se trataba de escuelas públicas, sino privadas, a las que asistían acompañados de un esclavo, llamado *pedagogo*, palabra cuyo significado literal es "conductor del niño". Se le enseñaba a leer, escribir y contar. Sobre una pequeña tabla recubierta de cera, el niño garabateaba sus primeras letras y hacía planas valiéndose de un punzón de metal o de hueso llamado *stylus*. La extremidad opuesta a la punta era plana y con ella se alisaba nuevamente la cera cuando se cometía una falta. Los libros eran costosos, pues consistían en rollos de papiro, material que los griegos importaban del Egipto.

Una vez superadas las dificultades del aprendizaje de las primeras letras, se enseñaba al niño, fundamentalmente, literatura y música. Los poemas de Homero, como ya se ha dicho, eran la base de toda instrucción: el escolar debía de aprender pasajes enteros de memoria, que luego recitaba ante el maestro. Los episodios homéricos eran fuente inagotable de sugerencias morales. El maestro comentaba las escenas recitadas, destacando su sentido y extrayendo ejemplos de cualidades encomiables: valor, dignidad, amor a la patria, lealtad, que eran propuestas como ideales que el alumno debería realizar. La enseñanza

de la música tenía enorme importancia. Los grandes pensadores griegos, invariablemente, enaltecieron el valor de la música como elemento formativo del gusto y de la sensibilidad. Así, Platón expresaba que "existen dos disciplinas esenciales: la música, para la educación del alma; la gimnasia, para la educación del cuerpo". Pero los griegos daban a la palabra música un sentido más amplio que nosotros, y comprendían, bajo esta designación, tanto a la música propiamente dicha (aprendizaje de la flauta o de la lira), como al canto coral y a la danza.

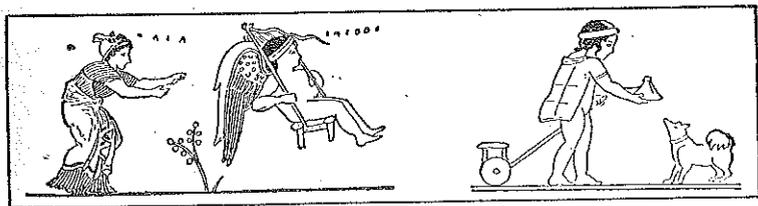


De J. L. Breasted.
MUÑECA GRIEGA

La gimnasia comenzaba a tomar un papel importante en la educación, a partir de los 14 años. Los jóvenes no la realizaban en la escuela, sino en un local distinto, en el gimnasio, y bajo la dirección de un maestro especial. Al mismo tiempo que afinaba su inteligencia, el adolescente fortalecía y desarrollaba, armoniosamente, su cuerpo. El ideal educativo tendía a lograr el equilibrio entre lo físico y lo espiritual, ideal

que un pensador heleno concretó diciendo: "deseamos para cada hombre un alma de oro en un cuerpo de hierro".

Las ciudades se preocupaban mucho de la construcción de los gimnasios y campos de atletismo. En Atenas, los dos gimnasios



JUEGOS INFANTILES.

De J. H. Breasted.

más concurridos eran el de la *Academia*, en las orillas del Cefiso, y el del *Liceo*. La costumbre de celebrar, también, en dichos parajes reuniones de maestros y discípulos, explica que esos nom-

bres hayan adquirido, con el tiempo, su actual significado de centros de enseñanza y de cultura.

Los veinte años marcaban la frontera de la edad viril, y el joven entraba ya a participar plenamente de los derechos y de las responsabilidades de los ciudadanos. En Atenas, la admisión a la ciudadanía estaba precedida por un período de servicio militar llamado la *efebía*, que duraba de los 18 a los 20 años. Los efebos ejecutaban marchas militares, vigilaban los distritos rurales y montaban guardia en las fortalezas. Cumplido su servicio, prestaban un juramento de fidelidad, cuya redacción se atribuía a Solón, y que terminaba con estas palabras: "me someteré a las leyes y obedeceré las órdenes de los magistrados, y si alguien quiere destruir las leyes no lo toleraré, sino que combatiré para defenderlas, solo o con todos".

Vida material y espiritual de Atenas. La familia.—La organización de la familia estaba íntimamente vinculada a las ideas religiosas y al culto de los antepasados. La fuerza de estas



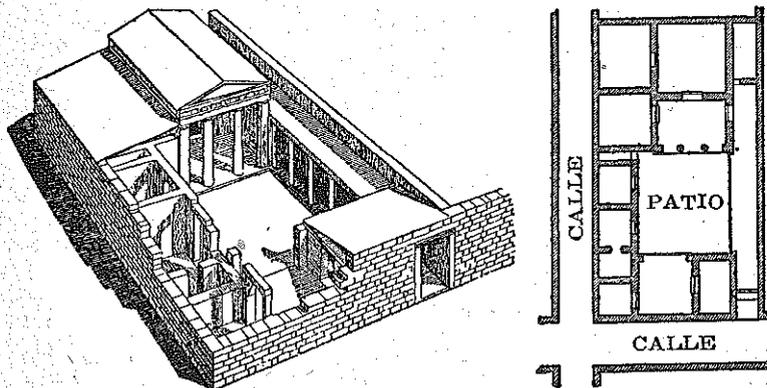
ESCENA DE UN BANQUETE.

De W. Goetz.

Un flautista subiendo al tablado. (Reproducción de un vaso pintado.)

creencias y el respeto que se les tributaba era tan grande, que en Atenas los magistrados debían acreditar, antes de entrar a ocupar su cargo, que habían honrado a sus padres y cuidado de las tumbas de sus familiares. El nacimiento, el matrimonio y todos los

actos esenciales de la vida familiar daban ocasión a la celebración de ceremonias religiosas. Cuando moría un miembro de la familia, la religión preceptuaba el cumplimiento estricto de una serie de ritos. El difunto era colocado en un lecho, y durante un día entero sus familiares y amigos concurrían a reverenciarle y a cantar himnos funerarios. El entierro se realizaba a los acordes de la música y de los lamentos que proferían las lloronas, espe-



CASA GRIEGA.

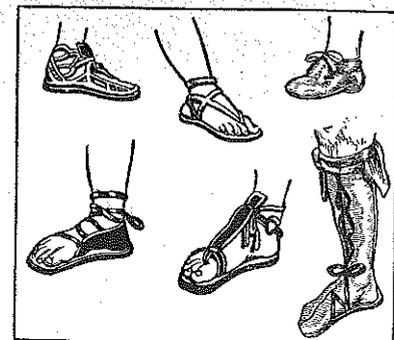
De H. Hayes.

Puede observarse la reconstrucción de la casa y el plano de la misma.

cialmente alquiladas, que acompañaban al cortejo, para aguzar con sus quejas continuas el sentimiento de dolor. Era considerado como gravísimo pecado la falta de cumplimiento de estas ceremonias. Así, a raíz de una batalla ganada por la flota de Atenas sobre la espartana, durante la guerra del Peloponeso, los jefes atenienses victoriosos fueron condenados a muerte por no haber dado sepultura a los combatientes muertos en la lucha.

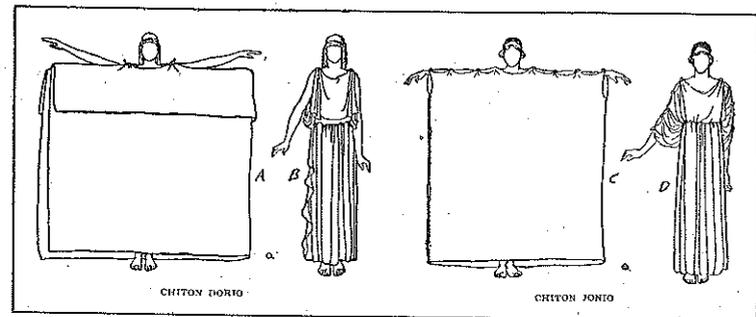
La habitación.—El escenario de la vida familiar era sencillo. La casa griega era un local, por lo general, de una sola planta, construido en ladrillo y con techo de teja. Como puede verse en la figura, la casa griega tenía por centro un patio abierto rodeado de columnas (*peristilo*) por el que las piezas recibían aire y luz. Todas las dependencias de la casa se asomaban a ese patio.

En cambio, se retraían todo lo posible de la calle, con la que sólo se comunicaban por la puerta, que rompía la línea compacta y sin adornos de la pared de ladrillos. Todo un sector de la casa, llamado el *gineceo*, estaba reservado para las mujeres, pues el hogar era el pequeño mundo dentro del que la mujer encerraba su actividad. La vida exterior no existía casi para ella, carecía en absoluto de derecho a intervenir en los asuntos políticos y no era costumbre aceptada que saliera a la calle a mezclarse con los hombres en el ágora, y los pórticos o los gimnasios, centros activos de convivencia social en la ciudad griega.



De R. Lockwood.

CALZADO GRIEGO.



TRAJES GRIEGOS.

De R. Lockwood.

Los dibujos A y C muestran el chitón, extendido; los dibujos B y D el chitón una vez sujeto al talle por el cinturón. El chitón dorio dejaba los brazos al aire y tenía una vuelta que caía sobre el pecho. El chitón jonio, en cambio, cubría los brazos y carecía de adorno alguno sobre el pecho.

El gineceo era, pues, para ella, su limitado reino, donde, acompañada de las esclavas, cuidaba de la educación de sus hijos y vivía entregada a sus tareas domésticas.

El adorno de la casa era sobrio y sin alardes de lujo. Los muebles eran poco numerosos: grandes cofres servían de roperos. Los lechos eran de bronce y madera. Las mesas usadas para servir las comidas eran pequeñas y bajas, pues los griegos no comían sentados, sino recostados en un sofá, al lado del cual se colocaba una mesita para depositar los alimentos. Taburetes y grandes sillones completaban el mobiliario.

El vestido. — La indumentaria de hombre y de mujer no ofrecía mayores diferencias de aspecto entre sí. Consistía en una túnica de lana o de lino, sin mangas, apretada al talle por un cinturón. Este vestido se llamaba el *chitón*. El *chitón* de las mujeres era más largo y más amplio que el de los hombres y caía formando pliegues más numerosos. Heródoto habla de los estilos del *chitón*, del dorio y del jonio. En la fig. de la pág. 77 puede observarse la diferencia entre ambos estilos, así como la gran simplicidad de corte del vestido griego. Por encima del *chitón* se usaba una amplia capa llamada *himación*, que cubría todo el cuerpo. Las mujeres también solían usar sobre el *chitón* una especie de larga blusa llamada *peplos*.

CAPÍTULO VII

ESPARTA

Esparta. Sus orígenes. — Al sur del Peloponeso, entre las dos cadenas paralelas del Taigeto y del Parnón, se alarga el valle profundo del río Eurotas. Esta era la región de Laconia o Lacedemonia, donde, según la tradición homérica, reinaron Menelao y Elena.

En la época de las invasiones, los dorios conquistaron la comarca y se establecieron en el valle, después de someter a los nativos. Sobre las riberas del Eurotas levantaron la ciudad de Esparta, abierta, sin fortificaciones, porque las montañas que encuadran la Laconia forman una barrera natural protectora contra los enemigos del exterior.

Los nuevos señores de Esparta se repartieron, por derecho de conquista, las mejores tierras, o sean las de la llanura. Los antiguos habitantes debieron contentarse con mantener la propiedad de las tierras de la zona montañosa que domina el valle. Se establecieron, por consiguiente, alrededor de Esparta, y fueron llamados Laconios o *Periecos*, que significa en griego "los de alrededor de la casa". Parte de los elementos vencidos, los más rebeldes posiblemente, quedaron reducidos a servidumbre. Constituyeron la clase inferior de los *ilotas*, y fueron obligados a cultivar las tierras de sus amos de Esparta.

Los dominadores constituyeron la clase privilegiada de la población; eran los *espartanos* propiamente dichos y se llamaban a sí mismos *Homoi*, que significa *los iguales*.

Desarrollo y trascendencia de la invasión doria desde el punto de vista del destino griego. — La invasión de los

dorios, como ya se ha establecido, ejerció una decisiva influencia en el destino de los griegos.

En primer término, los dorios introdujeron el hierro, nuevo metal que sustituiría al bronce utilizado por la civilización egea. El uso del hierro en la confección de armas fué factor importante en los triunfos militares de los dorios que se convirtieron en dominadores incontestados del Peloponeso. El desplazamiento del bronce por el hierro no fué inmediato ni total, pues todavía durante muchos años el viejo metal de los aqueos fué utilizado por los habitantes de Grecia.

En segundo lugar, los dorios introdujeron nuevas costumbres: aparecieron los vestidos flotantes y las amplias túnicas, tan características del traje griego; se comenzó a incinerar los cadáveres en lugar de inhumarlos, como era costumbre entre los egeos.

En tercer lugar, los dorios provocaron un notable retroceso en la civilización existente en las tierras griegas. En efecto, estos hombres apegados a la tierra, desconocedores del mar, anulaban la navegación por el Egeo. A partir de la época doria los documentos egipcios dejan de referirse a los habitantes del Egeo. El intercambio comercial declinó fuertemente. La industria sufrió un rudo golpe. La riqueza disminuyó sensiblemente. Empezó un nuevo tipo de vida, sencilla y rústica, desprovista de los adelantos y refinamientos de la época egea. Las actividades intelectuales, espirituales, las artes y las letras, experimentaron un gran retroceso. No debe creerse, sin embargo, que el cuadro descripto fuera el mismo para toda Grecia. Las tintas se acentuaron en las comarcas donde la penetración doria fué más nutrida, como en el Peloponeso y de modo especial en Esparta. En cambio, en la Grecia central y en las islas se mantuvieron elementos de la cultura miceniana.

Los dorios, por otra parte, aportaron a la vida griega algunas virtudes estimables entre las que pueden destacarse, el sentido del deber y la noción de la disciplina y el respeto al pasado, que fueron ingredientes de importancia en la posterior civilización de los helenos.

Licurgo. — En el siglo VIII a. C., los espartanos se apoderaron de las tierras vecinas de Mesenia. Medio siglo después una sublevación de Mesenia, colocó a Esparta al borde de la ruina. Varias de las ciudades del Peloponeso, rivales de Esparta, ayudaron a los rebeldes, pero los espartanos, después de esfuerzos

desesperados, sofocaron la sublevación. Desde entonces, el temor a nuevas revueltas obsesionó a la aristocracia dominadora de Esparta, que reorganizó por completo la vida espartana sujetándola a una dura disciplina militar. Con el correr del tiempo, los espartanos atribuyeron la implantación de dichas medidas a un legislador llamado *Licurgo*.

No parece que Licurgo haya sido un personaje de existencia real, sino legendaria. Los propios espartanos lo consideraban como un dios o, por lo menos, como un héroe que tenía su templo propio y al que se le rendía un culto especial.

Según la leyenda, Licurgo era de sangre real; después de haber viajado por Oriente, consultó a su regreso el oráculo de Delfos, y Apolo le señaló las reformas que debía introducir en el estado espartano. Vuelto a Esparta, Licurgo cumplió las indicaciones divinas y, luego de haber hecho prometer a sus ciudadanos que no modificarían nada de su obra mientras estuviese ausente, se desterró voluntariamente de su país y jamás regresó.

Posiblemente, esta versión espartana de la acción de Licurgo como organizador de la sociedad y del gobierno de su patria sea solamente un mito. Las instituciones espartanas no fueron la obra de un hombre, ni se crearon en un solo acto. Se forjaron paulatinamente, durante los primeros siglos de la historia de Esparta, y se consolidaron después de la sublevación de Mesenia. La tradición las remontó al héroe Licurgo para hacerlas más venerables y más sólidas.

La organización del Estado. Los reyes. El Senado o Gerusia. La Asamblea del pueblo o Apella. — En Esparta existían *dos reyes*, pertenecientes a dos familias distintas, en las que era hereditaria la dignidad real. Los reyes eran los jefes religiosos y militares del estado; como tales ofrecían los sacrificios a los grandes dioses protectores de la ciudad y dirigían el ejército. La reyecía dual significaba una garantía contra el exceso del poder monárquico, pues cada rey contrabalanceaba el poder del otro.

Los reyes eran asistidos en sus funciones por un Senado o *Gerusia*, consejo de ancianos de más de 60 años de edad, constituido por 28 personas que duraban en sus cargos mientras viviesen. Es en manos de este Consejo que, verdaderamente, residió el gobierno de Esparta, pues, poco a poco, absorbió en su beneficio las funciones ejercidas por los reyes, que sólo mantu-

vieron el carácter de jefes militares. La Gerusía resolvía, pues, todos los asuntos de importancia, pero una vez al mes convocaba a los ciudadanos, quienes, reunidos en *Asamblea* o *Apella* como se la llamaba en Esparta, aprobaban o rechazaban las decisiones adoptadas por ella.

La Apella carecía de iniciativa, es decir, podía aprobar o rechazar las resoluciones de la Gerusía, pero no podía proponer nada nuevo.

En definitiva, el gobierno espartano, que aparentemente constituía una reyecía, fué una verdadera oligarquía¹.

Los Éforos. Importancia de sus poderes.—El poder de la Gerusía se asentó todavía más con la institución de unos nuevos magistrados llamados *Éforos*, cuyo origen parece hallarse en el siglo VI a. C. Eran cinco funcionarios que duraban un año en su cargo, y cuyo procedimiento de designación se desconoce. Vigilaban a los reyes, cuyos actos controlaban rigurosamente. Así, uno o dos los acompañaban en las expediciones militares y en las negociaciones diplomáticas. Permanecían sentados delante de ellos y los podían obligar a comparecer ante su tribunal.

La conquista del Peloponeso. Hegemonía de Esparta.
— Después de la anexión de Mesenia, los espartanos, que poseían un ejército magníficamente adiestrado, intentaron conquistar otras regiones del Peloponeso. Atacaron a los Arcadios y a los Argivos (habitantes de Argos), pero se encontraron con una resistencia firme y tenaz que detuvo su avance. Entonces, cambiaron de política, y, a partir del siglo VI a. C., en vez de valerse de la violencia, procuraron consagrar su influencia dominante por medio de tratados con sus vecinos, y así se formó la liga del Peloponeso, que comprendía a todos los estados de la península, excepto Argos y algunas ciudades de la Acaya.

Cada estado tenía su tratado particular de alianza con Esparta, en el que se regulaban sus obligaciones recíprocas. Los estados no pagaban tributos, pero debían poner sus tropas bajo la dirección de Esparta siempre que fuera necesario. Un congreso re-

presentativo de todos los aliados se reunía ocasionalmente en Esparta o en Corinto para considerar los problemas importantes, especialmente la paz, la guerra y las alianzas. Esta combinación satisfacía los intereses de todos, pues los estados miembros de la Liga disfrutaban de una gran libertad de acción, y, mediante la unión, se hallaban bien protegidos en caso de guerra. *En lo que se refiere a Esparta, la Liga consagró su hegemonía en el Peloponeso, e hizo de ella la potencia militar más fuerte de Grecia.*

Las clases sociales: espartanos, periecos e ilotas.— La invasión de los dorios separó la sociedad espartana en tres clases: Los espartanos, los periecos o laconios y los ilotas. Las leyes de Licurgo conservaron esa organización y fijaron los derechos y deberes de cada una de las clases.

Los espartanos.— La clase de los espartanos estaba formada por los descendientes de los conquistadores dorios que constituían la aristocracia, minoría privilegiada que tenía todos los derechos.

Los espartanos, cuyo número era muy escaso con relación al resto de la población (unos 9.000), constituían un grupo privilegiado, que monopolizaba totalmente las funciones de gobierno: sólo ellos podían concurrir a la Asamblea y ser elegidos éforos y miembros de la Gerusía. Para que esta minoría pudiese conservar su situación de privilegio frente a los laconios e ilotas, era necesario dotarla de una gran fuerza militar, y a esta finalidad se ajustó toda la vida de Esparta. Los espartanos fueron exonerados de toda actividad económica. El trabajo de los ilotas les aseguró la subsistencia, y toda forma de comercio o industria les quedó rigurosamente prohibida, para lograr su completa consagración a las tareas de la milicia y del gobierno. Según la tradición, Licurgo había querido evitar toda desigualdad de rango y de fortuna entre los ciudadanos, y, para ello, repartió la tierra en 9.000 lotes de idéntico valor y prohibió la venta de esas propiedades.

Los periecos.— Los periecos o laconios, constituían una clase social inferior a la espartana, pero a la que se reconocía el ejercicio de ciertos derechos. En efecto, los periecos — que parecen haber sido 30.000 — eran hombres libres y conservaron la propiedad de sus tierras con la condición de pagar un tributo anual a los espartanos, pero no tenían participación en el gobierno. Los pe-

¹ Oligarquía es palabra griega que significa gobierno de pocos.

riecos constituyeron la clase activa, trabajadora e industriosa de Esparta porque los espartanos vivían dedicados por entero a la vida militar o política; les estaba prohibido el trabajo manual.

Además debían combatir como auxiliares de las tropas espartanas.

Los ilotas. — Los ilotas eran esclavos de la tierra. Licurgo entregó a los espartanos lotes de tierra con cierto número de ilotas que no podían ser separados de esa tierra. Los ilotas debían entregar a los propietarios, de quienes dependían, una prestación fija, equivalente, más o menos, a la mitad del rendimiento del terreno. Esto les permitía alcanzar, a veces, cierto bienestar material, pero recibían de los espartanos un trato terrible. Como constituían el sector más numeroso de la población de Lacedemonia (200 000 hab.), sus señores tenían siempre una posible revuelta y, por ello, se valieron de la severidad y del temor para mantenerlos sometidos.

El ejército. — Las leyes de Licurgo reglamentaban la educación. Al nacer, el niño era revisado por personas especialmente encargadas que inmolaban al recién nacido si lo encontraban débil o deforme, arrojándolo desde la cima del monte Taigeto.

A los siete años, ya el niño dejaba de pertenecer a su hogar. Entraba a formar parte de un grupo de niños de su misma edad que, dirigidos por un educador, empezaban a adiestrarse en los ejercicios gimnásticos y a adquirir, desde ya, el sentido de la solidaridad, del compañerismo, de la disciplina y de la obediencia. Hacían vida al aire libre, en un pequeño campamento que constituía su nuevo hogar. Para fomentar su iniciativa se les dejaba librados a sí mismo en la realización de los menesteres diarios. Ellos debían preparar sus alimentos, y se les estimulaba a conseguirlos por sus propios recursos, aunque fuera mediante el robo, para desarrollar así su astucia y audacia.

A la preparación gimnástica se agregaba una preparación de orden espiritual. Se les enseñaba a leer y a escribir y se les hacía aprender poemas cuyos principales episodios comentaba el maestro. Los cantos homéricos fueron, por supuesto, el eje de esta educación. El ejemplo de los héroes griegos que combatieron contra Troya era el ideal de virilidad guerrera que los niños se acostumbraban a admirar. A los ejemplos homéricos se mezclaban cantos propios de Esparta que aprendían de memoria. Uno de estos cantos juveniles decía:

“Marcha al combate, espartano,
sosteniendo el escudo con tu izquierda
y agitando tu lanza con espíritu valiente.
No mezquines tu vida en la lucha
que no es esa la costumbre de Esparta.”

A esto se reducía la cultura del espíritu. Paulatinamente, en cambio, la preparación militar se iba haciendo más intensa, pues el modo de combatir de los espartanos requería minucioso adiestramiento. A ellos corresponde, en efecto, el mérito de haber sido los propagadores de una nueva táctica guerrera consistente en atacar en masa cerrada. Había, pues, que disciplinar el conjunto para evitar el desorden. El ejército se compuso de pequeños cuadros de 15 guerreros pesadamente armados, con coraza, casco, perneras, escudos, lanza y daga, y se acostumbró a estos soldados, llamados *hoplitas*, a realizar movimientos de conjunto al son de la música. Esta masa humana, avanzando al unísono, tenía una tremenda eficacia ofensiva, pero su buen funcionamiento requería una disciplina colectiva muy severa. Esta disciplina la lograban de modo maravilloso los hoplitas espartanos, como consecuencia del aprendizaje militar que empezaba a los 7 años y duraba hasta los 17.

A los 17 años el joven entraba a formar parte del ejército, pero no tenía aún capacidad política pues sólo a los 30 años se le permitía integrar la Asamblea de los Ciudadanos. Sólo en ese entonces adquiría la plenitud de sus derechos políticos, y se le permitía contraer matrimonio.

Las costumbres espartanas. — La ley hacía obligatorio el matrimonio para todo espartano. Es de hacer notar que las mujeres en Esparta recibían una educación viril, y se las acostumbraba a los ejercicios físicos lo mismo que los varones. Esto resultaba chocante para los demás griegos, que tenían ideas distintas sobre la educación femenina. En las otras ciudades de



De R. Cagnat.
HOPLITA.

Estatueta en bronce encontrada en Dodona

la Hélade, en efecto, la mujer se educaba en la parte del hogar que le estaba exclusivamente reservada, llamada el gineceo. La muchacha espartana, emancipada del gineceo, practicando ejercicios físicos y corriendo los campos con una túnica corta que le llegaba a la rodilla, fué, para ellos, tema de comentarios sarcásticos; pero, en cambio, admiraban sus condiciones de energía y su abnegación.

La fundación de una familia no disminuía en nada las obligaciones del espartano para con el Estado. Soltero o casado, debía el servicio militar hasta los 60 años, y seguía obligado, constantemente, a la realización de ejercicios guerreros. La propia vida doméstica estaba coartada en ciertos aspectos. Así, por ejemplo, se le imponía asiduamente la concurrencia a las comidas públicas, en que cada uno debía aportar sus alimentos, y que agrupaban alrededor de la mesa común a los mismos quince compañeros que en la guerra debían combatir juntos.

Este sistema de contracción constante del individuo a los deberes militares que el Estado le imponía, convirtió a Esparta en el principal poder guerrero de la Hélade, e hizo del nombre "espartano" un sinónimo de disciplina rígida, de devoción a la patria, de estoicismo para soportar el dolor. Mientras otras ciudades griegas transformaban su vida social por el desarrollo de las industrias, del comercio y del arte, Esparta permaneció absolutamente fiel a la dura disciplina que imponía a sus ciudadanos y su ideal belicoso siguió siendo el expresado en uno de sus cantos guerreros: "es noble la muerte del valiente que cae en la batalla luchando por su patria".

La tenacidad con que Esparta mantuvo su régimen de vida la convirtió, exclusivamente, en un vasto campamento militar de ciudadanos en armas al borde del Eurotas. Pero faltaron, por eso mismo, al espartano otras cualidades muy nobles, como el amor a las letras y a las artes, el gusto por la industria y el comercio, y, sobre todo, el espíritu alerta, curioso y constantemente investigador que poseyeron en alto grado los atenienses.

CAPÍTULO VIII

LA RELIGIÓN GRIEGA

Su formación. — La religión griega fué el resultado de un largo proceso, durante el cual se reunieron en un solo sistema religioso dioses y cultos de muy diverso origen y procedencia. Pueden distinguirse tres fuentes diversas de la religión griega: 1º Las creencias y divinidades de las primitivas tribus griegas antes de establecerse en la Hélade. 2º Las creencias y divinidades propias de los cretenses con las que los griegos entraron en contacto cuando invadieron las tierras del Egeo. 3º Los dioses y cultos del Oriente, que influyeron sobre los griegos, debido a su trato con los fenicios y los pueblos del Asia Menor. Estos elementos fueron fusionándose hasta formar la religión griega, que fué esencialmente politeísta¹ y antropomórfica².

Era *politeísta* porque se rindió culto a numerosos dioses, y era *antropomórfica* porque las divinidades eran concebidas y representadas con forma humana. No solamente las humanizaban en su apariencia física; también les atribuían las cualidades, las pasiones, las virtudes y aun los defectos de los hombres. Pero eran inmortales, y eternamente jóvenes. Su residencia era el monte Olimpo, donde Zeus, el más poderoso de los dioses, reinaba sobre los demás.

La mitología. — La imaginación de los griegos atribuyó a los dioses, como dijimos, las mismas costumbres de los hombres.

¹ Del griego *poli*: muchos, y *teos*: dioses.

² Del griego *antropos*: hombre, y *morfos*: forma.

Hubo entre ellos parentescos y matrimonios, rivalidades y uniones. Intervinieron a veces en las querellas de los hombres, como se ve en la Iliada, donde unos dioses protegen a Troya y otros, por el contrario, son favorables a los griegos.

Los griegos contaban detalladamente la vida y aventuras de cada dios. El conjunto de estos relatos o mitos¹ forma la mitología griega.

Leyendas sobre el origen del mundo. — Las creencias sobre el origen del mundo aparecen minuciosamente explicadas en un poema llamado *Teogonía* u Origen de los dioses, cuya redacción se atribuye al griego *Hesiodo*, que vivió en el siglo VII a. C.

Según dicho poema, en un principio existió el Caos. De la unión del Caos con Gea (la Tierra), nacieron Uranos (el cielo) y Pontos (el mar). Uranos engendró unos monstruos gigantes llamados los Titanes y los Cíclopes, y también engendró a Kronos (el tiempo) que destronó a su padre y se convirtió en dueño del mundo. De la unión de Kronos con la diosa Rhea nacieron muchos hijos, a los que devoraba éste apenas surgían a la vida, para evitar que se rebelaran contra su poder. Pero Rhea consiguió engañar a Kronos y salvar de su voracidad a varios de sus hijos, que fueron Zeus, Poseidón, Hades, Deméter y Hera. Zeus luchó contra su padre, lo encadenó y heredó su poder. Pero tuvo que luchar todavía contra los Titanes, hermanos de Kronos, que quisieron vengar al dios destronado. Estos monstruos, dotados de una fuerza extraordinaria, pusieron el monte Osa sobre el monte Pelión para escalar el Olimpo. Pero Zeus, con la ayuda de sus hermanos, derrotó a los Titanes y los fulminó con el rayo divino. Desde entonces Zeus fué el dominador indiscutido del Universo, y dió al mundo la armonía y la paz.

Culto de los grandes dioses. — Zeus era el jefe omnipotente del mundo divino. Habitaba en las altas cimas del Olimpo, en los palacios construídos para él por su hijo *Hefaiistos*, dios del fuego y de la industria.

Zeus, jefe de los hombres y de los dioses, repartía el gobierno del mundo con sus hermanos: *Poseidón*, que reinaba sobre los

¹ Del griego *mythos*: fábula.

mares y *Hades* que era el señor del mundo subterráneo. El dominio propio de Zeus era el aire. Regulaba los fenómenos atmosféricos, y el rayo era su arma característica. Los griegos hicieron de Zeus no sólo el dios supremo, sino también el dios justo y bueno, síntesis de la inteligencia divina que mantiene el orden, tanto en el mundo moral como en el mundo físico.

Hera, esposa de Zeus, era la diosa protectora del matrimonio y de los nacimientos, y presidía como divinidad tutelar todas las manifestaciones de la vida familiar.

Deméter, hermano de Zeus, era la diosa de la tierra fecunda. Ella enseñó a los hombres la agricultura; protegía el desenvolvimiento de la semilla y se alegraba cuando ésta triunfa de la tierra y se transforma en fruta, en grano o en flor. Por eso los griegos honraban a Deméter en la época de las cosechas.

Atenea era la diosa de la razón y de la sabiduría. Hija de Zeus, la leyenda decía que el dios la había desprendido de su cabeza, símbolo hermoso en el que se expresa la relación de Atenea con la inteligencia divina.

Apolo y *Artemisa* eran hijos de Zeus y de Letona. Apolo, dios de la luz, se identifica con el Sol; Artemisa, diosa de la noche, se identifica con la luna.

Apolo era el dios protector de la música y de la poesía. Se le suponía capaz de revelar a los mortales la voluntad de su padre Zeus, y por eso se hizo famoso el santuario de Delfos en Focidia que le estaba consagrado y donde expresaba a sus fieles los designios divinos por medio de oráculos.



ZEUS (de una moneda de Élide).

Los griegos imaginaban a Zeus como un personaje majestuoso, de barba y cabellera abundantes. En el reverso de la moneda aparece sentado en un trono y teniendo en su mano la Victoria.

Artemisa era la diosa cazadora y selvática, que se complacía en la soledad de los bosques, al abrigo de toda mirada indiscreta. El cazador Acteón, que se atrevió a espiarla, fué transformado en ciervo por la diosa, y sus propios perros lo persiguieron y lo devoraron.



De W. Reynolds.

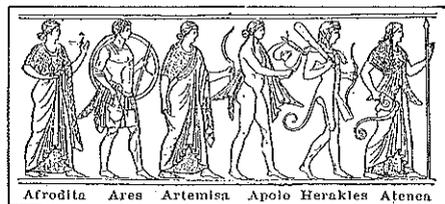
DIOSES GRIEGOS.

Hermes era el mensajero de los dioses y el patrono de los oradores y de los comerciantes.

Dionisos, dios selvático, figuraba igualmente entre los grandes dioses. Era hijo de Zeus. Dios de la viña, se le reverenciaba en fiestas tumultuosas celebradas en ocasión de la vendimia.

Estos dioses griegos suelen ser más conocidos por sus nombres latinos, pues a consecuencia de la conquista de Grecia por Roma, los dioses de ambas regiones, de parecidos atributos, se confundieron en una sola figura divina, y es a través de la terminología romana que se conoce, vulgarmente, la mitología griega.

Por eso es útil señalar, desde ya, la relación existente entre los nombres griegos y romanos de los dioses.



De W. Reynolds.

DIOSES Y HÉROES GRIEGOS

Nombre griego	Nombre latino	Nombre griego	Nombre latino
Zeus	Júpiter	Apolo	Febó
Hera	Juno	Hermes	Mercurio
Atenea	Minerva	Ares	Marte
Artemisa	Diana	Hefastus	Vulcano
Afrodita	Venus	Poseidón	Neptuno
Deméter	Ceres	Hestia	Vesta

Divinidades secundarias. — Infinidad de divinidades de menor jerarquía que las Olímpicas poblaban el universo. Todas las manifestaciones de la naturaleza eran, para los griegos, consecuencia de la acción de esos dioses.

Los bosques, las fuentes, las montañas, estaban habitados por las *Ninfas*, divinidades alegres y amables. Creían los griegos que en las noches de luna las Ninfas abandonaban el refugio de los árboles e integraban el cortejo de Artemisa, la reina severa de la selva. En otras ocasiones, las Ninfas, con sus cabezas coronadas de flores, corrían y danzaban por el bosque, pero si de pronto veían a los Sátiros, dioses con patas y cola de cabra, representantes de las fuerzas groseras de la naturaleza, huían desfavoridas.

Otra divinidad selvática era *Pan*, dios protector de los pastores. Recorría la selva rompiendo su silencio con los acordes de su flauta, pero a mediodía se entregaba al descanso. Decían los pastores que esa era la hora de Pan, y si algún imprudente alteraba la quietud de su sueño, el dios perseguía iracundo al pastor irreverente, al que acometía un terror "pánico".

El mar, dominio de Poseidón, quien aplacaba o enfurecía las aguas con un leve movimiento de su tridente, estaba poblado por muchas divinidades.

Anfitrite era la reina de las aguas y esposa de Poseidón. Las Ninfas del mar eran las *Nereidas*, doncellas de pies de plata que personificaban las olas suaves y acariciadoras. Los *Tritones*, en cambio, representaban la furia de las aguas. Ellos soplaban en sus cuernos marinos y anunciaban con su ronco sonido la proximidad de la tormenta. El mar tenía, igualmente, su dios Pan: era *Proteo*, pastor guardián de los rebaños de focas de Poseidón, que poseía la extraña facultad de transformar su apariencia a voluntad, y representaba de ese modo lo que tiene la ola de cambiante y movedizo.

El cielo y la atmósfera eran también escenario de otras muchas divinidades. *Eos*, la aurora, que con sus dedos rosados abría a Apolo, todas las mañanas, las puertas del cielo. *Iris*, la mensajera de los dioses, cuyo velo desplegado al viento dibujaba en el aire el arco iris. *Eolo*, dios de los vientos, a los que dejaba volar libremente o retenía cautivos en su antro.

En las regiones subterráneas, el dios soberano era *Hades*, acompañado de su esposa *Perséfone*, la hija de Deméter. Las otras divinidades subterráneas eran *las tres Parcas*: *Kloto*, *La-*

kesis y *Atropos*, que tenían, desenvolvían y cortaban el hilo de la vida humana; las *Erinnias* o Furias, divinidades vengadoras que perseguían sin cesar a los criminales y a los malvados; los tres jueces infernales, *Minos*, *Eaco* y *Radamanto*, que decidían sobre el destino de las almas.

Cultos de los héroes.— Entre los dioses y los simples mortales, los griegos colocaban a seres fabulosos llamados los Héroes. Algunos de éstos eran semidioses, nacidos de la unión de seres divinos con humanos. Se les atribuía la realización de maravillosas hazañas, hijas posiblemente de la exageración de algunos hechos reales del pasado griego que la imaginación había deformado y poetizado al trasmitir su recuerdo de padres a hijos por tradición verbal.

Existían diferentes tipos de leyendas heroicas. Unas eran verdaderas genealogías, que explicaban el origen de los griegos. Otras contaban aventuras de extranjeros llegados a Grecia, y que fueron héroes benefactores del país. En fin, otras relataban las aventuras de los grandes héroes nacionales: Herakles, Perseo, Teseo, Jasón y los Argonautas, Edipo, etc.

Leyendas sobre el origen de los Griegos.— La leyenda de Prometeo pretendía explicar el origen de la humanidad, y el de la raza griega.

Prometeo era un Titán, hijo de *Uranos*. Expulsado del Olimpo, modeló un hombre de arcilla, *Epimeteo*, y para darle vida tuvo la audacia de robar el fuego del cielo. En castigo por semejante atrevimiento, Zeus encadenó a *Prometeo* a una roca, y, cada día, un buitre le roía las entrañas, que incesantemente volvían a crecer.

A su vez, Zeus hizo forjar por *Hefaistos* una mujer llamada *Pandora*, que unió a *Epimeteo*, el hombre creado por *Prometeo*, y a la cual entregó una caja misteriosa que no debía abrir. Pero la pareja humana, violando la prohibición divina, abrió la "caja de *Pandora*", de la que escaparon todos los males que azotan a los hombres. Sin embargo, en el fondo de la caja quedó la esperanza. Los hombres se volvieron entonces tan malvados, que Zeus los destruyó por un diluvio. Sólo una pareja, la formada por *Deucalión* y *Pirra*, escapó de la destrucción, y éstos, para poblar la tierra, arrojaron al aire unas piedras, de las que nacieron nuevos hombres. El hijo de *Deucalión*, *Helen*, fué el antepasado legendario de los Griegos, y los nombres de los descendientes de *Helen*, *Aqueo*, *Ión*, *Eolo* y *Doros*, explican por esta genealogía legendaria las divisiones de las tribus griegas.

Leyendas sobre héroes extranjeros.— Las leyendas griegas mantuvieron vivo el recuerdo de la influencia que las civilizaciones orientales ejercieron en las comarcas del Egeo.

Los atenienses contaban que la ciudadela de Atenas había sido construída por el egipcio *Cecrops*, quien además enseñó a los habitantes del *Atica* los fundamentos de la civilización.

Los tebanos tenían una leyenda parecida. Un fenicio llamado *Cadmo*, después de matar un dragón que assolaba la comarca, construyó la fortaleza de la ciudad de Tebas, que conservó, en su recuerdo, el nombre de *Cadmea*. A *Cadmo* atribuían también los griegos la introducción en su país del alfabeto.

En la región de Argos se contaba que un egipcio, príncipe emigrado del *Delta*, llamado *Danao*, organizó el gobierno del país. Las cincuenta hijas de *Danao* mataron a sus maridos egipcios, y los dioses, para castigar el crimen, condenaron a las *Danaides* al suplicio de llenar un tonel sin fondo.

Leyendas de héroes nacionales griegos.— Hazañas de Herakles.— Herakles fué el héroe nacional de los dorios. Hijo de Zeus y de la tebana *Alcmene*, y dotado

de una fuerza sobrehumana, empleó su valor y su vigor extraordinarios en luchar siempre por la defensa de la justicia y del bien.

Doce fueron las grandes hazañas de Herakles. Cuatro de ellas consistieron en la muerte de monstruos terribles que assolaban el Peloponeso: el león de *Nemea*; la hidra de *Lerna* de múltiples cabezas; el jabalí de *Erimanto*, y los pá-

jaros crueles del lago *Stínfalo*. Otras cuatro fueron cumplidas también en tierras griegas: alcanzó a la carrera y dió muerte después de perseguirla durante un año a una cierva de patas de bronce; en la *Elida* limpió las caballerizas del rey *Augias* haciendo pasar por ellas las aguas del río *Alfeo*; en *Creta* dominó al terrible toro de *Minos* y en *Tracia* hizo devorar al rey *Diodemes* por sus propios caballos que él alimentaba con carne humana. La leyenda ubicaba en otras regiones del mundo, fuera de Grecia, los últimos trabajos de Herakles: en *Bética* (España) mató al gigante *Geryon*; en *Escitia* (Rusia meridional) venció a una tribu de mujeres guerreras llamadas las *Amazonas*; en *África* ayudó al gigante *Atlas* a soportar el Mundo, y robó las manzanas de oro del jardín de las *Hespérides*. De paso, con un formidable golpe de su pesada maza, abrió el estrecho de *Gibraltar*, que en la antigüedad fué conocido con el nombre de columnas de Herakles. La última aventura de Herakles fué descender a los infiernos



De W. Goetz.
HERAKLES EN LUCHA CON DOS CENTAUROS.
(Relieve griego en bronce).

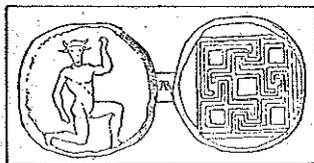
encadenar al terrible perro Cerbero, que guardaba la mansión subterránea, y libertar de ella a su amigo Teseo.

Herakles sucumbió víctima de los celos de su esposa Dejanira, quien, para vengarse del amor de aquél por una de sus cautivas, Omfalia, dió al héroe una túnica envenenada con la sangre del centauro¹ Neso. Cuando Herakles vistió la túnica se sintió devorar hasta los huesos por un fuego irresistible. Loco de dolor, encendió una pira sobre el monte Eta y se precipitó en las llamas.

Hazañas de Teseo.—Teseo, hijo del rey de Atenas Egeo, fué el héroe nacional del Ática.

Atenas pagaba a Minos, rey de Creta, un tributo anual consistente en siete doncellas y siete jóvenes para ser devorados por un monstruo, el Minotauro, dotado de cuerpo humano y cabeza de toro.

Teseo se hizo incluir en el grupo de atenienses entregados para el sacrificio. Llegado a Creta, la hija del rey, Adriadna, enamorada de él lo ayudó en la empresa de exterminar al monstruo voraz. Le entregó un hilo que le impidió perderse en los corredores del Laberinto, o sea del palacio en que vivía el Minotauro. Así, Teseo dió muerte a éste y volvió sano y salvo al Ática. Pero su padre, Egeo, le había hecho prometer, antes de la partida, que en caso de volver victorioso, izase velas blancas en su navío. Teseo olvidó la promesa, y entonces su padre, creyéndolo muerto, se precipitó al mar, que, en recuerdo de él, ha guardado su nombre.



EL MINOTAURO Y EL LABERINTO
(De una moneda).

Hazañas de Perseo.—Este semidiós, hijo de Zeus y de la mortal Danae, fué el héroe de Argos. Sus dos hazañas más famosas fueron: la muerte de la Medusa, la más terrible de las Gorgonas, monstruos que convertían en piedra a todos los que las miraban; y la liberación de Andrómeda, joven princesa prisionera de un monstruo de los mares.

Jasón y los Argonautas.—Varios héroes griegos, Herakles, Teseo, Castor y Pólux, acaudillados por el tesalio Jasón, organizaron una expedición para reconquistar de manos del rey de Cólquida, Eetes, un vellocino de oro poseído anteriormente por el rey Athamas, de la ciudad beocia de Orcomenes. Embarcados en el navío Argo, llegaron a Cólquida, donde, con la ayuda de la maga Medea, hija del Rey, Jasón logró escapar a los innumerables peligros que le amenazaban y apoderarse del vellocino. Enamorada de Jasón, Medea lo acompañó en su huida. Los argonautas experimentaron toda suerte de aventuras en su viaje de regreso a Tesalia, la patria de Jasón. Allí Medea, en un acceso de celos, dió muerte a los hijos que había tenido con Jasón, y desapareció por los aires en un carro del que tiraban dos serpientes aladas.

¹ Los centauros eran monstruos fabulosos, mitad hombres y mitad caballos.

Edipo, hijo de Laio, rey de Tebas, y de Jocasta, fué abandonado al nacer en la cumbre del monte Citeron, porque un oráculo había predicho que mataría a su padre y que se convertiría en esposo de su madre. Salvado por un pastor, y educado en Corinto, no pudo escapar al terrible destino que le acechaba. Mató a su padre Laio, sin conocerlo; venció a la Esfinge, monstruo que asesinaba a los viajeros en las cercanías de Tebas, y recibió de los tebanos, como recompensa, la corona real y la mano de Jocasta, su madre, viuda de Laio. Cumplido el oráculo, una terrible peste se desencadenó sobre el país. Edipo descubrió la realidad. Entonces, Jocasta se dió muerte y Edipo se reventó los ojos. Expulsado de Tebas, se alejó, acompañado por su hija Antígona y fué a morir cerca de Atenas, en Colona.

La leyenda de Edipo expresa la idea que se hacían los griegos del destino. Creían en la fatalidad, y la representaban como una divinidad poderosa a la que daban el nombre de *Némesis*. La suerte desgraciada de Edipo es la de un hombre que no puede escapar a su destino.

La leyenda trágica de los Atridas, descendientes de Atreo, es otro ejemplo del destino terrible que persigue a una familia por varias generaciones. Pero en este caso hay un delito cometido contra los dioses por un antepasado de Atreo y es, en expiación de él, que sus descendientes se vieron acosados por la venganza divina.

Tántalo, rey de Frigia, para burlarse del poder de los dioses, los invitó a un banquete, y les hizo servir la carne de su propio hijo Pelops, a quien había asesinado. Zeus percibió el crimen, y precipitó a Tántalo a los infiernos, donde su castigo consistió en padecer hambre y sed, contemplando manjares y bebidas que sus manos no podían alcanzar. Zeus, además, resucitó a Pelops, que fué el colonizador del Peloponeso. Pero uno de sus hijos llamado Atreo, cometió un crimen parecido al de Tántalo, y entonces la maldición de los dioses cayó implacable sobre todos sus descendientes. A esta raza maldita pertenecieron Agamemnón y Menelao, los reyes que hicieron la guerra de Troya. A la vuelta de la guerra, Agamemnón fué asesinado por su esposa Clitemnestra, pero el hijo de ambos, Orestes, mató a su madre para vengar al padre, siendo perseguido por las Furias vengadoras.

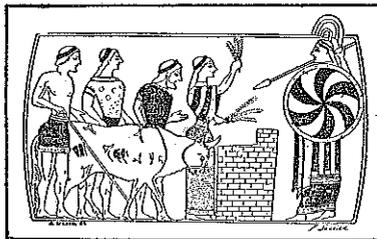
Muchas otras figuras de héroes disfrutaron de popularidad en el mundo griego, como *Orfeo*, cantor y músico venido de las regiones de Tracia y cuya música suave y melodiosa atraía hasta las mismas fieras; *Castor* y *Pólux*, los valientes mellizos hijos de Zeus y de Leda; *Belerofonte*, el héroe de Corinto, vencedor de la Quimera, monstruo fabuloso.

Las ceremonias del culto religioso. Los oráculos.—

Las principales manifestaciones del culto religioso se efectuaban en los templos.

El templo griego no fué, como es el cristiano, un punto de congregación de los fieles, sino principalmente la casa del dios. Era un edificio generalmente rectangular, dividido en tres partes diferentes: el vestíbulo de entrada, la nao o parte central, que contenía la estatua del dios, y la cámara posterior donde se guardaba el tesoro del templo, así como los adornos de la imagen del dios.

Antes de penetrar en el templo, los fieles debían purificarse. Los actos del culto consistían en oraciones, himnos cantados con acompañamiento de instrumentos musicales, ofrendas de objetos o alimentos, y, sobre todo, sacrificios de animales. Estos sacrificios eran de diversas clases: el más común y corriente consistía en la inmolación sobre el altar de un cabrito o de un cordero. Se llamaba holocausto a la forma especial de sacrificio en que se dejaba consumir enteramente la víctima por el fuego sagrado. La hecatombe era el sacrificio de mayor ostentación, que sólo las ciudades o los grandes propietarios podían ofrecer, pues en él se inmolaban cien bueyes a la vez ¹.



Do. Ch. Guignebert.

SACRIFICIO RELIGIOSO.

(De un vaso pintado).

Los fieles, precedidos por la sacerdotisa, ofrecen un buey en sacrificio a la diosa Atenea.

Los otros que, además, disfrutaba del honor de hallarse vinculado al culto de un dios.

En la Hélade hubo templos que se convirtieron en los grandes santuarios de todo el mundo griego. Tal fué *el templo de Zeus en Olimpia*, ciudad de Elida, en el Peleponeso, donde, como se verá más adelante, se celebraban las grandes fiestas religioso-deportivas llamadas Juegos Olímpicos, que congregaban, cada cuatro años, a todos los hombres de habla griega. Tal fué, también, *el santuario de Apolo en Delfos*, situado en Focidia, al pie del Parnaso, en el lugar donde se cruzan todas las rutas que comunican la Grecia del norte con la del sur. En Delfos, el hijo de Zeus, Apolo, a quien los griegos atribuían dones pro-

féticos, solía revelar la voluntad divina por medio de oráculos. Así lo creían los helenos, que acudían desde las ciudades más lejanas a consultar ansiosos al oráculo.

Apolo respondía a las consultas de sus adoradores por intermedio de una sacerdotisa llamada la Pitia o Pitonisa, quien, sentada en un trípode colocado en los bordes de una profunda hendidura de la tierra, profería, en medio de convulsiones, gritos inarticulados, que luego los sacerdotes interpretaban transmitiendo su respuesta al consultante.

Cuando las preguntas de los fieles correspondían a un hecho que había de producirse en el futuro, las respuestas eran vagas y equívocas. Pero no eran estos los casos más corrientes, pues, en general, los consultantes solicitaban solamente del oráculo un consejo sobre hechos o situaciones del presente. Esto facilitó la labor de los sacerdotes, cuyas respuestas prudentes fueron asegurando al templo de Delfos una autoridad que lo convirtió en una de las capitales religiosas de la Hélade.

El culto de los antepasados. — Al margen de los innumerables dioses y héroes, a quienes los griegos rendían un culto público, cada familia tenía su propia religión particular.

El eje de esta religión doméstica era el culto de los antepasados, basado en la concepción que los griegos se hacían de la muerte. Creían que los muertos continuaban viviendo en el sepulcro, y que conservaban las mismas necesidades que en vida. Era preciso, pues, ofrendarles, constantemente, alimentos, y hacer ante sus tumbas libaciones de leche, miel o vino.

Según que sus descendientes cumplieran o no esos ritos funerarios, el muerto se convertía en una divinidad protectora o malhechora respecto de la familia. Especialmente si no se le había asegurado sepultura, los griegos creían que el alma del difunto erraba por las riberas de los ríos infernales, sin lograr jamás el reposo. De aquí que cada familia organizase, celosamente, el culto de sus muertos.

En cada casa ardía, perennemente, el fuego familiar, que simbolizaba el espíritu de los antepasados. En su presencia no podía realizarse un acto impuro; por el contrario, el jefe de la familia, supremo sacerdote del culto doméstico, no descuidaba jamás de relacionar, mediante una sencilla libación, todos los actos de la vida del hogar con aquel fuego que representaba la unidad de la familia en el tiempo y la solidaridad religiosa de las distintas generaciones.

Los griegos de la época de Homero no tuvieron sobre la vida

¹ De ahí el sentido actual y corriente de la palabra hecatombe.

de ultratumba más nociones que las consagradas por la religión doméstica. Pero, gradualmente, elaboraron ideas más acabadas y de mayor contenido moral respecto al destino de las almas. Ya no creyeron suficientes los ritos funerarios para alcanzar la felicidad en la otra vida, sino que concibieron a ésta como el premio discernido por los dioses a los que fueron hombres de conducta buena y justa. Pensaron entonces que después de la muerte las almas atravesaban los ríos infernales conducidas por la barca de Caronte y comparecían ante tres jueces: Minos, Eaco y Radamantos. El virtuoso era admitido a gozar de la felicidad digna de los justos en los Campos Elíseos¹. El malvado era condenado, inexorablemente, a los suplicios del Tártaro².

Los misterios y el orfismo.—El culto de algunos dioses estaba vinculado con ceremonias secretas a las que sólo podían asistir los fieles iniciados en ellas. Su revelación se castigaba con penas que llegaban hasta la muerte.

El más importante de esos cultos misteriosos era el realizado en la localidad de Eleusis, próxima a Atenas, en un santuario levantado en honor de la diosa Deméter.

Deméter, hermana de Zeus, diosa de la tierra fecunda, era una de las grandes divinidades del Olimpo. Según la mitología griega, Deméter tenía una hija, Koré, que en cierta ocasión, mientras danzaba con otras compañeras en los prados floridos del Ática, fué raptada por Hades, señor de las fuerzas subterráneas, que la llevó consigo a su morada sombría de las entrañas de la tierra. La desaparición de Koré desesperó a Deméter, que triste y desolada buscó a su hija por todos los lugares de la Hélade, hasta averiguar finalmente cuál había sido su destino. Zeus accedió ante las reiteradas súplicas de Deméter, en permitir el regreso de Koré con la condición de que volvería nuevamente a los dominios de Hades si durante su estada en las mansiones subterráneas había ingerido algún alimento.

La vuelta de Koré a la superficie de la tierra devolvió la alegría al corazón afligido de Deméter, quien otra vez, como antes, derramó pródigamente sus dones a los hombres.

¹ Los griegos imaginaban a los Campos Elíseos como una región deliciosa en que la naturaleza se hallaba permanentemente en todo su esplendor.

² Del griego tartaros, que significa infierno, lugar de tormento.

Pero Koré había comido junto a Hades una pepita de granada, y por ello, después de una breve estada con su madre, descendió nuevamente a las entrañas de la tierra a morar con su esposo, que, año tras año, le permitía retornar al lado de Deméter.

Este era el mito que se representaba en las fiestas religiosas de Eleusis, cuya contemplación sólo se permitía a los iniciados, que en solemne procesión desfilaban desde Atenas hasta Eleusis para congregarse en el santuario de Deméter y celebrar allí sus ritos misteriosos.

El mito de Deméter simboliza las alternativas de la vegetación. La diosa es la tierra fecunda que prodiga sus beneficios a la humanidad, mientras el invierno le arrebatara sus frutos y sus flores, dejándola triste y desolada. Pero en los surcos profundos queda escondida la simiente que guarda el germen de la vida y que, como la Koré de la leyenda, ha de romper la corteza que la retiene prisionera, venciendo la tristeza de la tierra, cuyo gozo se traduce entonces en gloriosa fecundidad.

El ciclo de la vegetación con la alternancia periódica de muerte y resurrección de los frutos de la tierra debía sugerir la noción de una semejante resurrección del alma humana que no se aniquilaba con la muerte. Esta era, precisamente, la creencia esencial que animaba los misterios de Eleusis y que plásticamente se transmitía a los iniciados mediante la representación del mito de Deméter.

El orfismo.—Otro mito importantísimo por el desarrollo que dió a la noción de la vida de ultratumba era el celebrado en honor del héroe Orfeo.

El culto de Orfeo se mezclaba con el de la figura divina de Dionisos. Según la leyenda que animaba el orfismo, Dionisos había sido devorado por los Titanes, hijos de la Tierra y del Cielo y antepasados del género humano.

En los hombres coexisten, pues, dos elementos: uno grosero y material: el cuerpo, heredado de los Titanes; otro divino y espiritual, el alma, proveniente de Dionisos. Para reparar la falta de los Titanes, los hombres debían emancipar su alma, prisionera en la miserable y grosera envoltura carnal sometiendo a prácticas ascéticas y ajustando su conducta a una moral severa. Así triunfaría en ellos el elemento divino y sería vencida la muerte por una definitiva resurrección.

El orfismo se difundió rápidamente en el mundo helénico a partir del siglo VI a. C. Tuvo siempre el carácter de un culto misterioso, cuyos iniciados se agrupaban en cofradías para la celebración de los ritos órficos. El orfismo contribuyó a difundir la creencia de una vida de ultratumba considerada como premio a una conducta justa, y parece que fué por su influencia que estas ideas se mezclaron en Eleusis al culto de Deméter.

Las fiestas nacionales griegas: Panateneas y Dionisiacas.—Una de las principales manifestaciones del culto, eran las grandes fiestas que se celebraban periódicamente en honor de los dioses y durante las cuales, además de los actos propiamente religiosos, solían realizarse juegos populares y competencias deportivas.

Estas fiestas eran de dos clases: nacionales e internacionales o panhelénicas. En las primeras sólo intervenían ciudadanos de una determinada población. Las segundas eran comunes a todos los griegos, como lo expresa el nombre de *panhelénicas*, que significa de todos los helenos.

Entre las más brillantes fiestas nacionales se destacaban las *Panateneas* y las *Dionisiacas*.

Las *Panateneas* eran las fiestas dedicadas a la diosa Atenea, venerada por los atenienses como protectora de la ciudad. Comenzaban las Panateneas con variados juegos públicos, concursos atléticos y carreras. Una vez terminados los juegos, la ciudad en pleno concurría en procesión al templo de la diosa llamado el Partenón, a depositar toda clase de ofrendas y en especial un velo tejido por las doncellas atenienses.

Las *Dionisiacas* se celebraban en Atenas al llegar la primavera, en honor de Dionisos, el dios de la viña, a quien se honraba con representaciones teatrales. Estas representaciones eran costeadas por los ciudadanos más ricos de la ciudad, que competían entre sí para organizar el espectáculo más completo y suntuoso. Durante las Dionisiacas el pueblo expresaba tumultuosamente su regocijo con danzas y juegos callejeros.

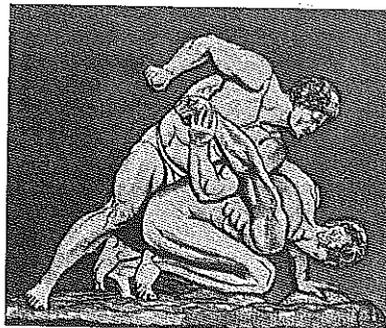
Las fiestas panhelénicas. Los juegos Olímpicos. — Las fiestas panhelénicas más importantes eran los juegos Píticos, los Ístmicos, los Nemeicos y los Olímpicos.

En el santuario de Delfos tenían lugar los juegos *Píticos*¹, en honor de Apolo; en el istmo de Corinto se celebraban los juegos *Ístmicos*, en honor de Poseidón; en Nemea, localidad de la Argólida, se efectuaban los juegos *Nemeicos*, en recuerdo de la hazaña realizada allí por Herakles al dar muerte al león de Nemea. Finalmente, en Olimpia, cerca de Elis, en la Elida, donde se levantaba el templo de Zeus, se celebraban, cada cuatro años, y en honor del rey de los dioses, las fiestas y juegos más importantes de la Hélade: los juegos *Olímpicos*.

Olimpia estaba situada al sur de la Elida, cerca del río Alfeo. Se decía que Herakles había fundado el santuario de Zeus que allí se levantaba, y que, después de un período de abandono, el espartano Licurgo lo había restaurado.

Como el santuario de Delfos, este de Olimpia, comprendía numerosos monumentos, templos, capillas, altares. La construcción principal era el templo de Zeus, a cuyo alrededor, y a la sombra de los plátanos, se extendía una amplia avenida con pórticos y columnas que la muchedumbre desbordaba en ocasión de las grandes fiestas. Todos los monumentos estaban agrupados, en Olimpia como en Delfos, dentro de un recinto sagrado que se llamaba el *Altis*.

Las fiestas de Olimpia parecen haberse realizado de muy antiguo, pero fué en el siglo VIII a. C. que adquirieron real importancia como reunión panhelénica.



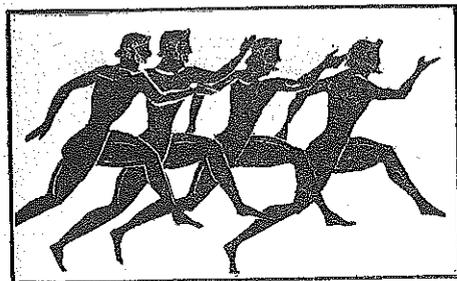
De G. Botsford.

EL PANCRACIO.

El pankracio era una prueba atlética que combinaba la lucha con el pugilato.

¹ La leyenda decía que Apolo había matado en Delfos a la serpiente Pitón. De ahí el nombre de Apolo Pítico.

La concurrencia a los juegos era enorme. De todos los puntos del mundo helénico llegaban, con anticipación, los grupos de peregrinos, que acampaban en las riberas del río Alfeo, a la espera del grandioso espectáculo. Visitaban, entre-



De R. Westward.

CORREDORES EN EL ESTADIO.
(De un vaso pintado).

tanto, las obras de arte y los lugares sagrados, y observaban los últimos detalles en la preparación de los atletas que se ejercitaban bajo la vigilancia de los Helanódicos o jueces del torneo.

Previamente a las justas en que tomarían parte, todos los atletas debían de jurar ante el altar de Zeus "no corromper ni

matar a sus adversarios y aceptar las decisiones de los jueces".

Las pruebas duraban siete días, y comprendían los siguientes ejercicios: *la carrera simple o doble*, a lo largo del Estadio, de 185 metros de longitud; *la carrera con armas*, *la lucha*, *el pugilato*

el lanzamiento de la jabalina, *el lanzamiento del disco*, *el pentatlon*¹ y *las carreras de carros*, que era el espectáculo que provocaba mayor entusiasmo entre los concurrentes.



De R. Westward.

CARRERAS DE CARROS.
(De un vaso pintado).

A los vencedores se les recompensaba con una corona de olivo, único premio oficial. Pero al retorno de Olimpia toda clase de honores esperaban en su ciudad natal al atleta victorioso. Se colocaba su estatua en sitio de preferencia, se le entregaban importantes sumas de dinero, se contaban sus hazañas, se le consi-

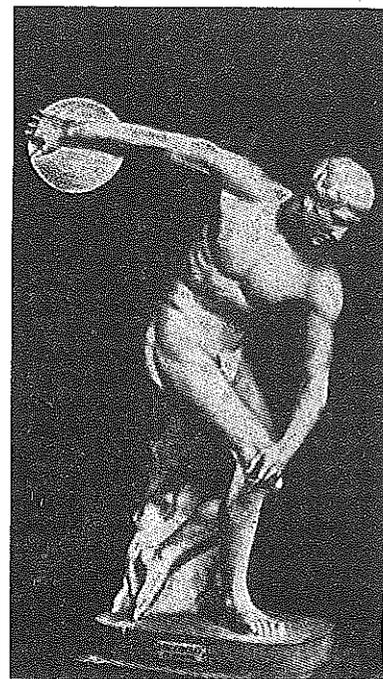
¹ El pentatlon comprendía cinco pruebas: salto, carrera, lucha, lanzamiento del disco y de la jabalina.

deraba como un verdadero héroe al que sus conciudadanos debían, para siempre, agradecimiento y estima.

Los juegos panhelénicos fueron un poderoso factor de acercamiento. Aquellas fiestas en que se congregaban gente de todas las ciudades proporcionaban el escenario propicio para el intercambio de ideas, y en ningún lado como allí el heleno sentía tan hondamente la fuerza profunda de los vínculos culturales que lo aproximaban a sus connacionales.

Además, los juegos estimularon el hábito de la educación física, y fueron fuente de sugerencias para la inspiración artística: para los grandes poetas que, como Píndaro, celebraron en odas triunfales las hazañas de los competidores victoriosos y, sobre todo, para los escultores que habituaron su vista a la contemplación del cuerpo atlético y luego supieron idealizar en el mármol la estampa física proporcionada y vigorosa.

La era de las Olimpíadas.—La primera gran fiesta panhelénica celebrada en el templo de Olimpia, data del año 776 a. C., y desde entonces los juegos en honor de Zeus se efectuaron ininterrumpidamente cada cuatro años. Los griegos atribuían tanta importancia a las fiestas olímpicas que sirvieron de base al sistema de contar el tiempo, y la fecha de la primera fiesta Olímpica (776 a. C.), fué tomada como punto de partida de una nueva era, la llamada era de las Olimpíadas. Desde enton-



De Ch. Terrasse.

EL DISCÓBOLO.

Esta estatua de mármol es una copia de la obra original del escultor Mirón, que vivió a principios del siglo V a. C. Obsérvese el perfeccionamiento rapidísimo de la estatuaría griega.

ces se empezó a contar el tiempo por Olimpíadas o períodos de cuatro años. Así, por ejemplo, para indicar la fecha de un suceso se decía: en el año primero, segundo, tercero o cuarto de tal Olimpíada.

Las Anficionías.—Los juegos Panhelénicos agrupaban, pasajeramente, a los habitantes de las distintas ciudades, en una fiesta común.

Pero entre algunas ciudades se establecieron otras asociaciones, más íntimas y más permanentes, las llamadas *anficionías*, palabra que expresa la idea de reunión de grupos vecinos. Las anficionías eran ligas de ciudades a las que vinculaba un culto común. Los motivos que pueden haberlas creado son desconocidos, pues su origen se remonta a la época más antigua de la historia griega. Pero, seguramente, la conveniencia de establecer un mercado común, de lograr la seguridad fronteriza por la amistad con los vecinos, o, aun, la propia conciencia de cierto parentesco racial, han de haber influído en la vinculación de ciudades. Cualquiera que hayan sido las razones que impulsaron a la unión, ésta tomó, en seguida, un aspecto religioso, que se materializó en la organización de un santuario, en el que se congregaban, periódicamente, los miembros de la anficionía para celebrar el culto común. Este especial vínculo religioso no alteraba la situación de independencia política de cada una de las ciudades integrantes de la liga, pero establecía entre ellas una mayor solidaridad.

Existieron en el mundo griego muchas anficionías, pero la más importante fué la *anficionía de Delfos*, cuyo centro religioso era el santuario de Apolo Pítico, y de la que formaron parte la mayoría de los pueblos de Grecia. Esta anficionía tenía por objetivo fundamental la protección del templo y oráculo de Apolo; un Consejo formado por delegados de las ciudades anficionías cuidaba del cumplimiento de ese cometido. Pero, además, las ciudades integrantes se comprometían en caso de guerra entre ellas a no destruirse, ni a cortar ni a envenenar sus aguas, ni a inmolar a sus habitantes no combatientes. Se trataba, pues, de un ensayo de suavización de los rigores de la guerra que, desgraciadamente, no siempre fué respetado.

Panhelenismo y particularismo griegos; causas que los provocaron.—A través de los grandes cultos nacionales, de las fiestas panhelénicas y asociaciones anficionías, se revelaba poderosamente el sentimiento de unidad helénica. Pero, por debajo de esa unidad, subsistía, íntegramente, el particularismo político del mundo griego, alimentando los odios entre las distintas ciudades y las guerras entre helenos, que forman la trama continua de su historia. Sólo el peligro amenazador del imperio persa consiguió unir a los helenos y les permitió triunfar en las guerras Médicas (siglo V a. C.). Pero esta unión, forjada por la necesidad, fué efímera, y no alcanzó a durar siquiera hasta la terminación de esa guerra contra los persas. En efecto, cada pequeño estado griego tenía una conciencia tan aguda de su independencia como la que hoy en día tienen las naciones del mundo moderno.

Entre las diferentes ciudades todo era motivo de conflicto: rivalidad económica o ambiciones territoriales, temor al engrandecimiento de las otras, etc., y, a pesar de los múltiples lazos de unión creados por la cultura común y costumbres, persistieron las luchas fratricidas que habían de provocar la pérdida de su independencia.

Entre las diferentes ciudades todo era motivo de conflicto: rivalidad económica o ambiciones territoriales, temor al engrandecimiento de las otras, etc., y, a pesar de los múltiples lazos de unión creados por la cultura común y costumbres, persistieron las luchas fratricidas que habían de provocar la pérdida de su independencia.

CAPÍTULO IX

LAS GUERRAS MÉDICAS

Antecedentes y circunstancias.—Entre los siglos VIII y VI a. C., los griegos habían extendido sus colonias por todo el Mediterráneo, desde España hasta el mar Negro. Durante la misma época se habían producido grandes transformaciones en el Cercano Oriente con el derrumbe del poder de los Asirios y el surgimiento del inmenso imperio persa, que luego de someter a todos los estados civilizados del Cercano Oriente extendió sus fronteras hasta los confines de la India, en Asia, y hasta las tierras de Tracia en Europa.

A principios del siglo V a. C., pues, dos grandes civilizaciones se hallaban frente a frente a lo largo del Egeo: una, la griega, políticamente dividida en ciudades independientes; otra, la persa, políticamente organizada en un estado compacto y fuerte. Diversos factores hacían inminente un choque entre ambas civilizaciones. Este choque entre griegos y persas, conocido con el nombre de *guerras médicas*, se produjo en la primera mitad del siglo V a. C. y marcó una etapa decisiva en la historia del mundo antiguo.

Causas lejanas y próximas.—Las guerras médicas fueron la consecuencia natural de la expansión del imperio persa hacia el occidente.

Ciro, fundador del imperio, había conquistado el reino de Lidia, en el Asia Menor, y sometido, luego, a las ciudades griegas de la costa asiática del Egeo. Luego *Dario* franqueó el Helesponto y sometió la Tracia y la Macedonia, es decir, los países situados en la inmediata vecindad de la Hélade. Grecia quedó, así, con-

vertida en tierra fronteriza del imperio persa, que lindaba con ella por Macedonia y por el mar Egeo. Para los poderosos reyes persas, la conquista de las pequeñas y florecientes ciudades griegas se presentaba como un asunto fácil y tentador.

Pero, a esa circunstancia, se agregó una incidencia capital: la revolución de las ciudades de Jonia contra Darío, que fué la causa ocasional de las guerras médicas. Dichas ciudades no vivían satisfechas bajo la dominación persa. Ciertamente, el Gran Rey les exigía, sólo, el pago de un tributo, y el envío de contingentes militares para integrar su ejército. Hasta les había dejado su gobierno local, representado por los tiranos. Sin embargo, el descontento contra éstos era muy fuerte entre los elementos populares, y además, la dominación persa había perjudicado la prosperidad industrial y comercial de las ciudades griegas.

La señal de la revolución partió de Mileto (499 a. C.), cuyo tirano *Aristágoras* dió libertad al pueblo, se hizo elegir magistrado supremo, e instigó a las otras ciudades a que derrocaran sus tiranos. Esto significó ya un acto de rebelión contra Persia, desde el momento que los tiranos gobernaban en calidad de vasallos del Gran Rey. *Aristágoras* preveía que la guerra habría de ser la consecuencia inmediata de tales actos. Decidió, pues, iniciarla por su cuenta, y para consolidar su posición, pidió auxilio a los griegos de la Hélade. Los atenienses fueron de los pocos que respondieron favorablemente a ese pedido y enviaron 20 barcos de refuerzo a Mileto.

Los guerreros griegos de *Aristágoras* obtuvieron algunos éxitos militares, y hasta llegaron a tomar e incendiar la ciudad de Sardes, residencia del sátrapa persa. Pero la reacción no se hizo esperar. Darío marchó contra sus súbditos rebeldes, y a pesar de su enérgica resistencia, se apoderó de Mileto (494 a. C.), destruyéndola por completo.

Liquidada la sublevación, el Gran Rey resolvió castigar a la ciudad de Atenas, que había tenido la osadía de ayudar a la de Mileto. Este fué el origen inmediato de las guerras médicas.

La primera guerra médica. Darío, Milciades, Maratón. (490 a. C.).—Una primera expedición naval, preparada por Darío para castigar a Atenas, fué destruída en las costas de la Calcídica (promontorio del monte Athos) por una violenta tempestad (492 a. C.).

Se organizó, entonces, una nueva flota, que comandada por

Mardonio, yerno del Gran Rey, zarpó de la isla de Samos y atravesó el mar Egeo en dirección al Ática (mapa de pág. 113). La flota persa penetró por el estrecho canal que separa a la isla de Eubea de tierra firme, y después de un breve ataque a la ciudad de Eritrea, cruzó el canal y efectuó el desembarco de las tropas de tierra en la rada de *Maratón*, localidad del norte del Ática, distante unos 30 kilómetros de Atenas. Mientras tanto, los atenienses efectuaban sus preparativos para defenderse. Habían enviado un mensaje a Esparta¹, solicitando ayuda, pero los espartanos contestaron que sus tropas no podrían partir hasta pasada la fecha de una festividad religiosa, que debía celebrarse días después. En cambio, la pequeña ciudad beocia de Platea, envió un contingente de refuerzo de 1.000 hombres.

Ἐγὼ δὲ ὀφείλω λέγειν τὰ λεγόμενα, πείθεσθαι γὰρ μὲν οὐ παντάπασιν ὀφείλω, καὶ μοι τοῦτο τὸ ἔπος ἐχέτω ἐς πάντα τὸν λόγον.

PÁRRAFO DE LAS "HISTORIAS" DE HERÓDOTO.

La figura representa unas líneas del libro "Historias" del escritor griego Heródoto de Halicarnaso (480-425 a. C.). Heródoto narra en su obra la historia de los pueblos de Oriente de acuerdo con los datos y tradiciones que reunió en sus viajes, y también la de las guerras médicas, de las que fué casi contemporáneo. El párrafo reproducido expresa: "debo decir todo lo que se cuenta, pero no creerlo sin reservas: que esta declaración valga para toda mi obra".

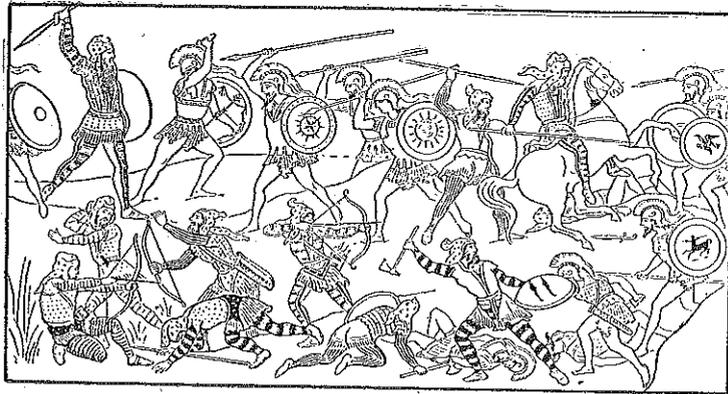
El ejército, rápidamente organizado por Atenas, constaba de unos 30 000 hombres: unos 11 000 hoplitas y el resto de auxiliares reclutados entre los atenienses pobres, los extranjeros y aún, los esclavos.

El ejército estaba comandado por los estrategas o generales, en número de diez. Uno de ellos era *Milciades*, que poseía experiencia guerrera y conocimiento de la táctica de los persas, pues había combatido a su lado en Tracia. Comprendió que había que

¹ El ateniense Fidípidas, portador del mensaje, recorrió en 2 días la distancia de 240 km. que separaba a Atenas de Esparta. El recuerdo de esta hazaña, de resistencia y de velocidad, cumplida por Fidípidas antes de la batalla de Maratón, se mantiene, actualmente, en el nombre de Maratón que se da a las carreras atléticas de más largo recorrido.

atacar inmediatamente a los enemigos, antes que se desplazaran de Maratón, y consiguió imponer su criterio a sus colegas.

Como los persas colocaban sus mejores tropas en el centro, Milciades, a la inversa, reforzó las alas de su ejército, confiando así en destrozár rápidamente los flancos del enemigo y en llevar la confusión a sus filas. Cuando todo estuvo preparado, ordenó el ataque. Desde los flancos montañosos que limitan la llanura de Maratón, bajaron los atenienses, en masa, y a paso de carga se lanzaron sobre los persas. El plan de Milciades se cumplió



BATALLA DE MARATÓN.
Reproducción de un vaso pintado.

De G. Botsford.

exactamente; los hoplitas atenienses destrozaron, en el primer choque, las alas enemigas y arrojándose luego sobre el centro de los persas, que hasta entonces habían llevado ventaja, después de un breve combate cuerpo a cuerpo, los pusieron en fuga desordenada hacia sus barcos.

El esfuerzo de Atenas había salvado a Grecia de la invasión.

Cómo describe Heródoto la batalla de Maratón.—“Dispuestos en orden de batalla, luego que se dió la señal, avanzaron corriendo los atenienses contra los bárbaros, habiendo entre los dos ejércitos un espacio no menor de 8 estadios¹. Los persas, que les veían embestir de ese modo, se dispusieron a recibirles a pie firme, interpretando como un acto de locura de

¹ El estadio equivale a 185 metros de longitud.

los atenienses, que, siendo tan pocos, viniesen hacia ellos tan de prisa, sin tener caballería ni arqueros. Esto fué lo que pensaron los bárbaros. Pero cuando los bravos atenienses atacaron, hicieron prodigios de valor, dignos de inmortal memoria, siendo, entre todos los griegos, los primeros de quienes se tenga noticia que atacaron al enemigo a la carrera; y los primeros que osaron fijar los ojos en los uniformes de los medos y contemplar de cerca a los soldados que los vestían, pues, hasta entonces, el sólo oír el nombre de medos aterrorizaba a los griegos.

La batalla, en Maratón, duró muchas horas. Los bárbaros vencieron en el centro, donde hicieron retroceder a los atenienses, a quienes persiguieron tierra adentro. Pero, mientras tanto, los atenienses y los platcos lograron la victoria en las dos alas. Dejaron a los bárbaros y concentraron ambas alas en un solo cuerpo, atacaron a los enemigos vencedores en el centro, los batieron y los persiguieron hasta el mar, matando a todos los que encontraban”. (Heródoto, “Historias”).

Los ejércitos persa y griego. Diferencias en su organización.—En la batalla de Maratón, la calidad del ejército ateniense se impuso al número del ejército persa que debió retroceder ante el ataque vigoroso y decidido del pequeño contingente de soldados de Atenas que combatía con nuevos métodos.

El ejército persa estaba compuesto por la caballería y la infantería, equipada con lanzas y con arcos. Su táctica ofensiva consistía en atacar al enemigo desde lejos, a flechazos, para desconcertarlo antes de iniciar el combate cuerpo a cuerpo, en que participaba la caballería. Ésta era temible, pero en los campos quebrados de Grecia su acción fué difícil.

La organización de los ejércitos griegos era distinta. El verdadero núcleo del ejército lo formaban los *hoplitas*, pesadamente armados de espada, lanza y escudo de hierro. Estaban adiestrados para el ataque en masa, en línea de formación cerrada y dominaban los movimientos de conjunto, que los persas ignoraban. El arco sólo era empleado por las tropas auxiliares y la caballería sólo apoyaba y vigilaba, mientras los hoplitas soportaban el peso total del encuentro, y eran por ello los llamados, casi siempre a resolver, finalmente, la batalla.

El instinto de la libertad en Grecia.—Más importantes todavía que las diferencias de organización y de táctica militar eran las diferencias espirituales de los dos pueblos enfrentados en las guerras médicas. Los soldados persas constituían una masa heterogénea de hombres de diferentes razas sojuzgadas por los persas y a quienes, en realidad, no unía otro sentimiento común

que el de la obediencia debida a su amo y señor. Hacer la guerra era, para ellos, acatar una orden que cumplían ciegamente con la docilidad propia del que sabe que la desobediencia es imposible, pero que no pone nada de sí en la tarea que realiza. En cambio, los griegos no eran súbditos sumisos de un rey omnipotente, sino ciudadanos de un estado de cuyo destino cada uno se sentía solidario. La libertad política que practicaban en sus pequeñas ciudades les daba una clara conciencia de sus derechos a la par que de sus deberes. Cuando llegó el momento de luchar lo hicieron poniendo en la empresa la pasión del que lucha por defender lo que es suyo: la patria, la libertad, la integridad del hogar. Ese instinto de libertad que los griegos poseyeron profundamente fué la principal fuerza moral que los hizo superiores a los persas y les dió la victoria definitiva.

La segunda guerra médica. Jerjes. Las Termópilas (480 a. C.).—Diez años después de Maratón resurgió el peligro persa. El rey de Persia, Jerjes, hijo de Darío, se propuso realizar la conquista de Grecia y preparó, a tal efecto, una formidable expedición.

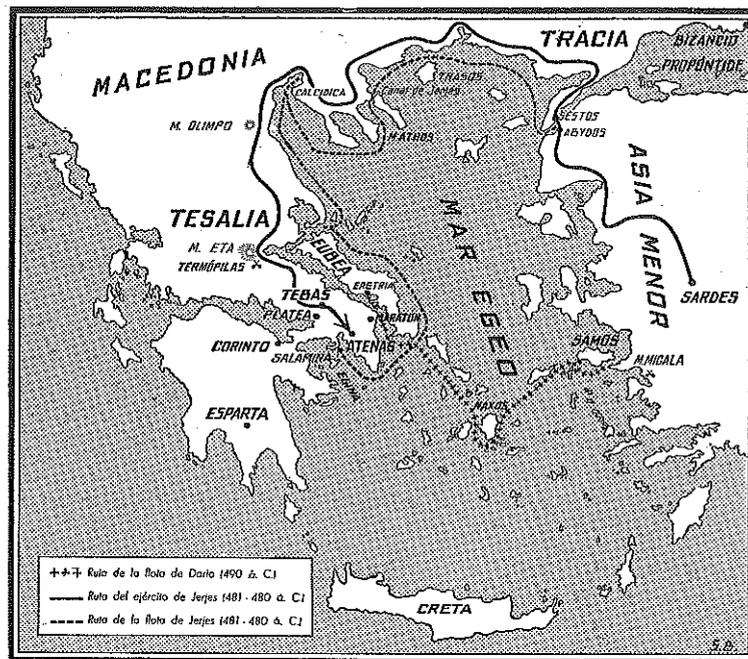
Según cuenta Heródoto, Jerjes reunió una flota de 1.200 barcos y un ejército de más de un millón y medio de soldados. Estas cifras parecen ser muy exageradas, pues semejante ejército no hubiera podido siquiera obtener medios para alimentarse a su paso por las regiones de Tracia y de Macedonia¹. Pero no cabe duda de que Jerjes echó mano de todos los recursos de su imperio para organizar la expedición. Todas las satrapías contribuyeron con su respectivo aporte militar y con sus tributos; en cuanto a la flota, fué formada por navíos fenicios, egipcios y aun griegos, pues las ciudades de la costa del Asia Menor que formaban parte del imperio, debieron enviar sus contingentes navales.

Para trasladar el ejército del Asia Menor a Europa, Jerjes hizo construir un puente de barcas en el Helesponto (Dardanelos). Desde el mismo lugar partió la flota. Los dos sectores de la expedición debían realizar una marcha combinada por mar y tierra, avanzando sobre Grecia, de norte a sur. A principios del año 480 a. C., los persas atravesaron Macedonia y Tesalia,

¹ Un cálculo razonable, realizado por historiadores modernos, acerca de los efectivos persas, los fijan en unos 180.000 hombres y unos 700 barcos.

sin encontrar resistencia, hasta que llegaron al desfiladero de las Termópilas.

La batalla de las Termópilas.—El desfiladero de las Termópilas es el pasaje obligado para penetrar desde Tesalia a la Grecia

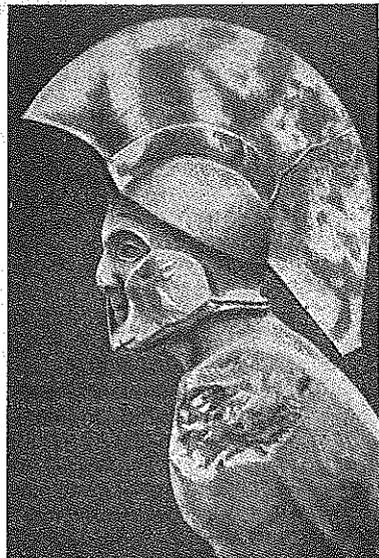


MAPA DE LAS GUERRAS MÉDICAS.

Obsérvese el recorrido de la flota persa en las costas de la Calcídica. Jerjes hizo abrir un canal que cruzaba la península que termina en el promontorio del monte Athos, en el que había naufragado la primera expedición de Darío (492 a. C.).

Central. Allí, en ese estrecho corredor que forman las montañas al apretarse contra el mar Egeo, se hallaba un pequeño ejército, compuesto por soldados de diferentes ciudades, al mando del rey de Esparta, Leonidas.

Los griegos, en efecto, se habían aliado ante el peligro de la invasión. Atenas y Esparta propiciaron una reunión de delegados de las ciudades griegas, que se efectuó en Corinto, y cuyo resultado fué la celebración de una alianza, para combatir en común a los persas. La dirección militar de la liga le fué confiada a Esparta, que era, en esa época, la ciudad más poderosa de Grecia.



De W. Goetz.
LEONIDAS, EL HÉROE DE LAS
TERMÓPILAS.

Los aliados resolvieron concentrar sus fuerzas en el desfiladero de las Termópilas, donde se produjo el primer choque entre persas y griegos.

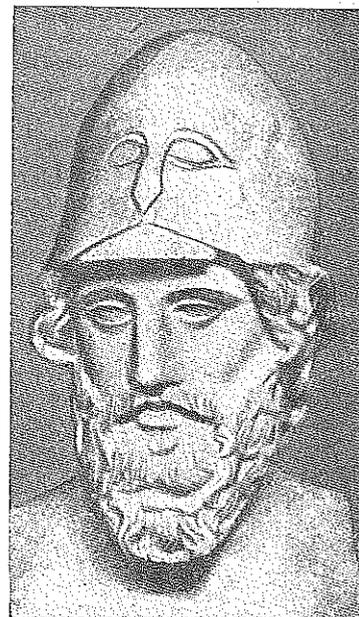
Los persas atacaron, repetidas veces e infructuosamente, al ejército de Leonidas, cuya inferioridad numérica estaba compensada por su ventajosa posición. Pero un campesino, conocedor de la región, indicó a los persas un sendero escarpado, que les permitió llegar, sin ser vistos, al otro lado de las Termópilas, quedando así sus defensores encerrados entre los dos sectores del ejército invasor. Acosado de este modo, Leonidas no quiso sacrificar inútilmente a sus soldados.

Antes que los persas cerraran totalmente el pasaje, ordenó la retirada del grueso de sus tropas, pero él, con 300 espartanos resistió hasta el fin y se hizo matar heroicamente en el campo de batalla. Sobre su tumba se colocó, más tarde, un epitafio que decía: "Extranjero que pasas, dile a Esparta que aquí yacemos por obedecer sus leyes".

La destrucción de Atenas.—Dueños de las Termópilas, los persas invadieron la Grecia Central y llegaron hasta el Ática. Atenas, abandonada precipitadamente por sus habitantes, que buscaron refugio en la isla de Salamina, fué saqueada y quemada.

Batalla de Salamina. Temístocles.—En estas circunstancias cundieron el desánimo y la desunión entre los griegos, pese a que sus fuerzas militares estaban todavía intactas: su ejército apostado en el istmo de Corinto, y su flota, resguardada en la rada de Salamina.

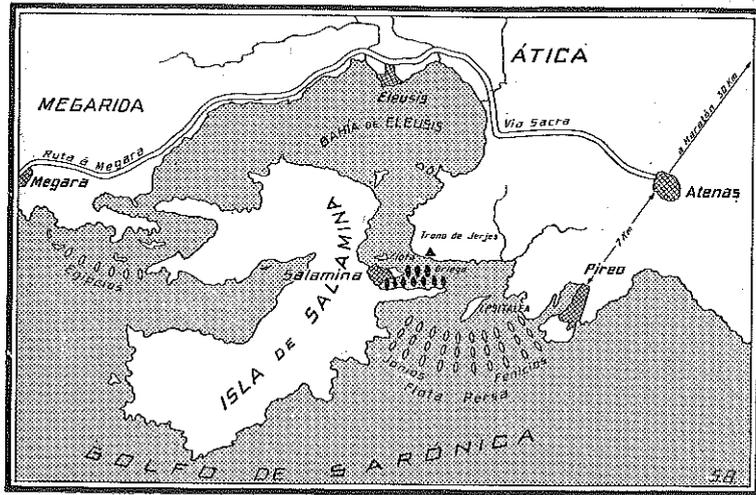
Pero los jefes griegos diferían en cuanto al plan a seguir. Los espartanos querían retirar la flota y permanecer a la defensiva en el Peloponeso. Los atenienses, por boca de *Temístocles*, sostenían, en cambio, la necesidad de ofrecer batalla a la flota persa en el estrecho canal que separa a Salamina del Ática, donde los barcos más numerosos del enemigo se trabarían en sus maniobras. Este criterio fué adoptado después de largas deliberaciones, pero temeroso Temístocles de la irresolución del comandante espartano de la flota, Euribiades, decidió forzarlo a combatir y, para ello, se valió de una estratagema. Hizo avisar secretamente a los persas que los griegos se aprestaban a huir de la rada de Salamina. Los persas tomaron, entonces, las disposiciones necesarias para impedirles esa retirada. Así se produjo el choque de las dos flotas. Los griegos eran menos numerosos,



De G. Botsford.
TEMÍSTOCLES.

Gran estadista ateniense perteneciente al partido popular, cuya influencia dominó la política ateniense durante veinte años (491-471). Después de Maratón, previó la vuelta de los persas y comprendió que la defensa de Atenas debía consistir necesariamente en una flota poderosa. Aconsejó a sus conciudadanos que emplearan el producido de las minas de plata del monte Laurión en la construcción de 100 trirremes. Su rival político, Aristides, se opuso al proyecto, pero fué condenado al ostracismo y se siguió el consejo de Temístocles. Gracias a ello, Atenas pudo vencer en Salamina y luego convertirse en una gran potencia naval.

pero sus barcos más rápidos y livianos, evolucionaban con mayor eficiencia; además, el estrecho de Salamina, especie de Termópilas del mar, impedía a los persas atacar en masa. Todo esto favoreció a los griegos, que obtuvieron una victoria decisiva.



BATALLA DE SALAMINA.

Desde un alto sitio, que había hecho levantar en la costa para disfrutar del triunfo, Jerjes, consternado, contempló la derrota de su flota.

En Salamina, los atenienses desempeñaron un papel decisivo, y su jefe, Temístocles, fué considerado, por toda Grecia, el héroe de la jornada. La propia Esparta le discernió, como recompensa, una corona de olivo.

Platea (479 a. C.) y Micala (479 a. C.)—La batalla de Salamina detuvo la invasión persa, pero quedaban todavía las mejores tropas invasoras, comandadas por Mardonio, instaladas en la Grecia Central.

Los aliados griegos, bajo la dirección del rey de Esparta, Pausanias, atacaron a los persas y los derrotaron en la batalla de *Platea* (Beocia). Mardonio murió en el combate, y sus tropas emprendieron tumultuosa retirada hacia el Helesponto.

La Hélade quedó, así, completamente libre de enemigos.

Simultáneamente, los griegos destruían los restos de la flota persa en *Micala*, punto de la costa jonia próximo a Mileto.

La nueva victoria naval de Micala inició la ofensiva en una zona dominada, hasta entonces, por los persas. El efecto de esto fué considerable, pues estimuló la independencia de todas las ciudades griegas de la costa asiática, que, durante 70 años, habían soportado la dominación del Gran Rey. La ruta del Helesponto fué inmediatamente dominada por los barcos, que se apoderaron de Sestos, y continuaron su cruzada triunfal hasta Bizancio. Así quedaba cerrado el paso para una nueva invasión persa a Grecia.

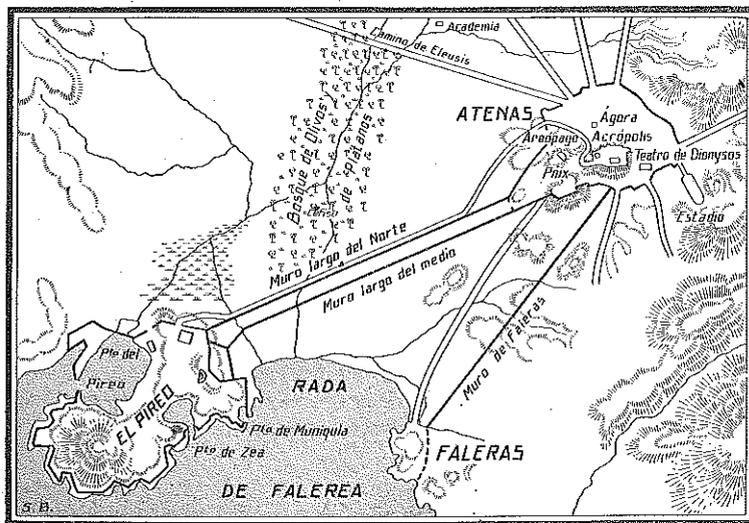
Estos acontecimientos terminan el período de las guerras médicas, propiamente dichas. Pero todavía, durante unos 30 años, los griegos de las islas y del litoral asiático continuaron luchando contra los persas, para asegurar su completa independencia. En estas luchas, Atenas desempeñó un papel preponderante como directora de una liga de ciudades, llamada la Liga de Delos.

Confederación de Delos. Su origen.—La iniciación de la ofensiva marítima produjo la disgregación de la alianza en Corinto, para rechazar la invasión persa, separándose de ella Esparta y las ciudades del Peloponeso.

El peligro persa, que uniera a los griegos, ya había desaparecido. Ahora se presentaba un nuevo problema, y era el de si se ayudaría a emanciparse a los griegos del Asia, o si se les dejaría librados a sus propios recursos. Atenas deseaba continuar la campaña naval en beneficio de todos. En cambio; Esparta, potencia continental a la que desorientaba la acción en el escenario marítimo, deseaba lo contrario y se apartó de la alianza. El retiro de Esparta fué la gran oportunidad que aprovechó Atenas para colocarse al frente de las principales ciudades marítimas.

Atenas agrupó a su alrededor las ciudades de las islas y costas del Egeo, y formó, con ellas, una confederación llamada la *Liga de Delos* (477 a. C.), porque su centro religioso fué el santuario de Apolo que se levantaba en la isleta de Delos, perteneciente al grupo de las Cícladas.

Organización de la liga de Delos: Aristides.—El propósito esencial de la liga era la defensa común contra los ataques de los persas. Cada ciudad confederada mantenía su completa autonomía; pero debía contribuir, ya fuera con barcos completamente equipados o con una cuota en dinero, a la organización de una flota común. El mando de la flota y la dirección de la guerra corrían por cuenta de Atenas, pero la dirección de los demás asuntos de la Liga fué confiada a un Consejo Federal, compuesto



PLANO DE ATENAS Y DEL PIREO.

La terminación de los Largos Muros se realizó después de Temístocles. También fué posterior la construcción de la muralla que unió a Atenas con el puerto de Faleras. El Pireo, Atenas y Faleras fueron los tres vértices de un triángulo formado por las murallas y el mar. En esa zona triangular, bastante extensa, podía refugiarse la población del Ática en caso de invasión.

por delegados de todas las ciudades, que se reunían, una vez por año, en Delos, presididas por Atenas.

El tesoro común quedó depositado en Delos, bajo la custodia y administración de Atenas.

La organización de esta Liga fué la obra del ateniense *Aristides*, brillante caudillo militar y ciudadano de gran reputación por su espíritu de justicia.

Gracias a su fama de hombre probo y a la autoridad moral de que disfrutaba entre los aliados, pudo llevar a buen fin la tarea de fijar el monto de la contribución de cada uno al tesoro de Delos, sin provocar descontentos.

Fortificación de Atenas: Temístocles.—Al mismo tiempo que la Liga de Delos abría una nueva perspectiva a la política naval de Atenas, esta ciudad consolidaba su posición terrestre, como centro fortificado.

Los persas habían quemado y reducido a escombros a Atenas. Reconquistado el territorio, comenzó, rápidamente, la reconstrucción. Temístocles fué el dirigente ateniense que puso más empeño en acelerar este resurgimiento. Pero el gran servicio que prestó a su patria, en esta emergencia, fué la energía con que sostuvo dos proyectos, que habían de transformar a la nueva ciudad en una de las más poderosas de la Hélade: *la fortificación del puerto del Pireo y la construcción de una doble línea de murallas, para unir este puerto con la ciudad.*

Esparta obstaculizó todo lo que pudo la ejecución de estos planes, pero su empeño en mantener a Atenas en la situación de ciudad abierta, sin fortificaciones, fracasó ante la habilidad diplomática de Temístocles, que prolongó, por un lado, las conversaciones con Esparta, mientras que por otro apresuraba, secretamente, la construcción de los Largos Muros, de modo que cuando Esparta se enteró del asunto ya era tarde para oponerse eficazmente.

Temístocles fué, pues, uno de los grandes forjadores de la preponderancia de Atenas. Gracias a él, después de la primera guerra médica, Atenas equipó una flota numerosa, en previsión de una nueva ofensiva persa. Producida la nueva invasión, fué él quien aconsejó la guerra en el mar y quien forzó, verdaderamente, la batalla de Salamina. Triunfadora, Atenas, por su empeño pudo convertirse en una ciudad materialmente fuerte, tal como lo requería su nueva situación.

Cimón.—Aristides, verdadero animador y jefe militar de la liga de Delos, murió en el 469 a. C. El mando de las fuerzas confederadas recayó, entonces, en el ateniense *Cimón*, hijo de Milcíades, vencedor de Maratón.

Cimón persiguió sin descanso a los persas, hasta que consiguió ahuyentarlos del Egeo, que volvió, así, a convertirse en un lago griego.

Una primera campaña le permitió, después, conquistar definitivamente las costas de la Calcídica y de Tracia y las islas septentrionales del Egeo, donde hasta entonces se habían mantenido los persas.

Luego de libertar a esa zona, Cimón se dirigió a las costas meridionales del Asia Menor, vecinas de la Dórida, desde donde los persas amenazaban las ciudades griegas de Halicarnaso, Cnido y Rodas. Por dos veces consecutivas los derrotó: una primera en la desembocadura del *Eurimedonte*, pequeño río del Asia Menor, y una segunda frente a *Chipre*. Las victorias de Cimón provocaron el retiro absoluto de los persas del Egeo, y consolidaron el poder marítimo de Atenas. Con ellas quedó definitivamente cerrada la época de las guerras médicas.

Consecuencias de las guerras médicas. El triunfo griego.—Las guerras médicas paralizaron la expansión persa por el lado europeo, conteniendo al poderoso imperio de Darío y de Jerjes en su tentativa de dominación sobre las comarcas griegas del Egeo. La ofensiva persa fué detenida y, como consecuencia de las victorias navales, se produjo la conquista de las ciudades helénicas de la costa del Asia Menor que desde los tiempos de Ciro habían sido sometidas por los persas.

El fracaso de la ofensiva persa contra Grecia, tuvo una importancia decisiva en los destinos del pueblo helénico, pues salvó su civilización amenazada por la absorción del extranjero permitiéndole en cambio desenvolverse libremente y expresarse en la forma magnífica que habría de hacerlo en el período de esplendor que se inició después de las guerras médicas. En Atenas precisamente se determinaron con más fuerza aquellas consecuencias.

Preponderancia de Atenas.—Las guerras médicas ejercieron una influencia decisiva en la situación de Atenas.

El papel que desempeñó esta ciudad en la lucha contra los persas, le dió, en efecto, una importancia preponderante en la Hélade. Había sido la vencedora exclusiva en Maratón; su flota fué, luego, elemento determinante en la obtención de la victoria

de Salamina, y finalmente, al frente de la liga de Delos, fué la continuadora de la lucha contra los persas en el mar Egeo.

Cerrado el ciclo de guerras, Atenas se convirtió en una poderosa ciudad marítima. Hasta entonces, la influencia de Atenas había sido relativa. No podía compararse a Esparta en poderío y prestigio; ni a Mileto, Samos o Siracusa en riqueza y refinamiento artístico. Pero la victoria sobre los persas cambió su destino.

El desarrollo de su marina de guerra le permitió transformar la liga de Delos en un verdadero imperio marítimo.

Súbitamente, pues, Atenas se convirtió en una de las ciudades más ricas y fuertes de la Hélade. El notable progreso intelectual y artístico que acompañó a esa transformación económica y política, hizo de aquélla uno de los grandes centros culturales del mundo griego.

La prosperidad económica.—La derrota de los persas aseguró a los griegos el contralor del tráfico marítimo en el Mediterráneo. El fin de las guerras médicas coincidió, pues, con el advenimiento de un período de *gran prosperidad comercial*. Atenas se hallaba en magnífica situación para beneficiarse especialmente de esto. En primer término, por el predominio naval que tenía en el Egeo; luego, por la ventajosa posición geográfica de su puerto, el Pireo, que dominaba el cruce de las rutas marítimas entre el Asia Menor y la Magna Grecia, entre la Calcídica y Creta. Los barcos mercantes atenienses, cuyo número se multiplicó prodigiosamente después de las guerras médicas, acapararon entonces el comercio del mar Egeo, y el Pireo se convirtió en el gran emporio de la Hélade. Los navíos, en tráfico incesante, llevaban hasta allí frutos y vinos de las islas, maderas y metales de Tracia, tapices, perfumes y cristales de Oriente, y, sobre todo, cereales de las costas de la Propóntide y del Ponto Euxino. El comercio de cereales tenía para Atenas una importancia vital, porque el desarrollo de los cultivos de la vid y del olivo, en detrimento del trigo, unidos al gran crecimiento de la población, impedían cubrir las necesidades alimenticias de la ciudad con la escasa producción local de cereales. En consecuencia, debió traerse el trigo del exterior. La importación de cereales fué considerada asunto de interés público, y hubo funcionarios especialmente dedicados a vigilar las existencias de trigo necesarias para la población.

El desarrollo del comercio estimuló poderosamente al *desenvolvimiento industrial*. Los talleres de Atenas empezaron a producir en cantidad armas, joyas, lámparas de bronce, espejos de metal, cofres de madera y especialmente vasos de todas formas, en cuya ejecución sobresalieron los ceramistas atenienses. La importancia enorme de la industria cerámica se explica si se tiene en cuenta que los griegos no poseían metales en abundancia, y que suplían esa escasez elaborando con barro cocido la mayoría de los objetos corrientes de la casa, que en la actualidad se hacen de vidrio, cobre, hierro o aluminio.

El progreso de la industria y del comercio provocaron un sensible aumento de población. Gran cantidad de extranjeros afluyeron al Ática, e hicieron de Atenas y del Pireo ciudades marcadamente cosmopolitas. Pero estos extranjeros, que recibieron el nombre de *metecos*, no eran considerados ciudadanos atenienses, aunque su arraigo en la ciudad datase de muchos años. Disfrutaban de cierta consideración social e, incluso, algunos de ellos llegaron a adquirir grandes riquezas, pero siempre permanecieron al margen de la vida política.

El poderío naval.—Las fortificaciones y los muros que rodeaban a Atenas y la unían con el Pireo, la hacían poco menos que inexpugnable por tierra. Había que consolidar, entonces la defensa por el lado del mar, que era, además de la posible vía para una invasión, la ruta de comunicación entre Atenas y sus aliados. De aquí que los atenienses se preocuparan más de la flota que del ejército. Hasta principios del siglo V a. C., usaron las antiguas galeras manejadas por cincuenta remeros, barcos livianos y de escaso calado. Pero después de la batalla de Maratón, y a instigación de Temístocles, que preveía un retorno ofensivo de los persas, los atenienses resolvieron emplear el producto de las minas de plata del monte Laurión, en la construcción de barcos de guerra. Se fabricaron, entonces, 200 trirremes, especie de barco muy rápido cuyo uso habían generalizado los corintios. Eran navíos equipados con 150 remeros, distribuidos en 3 puentes, con filas de 25 por banda; estaban provistos, además, de amplias velas cuadradas, y la proa se terminaba por un largo espolón de metal. La flota ateniense aumentó todavía más, después de las guerras médicas. A mediados del siglo V a. C., Atenas poseía una flota de 500 trirremes, perfectamente equipados, de los cuales 60 estaban constantemente en servicio de recorrida del mar Egeo.

El sostenimiento de tan numeroso contingente naval exigía mucho dinero, que el estado ateniense conseguía: de la explotación de las minas de plata del Ática (monte Laurión), de las contribuciones que pagaban los aliados y de los impuestos. El principal impuesto era el de aduanas, consistente en un 1 % sobre el valor de todas las mercaderías importadas y exportadas por el puerto del Pireo. Existían, además, impuestos excepcionales denominados liturgias, que recaían sobre los ciudadanos muy ricos. El principal de aquéllos, llamado *trierarquía*, consistía en armar un trirreme.

Con estos recursos, el estado obtenía una entrada anual muy superior a la que disfrutaban los demás estados griegos. La riqueza de Atenas le permitió, pues, mantener una potencialidad naval que, por el momento, imponía respeto a la gran rival marítima que se le oponía en Grecia, Corinto, cuyo comercio competía con el de los atenienses; pero obligada por la fuerza de éstos les dejó el campo libre en el Egeo y desarrolló su actividad mercantil por los mares Jónico y Adriático.

La Confederación de Delos, instrumento de la hegemonía ateniense.—En los años siguientes a las campañas victoriosas de Cimón, los confederados de Delos fueron perdiendo libertades en beneficio de la autoridad creciente de Atenas.

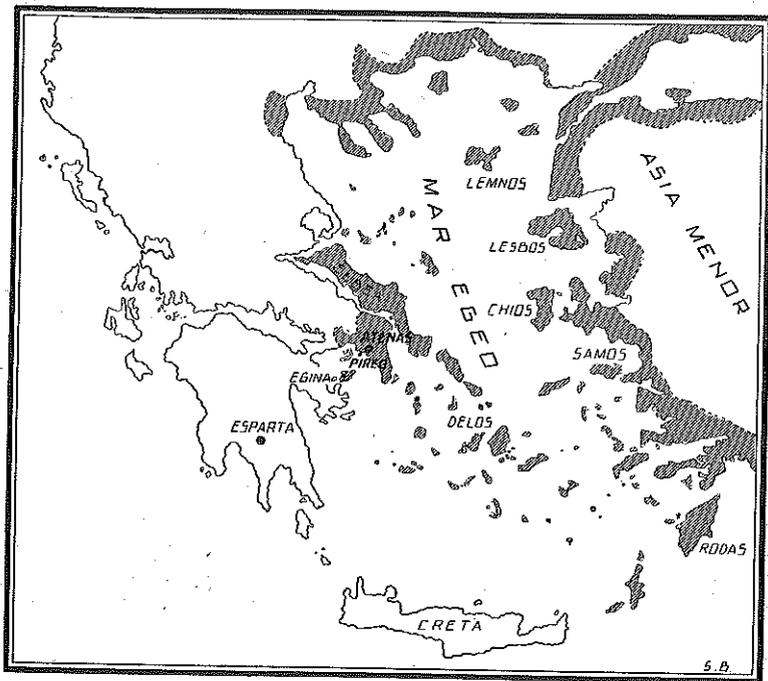
Eliminados los persas del Egeo, muchas ciudades confederadas resolvieron ayudar a la defensa común pagando en dinero la contribución que antes habían prestado en hombres y en barcos. Con ese dinero, Atenas equipó numerosos trirremes que formaron, de ese modo, aunque pagadas por los aliados, una flota sometida, exclusivamente, al comando ateniense.

Entonces, la Liga empezó a cambiar de carácter, pues, gradualmente, los atenienses fueron aboliendo todo lo que recordaba el primitivo aspecto de alianza igualitaria que había presentado la confederación organizada por Aristides.

El tesoro común fué trasladado de Delos a Atenas, con el pretexto de que en la isla estaba expuesto a un golpe de mano. Las funciones del Consejo de los aliados pasaron a ser ejercidas por la Asamblea Popular de Atenas. El monto de las contribuciones comunes fué fijado por los atenienses y, finalmente, los aliados perdieron la facultad de retirarse de la Liga, pues Atenas impuso por la fuerza el sometimiento a su autoridad y reprimió severamente todo intento de separación. Gradualmente, pues, se produjo un cambio muy grande: *la primitiva liga antipérsica de Delos fué*

sustituída por un verdadero imperio marítimo, dominado por Atenas.

Dicho imperio comprendía: Atica, Egina y Eubea, en Grecia; todas las islas del mar Egeo, salvo Creta, y todas las ciudades



EL IMPERIO DE ATENAS.

griegas del Asia Menor, del litoral norte del Egeo, del Helesponto y de la Propóntide. En total, más de 200 ciudades, que acataban la dominación de Atenas y le pagaban tributo.

A estas ciudades hay que agregar las colonias llamadas *cleruquías*, que, pobladas exclusivamente por ciudadanos atenienses estableció Atenas en puntos estratégicos del imperio, como centinelas avizores, guardianes de su poder. Así Atenas convirtió a la liga de Delos, en un instrumento de su hegemonía.

CAPÍTULO X

LA CULTURA GRIEGA

La historia política de los griegos, después de las guerras médicas y hasta la época del predominio macedónico, es la de una continua lucha entre ciudades enemigas. No son esas luchas, por cierto, las que podrían haber forjado la grandeza del pueblo helénico. La verdadera historia de los griegos no está contenida en esas sangrientas y mezquinas rivalidades de ciudades, sino en las maravillosas conquistas realizadas por ellos en el reino del pensamiento y del espíritu. A despecho, en efecto, de las guerras constantes por la supremacía, en los siglos V y IV a. C. la civilización griega llegó a su apogeo.

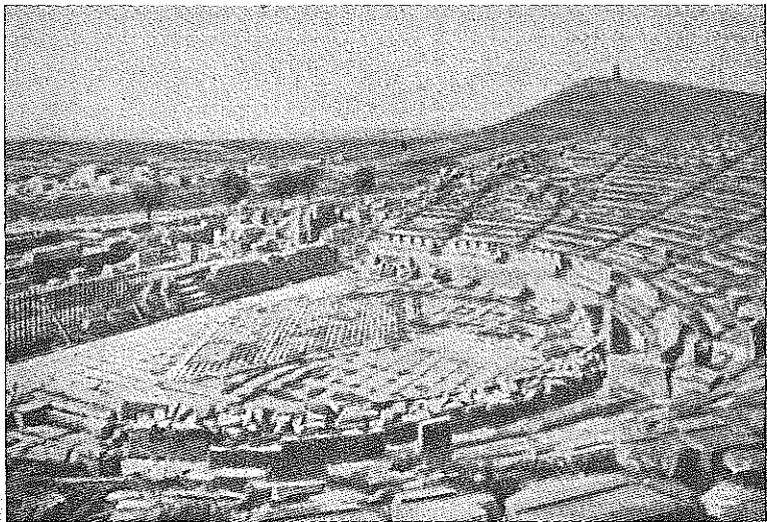
Dicha civilización no abarcaba solamente las regiones de Grecia, sino que imperaba ya en casi toda la cuenca mediterránea. Se había formado en las riberas de este mar un mundo helenizado, que tenía idénticos gustos artísticos, disfrutaba de las mismas comodidades materiales, participaba de análogas ideas y, en una palabra, realizaba, integralmente, su vida en un ambiente griego.

La poesía lírica.—El más grande poeta lírico de la época fué Píndaro.

Píndaro había nacido en Tebas, ciudad vecina y rival de Atenas. Fué en este último lugar, sin embargo, donde se educó, pues por varios años recibió lecciones de música de los principales maestros atenienses. Su genio se expresó en la poesía. Fué el gran cantor de los héroes triunfadores en los juegos panhelénicos. Sus odas entusiastas consagraron los nombres de los vencedores de Olimpia e impusieron su prestigio de poeta por todo el mundo griego.

De su inmensa obra sólo han llegado hasta nosotros las llamadas Odas Triunfales que celebraban a los atletas vencedores. Píndaro supo ennoblecer las sencillas incidencias deportivas y crear argumentos en que daba intervención a las ciudades y a los dioses protectores de aquellos a quienes celebraba. Su lenguaje, grave y majestuoso, dió una especial cadencia y una patente sonoridad a sus poesías.

El teatro. Sus orígenes y desarrollo.—La poesía lírica, que expresaba sentimientos personales e íntimos del autor, adqui-



TEATRO DE DIONISOS.

De K. Woermann.

La escena, que aquí aparece adornada con relieves escultóricos, pertenece a la época romana. La orquesta tiene la forma de una herradura, pero originariamente era circular. En la parte inferior hay una fila de asientos de mármol, reservados para los sacerdotes, magistrados, generales y embajadores.

rió un singular desarrollo en las ceremonias religiosas del culto de Dionisos, el dios selvático de la viña. *Tespis*, un poeta nacido en Atenas hacia el 580 a. C., colocó fuera del coro que recitaba las poesías dionisiacas, a un personaje, el actor, encargado de

dialogar, de conversar con ese coro¹. Así nació lo que llamamos genéricamente drama, o sea de modo sencillo, una obra que consistía en un diálogo, completado con recitaciones, y que se representaba en un edificio llamado teatro. Tespis representó sus dramas en las plazas públicas de las pequeñas localidades del interior del Ática, a las que se trasladaba en un carro, que conducía sus enseres y le servía de escenario.

Al llegar la primavera, tenían lugar en Atenas las más importantes fiestas religiosas en honor de Dionisos, las grandes dionisiacas. Entonces el Estado organizaba representaciones teatrales durante tres días, utilizando, en ellas, obras seleccionadas mediante un concurso previo. Las representaciones se verificaban en el teatro de Dionisos, construido primitivamente en madera, pero transformado luego, en el siglo IV a. C., al reedificársele, en un enorme teatro de piedra, en el que cabían, cómodamente, unos 17 000 espectadores sentados. Este local constaba de tres partes: 1) Las graderías, talladas en la roca y dispuestas en semicírculos escalonados. 2) Un espacio plano llamado, orquesta, al que convergían las gradas y dentro del cual evolucionaba el coro. 3) La escena (*skena*), pequeño lugar reservado, en un extremo de la orquesta, donde trabajaba el actor.

Las representaciones efectuadas al aire libre y en recintos que ocupaban una gran extensión de terreno, explican la necesidad, para los actores, de realzar su estatura mediante altos zapatos (*coturnos*) y de usar máscaras que agrandasen el rostro y amplificasen la voz.

Las representaciones teatrales tenían un carácter eminentemente popular, pues la entrada era libre, y los gastos que ellas demandaban se satisfacían con el producto de un impuesto especial que pagaban los ricos.

El drama revistió dos formas: *la tragedia*, que conservó todo lo serio, lo profundo y lo angustioso de la obra dramática, y *la comedia*, que concertó la parte de burla y picardía que en los dra-

¹ En griego, la palabra actor significaba "contestador".



De G. Botsford.

ACTOR TRÁGICO.

Obsérvese la máscara que le cubre la cara, la vestimenta, ampliamente exagerada, y los coturnos que calza.

mas primitivos resultaba de la intervención de los sátiros en el coro. Estos sátiros, excluidos de la tragedia, dieron a la comedia su especial carácter jocoso, así como el nombre con que también se la conocía de drama satírico.

Los grandes trágicos: Esquilo, Sófocles, Eurípides.—

La tragedia griega tuvo, en el siglo V a. C., tres grandes representantes: Esquilo, Sófocles y Eurípides; la comedia fué consagrada por Aristófanes.

Esquilo (525-456 a. C.). Este primer gran poeta trágico compuso numerosas obras, de las que sólo siete han llegado hasta nosotros. Tres de ellas se refieren a las leyendas de Agamenón y de Orestes: *Agamenón*, *Las Coéforas*, *Las Euménides*. Las otras cuatro tragedias se titulan: *Prometeo encadenado*, *Las suplicantes*, *Los siete contra Tebas* y *Los persas*. En esta última obra, Esquilo glorificó a los vencedores de las batallas de Maratón y Salamina, en las cuales él mismo tomó parte. Toda la obra de Esquilo tiene su raíz en la mitología, sus personajes son héroes o dioses. Esto, unido al modo solemne de expresión que empleó, imprime a sus tragedias cierta grandeza sobrenatural.



De M. Croiset.

ACTORES CÓMICOS.

Sófocles (459-405 a. C.), escribió más de cien obras, de las que sólo se conservan siete. Triunfó veinte veces en los concursos dramáticos que se organizaban en Atenas. En Sófocles, todavía la mitología dió los motivos de inspiración para la obra de arte, como puede verse en *Edipo en Colona*, *Edipo Rey*, y *Antígona*, inspiradas en la leyenda de Edipo. Pero ya aparecieron en sus obras los hombres, con sus sentimientos y sus pasiones, y con un modo de expresarse más natural que el de Esquilo. Sófocles elogió continuamente a Atenas a la que declaró cabeza de la civilización griega.

Eurípides (480-406 a. C.). Con Eurípides la tragedia se humanizó plenamente. Los personajes fueron ya hombres verdaderos,

que sintieron y obraron como tales. La piedad, la ternura, el amor y los celos fundamentan y rigen las obras de Eurípides. El estilo armonioso y suave, completó ese profundo sentido humano que lo diferencia tan radicalmente de Esquilo. Se conservan diecisiete obras suyas, de las que se destacan como fundamentales *Ifigenia en Aúlida*, *Ifigenia en Táuride*, *Alceste* y *Medea*. Eurípides es el primer escritor trágico que dió intervención fundamental a las mujeres en las obras teatrales.

La comedia.—Aristófanes (445-380 a. C.), se burló de todo, tanto de los dioses como de los hombres y de los más encumbrados políticos, como de los más humildes ciudadanos. Atacó con violencia, y a veces con grosería, todo lo que le disgustaba. Sus versos, sencillos y claros, tuvieron extraordinaria aceptación en el pueblo. Fué el poeta cómico más gustado y más escuchado. Ejerció una verdadera dominación por medio de las representaciones teatrales. Escribió comedias de corte político, agresivas y hasta insultantes, como *Las Nubes* y *Las Avispas*; comedias de crítica literaria, como *Las Ranas*; comedias de carácter filosófico, como *La Asamblea de las Mujeres*.

Las ciencias.—La astronomía.—Los griegos conocieron perfectamente la causa de los eclipses, y ya se ha dicho que el propio Tales ganó la admiración de sus contemporáneos al predecir exactamente el momento en que habría de producirse uno de ellos. También algunos pensadores griegos sostuvieron la hipótesis de la esfericidad de la tierra, la luna y el sol. Pero no adquirieron una idea exacta ni de los movimientos ni de las dimensiones de los astros, como lo demuestra la afirmación de uno de ellos que, hablando del sol, decía que era una bola de fuego casi tan grande como todo el Peloponeso.

En realidad, el verdadero progreso de la ciencia astronómica griega habría de realizarse después del siglo IV a. C., en el período posterior a la conquista del Oriente por Alejandro.

La aritmética y la geometría tuvieron asimismo en Tales un iniciador. Pero la figura de mayor realce fué la de *Pitágoras*, filósofo del siglo VI y eximio representante de la especulación matemática helénica. Los discípulos de Pitágoras, organizados en cofradías que según parece tuvieron cierto carácter religioso, continuaron los estudios matemáticos iniciados por su maestro. A ellos se debe la formulación de los principales teoremas, que constituyen la base elemental de la geometría.

La medicina.—En el terreno más práctico y concreto de la medicina los griegos realizaron también considerables progresos. *Hipócrates* (460-377 a. C.), llamado el padre de la medicina, fué el principal representantes de estos adelantos.

Enseñó y practicó su profesión en la ciudad de Kos (Grecia asiática). En ese tiempo, ya la medicina helénica se había emancipado de la creencia supersticiosa de que las enfermedades eran producidas por demonios que penetraban en el cuerpo. Sin embargo, todavía era corriente la creencia en la virtud curativa de las ofrendas hechas en los altares de Asklepios, dios de la medicina.

Hipócrates fué quien primero prescindió, en absoluto, de la intervención de lo sobrenatural: “Toda enfermedad —decía— tiene una causa natural, porque sin causa natural nada sucede jamás”. Del empeño que puso en averiguar esas causas, estudiando el funcionamiento del cuerpo humano, resultó un gran avance en el conocimiento de la fisiología.

Hipócrates reaccionó, también, contra el uso arbitrario de drogas. “La naturaleza —decía— es el mejor médico”. Por eso, sus tratamientos se basaban, especialmente, en estas dos cosas: higiene y ayuno.

Pero en la época de Hipócrates no existía la química ni se concebía la disección de los cadáveres, y, en tales condiciones, el desarrollo de la medicina se hallaba, forzosamente, limitado. De cualquier modo, Hipócrates, por su actitud científica frente a las enfermedades y por su espíritu de observación en el tratamiento de las mismas, es reputado como el precursor de la medicina moderna.

La historia: Heródoto. Tucídides. Jenofonte.—El primer historiador griego fué *Heródoto de Halicarnaso* (480-425 a. C.). Viajero infatigable, recorrió el mundo de aquel entonces, con espíritu de profunda curiosidad, y se enteró de las costumbres y hechos de los pueblos que conoció. En sus “Historias” narró las luchas entre griegos y persas, desde sus lejanos orígenes hasta la segunda guerra médica. Es un historiador dotado de un magnífico poder de evocación y de una forma de exposición pintoresca y atractiva.

Tucídides (460-400 a. C.).—La gran obra de Tucídides fué la “Historia de la Guerra del Peloponeso”. Como historiador marcó un gran adelanto sobre Heródoto, porque hubo en él un mayor sentido crítico y un afán constante de desentrañar las causas pro-

fundas de los hechos que describió. Tucídides eliminó por completo la intervención de los factores sobrenaturales para la explicación de los acontecimientos, estableciendo que el éxito o el infortunio son el resultado del acierto o del desacierto de los hombres. Su lenguaje era muy pintoresco y reconstruyó, animadamente, las escenas que creyó fundamentales para el estudio del pasado.

Jenofonte (425-352 a. C.), escribió “Las Helénicas”, obra que es como una continuación del libro de Tucídides, pues relata la historia de Grecia hasta la batalla de Mantinea. Escribió, además, la retirada de los diez mil, en la que participó, en una obra llamada “Anabasis”. En las obras de Jenofonte se tratan con gran maestría los temas de carácter militar.

La oratoria.—En la vida pública griega la palabra tenía una gran importancia, magnificada en las ciudades de régimen democrático como Atenas, donde en la asamblea y en los tribunales populares la elocuencia reinaba de modo soberano. De aquí que la oratoria constituyese un verdadero género literario, pues muchos discursos se escribían y se publicaban como pequeños folletos, que solían repartirse entre el pueblo. De aquí, también, que adquiriesen gran importancia los estudios de *retórica*, es decir, del arte de bien hablar, en los que se enseñaba todo lo relacionado con la composición y la exposición de las ideas.

Pericles fué el gran orador del siglo V a. C., cuyos discursos y estilo de elocuencia se conocen a través de la obra de Tucídides. En el siglo IV a. C., en el momento de la lucha con Macedonia, la oratoria alcanzó en Atenas un vuelo magnífico con *Demóstenes* (384-322 a. C.), el adversario infatigable del rey Filipo.

Demóstenes se convirtió en orador gracias a su extraordinaria tenacidad, pues, según se cuenta, había sido tartamudo en su adolescencia, defecto que corrigió mediante ejercicios constantes. Dejó admirables discursos políticos con las Filípicas y las Olintias. Su obra maestra es el Discurso de la Corona, que pronunció para defender a un ciudadano que había propuesto que se discerniera (a Demóstenes), una corona de oro por su acción en favor de la libertad de los griegos.

CAPÍTULO XI

PERICLES

Progresos del partido popular en Atenas.—Las guerras médicas favorecieron el progreso de las clases populares de Atenas. Las grandes victorias navales de Salamina y Micala fueron la obra de la marinería ateniense, reclutada en la clase de menor renta, o sea en la de los *thetes*. Esto contribuyó a darles, dentro de la ciudad, una importancia que creció a medida que aumentó la flota y se desarrollaron el comercio y la industria.

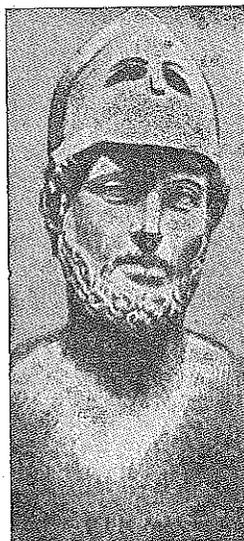
La creciente influencia política de los *thetes* favoreció al partido popular, cuyos jefes bregaron por democratizar cada vez más el gobierno de Atenas. Temístocles había sido uno de esos jefes, cuya eficaz acción en la política interior de Atenas ya se ha destacado. Pero, en la política interior, Temístocles se estrelló contra el prestigioso *Cimón*, jefe del partido aristocrático, que logró de la Asamblea un voto de ostracismo contra aquél (471 a. C.). El prestigio militar de Cimón derivaba de la brillante campaña naval realizada contra los persas. Sin embargo, su política de acercamiento a Esparta no era apoyada por el pueblo, y provocó su caída. *Efialtes*, nuevo jefe del partido popular, logró un voto de ostracismo, y Cimón debió, a su vez, abandonar el



De Ch. Guignebert.
TEJO PARA LA VOTACIÓN DEL
OSTRACISMO.

En el 471 a. C., Temístocles fué condenado al ostracismo. Partió, entonces, de Atenas y después de errar con su familia por varias ciudades griegas, halló refugio en Persia, donde el Gran Rey lo colmó de honores.

Ática (461 a. C.). Efiltes dirigió entonces sus esfuerzos a reformar el Areópago, que era uno de los más fuertes baluartes de la aristocracia ateniense.



De G. Botsford.
PERICLES.

Pericles fué la gran figura de la democracia ateniense en el siglo V a. C. Era de origen noble, emparentado con los Alcmeónidas y con los Pístrátidas, pero en esta época los ciudadanos no usaban ya el nombre de sus genos, sino el del demos en que nacían. Pericles era, simplemente, Pericles, el hijo de Xantipo, del demos de Cholargos.

ron a militar en el partido popular, donde actuó, primero, como lugarteniente de Efiltes, y luego, a la muerte de éste, (460 a. C.),

El Areópago. Disminución de sus privilegios.— El Areópago, integrado por los ex-arcontes, era un organismo que poseía una gran autoridad moral. Su actuación durante la crisis porque atravesó Atenas cuando la invasión de los persas, había acrecentado, aun más, su prestigio, pues fué quien de hecho dirigió la política ateniense en esos momentos angustiosos. La creciente influencia política del Areópago, en cuyo seno predominaba el partido aristocrático, lo hacía temible para las fuerzas populares. Efiltes, pues, quiso eliminar ese peligro y para ello logró que se aprobara una reforma por la que se quitaban al Areópago todas sus funciones políticas recientemente adquiridas, dejándole sólo sus tradicionales funciones judiciales, o sea el enjuiciamiento de los crímenes premeditados.

A raíz de esta reforma (460 a. C.), Efiltes fué asesinado, pero quedó al frente del partido popular un joven político llamado Pericles que, durante 30 años (460-429 a. C.), iba a ser la personalidad de más relieve en la política ateniense.

Pericles. Sus tendencias políticas y sus proyectos.— La organización definitiva de la democracia ateniense fué realizada por Pericles. Éste era de origen aristocrático, pues pertenecía, por línea paterna, a la familia de los Pístrátidas, y por línea materna a la de los Alcmeónidas. Pero sus ideas democráticas lo lleva-

como jefe indiscutido del partido. Desde el año 445 a. C., Pericles fué elegido todos los años estratega, cargo que le aseguró una gran autoridad oficial. Los estrategas, en número de diez, tenían, en efecto, gran influencia, pues no sólo comandaban el ejército y la flota, sino que intervenían, además, en la hacienda pública, en la política internacional y en la dirección del imperio ateniense.

El ascendiente de Pericles, fué, no sólo la consecuencia del ejercicio continuado de la estrategia, sino también de sus cualidades personales especialmente de su elocuencia. Era un gran orador, y a tal punto poseía el arte de convencer a sus oyentes que se decía de él “que la persuasión moraba en sus labios”. Sus condiciones oratorias le permitieron triunfar en muchos debates agitados, de las acusaciones que lanzaban contra él sus enemigos políticos, y le permitieron, además, imponer casi siempre a la Asamblea Popular las soluciones que defendía y aconsejaba.

Cuando hablaba, lo hacía de manera serena y reposada. No gustaba de los ademanes violentos, ni recurría a la imprecación o al denuesto. La imperturbabilidad que jamás perdía por ardiente que fuera el debate, le ganaron el sobrenombre de “el Olímpico”, que le daban sus amigos y sus adversarios.

Merced a su elocuencia, Pericles, que fué lo que hoy llamaríamos un gran parlamentario, mantuvo por muchos años su autoridad y hasta su muerte (429 a. C.), fué considerado como “el primer ciudadano del estado”.¹

Pericles fué, así, el hombre más influyente de la Grecia de su tiempo, y por ello los historiadores suelen dar a este período el nombre de *época de Pericles*.

Pericles se propuso consolidar definitivamente la democracia en Atenas. En uno de sus discursos² pronunciado en homenaje a los caídos en la guerra contra Esparta, que se inició en las postrimerías de su gobierno (431 a. C.), Pericles hizo el elogio de la democracia: “La constitución que nos rige —dijo—

¹ Expresión del historiador Tucídides, escritor ateniense contemporáneo de Pericles.

² El historiador Tucídides, contemporáneo de Pericles, es el que ha conservado en su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, la versión de esta oración fúnebre. Esta versión puede no corresponder exactamente a las palabras pronunciadas por Pericles, pero hay, probablemente, coincidencia absoluta entre las ideas expresadas por Pericles y lo recogido por Tucídides.

nada tiene que envidiar a la de los otros pueblos; no imita a ninguna, al contrario, les sirve de modelo. Su nombre es democracia, porque no funciona en interés de una minoría sino en beneficio del mayor número. Tiene por principio fundamental la igualdad. En la vida privada la ley no hace diferencia alguna entre los ciudadanos. En la vida pública, la consideración no se gana por el nacimiento o la fortuna, sino, únicamente, por el mérito; y no son las distinciones sociales, sino la competencia y el talento que abren la vía de los honores. En Atenas, todos entienden y se preocupan de la política, y el que se mantiene apartado de los asuntos públicos es considerado como un ser inútil. Reunidos en Asamblea, los ciudadanos saben juzgar sanamente cuáles son las mejores soluciones, porque no creen que la palabra dañe la acción y desean, por el contrario, que la luz surja de la discusión.”

La consolidación de la democracia.—Desde los comienzos de su carrera, Pericles había definido claramente su política democrática colaborando como lugarteniente de Efilates en la reforma que quitó al Areópago sus privilegios. Más tarde, alcanzando el predominio que por tanto tiempo conservó, procuró ampliar la autoridad del pueblo. Una de sus principales reformas, en tal sentido, fué dar al tribunal popular de los heliastas las funciones judiciales que todavía tenían los arcontes.

Además implantó la remuneración de los jueces, estableciendo el pago de dos óbolos por sesión a los ciudadanos que integraban los tribunales populares. Más tarde se extendió esa paga a los asistentes a la asamblea popular y gracias a esa retribución que equivalía más o menos a la mitad del salario que en un día podía ganar un trabajador modesto, los atenienses pobres pudieron intervenir en los asuntos públicos de modo más activo que hasta entonces, y para muchos, la actividad política, por su carácter de remunerada, se convirtió en un medio de vida.

También se levantaron algunas restricciones políticas que pesaban sobre los thetes, especialmente la que les vedaba el acceso a los altos cargos de Estado.

La constitución de Atenas se convirtió, así, en una verdadera democracia, en la que todos los ciudadanos tenían los mismos derechos, pues ni el nacimiento, ni la riqueza, conferían ya ningún privilegio político.

El ejercicio de la ciudadanía.—Pericles bregó por establecer la igualdad política de los ciudadanos, y acrecentar la intervención de los dos grandes organismos populares, la Asamblea y el Tribunal de los Heliastas en la vida pública de Atenas, pero restringió en cambio severamente la obtención de la ciudadanía, estableciendo que sólo serían considerados ciudadanos los nacidos de padre y madre atenienses.

Pericles no alcanzó en esto a emanciparse de las ideas de su tiempo. Esa severidad en la admisión a la ciudadanía excluía de la vida pública a muchos atenienses por sentimiento y nacimiento, pero a quienes la ascendencia extranjera más o menos remota impedía salir de la clase de los metecos. Hubiera sido ventajoso incorporarlos a los rangos ciudadanos, como lo hubiera sido también la incorporación de muchos habitantes de las ciudades integrantes del imperio de Atenas. Pero, hombre de su época, Pericles pagó tributo a ideas y prejuicios demasiado arraigados. Por eso la democracia ateniense no alcanzó a ser sino un régimen de igualdad política entre la minoría de privilegiados que constituían la clase ciudadana.

Las clases pobres y la solución de los problemas político-económicos (las cleruquías).—Pericles favoreció el progreso político de los ciudadanos pobres y para evitar la repetición de los conflictos sociales engendrados por la pobreza extrema cuidó también de aliviarlos en su situación económica. Para ello ordenó realizar obras públicas en gran escala que permitieron dar trabajo a numerosas personas. Estas obras públicas eran de necesaria realización, pues Atenas no se había aún rehecho totalmente de los daños que sufrió con la invasión de los persas. Era preciso reconstruir los templos devastados, y así fué que Pericles, valiéndose del dinero que los aliados de Atenas vertían al tesoro común, financió la construcción de nuevos templos en la Acrópolis, especialmente el Partenón, que con la dirección del escultor Fidias se levantó en honor de la diosa Atenea.

Las construcciones suntuarias dieron trabajo a mucha gente y contribuyeron al alivio de los menesterosos. Pero más eficaz y beneficiosa resultó todavía para éstos, la política de colonización consistente en la fundación de *cleruquías*, en las cuales los atenienses pobres recibían gratuitamente lotes de tierra otorgados por el Estado.

Las *cleruquías* desempeñaron papel fundamental en la organización del imperio ateniense. Por lo general, se establecieron en territorios confiscados a las ciudades tributarias que se rebelaron contra Atenas. El establecimiento de las *cleruquías* era, a la par que un castigo, una medida de previsión contra nuevas revueltas.

El territorio confiscado se dividía en lotes, de valor análogo, que se distribuían por sorteo entre los atenienses que voluntariamente desearan participar en él. Los ricos tenían el derecho de hacerlo, pero, normalmente, no lo ejercitaban, y los clerucos se reclutaban así, entre las clases pobres.

Los clerucos, a diferencia de los colonos, que dejaban de ser ciudadanos de la metrópoli, permanecían siendo ciudadanos de Atenas. Llevaban siempre el título de ateniense y sus propiedades eran consideradas como si estuvieran enclavadas en la propia Ática y cuando se encontraban en Atenas, podían ejercitar la plenitud de los derechos cívicos.

En cuanto a su gobierno, la *cleruquía* tenía el derecho de administrarse y de nombrar sus magistrados, pero, en la realidad, se hallaba en situación de marcada dependencia frente a Atenas.

Distribuidas en los puntos estratégicos del mar Egeo, Eubea, Naxos, Calcídica, Tracia, las *cleruquías* facilitaron la vigilancia del imperio y contribuyeron, además, a solucionar la situación de los atenienses pobres que adquirieron en ellas tierras y una posición desahogada.

CAPÍTULO XII

EL SIGLO DE ORO

La cultura helénica. El aticismo.—Durante la invasión persa, Atenas fué totalmente incendiada, pero después del triunfo de Salamina una nueva ciudad empezó a surgir de entre las cenizas, y como símbolo de esa resurrección triunfal se erigió en la Acrópolis, a la diosa Atenea, una colosal estatua, forjada con el bronce de las armas que los persas derrotados abandonaron en el Ática.

La reconstrucción de la ciudad se efectuó rápidamente. Temístocles dió gran impulso a la tarea, y comenzó la erección de las murallas defensivas de Atenas y del Pireo.

La prosperidad económica resultante de las victorias sobre los persas, aceleró ese rápido crecimiento material de Atenas. Durante los cincuenta años que siguieron a la batalla de Salamina, los atenienses trabajaron afanosamente en el embellecimiento de su ciudad, construyendo templos, altares, teatros, gimnasios y pórticos.

Los pórticos eran edificios que marginaban los lugares de reunión de la ciudad, como el mercado o los gimnasios. Los pórticos tenían la forma de un corredor, separado del exterior por una fila de columnas laterales. En la época de Temístocles y de Cimón las construcciones públicas avanzaron mucho. Ya se ha visto la energía con que Temístocles encaró la reedificación de la ciudad. Cimón continuó esa política edilicia, y su cuantiosa fortuna le permitió pagar, de su propio peculio, algunas construcciones. A su gestión se debe la erección de casi todos los pórticos que rodeaban la plaza del mercado, llamada

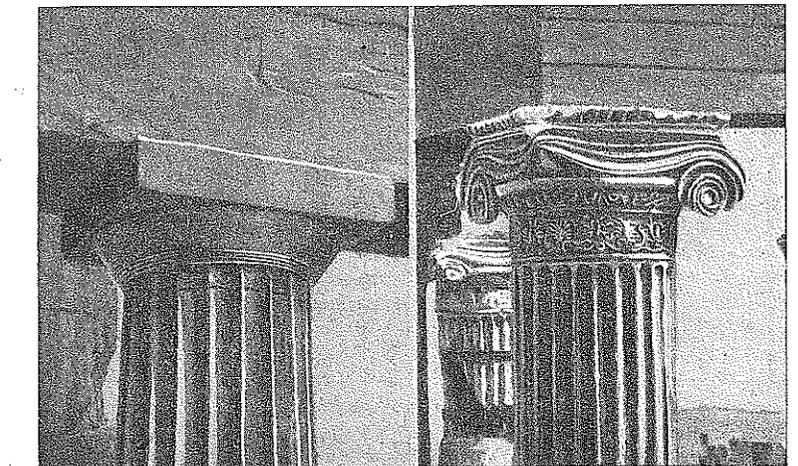
el *Agora*, y el delineamiento de los jardines en el paraje llamado la *Academia*. La Academia era un recinto ubicado en las afueras de Atenas, a orillas del río Cefiso. Desde la época de Pisístrato se había levantado allí un gimnasio, pero el paraje era árido y desguarnecido. Cimón lo transformó en un hermoso parque, a cuyas avenidas, sombreadas por los olmos y los plátanos, concurrían a departir los atenienses después de ejercitarse en el gimnasio.

Pero las grandes construcciones atenienses se ejecutaron en la época de Pericles. Éste aconsejó al pueblo, que aceptó su criterio, que el dinero proveniente del tributo pagado por las ciudades aliadas de Atenas debería emplearse en el embellecimiento artístico de la ciudad. Fué entonces que se construyó en la falda oriental de la Acrópolis el *Odeón*, edificio de planta circular destinado a las audiciones musicales. Fué entonces que se inició, también, la construcción de los grandes templos de la Acrópolis: el *Partenón*, erigido en honor de la diosa Atenea, y el *Erecteión*, en honor de Erecteo, héroe mítico del Ática. En la construcción y el decorado de estos templos de mármol, los arquitectos y escultores de Atenas llegaron a un grado de perfección y refinamiento maravillosos. La obra de *Ictinos*, arquitecto del Partenón, y de *Fidias*, escultor que adornó sus paredes con frisos magníficos, marcan un momento de asombrosa superación del arte griego, y por ello Atenas merece con justicia el título de capital artística de Grecia.

También merece el título de capital intelectual de la Hélade, por el prestigio de sus grandes autores teatrales, ya mencionados: Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes y de su gran pensador Sócrates, de que hablaremos en otro capítulo. Esta grandeza espiritual y artística de Atenas se sintetiza en el patronímico regional: ático es desde entonces sinónimo de distinción espiritual.

La superación artística iniciada en tiempos de Pericles, llegó a su apogeo en el siglo V, llamado el *Siglo de Oro*, y que constituye uno de los períodos más brillantes de la historia del arte. El desarrollo de las actividades intelectuales y espirituales en la Atenas de siglo V a. C., generó un tipo de educación refinada, en la que la natural movilidad del genio ateniense se revistió de gracia y de ironía, y a la que se conoce con el nombre de el *aticismo*. Este calificativo puede también aplicarse, en un sentido más amplio, a la total cultura ateniense de la época de Pericles.

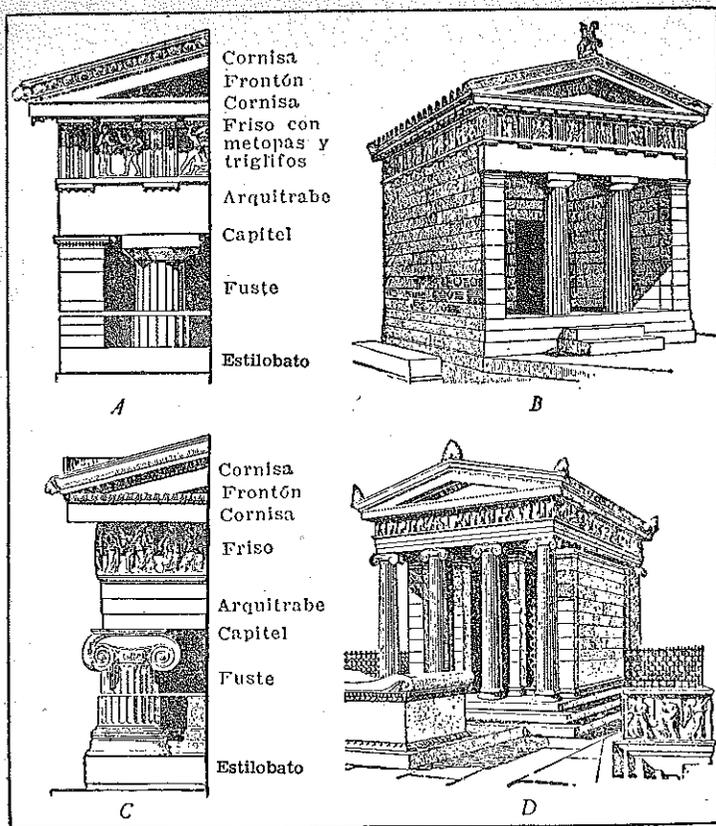
Las artes plásticas.—El amor a lo bello inspiró a los griegos obras de arte que, por su perfección, constituyen el legado más acabado y rico que jamás pueblo alguno haya sido capaz de crear. Es sorprendente la rapidez con que los griegos evolucionaron en materia artística, desde la rusticidad primitiva hasta la más perfecta maestría. Se ha destacado ya, al hablar de la colonización, la tosquedad del arte griego en los siglos VIII



De Ch. Terrasse.

CAPITEL DORIO Y CAPITEL JÓNICO.

y VII a. C., pero ya en el curso del siglo VI a. C. los adelantos cumplidos preludian el prodigioso salto que realizaron los helenos en el camino de la perfección artística, en los dos siglos siguientes. En los siglos V y IV a. C., en efecto, el arte de los griegos alcanzó su apogeo. Especialmente en sus realizaciones arquitectónicas y escultóricas revela una perfección tan acabada y un equilibrio tan armonioso que, por ello, se le considera como el arte clásico por excelencia, es decir, modelo de perenne inspiración para los artistas de todos los tiempos.



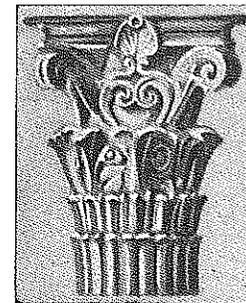
De G. Botsford.

TEMPLOS DORIOS (A Y B) Y JÓNICOS (C Y D).

La pequeña construcción (B) representa el Tesoro de los atenienses en Delfos. El edificio jónico (D) es una restauración del templo de la Victoria (Niké) de la Acrópolis de Atenas.

La arquitectura: estilos arquitectónicos, dorio, jónico y corintio.—La arquitectura encontró su más hermosa expresión en los templos. El templo griego era un edificio de planta rectangular o cuadrangular, en cuya parte central estaba el recinto (*cella*) que contenía la estatua del dios. Las columnas eran un

elemento esencial del templo; a veces figuraban sólo en su parte anterior, otras veces lo rodeaban íntegramente. La línea recta era el elemento dominante en la arquitectura griega, que no empleó el arco ni la bóveda. El techo de los templos era de doble pendiente y, por lo tanto, su exteriorización en la fachada daba la forma de un triángulo, llamado *frontón*. Los templos griegos presentan ciertas diferencias de estilo entre sí, visibles, sobre todo, en la forma y dimensiones de la columna. Unos corresponden al llamado estilo dorio; otros al estilo jónico. Obsérvese la diferencia entre los dos tipos de columna. La doria carece de base, pues arranca directamente del suelo, y su capitel es una simple plancha de mármol. La columna jónica tiene base, y su capital, de carácter menos sencillo, está formado por volutas



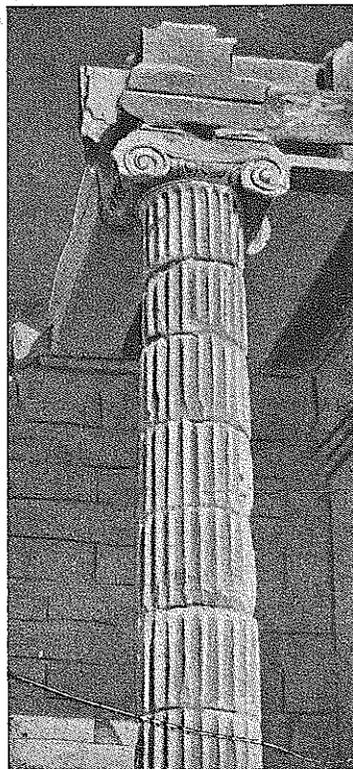
De R. Reinach.

CAPITEL CORINTIO.

(adornos en espiral). En general, la columna jónica es más graciosa y alargada que la doria, lo que hizo decir al arquitecto romano Vitruvio que las proporciones de esta última correspondían a las del cuerpo masculino, en tanto que la más esbelta columna jónica se ajustaba a las proporciones del cuerpo femenino. A estos distintos caracteres de las columnas hay que agregar otros rasgos diferenciales, que en uno y otro estilo presentan otras partes del templo, y de los cuales el más notable es la línea continua del friso jónico, distinta a la línea cortada del friso dorio, que presenta una alternación de metopas y triglifos. En el correr del siglo V a. C., surgió otro tipo de columna llamada corintia, cuya invención se atribuye al escultor Calímaco. La característica de la columna corintia consiste en que su capitel está formado por hojas de acanto. Las más hermosas realizaciones de la arquitectura griega en estos diversos estilos surgieron en la Atenas del siglo de Pericles, en la colina sagrada de la Acrópolis.

La Acrópolis y sus monumentos: El Partenón y el Erecteión.—Después de las guerras médicas, Atenas fué totalmente reconstruída. En la época de Pericles se empleó el dinero proveniente del tributo de los aliados en la construcción de gran-

des templos en la Acrópolis. En esta colina, sagrada para los atenienses, se levantaron tres templos: el Partenón, el Erecteión y el de Niké o de la Victoria, que son considerados, con razón, como la más acabada expresión de la arquitectura griega.



COLUMNA JÓNICA.

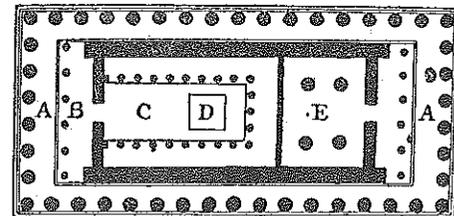
Columna de los Propileos, en la Acrópolis. Obsérvese el diferente acanalado de la columna jónica con la doria.

El *Partenón*, empezado en el 447 a. C. y terminado en el 434 a. C., fué la obra de los arquitectos *Ictinos* y *Calícrates*, quienes tuvieron como colaborador a *Fidias*, el escultor genial, que realizó toda la decoración escultórica del templo. El Partenón pertenece al estilo dorio. Era un edificio de base rectangular, que medía 69 metros 50 de largo y 37 metros 50 de ancho. Sólo se conservan sus ruinas, pues fué parcialmente destruido en 1687 por una explosión.

El templo estaba rodeado de columnas que constituían su principal elemento de belleza arquitectónica. El desarrollo de las columnas no es recto, como parece, sino levemente curvo. Lo mismo sucede con todas las otras líneas, aparentemente rectas, del edificio. Este uso imperceptible de la línea curva produce un admirable efecto de visión, pues le quita al conjunto rigidez constructiva y le da, en cambio, armonía y elasticidad de cosa viva.

Todos los relieves que decoraban el Partenón fueron proyectados por *Fidias* y ejecutados por él y sus discípulos. En los dos

frontones, *Fidias* esculpió escenas de la leyenda de *Atenea*: el nacimiento de la diosa, que surge armada de la cabeza de *Zeus*, y su disputa con *Poseidón* por la posesión del Ática. En las metopas representó las luchas míticas entre los griegos y las amazonas, y entre los dioses y los gigantes, luchas estas que simbolizan la oposición entre las fuerzas del orden y las del caos. En el friso interior¹ desarrolló, en relieve, escenas variadas de la fiesta religiosa de las *Panateneas*, que se celebraba en *Atenas* con gran pompa. Una procesión, que partía de la ciudad, penetraba en la Acrópolis por los *Propileos*, y llegaba por la vía sagrada hasta el templo a depositar las ofrendas en honor de la diosa. *Fidias* animó maravillosamente en el mármol este momento característico de la vida religiosa de *Atenas*, y reveló en sus figuras la



De E. Faure.

PLANO DEL PARTENÓN.

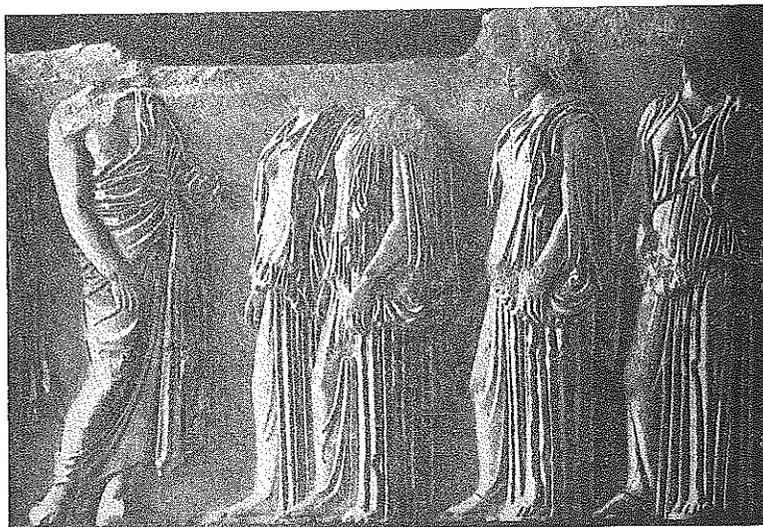
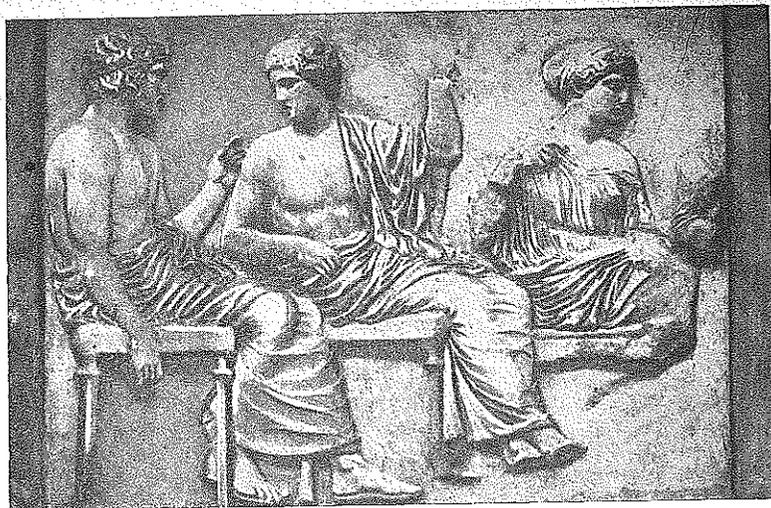
A, peristilo. — B, *pronaos* o vestíbulo. — C, *naos* o *cella*, nave. — D, estatua. — E, Tesoro.

maestría técnica que lo consagró como el representante máximo de la estatuaria de esta época. También fué obra de *Fidias* la estatua colosal de la diosa *Atenea*, contenida en el templo, que medía 10 metros de altura y era de marfil y oro.

El *Erecteión* y el *templo de Atenea Niké* eran los otros dos hermosos santuarios de la Acrópolis. Ambos parecen ser de construcción un poco posterior al Partenón, y a diferencia de éste, que es de estilo dórico, están realizados a la manera jónica.

El *Erecteión* estaba dedicado a *Atenea Polias* (guardiana de la ciudad), pero junto con ella compartían el culto el dios del mar *Poseidón* y el héroe *Erecteo*, que da su nombre al templo, y en quien los atenienses simbolizaban la fertilidad de la tierra. En un costado del *Erecteión*, formando cuerpo con el templo, se levantaba un altar cuyo techo estaba sostenido por seis estatuas

¹ El friso del Partenón era interior, desarrollándose en la parte superior del corredor que rodeaba al templo.



FRISOS DEL PARTENÓN.

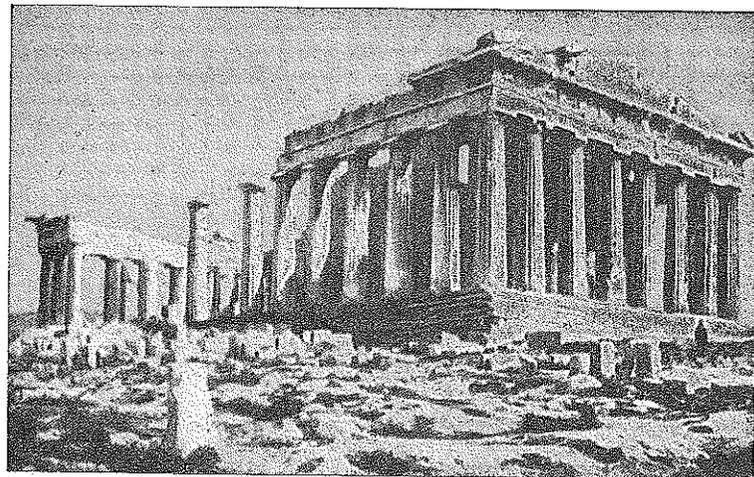
De Ch. Terrasse.

Arriba: Poseidón, Apolo y Artemisa, sentados. — Abajo: Ergastinas.

con figura de mujer (*cariátides*). Estas cariátides del Erecteión figuran entre las más admirables realizaciones del arte del siglo V a. C. De sus cuerpos de mármol, que todavía se perfilan bajo el cielo de la Acrópolis, fluye una magnífica sugestión de fuerza serena, de belleza y de gracia.

El templo de Niké, de mucho menor tamaño que el Partenón o el Erecteión, estaba dedicado a la diosa alada de la Victoria (Niké).

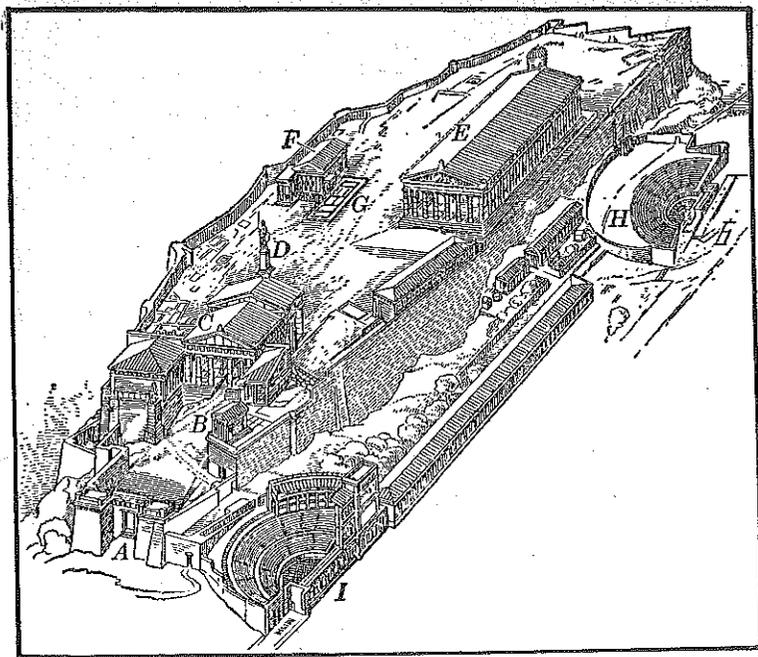
Se construyeron otros grandes templos en diversos puntos de la Hélade, en el transcurso de los siglos V y IV a. C. El más sun-



LAS RUINAS DEL PARTENÓN.

tuoso y de mayor nombradía fué el elevado en Olimpia en honor de Zeus, en el que se contenía una majestuosa estatua del dios ejecutada por Fidias.

En la construcción de todos estos templos los griegos emplearon el mármol blanco, que abundaba en el subsuelo de la Hélade, y al que acostumbraron colorear con pinturas adecuadas, realzando así la natural belleza del edificio con una atrayente policromía.



De C. Braun.

VISTA DE LA ACRÓPOLIS DE ATENAS.

La entrada baja (A) es una construcción agregada en la época romana. A la derecha de esta entrada se levanta el templo de la Victoria (Niké) (B). Luego aparece la gran entrada de los Propileos (C), que desemboca directamente frente a la estatua monumental de la diosa Atenea (D), obra de Fidias. Más atrás están los dos templos: el Erecteión (F) y el Partenón (E), a cuyo costado, en las faldas de la colina, se extendía el teatro (H). La construcción señalada con la letra (I) corresponde a la época romana, y era un edificio para las audiciones musicales. La letra (G) señala ruinas de un templo anterior a las guerras médicas.

La escultura. Las xoanas; los Apolos arcaicos y su evolución hasta el período clásico.—Las obras más antiguas de la escultura griega (siglos VIII, VII y VI a. C.), muestran un arte incipiente y primitivo. Los ejemplares más antiguos son imperfectas imitaciones del natural: figuras envaradas, sin expre-

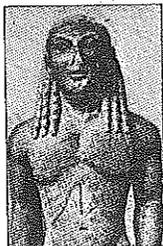


CARIÁTIDES DEL ERECTEIÓN.

De O. Boissacade.

sión, con las extremidades unidas al cuerpo formando una sola pieza. Se la denomina xoanas. Las figuras más repetidas por los escultores primitivos, son las de un joven atleta, que se supone fuera la representación escultórica de Apolo. Estos Apolos arcaicos muestran el escaso dominio técnico de los primitivos artistas, pero después, a fines del siglo VI la escultura griega de modo casi súbito se emancipó del arcaísmo, y, durante el siglo V a. C., alcanzó una asombrosa perfección.

Los grandes escultores de la primera mitad del siglo V a. C., fueron *Mirón* y *Policleto*, que trabajaron especialmente en bronce. El discóbolo de Mirón revela ya el pleno dominio de la forma alcanzado por el artista: la anatomía humana está admirablemente tratada, y en ese cuerpo cuyos músculos se tienden en el acto de



De K. Woermann.
ESTATUA PRIMITIVA DE APOLO.
(fines del siglo VII a. C.).

lanzar el disco. Mirón afirmó, de modo magistral, la emancipación completa de la rigidez y dureza que caracterizó a la escultura de la época anterior. A mediados del siglo V a. C., apareció en Atenas, *Fidias*. Las estatuas monumentales de la diosa Atenea en la Acrópolis, y de Zeus en el templo de Olimpia, fueron consideradas por sus contemporáneos como sus mejores obras. Pero todas ellas se han perdido. Sin embargo, basta para consagrar a Fidias su decoración escultural del Partenón. En esas figuras del friso, llenas de serenidad y de nobleza, envueltas en sus capas, bajo las que el cuerpo se insinúa en todo su movimiento, la escultura decorativa adquiere su máximo poderío y efecto.

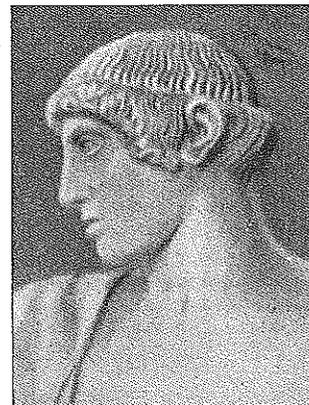
Los grandes representantes de la estatuaria griega posterior a Fidias (fines del siglo V y siglo IV a. C.) fueron *Praxiteles*,

les, *Lisipo* y *Scopas*. Con ellos se afianzó la maestría de la forma y la superior habilidad para traducir, en el mármol o en el bronce hasta en sus menores detalles, toda la belleza del cuerpo humano. Además, sus estatuas revelan una fuerte vida interior, que hasta entonces había sido ahogada por la serenidad y la calma que caracterizó la estatuaria de Fidias. Obsérvese, por ejemplo, las grandes diferencias existentes entre el Hermes, ejecutado por el ateniense Praxiteles, y el Apolo que corresponde a la época y al modo de Fidias. En la cabeza del Apolo, el cabello está tratado de modo artificial y da la impresión de una peluca, mientras que en el Hermes el cabello enrulado surge de la piel, con naturalidad perfecta. La cara del Apolo es poco expresiva y fría, en cambio el Hermes de Praxiteles está lleno de vida y de gracia humanas.

Scopas es, de los tres escultores mencionados, el único que intervino en la decoración de una obra monumental, la tumba del rey Mausolo, sátrapa de Caria (región del Asia Menor vecina de la Dóride).

A la muerte de Mausolo, su esposa Artemisa hizo erigir, en la ciudad de Halicarnaso, una suntuosa tumba de mármol de 46 metros de altura, rodeada por un peristilo de 36 columnas. Los mejores artistas de la Hélade fueron invitados para trabajar en los frisos y estatuas que decoraban el interior del monumento. Scopas fué el principal de ellos. En sus frisos del Mausoleo¹ (nombre de la tumba de Mausolo), se observa, como característica saliente de su arte, el gusto por el movimiento violento y la

¹ La gran fama que adquirió el Mausoleo explica la generalización posterior de este nombre a toda clase de tumbas.



De K. Woermann.
CABEZA DE APOLO.
La estatua, que corresponde a la época de Fidias, se hallaba en el templo de Zeus, en Olimpia.



De Oh. Terrassa.
EL AURIGA.



HERMES DE PRAXITELES.

De Ch. Terrasse.

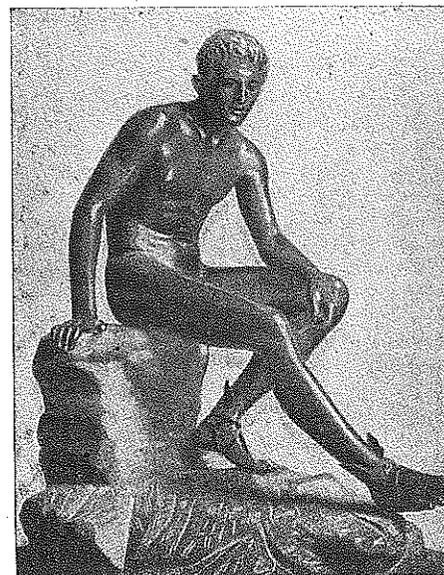
intensa expresividad de sentimientos que animan las caras de las figuras esculpidas por él.

La pintura y la cerámica.—Ya se ha hablado, en capítulos anteriores, del desarrollo de la industria cerámica en Grecia y de la fineza artística que evidenciaron los helenos en la deco-

ración de los vasos. En los de los siglos V y VI, la cerámica progresó notablemente, como consecuencia del perfeccionamiento en el trazado de los dibujos decorativos de los vasos. Los ceramistas de esa época lograron dar, en sus dibujos coloreados, la impresión del contraste de luces y de sombras, valiéndose del diferente espesor de las sustancias colorantes aplicadas. En la pintura de los vasos, los artistas fueron haciéndose, pues, cada vez más expertos en la técnica del dibujo, del color y de la composición. La cerámica preparó así el camino a los grandes pintores que surgieron en la Hélade en los siglos VI y V a. C.: Polignoto, Apolodoro, Zeuxis, y Parrasio.

Desgraciadamente, toda esa obra pictórica, dispersa en las paredes de los monumentos públicos, se ha perdido y sólo puede apreciarse lo que ella significó a través de las descripciones de los escritores antiguos. Gracias a éstos se conocen las innovaciones y progresos realizados por los griegos en materia pictórica, consistentes, fundamentalmente, en la perspectiva y el claroscuro. La tradición personificó en el artista ateniense Apolodoro, que vivió en la segunda mitad del siglo V a. C., la invención de esos adelantos, y por ello se le llamó "el pintor de las sombras".

En mérito a estas innovaciones, hasta entonces no logradas por los pintores griegos deben ser considerados como los precursores de la pintura moderna.



HERMES. De S. Battista.

Estatua en bronce atribuida a Lisipo.

CAPÍTULO XIII

LA FILOSOFÍA GRIEGA

Los filósofos milesios.—Los dos rasgos más característicos del genio griego fueron, sin duda, su amor a la belleza y su intensa curiosidad intelectual.

Su sensibilidad para lo bello se materializó, como se ha visto, en admirables realizaciones artísticas. Su curiosidad intelectual se tradujo en un incesante estudio de los problemas concernientes al universo y al hombre. Por ello los griegos fueron los grandes propulsores del desarrollo del espíritu científico y filosófico, pues su avidez de saber no dejó de abordar ninguno de los grandes problemas que la naturaleza plantea al hombre.

Hasta el siglo VII a. C., los griegos se habían contentado con una explicación de la naturaleza basada en los mitos. Pero hacia el año 600, se produjo un cambio fundamental iniciado por Tales de Mileto, quien, como ya se ha dicho en el capítulo referente a la colonización, expresa el nacimiento de una manera de ver las cosas reflexiva y crítica. Mileto, patria del primer gran pensador del mundo griego, era entonces la ciudad más rica y culta de toda la región del mar Egeo. Las ideas de Tales fueron comentadas, difundidas y en parte superadas principalmente por otros dos pensadores, llamados Anaximandro y Anaximenes que eran como él milesios, es decir, originarios de Mileto. Tales, Anaximandro y Anaximenes integran el grupo de los filósofos milesios, que constituyen la vanguardia de la filosofía griega. Tales y sus continuadores quisieron sustituir la explicación legendaria del mundo por una interpretación racional del mismo. Descartaron la invención de los dioses del Olimpo, y, basándose en la

observación, pensaron que los fenómenos de la naturaleza podían explicarse por el juego de fuerzas físicas y por las transformaciones de algunos elementos esenciales. Algunos decían que ese elemento fundamental, del que todo habría derivado, por transformaciones sucesivas, era el agua o el aire; otros, como *Heráclito*, de Efeso, que era el fuego; otros, *Leucipo*, *Demócrito*, que había un infinito número de pequeños e invisibles elementos, los átomos, que se combinaban para formar todas las sustancias materiales e, inclusive, el alma humana. Estos intentos para descubrir el secreto de la materia y de las leyes que gobiernan sus cambios, constituyeron, por la comunidad del objetivo perseguido, un anticipo de la química y de la física modernas. Pero, sin el auxilio de un conveniente instrumental que permitiera la observación cuidadosa y precisa de la realidad, los griegos no lograron adelantar mayormente por ese camino. Las teorías que desarrollaron al respecto, estuvieron llenas de fantasía, y de errores, pero su aparición marca el despertar del espíritu de análisis, de observación y de razonamiento, cuyo desarrollo y perfeccionamiento fué una de las grandes conquistas intelectuales del genio griego.



De D. Cosentini.

MAUSOLO, SÁTRAPA DE
CARIA.

Estatua de Scopas, que se
hallaba en el Mausoleo.

campo de la física, de la química y, sobre todo, en el de la astronomía y la matemática.

Los sofistas.—La enseñanza griega tenía un gran valor educativo, pero muy escasa importancia instructiva. Esta deficiencia se hizo sentir profundamente a partir del siglo V a. C.,

cuando la civilización helénica, después de las guerras médicas, comenzó una etapa de maravilloso desenvolvimiento. Un nuevo afán de saber se apoderó de los jóvenes, a quienes pareció insuficiente el bagaje de conocimientos que traían de la escuela. En ese momento apareció en el mundo griego un nuevo tipo de maestro: el sofista.

El sofista¹ era un maestro ambulante, que iba de ciudad en ciudad y ofrecía en venta su sabiduría, poniendo precio a sus conferencias, que siempre atraían a numerosa cantidad de jóvenes. Explicaba cosas muy útiles para quienes desearan destacarse en la vida pública, pues enseñaba el arte de hablar con elocuencia, de razonar y de discutir, de adornar el discurso y de expresar con claridad los pensamientos. Los sofistas sabían, además, analizar la naturaleza profunda de todas las cosas; discutían ante su auditorio sobre los fundamentos de la justicia, de la virtud, de la autoridad del estado, de la organización social, y planteaban, así, a sus oyentes, problemas sobre los que éstos no habían pensado jamás de modo profundo.

Por eso, la influencia intelectual de esos nuevos maestros fué muy grande y su aparición marcó un época nueva en la historia del pensamiento griego. Pero muchos de ellos fueron simples profesionales de la discusión; se complacían en demostrar, con alarde de suficiencia, su capacidad para defender alternativamente el pro y el contra de una tesis, y ello explica que el término sofista perdiera, poco a poco, su honroso significado primitivo para convertirse en sinónimo de mal razonador, perverso y engañoso.

Sócrates.—Tanta o más importancia que a la averiguación de los problemas sobre el universo, dieron los griegos a la investigación de los problemas sobre el hombre: su origen, su destino, su conducta.

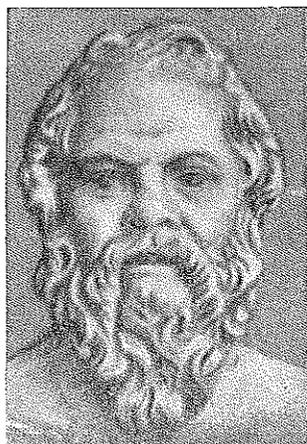
El estudio de estos problemas constituye la parte principal de lo que se llama actualmente filosofía. Pero debe notarse que los griegos daban a esta palabra un sentido mucho más amplio que el que posee modernamente. La empleaban en su acepción originaria que significa "amor a la sabiduría". Todo hombre culto afanosó por saber era, pues, para los griegos, un filósofo.

Los filósofos griegos del siglo VI se habían empeñado sobre

¹ Del griego *philos* = amigo y *sophía* = sabiduría.

todo en descifrar los enigmas del universo. En el siglo V la filosofía abordó más bien los eternos problemas referentes al hombre mismo, a su ideal de vida, a sus deberes para consigo, y a sus obligaciones para con sus semejantes, es decir, a todo lo que constituye la ley moral. Ya se ha visto que los sofistas contribuyeron a difundir entre la juventud helénica el gusto por razonar sobre cuestiones atingentes a la vida social e individual. Pero el gran pensador griego que hizo de la enseñanza de los problemas morales el objeto desinteresado y constante de su propaganda fué el ateniense Sócrates (469-399 a. C.).

En la misma época de los sofistas, y en la misma ciudad de Atenas, donde actuaron tantos de ellos, un modesto ciudadano, Sócrates, dedicó su vida a plantear, incesantemente, a sus conciudadanos los problemas más íntimos del alma: qué es la virtud; en qué consiste la felicidad.



D. H. Durant.

SÓCRATES.

Sócrates no fué un maestro profesional que enseñase para lograr una remuneración material, sino que lo hacía, simplemente, impulsado por su afán de difundir ideas que conceptuaba justas y nobles. Su método de enseñanza preferido fué la discusión. En el Ágora, controvertía con los atenienses sobre los temas de su predilección y se ingeniaba para refutar los argumentos de sus contrarios hasta que éstos se vieses obligados a proclamar, por sí mismos, lo que Sócrates deseaba.

La principal enseñanza socrática consistió en la afirmación de que a la virtud se llega por el conocimiento. "Conócete a ti mismo", decía su máxima favorita, que completaba con esta otra: "Sólo sé que no sé nada". Durante más de treinta años, Sócrates vivió plenamente entregado a la tarea de realizar la educación moral de sus conciudadanos. Predicó la virtud por la palabra y por el ejemplo, pues sus costumbres fueron simples y austeras. Sin embargo, su conducta le atrajo numerosas enemistades. Había atacado a los sofistas, a los que condenó por su escepticismo y por

su indiferencia moral. Pero mucha gente no lo distinguía de los sofistas, y lo responsabilizaba como a ellos por la corrupción creciente de las costumbres y los progresos de la impiedad. Además, algunos de los discípulos de Sócrates, como Alcibiades, habían figurado, durante la época de la guerra del Peloponeso, entre los peores enemigos de la democracia.

Esto explica que, en el 399 a. C., cuando se restauró la democracia en Atenas, Sócrates fuera acusado, ante los heliastas, por no honrar a los dioses del Estado, introducir nuevas divinidades y corromper a la juventud. Sócrates rehusó defenderse seriamente, y fué declarado culpable. Cuando, de acuerdo con la ley, debió indicar la pena a aplicársele, contestó que, a su juicio, debería ser alojado en el Pritaneo (asiento del Consejo de los 500) y alimentado a expensas del Estado por el resto de sus días.

Esta ironía final acabó de irritar a los jueces, que lo condenaron a muerte. Los últimos momentos de Sócrates, sentenciado a beber la cicuta, fueron descritos por su discípulo Platón.

Por la austeridad de su vida, por su desinterés personal y por el empeño que puso en enseñar un ideal superior de conducta humana, su figura se destaca a través de los siglos como la de uno de los grandes forjadores del progreso moral.

Platón (427-347 a. C.), también ateniense y discípulo de Sócrates, fué uno de los grandes filósofos de la Hélade.

Durante ocho años siguió las lecciones de Sócrates. A la muerte de éste abandonó Atenas, y después de varios años de viajes, volvió a su ciudad natal, donde fundó una escuela conocida con el nombre de *Academia*, en razón de enseñar a sus discípulos en el parque público de Atenas que llevaba ese nombre.

Durante cuarenta años (387-347 a. C.), difundió sin descanso sus ideas, no sólo a la juventud ateniense, sino a la de las demás ciudades helénicas, pues su fama de maestro inigualado trascendió más allá de las fronteras de su pequeña patria y convirtió a su escuela en el más brillante centro intelectual del mundo griego.

Platón fué un profundo pensador y, además, un fino escritor. Compuso infinidad de libros, en los que perduran sus enseñanzas. Entre los principales de ellos se hallan *Los diálogos* y *La república*.

La república es un comentario sobre la forma ideal de estado. Platón no era partidario de la democracia. Quizás su rencor a

esta forma de gobierno proviniera en parte del recuerdo de la muerte de su maestro, Sócrates, condenado a la pena capital por el gobierno democrático de Atenas. Lo cierto es que en *La república* describe como un estado ideal aquel en que la masa ignorante está gobernada por una minoría de ilustrados filósofos.

En *Los diálogos*, Platón desarrolló la parte más esencial de sus doctrinas. Sostiene allí que los hombres, prisioneros de sus sentidos, no alcanzan a percibir la exacta realidad de las cosas. Las cosas que se ven y se sienten —dice Platón— no son más que reflejos de modelos perfectos y eternos que llama ideas o formas, las cuales sólo son perceptibles por medio del espíritu y no por los sentidos. La más perfecta de esas “ideas” es Dios, que ha creado el Universo, y a su conocimiento sólo puede llegarse por la superación del espíritu.

La doctrina de Platón sobre Dios era, pues, muy diferente de la que se encerraba en los mitos populares sobre los dioses múltiples y alegres del Olimpo. Para Platón las leyendas corrientes sobre Zeus, Apolo, Afrodita y otros dioses eran sólo relatos inmorales y grotescos propios para ser aceptados por la gente ignorante, pero indignos de ser considerados seriamente por un filósofo. Sus enseñanzas en esta materia significaron, pues, un marcado progreso en las concepciones religiosas de la Hélade.

Aristóteles (384-332 a. C.), originario de Estagira, ciudad griega del litoral de Macedonia, se radicó desde muy joven en Atenas, donde por varios años se incorporó como discípulo a la Academia de Platón. A la muerte de éste, fundó su propia escuela llamada el “Liceo”, por el nombre del gimnasio y parque en que paseaba y conversaba con sus discípulos¹.

Aristóteles fué, más que un filósofo, una verdadera enciclopedia humana, en quien se resumió todo el saber de su época. Escribió libros sobre astronomía, sobre la naturaleza del alma, sobre zoología, sobre botánica, sobre las virtudes y los vicios, sobre oratoria, poesía, arte, política, etc.

La grandeza de Aristóteles no radicó solamente en su saber

universal, sino también en su capacidad para analizar, de modo lógico y claro, todos los temas que abordó.

Enseñó reiteradamente a pensar sobre el pensar y, como ningún otro filósofo antes que él, profundizó el estudio de la lógica, o sea de la ciencia del razonamiento. Su tratado de Lógica fué considerado durante siglos como la obra más completa escrita sobre el razonamiento humano, y a ella debió sobre todo su prestigio inmenso.

También como Platón, escribió Aristóteles una obra, *La política*, en la que analizó la estructura del Estado, pero más que investigar cuál debía ser la forma ideal de Estado, como Platón lo hiciera en *La república*, describió cuidadosamente los variados tipos de gobierno a que pueden ajustarse las comunidades humanas..

En los múltiples libros que escribió sobre zoología, botánica, astronomía, etc., Aristóteles reveló un minucioso temperamento objetivo de análisis y clasificación, que hace de él uno de los grandes precursores de la ciencia moderna.

Estoicismo, epicureísmo y escepticismo. — El pensamiento filosófico griego tuvo también representantes eminentes en las personas de Epicuro, Zenón y Pirrón, fundadores de otras tantas escuelas filosóficas.

El epicureísmo.—El ateniense *Epicuro*, creador del epicureísmo, negaba la existencia de los dioses y rechazaba la creencia en la inmortalidad del alma. En consecuencia, decía que la felicidad del hombre consistía exclusivamente en la obtención del placer. Si bien el distinguía entre los falsos placeres materiales y el verdadero placer que puede alcanzarse por renuncia de ellos, sus discípulos se preocuparon exclusivamente de los primeros, y esto explica el significado de crudo materialismo que comporta la palabra epicúreo.

El estoicismo.—*Zenón* enseñó en Atenas, bajo uno de los pórticos que flanqueaba el Ágora. En griego, pórtico se dice “stoa”, y de aquí deriva el nombre de *estoicos* aplicado a los discípulos de *Zenón*.

Para los estoicos, el secreto de la felicidad radicaba, no en la búsqueda afanosa del placer, sino en el perfecto equilibrio del espíritu, que permite el aceptar, con la misma serenidad de áni-

¹ Sus discípulos fueron también llamados *peripatéticos* (del griego: los que pasean alrededor), porque a menudo Aristóteles les impartía sus enseñanzas caminando con ellos.

mo, la suerte o la adversidad, la riqueza o la pobreza, el placer o el dolor. Por eso, la palabra estoicismo suele emplearse como sinónimo de entereza para afrontar la desgracia.

El estoicismo se difundió muchísimo en la Grecia del siglo III a. C., y luego en el imperio romano, llegando a constituir una verdadera religión. Un aspecto particularmente interesante en el estoicismo fué su creencia en la igualdad de todos los seres humanos, civilizados o bárbaros, libres o esclavos. Esta idea generosa, a la que tan reacio había sido el mundo antiguo, fué afirmada por los estoicos y habría, luego, de ser difundida por el cristianismo.

El escepticismo.—Pirrón, que vivió a fines del siglo IV, fué el fundador de la escuela escéptica. Dudaba de todo, pues entendía que a cada proposición se podía oponer otra proposición contraria. Sostenía que no deben juzgarse las cosas, sino limitarse a examinarlas. Como la palabra *examinar*, en griego, era *skepsis*, la doctrina de Pirrón tomó el nombre de *escepticismo*.

CAPÍTULO XIV

LA GUERRA DEL PELOPONESO

Generalidades.—Las guerras médicas provocaron la unión pasajera de los más importantes estados de Grecia, que sumaron sus fuerzas para luchar en común contra los persas.

Pero esta unión duró tanto como la inminencia del peligro, y la hora de la victoria definitiva ya encontró, de nuevo, separados a los griegos. Esparta y sus aliados no quisieron participar en la empresa de proseguir la guerra por el mar. Atenas, en cambio, juntó a las ciudades de las islas y del litoral asiático en una liga antipérsica, la liga del Delos, que procuró y consiguió expulsar a los persas del mar Egeo. La realización triunfal de esa política dió a Atenas los elementos necesarios para crear un fuerte imperio marítimo y convertirse en la ciudad más importante de Grecia, desde el punto de vista intelectual y artístico.

A Esparta, los años siguientes a las guerras médicas no le depararon la misma suerte. Al contrario, tuvo que hacer frente a una terrible insurrección de ilotas (464 a. C.), y sólo a duras penas consiguió reprimir ese movimiento que la llevó al borde de la ruina. Obtuvo, sin embargo, la victoria, y gracias a ella pudo mantener su hegemonía en el Peloponeso. De modo, pues, que en la época inmediatamente posterior a las guerras médicas, la Hélade estaba repartida en dos zonas de influencia: una de predominio ateniense, y otra de predominio espartano.

La supremacía de Atenas tuvo por escenario el mar, y por instrumento su poderosa flota, la más fuerte de toda Grecia. La supremacía espartana tuvo por escenario la tierra, y por instrumento sus contingentes de hoplitas, reputados invencibles.

Entre estas dos potencias, militar y continental una, naval y marítima la otra, estalló una terrible contienda llamada *guerra del Peloponeso* (431-404 a. C.), a consecuencia de la cual Atenas perdió su imperio y Esparta obtuvo la exclusiva hegemonía sobre la Hélade. Pero las ciudades que intervinieron como aliadas de Esparta en la guerra habían luchado por odio al imperialismo ateniense, que amenazaba su independencia, y no para sustituirlo por otro, más fuerte todavía.

De aquí que cuando Esparta quiso gobernar a las ciudades de Grecia, como dueña, levantó contra ella las mismas resistencias que había concitado Atenas. Una ciudad, hasta entonces de segundo plano, Tebas canalizó en su provecho este odio contra Esparta, a la que logró derrotar, imponiendo, a su vez, una nueva hegemonía (371-362 a. C.). La dominación tebana provocó, también, luchas violentas a consecuencia de las cuales sucumbió.

En esos momentos en que las ciudades griegas se hallaban debilitadas por sus constantes guerras, y divididas por la violencia de sus antagonismos, apareció en escena el rey de Macedonia, Filipo, que impuso, por la fuerza, la dominación de Macedonia sobre toda la Hélade (388 a. C.).

Sus antecedentes.—Entre el imperio marítimo de Atenas y la liga del Peloponeso dirigida por Esparta existían razones poderosas de rivalidad. En primer término, se perfilaba una rivalidad de orden político, provocada por las diferencias de gobierno, puesto que Atenas procuraba difundir las instituciones democráticas, mientras que Esparta defendía, en todas partes, la subsistencia de los regímenes aristocráticos.

En segundo lugar, existía una rivalidad de orden económico, no precisamente entre Esparta y Atenas, sino entre ésta y Megara y Corinto, que integraban la liga del Peloponeso, y a las que inquietaba el creciente poderío comercial ateniense. En todas partes, los mercaderes megarenses y corintios chocaban con la competencia de Atenas. Los megarenses tuvieron que soportar la prohibición de penetrar en los mercados atenienses. En cuanto a Corinto, le irritaba, especialmente, el hecho de que la marina mercante de Atenas empezara a disputarle el comercio de Italia y Sicilia. Fué precisamente esta rivalidad entre Atenas y Corinto la que provocó la guerra, a raíz del auxilio que los atenienses prestaron a la ciudad de Corcira, ubicada

en la isla del mismo nombre, en las costas del mar Jónico, que se sublevó contra su metrópoli, Corinto. Esta ciudad llevó su protesta ante el consejo de la liga del Peloponeso, y poco después comenzó la guerra (431 a. C.).

Los tres períodos de la guerra.—Esta guerra, que duró veintisiete años (431 a 404 a. C.), es conocida por los historiadores con el nombre de Guerra del Peloponeso ¹.

Las fuerzas de los estados en pugna eran más o menos iguales. Esparta tenía de su lado a casi todo el Peloponeso, y a los estados de la Grecia Central, enemigos de Atenas, particularmente a Tebas. Atenas contaba con las ciudades de su imperio marítimo, con el estado aliado de Tesalia y con algunas pequeñas ciudades de la Grecia Central, como Platea.

La superioridad de Atenas en el mar era evidente, pues su flota era la más poderosa de Grecia. Esparta, en cambio, tenía la ventaja militar de su ejército, el más fuerte y disciplinado de toda la Hélade. Esta equivalencia de fuerzas fué el factor determinante de la larga duración de la guerra. Pero es de hacer notar que ésta no duró ininterrumpidamente del 431 al 404 a. C.

Durante estos veintisiete años la guerra se desarrolló en tres períodos: 1º, un período de diez años de hostilidades continuas que terminó con la paz llamada de Nicias (431-421); 2º, un período de siete años de paz aparente (421-414) durante el cual el hecho culminante fué una expedición a Sicilia realizada por los atenienses; 3º, un período final, en el cual, después de diez años de lucha, Atenas sucumbió ante Esparta y perdió la guerra a raíz de una decisiva derrota en el mar, que provocó su rendición incondicional (404 a. C.).

Desarrollo de la guerra. El primer período.—Iniciada la lucha, Pericles aconsejó a los atenienses que rehuyeran combatir a los espartanos por tierra, donde eran indiscutiblemente superiores, y que se refugiaron en la ciudad, inexpugnable con sus murallas, y abierta al mar por el Pireo. Esta política defensiva daría tiempo para extenuar a Esparta, mediante constantes desembarcos en las costas del Peloponeso.

¹ Esta es la denominación que le dió Tucídides, escritor ateniense contemporáneo de la contienda, cuya obra *Historia de la guerra del Peloponeso* lo consagró como uno de los más grandes historiadores griegos.

Cuando en la primavera del 431 a. C. el ejército espartano penetró en el Ática, encontró la campaña desierta. Los soldados no pudieron atacar más que los trigales y los olivares, que talaron sin piedad, con la consiguiente desesperación de los campesinos encerrados en Atenas, quienes contemplaban, desde las murallas, la destrucción de sus granjas. Los espartanos causaron todo el daño posible, y después se retiraron; pero, entretanto, la flota ateniense había realizado, con éxito, desembarcos en tierras de los aliados de Esparta.

Al año siguiente se repitió la escena, pero en esta ocasión un enemigo inesperado, la peste, atacó a los atenienses dentro de la ciudad, mientras sus rivales estaban acampados en las llanuras del Ática. La epidemia se propagó rápidamente, matando a más de la cuarta parte de la población de Atenas. El pueblo, desesperado, se volvió contra Pericles, a quien sus contrarios atacaron violentamente. Pericles fué condenado al pago de una fuerte multa, bajo pretexto de mala administración de los recursos del Estado.

Poco después Pericles fué políticamente rehabilitado, pues se le volvió a designar estratega, pero murió al cabo de unos meses atacado por la peste (429 a. C.). Su desaparición en tan crítico momento, fué una pérdida sensible para Atenas. Sin embargo, pese a los estragos de la enfermedad, los atenienses mantuvieron intactas sus posiciones frente a Esparta, y así se arrastró largamente la guerra hasta que en el año 421 a. C. se firmó la paz entre los beligerantes, estableciéndose en ella la devolución recíproca de todas las conquistas efectuadas.

La expedición de Sicilia (415-413 a. C.).—Después de la paz surgió en Atenas un joven político llamado *Alcibiades*, que se convirtió en jefe del partido popular, e influyó, profundamente, en la política ateniense de este período.

Alcibiades era pariente de Pericles, y poseía grandes cualidades: inteligencia, energía, cultura y el don de la oratoria, que tan importante papel desempeñaba en la vida cívica de Atenas; pero contrastaban estas virtudes con defectos fundamentales, en particular con una ambición desmedida que le hizo, más adelante, traicionar a su patria o a su partido, en múltiples oportunidades.

Su popularidad fué muy grande, y gastó en mantenerla parte de su cuantiosa fortuna. Obtuvo, una vez, una triple victoria

en las carreras de carros de Olimpia, y para conmemorarla celebró las fiestas más suntuosas que jamás se presenciaron en Atenas.

Alcibiades era partidario de una política exterior violenta y agresiva. Sugirió, así, la posibilidad de una expedición ateniense por el mar Jónico, e inició una ardiente propaganda en favor de la conquista de Siracusa, la rica ciudad de Sicilia. Los atenienses aprobaron sus ideas y organizaron una fuerte escuadra de 134 trirremes para realizar dicho proyecto, pero la expedición fracasó completamente, después de sitiar durante un tiempo a Siracusa. Los barcos de Atenas fueron destruidos, y sus marinos y soldados muertos o hechos prisioneros.

Alcibiades había sido uno de los jefes designados para comandar la expedición, pero, en el momento de zarpar, fué acusado por sus enemigos políticos como autor de la mutilación de los Hermes que adornaban las calles de la ciudad de Atenas. Durante su ausencia se discutió la acusación y se resolvió privarle de su cargo de estratega, ordenándole la vuelta inmediata de Sicilia para comparecer ante el tribunal. Alcibiades desató esta orden y huyó a Esparta, donde estimuló al gobierno a recomenzar la guerra contra Atenas, a la que el desastre de Siracusa había debilitado considerablemente.

Demagogia y oligarquía en Atenas.—Pese a la derrota soportada en Sicilia, Atenas sostuvo el peso de la nueva lucha con Esparta y logró algunas victorias resonantes, especialmente la victoria naval de las islas Arginusas. Pero el esfuerzo militar de Atenas se vió entorpecido y debilitado por las luchas políticas que la desgarraban profundamente. En efecto, la oposición de los dos partidos, el *popular* y el *aristocrático*, que, desde los tiempos de Solón luchaban en Atenas, había llegado a la máxima presión. Los aristócratas odiaban cada vez más al partido que paulatinamente les había arrebatado sus privilegios políticos, y cuyos dirigentes después de Pericles, habían sido verdaderos demagogos. Para extirpar de una vez la demagogia querían reconquistar sus perdidas posiciones y esperaban que la guerra les deparase la oportunidad de hacerlo, pues al salir de Atenas los contingentes navales —reclutados principalmente entre los pobres— se debilitaba mucho la acción del partido popular en la asamblea. En el año 411 a. C. los aristócratas lograron derrocar la democracia y sustituirla por un régimen oligárquico. Su triunfo fué fugaz: poco más tarde se restauró en Atenas al

régimen caído. Estas disenciones internas facilitaron la acción espartana, sobre todo cuando ésta pasó a ser dirigida por un hábil caudillo llamado Lisandro. *Lisandro* era un personaje de grandes dotes militares, y además hábil diplomático, lo que le permitió entenderse, sin dificultades, con los sátrapas persas del Asia Menor, Tisafernes y Ciro el joven, cuyo interés, por temor a Atenas, consistía en ayudar a Esparta, prestándole dinero para equipar una flota capaz de enfrentar a la de su rival.

La caída de Atenas (404 a. C.).—Nombrado almirante de la flota, Lisandro se dirigió hacia el Helesponto para interceptar la ruta del Ponto Euxino, por donde pasaban los navíos que abastecían de trigo a Atenas. Poco después, gracias a un ataque sorpresivo, Lisandro consiguió capturar o hundir en *Egos-Potamos* a la flota de guerra ateniense que se encontraba estacionada allí, próxima a la costa del Helesponto.

Egos-Potamos.—Cuando los barcos de Lisandro llegaron a las aguas del Helesponto, la flota de guerra ateniense que se hallaba guarecida, próxima a la desembocadura del río llamado Egos-Potamos, salió inmediatamente al encuentro del enemigo para ofrecerle batalla, pero Lisandro eludió el choque. Por varios días se repitió la misma maniobra, y los atenienses, al retorno de sus frustrados cruceros, dejaban los navíos próximos a la costa y desembarcaban parte de su tripulación. Esta fué la ocasión aprovechada por Lisandro, quien, después de haber creado con sus simuladas retiradas tamaña confianza e imprevisión en los jefes atenienses, los atacó bruscamente y obtuvo una gran victoria capturando a casi toda la flota de Atenas.

Esta victoria espartana fué decisiva para la suerte de la guerra. Atenas, privada de su fuerza naval, no podía resistir mucho. Los espartanos bloquearon la ciudad, por mar y por tierra, y después de unos meses de asedio los atenienses tuvieron que aceptar las estrictas condiciones de paz impuestas por Lisandro (404 a. C.).

Atenas perdía todas sus posesiones, debía de entregar el remanente de su flota, destruir los Largos Muros y las fortificaciones del Pireo, y entrar a formar parte de la liga del Peloponeso, convirtiéndose en vasalla de Esparta. La aceptación de estas severas condiciones salvó a la ciudad de la completa destrucción que exigían los tebanos y los corintios.

Así terminó, para Atenas, el siglo V a. C. que tan gloriosamente comenzara para ella con sus hazañas victoriosas en las guerras médicas. El imperio iniciado por Temístocles y Aristides,

consolidado por Cimón, y organizado por Pericles, se derrumbó con la derrota, pero la grandeza intelectual y artística alcanzada por Atenas en esa época de esplendor había de perdurar por todos los tiempos.

La hegemonía militar de Esparta. Lisandro. Agesilao.—*Esparta y las ciudades griegas.*—Esparta, vencedora de Atenas, impuso su hegemonía sobre las ciudades de la Hélade. Para consolidar la supremacía espartana en Grecia, Lisandro estimuló la creación, en todas las ciudades, de regímenes aristocráticos, sostenidos por la fuerza armada de una guarnición de Esparta.

En la propia Atenas, después de la paz, se organizó un gobierno de carácter oligárquico formado por treinta miembros, a los que se conoce con el nombre de los *treinta tiranos*, por el régimen de persecuciones y de terror sangriento que hicieron reinar. Este gobierno, impopular, duró poco, pues, fué derribado por los enemigos del partido democrático, que, dirigidos por Trasíbulo, consiguieron volver al Ática, y restaurar las antiguas instituciones proclamando una amnistía general o perdón de los delitos (403 a. C.).

Pero, en las otras ciudades, Esparta mantuvo los gobiernos aristocráticos y exigió de todas ellas el pago de tributos. Su fuerza, unida al prestigio de su victoria, le permitían obrar así, pero, gradualmente, su política absorbente iba concitando contra ella la irritación de las ciudades defraudadas, que habían creído conquistar su libertad con la caída de Atenas, y ahora notaban que no habían hecho más que cambiar de dueño.

Esparta y Persia. La paz de Antálcidas (387 a. C.).—*Agesilao*, rey de Esparta, quiso ampliar la dominación espartana por el lado del Asia Menor. Era la reedición, por cuenta de Esparta, de la política antipersa realizada por Cimón setenta años antes. La oportunidad se presentaba favorable por la debilidad del imperio persa, que acababa de salir de una lucha civil.

Ciro el Joven y la retirada de los diez mil.—En Persia se había producido una lucha interna (401-400 a. C.). Ciro el Joven, sátrapa de Sardes y hermano menor del monarca reinante, Artajerjes, quiso conquistar el trono para sí. Reunió, entonces, un ejército numeroso, engrosado por mercenarios griegos que pudo reclutar en gran número, sin dificultades, pues la terminación de la guerra del Peloponeso había dejado a muchos soldados sin ocupación. Los tropas de Ciro el Joven llegaron hasta muy cerca de Babilonia, cuando las enfrentó el ejército del Gran Rey. Pese a la resistencia de los mercenarios griegos, los soldados de Ciro huyeron, y su jefe quedó

muerto en el campo de batalla. Entonces comenzó una heroica retirada hacia el oeste de unos 10 000 mercenarios griegos, que atravesaron el imperio Persa, desde Mesopotamia hasta el Ponto Euxino. El griego *Jenofonte*, integrante de la expedición, relató, luego, en un libro que se ha hecho famoso, el "Anabasis", la historia de esta difícil retirada.

Agesilao desembarcó en Efeso, y batió, sucesivamente, a los sátrapas persas del Asia Menor. Pero el Gran Rey, en lugar de defenderse con su ejército, lo hizo con su oro que derramó en Grecia para fomentar el sentimiento de rebeldía, ya latente, contra Esparta. Dicha política colocó a Esparta en el dilema de optar entre el Asia Menor y Grecia. Por supuesto, optó por esta última, y Agesilao volvió a la Hélade, a luchar con las ciudades sublevadas contra su patria (Tebas, Argos, Corinto, etc.).

Fué a raíz de esta difícil situación que Esparta se inclinó a la paz con Persia. Esta paz, conocida con el nombre de paz de Antálcidas (387 a. C.), marcó el fin de la ambición espartana en el mar Egeo, sacrificada por Esparta para poder consolidar su dominación en la Hélade propiamente dicha. En cuanto a las ciudades griegas del Asia Menor, pasaron a integrar nuevamente el imperio persa, del que habían salido a raíz de las guerras médicas.

El ocaso de Esparta.—La preponderancia en Grecia que Esparta conservó mediante la paz de Antálcidas, no duró mucho, sin embargo. En efecto, la rigurosidad de su dominación levantó contra ella la rebeldía de las ciudades griegas celosas de su independencia. Esparta confiaba en la fuerza de su ejército para impedir y dominar cualquier sublevación, pero esa fuerza militar en que basaba exclusivamente su poderío, iba a estrellarse contra los ejércitos de Tebas, organizados y dirigidos por el más grande táctico de la época, que se llamó *Epaminondas*.

Entre Tebas y Esparta comenzó a perfilarse un violento antagonismo, como consecuencia de las ambiciones opuestas y encontradas de ambas ciudades. Tebas, la más importante de las ciudades de Beocia, quería realizar la unificación política de esa región bajo su mando, como siglos atrás lo habían hecho Esparta con Laconia y Atenas con el Ática. Esparta se oponía a ese proyecto, cuyo cumplimiento fortalecería a Tebas y comprometería su propia dominación en la Grecia Central. Para frustrar las pretensiones de Tebas, se apoderó por sorpresa de la ciudad y estableció en ella una guarnición (383 a. C.). Después de ese golpe de mano, Esparta dió el poder a los aristócratas tebanos que respondían a su política, e hizo expulsar a los más calificados representantes

del régimen derrocado. Entre éstos se encontraba *Pelópidas*, noble de origen y poseedor de gran fortuna, afiliado al partido popular y antiespartano, quien, al frente de un pequeño grupo de compañeros de destierro, consiguió penetrar en Tebas y reconquistar la ciudad (379 a. C.).

Dicho éxito tuvo gran repercusión en la Grecia Central, organizándose inmediatamente una confederación beocia bajo la dirección de Tebas. Además, Atenas aprovechó la ocasión para restaurar su poderío naval, organizando una liga marítima (377 a. C.) similar en sus bases a la liga de Delos, que Arístides había fundado justamente cien años antes.

El surgimiento de la confederación beocia y de la nueva liga ateniense, que comprendió más de sesenta ciudades, señalaron el ocaso de la hegemonía espartana fuera del Peloponeso.

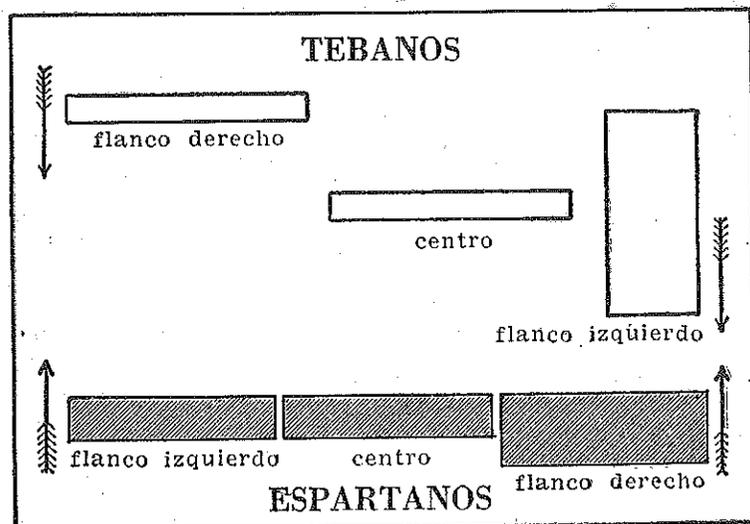
Tebas y su dominación temporaria. Pelópidas y Epaminondas.—Apenas emancipada de la dominación espartana, Tebas se elevó al primer rango entre las ciudades griegas. En la historia de esa rápida y brillante ascensión política, dos hombres desempeñaron un papel preponderante: Pelópidas y Epaminondas.

Pelópidas ganó un definitivo prestigio en Tebas por su decisiva intervención en la reconquista de la ciudad del dominio espartano. Fué un valeroso caudillo guerrero que obtuvo grandes éxitos militares en el norte de Grecia, en Tesalia y en Macedonia, de donde, a raíz de una expedición victoriosa, trajo como rehén, en garantía de la sumisión de su país a Tebas, al joven príncipe Filipo, que, años más tarde, se iba a convertir en el dominador de los griegos.

Epaminondas era íntimo amigo de Pelópidas, quien siempre respetó y acató sus consejos. Hombre de escasos recursos de fortuna, se impuso a la consideración de sus conciudadanos por su cultura y, sobre todo, por sus virtudes personales. Se le consideraba como el más cumplido ejemplar de ciudadano probo, desinteresado y leal. Epaminondas se encargó de organizar las fuerzas de Tebas para ponerlas en condiciones de oponerse con éxito a los ejércitos de Esparta, y fué en esa tarea en que se reveló como el más grande genio militar de su tiempo. Modificó la composición del ejército tebano, reforzando la caballería y creando un cuerpo especial, el llamado batallón sagrado, integrado por trescientos guerreros selectos a quienes correspondía ocupar siempre el lugar de más riesgo en el campo de batalla. Pero la gran innovación

de Epaminondas fué el cambio fundamental que introdujo en la táctica guerrera, y gracias al cual pudo infligir a Esparta la derrota rotunda de Leuctra, que consagró la hegemonía de Tebas en la Hélade.

La batalla de Leuctra (371 a. C.).—Los espartanos, que no habían podido impedir el resurgimiento vigoroso de Tebas y de Atenas, hicieron la paz con esta última y se prepararon para destruir el incipiente poderío tebano. Un cuerpo de 11.000 hombres invadió la Beocia, y cerca de la pequeña ciudad de Leuctra se



PLANO DE LA BATALLA DE LEUCTRA. 371 A. C.

encontró con el ejército de Tebas, sensiblemente inferior en número, pues no pasaba de 6.000 hombres. Epaminondas conocía a fondo el invariable modo de combatir espartano: avance en línea recta, con el flanco derecho reforzado. En consecuencia, alineó sus tropas de acuerdo con una nueva táctica de combate, en orden oblicuo. En el centro colocó el batallón sagrado comandado por Pelópidas, y en la izquierda concentró a sus soldados en filas profundas de cincuenta escudos cada una. El flanco izquier-

do no sólo contrarrestó la carga de la derecha espartana, sino que, a su vez, penetró como una cuña en el ejército enemigo e introdujo en él una confusión terrible que acabó en desordenada fuga. Desde hacía siglos, era la primera derrota importante que Esparta sufría en campo abierto. La batalla de Leuctra quebró su poderío militar y dió a Tebas la supremacía en Grecia.

Apogeo y ocaso de la supremacía tebana.—A partir de Leuctra, los tebanos pasaron a la ofensiva e intervinieron en el Peloponeso. Para debilitar a Esparta y consolidar la supremacía tebana. Epaminondas favoreció allí la creación de nuevos estados que pudieran contrarrestar el prestigio secular de Esparta. Así, fomentó la unificación de Arcadia, donde fundó, con carácter de capital, una nueva ciudad llamada *Megalópolis*, expresión griega que significa gran ciudad. También restauró la independencia de la antigua región de Mesenia, sometida a Esparta desde el siglo VIII a. C., y reconstruyó la ciudad de Mesenia, que quedó como centinela enemiga apostada en los flancos de Laconia. Además, intentó destruir a Esparta: llegó por dos veces hasta las inmediaciones de la ciudad sin muros, que según el dicho de uno de sus reyes, "jamás había visto el humo de los campamentos enemigos". Pero la prudencia y energía del viejo rey Agesilao le impidió realizar la conquista definitiva del valle de Eurotas.

Fué, precisamente, al retorno de su segunda campaña contra Esparta, que Epaminondas se encontró detenido por un ejército de espartanos y otros aliados del Peloponeso en *Mantineia* (362 a. C.). Nuevamente, la táctica militar del general tebano triunfó sobre sus adversarios, pero él mismo pereció en la batalla. Pelópidas ya había muerto en una de las campañas realizadas en Tesalia. Con la desaparición de estos dos jefes, declinó rápidamente la supremacía de Tebas, que había durado nueve años. Tebas mantuvo su categoría de capital política de Beocia, pero fuera de esa región perdió la preponderancia. Esparta reconstruyó su hegemonía en el Peloponeso y Atenas conservó su nuevo poderío naval, recientemente logrado.

La Hélade, pues, permanecía dividida, sin que ninguna de sus ciudades tuviera la fuerza suficiente para adquirir una influencia general y dominadora. *En esos momentos empezaba a formarse, en el norte, el poderío macedónico, ante el cual tendrían que someterse los estados de Grecia.*

Grecia después de Mantinea. Destrucción de ciudades. El debilitamiento griego.—Desaparecido el peligro común de los persas, la unión nacional forjada entonces se disolvió rápidamente, resurgiendo con toda su fuerza el particularismo que generó tantas guerras y trajo consigo el debilitamiento de la Hélade.

La crueldad en estas guerras alcanzó extremos increíbles, a tal punto que se buscaba, no solamente la victoria, sino de ser posible el exterminio total del adversario. Así, cuando Esparta venció a Atenas en la guerra del Peloponeso, Corinto, aliada de la potencia vencedora y rival mercantil de Atenas, propuso que la ciudad vencida fuera totalmente destruída. No se cumplió este propósito porque los espartanos temieron que la destrucción de Atenas vigorizara demasiado a Corinto o a Tebas. De igual modo, en sus luchas contra Esparta, los tebanos quisieron destruirla; al no lograrlo asolaron las regiones vecinas de la ciudad del Eurotas. En muchos casos, la derrota significaba la total devastación de la ciudad vencida, terrible represión que años más tarde habría de sufrir la propia Tebas al sublevarse contra Alejandro de Macedonia. Las guerras, además de destruir ciudades, exigían un pesado tributo de sangre soportado sobre todo por las clases libres de la población, ya que sobre ellas recaían principalmente las obligaciones militares. Las guerras afectaron también profundamente la vida económica desorganizando la producción industrial, el comercio y, especialmente, la agricultura. Todo ataque enemigo, en efecto, iba sistemáticamente acompañado de la devastación del país, destruyéndose las cosechas, desarraigándose las viñas y quemándose los árboles frutales. Muchos años habrían de pasar antes de que se remediaran los efectos de esta saña destructora.

De este modo, la Hélade se debilitaba cada vez más, pero los griegos, cegados por sus odios, comprometían su seguridad y estaban así inermes ante cualquier conquistador que surgiera. Esas guerras eran los comienzos de su decadencia política, que precedía a la dominación extranjera. Un historiador ha dicho que después de Mantinea se ve claro cómo las guerras fratricidas fueron el suicidio de Grecia.

Las persecuciones políticas. Cuadro social, político y económico de Grecia.—La vida política de las ciudades griegas durante el siglo IV a. C. se caracterizó por una gran inestabilidad. La oposición de las clases se hizo más violenta: los grupos populares por un lado, los aristocráticos por otro, sólo deseaban la rui-

na del adversario. Así se vió en Atenas, durante la guerra del Peloponeso, a muchos aristócratas que miraban con simpatía al gobierno aristocrático de Esparta, y esperaban la oportunidad de entenderse con los espartanos para hundir la democracia ateniense. Dentro de la ciudad, en efecto, las clases se sentían a tal punto enemigas que, el triunfo de una de ellas iba sistemáticamente acompañado de la expulsión en masa de los adversarios, o de intolerantes persecuciones. Las luchas políticas dentro de las ciudades complementaron el efecto anarquizante de las guerras entre ellas. Los desterrados políticos formaban una masa numerosa, sin hogar, y solían asegurar su subsistencia lejos de su patria vendiendo sus servicios militares a quien los pagara mejor.

Los mercenarios.—Estos mercenarios o soldados de fortuna, contribuyeron a cambiar el carácter de los ejércitos griegos. La gente acomodada de cada ciudad prefería contribuir con su dinero al pago de soldados mercenarios en vez de combatir ellos mismos, y así los antiguos ejércitos sin remuneración reclutados entre los ciudadanos se trasformaron del todo o parcialmente en ejércitos mercenarios.

Como consecuencia aparecieron oficiales profesionales a quienes se debieron grandes progresos en el arte de la guerra. Uno de ellos fué la preponderancia que se le dió a la caballería que hasta entonces había sido un simple auxiliar. Se la convirtió en un elemento ofensivo de primer orden, tanto o más importante que la infantería que debió trasformarse orgánicamente. En efecto, los pesados hoplitas de antaño fueron dotados de mayor agilidad para maniobrar frente a la caballería y así surgió un nuevo tipo de infante, livianamente armado, de gran movilidad, que se llamó *peltaste*, por llevar un pequeño escudo llamado *pelte*.

Los cambios económicos y sociales.—La nota característica de este período fué el incremento de la riqueza entre las clases acomodadas. El número de esclavos aumentó entonces porque los ricos se valían casi exclusivamente del trabajo servil, más barato que el de los hombres libres. En la Atenas del siglo IV, por ejemplo, más de la mitad de la población total estaba compuesta por esclavos. En las restantes ciudades industriales y mercantiles del mundo griego, la proporción de esclavos y hombres libres era semejante a la de Atenas.

El desarrollo creciente de la esclavitud afectó a los trabajadores libres que no podían competir con la mano de obra esclava. Se abrió así un abismo cada vez más profundo entre las diversas clases de la sociedad.

M A C E D O N I A

Hasta mediados del siglo IV a. C., Macedonia permaneció al margen de los grandes sucesos de la historia griega. Pero, en la segunda mitad de dicho siglo, dos grandes conquistadores, Filipo II y Alejandro, cambiaron sus destinos. En menos de 25 años (359 - 336 a. C.), Filipo convirtió a Macedonia en una poderosa nación, cuya hegemonía impuso sobre los estados de la Hélade. Luego, Alejandro, sucesor de Filipo, conquistó, al frente de los macedonios y de los griegos, el imperio Persa, y extendió hasta la India la civilización helénica (336 - 323 a. C.).

Generalidades. — Macedonia estaba situada al norte del monte Olimpo, más allá de la Tesalia. Se extendía por el este hasta el río Estrimón, que la separaba de la Tracia; por el oeste confinaba con la Iliria. Las aguas del Egeo bañan las costas macedónicas, desde el golfo de Sarónica hasta la desembocadura del Estrimón. Pero toda esta zona marítima, especialmente la parte peninsular de la Calcídica, había sido colonizada desde el siglo VIII a. C. por los griegos, cuyas ciudades interceptaban a Macedonia el camino del mar.

Para los griegos, Macedonia era un país bárbaro: cubierto de bosques extensos e impenetrables, cuyos habitantes hacían una vida exclusivamente rural, y eran de maneras toscas.

Estaba gobernada por un rey, a cuyo lado se hallaba una nobleza poderosa, dueña de grandes propiedades territoriales.

También el lenguaje macedonio era ininteligible para los griegos, a pesar de que tenía un origen común con el que ellos hablaban.

Ese aislamiento empezó a quebrarse en la época de la guerra del Peloponeso. *El rey Arquelao* (423-399 a. C.), hizo lo posible para vincularse con Grecia. Atrajo a Pella, la capital de su reino, artistas y escritores griegos; fomentó la difusión de la cultura entre sus súbditos, y construyó buenas vías de comunicación. Durante su reinado, Macedonia entró a formar parte del sistema de estados helénicos. Era de presumir que, frente a ellos, le estuviese reservado el desempeño de un papel importante, dada su extensión territorial (30 000 kms.²) y su numerosa población.

Pero a la muerte de Arquelao, los disturbios internos paralizaron la obra de reorganización que había iniciado.

Filipo II; su política.—En el año 359 a. C. murió el rey de Macedonia, Pérdicas, y le sucedió su hermano Filipo.

Filipo era un hombre ambicioso, enérgico y, por sobre todo, astuto, capaz de disimular sus propósitos mientras careciese de la fuerza material para realizarlos. Había sido educado a la manera griega. Siendo muy joven, Pelópidas lo llevó cautivo a Tebas, donde permaneció tres años y comprendió, de cerca, lo que era la vida de una ciudad griega. En Beocia aprendió el arte militar y conoció, al lado de Epaminondas, las reformas que este gran táctico tebano introdujo en la organización del ejército.

Llegado al trono, Filipo inició, inmediatamente, la creación de una gran fuerza militar, tarea en la que iba a igualar, sino a superar, a su maestro Epaminondas.

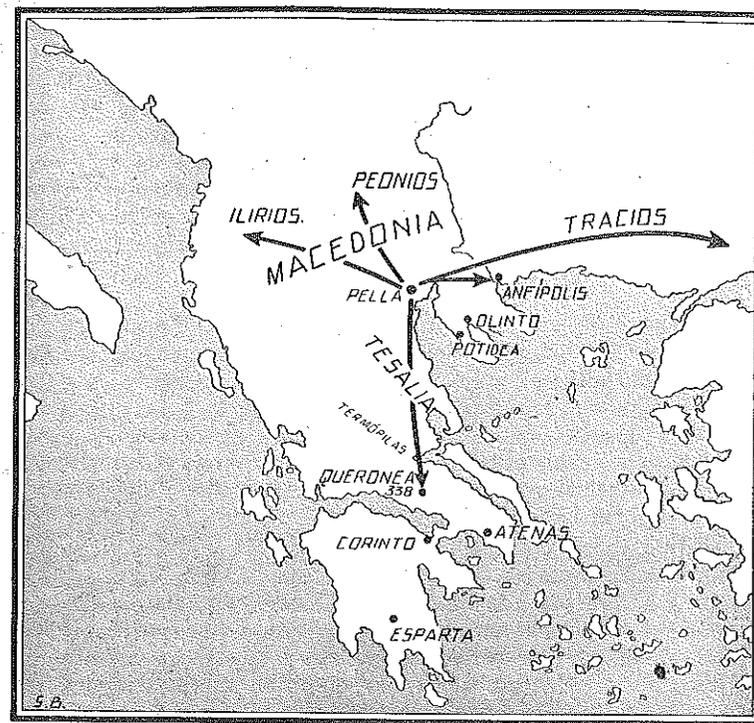
La numerosa población paisana de Macedonia le permitió reclutar gran cantidad de soldados, con los que creó un ejército permanente, distinto, por lo tanto, de las milicias griegas, que sólo tomaban las armas en caso de guerra.

El núcleo central del ejército fué la infantería pesada, de hoplitas, distribuidos en falanges al estilo tebano. Pero Filipo aumentó el poder efectivo de la falange dándole más profundidad (16 filas de 256 soldados) y equipando a los infantes con lanzas más largas. Para dar soltura a la falange, Filipo le dió, como apoyo, una infantería ligera y organizó una gran fuerza de caballería. Los nobles macedónicos, acostumbrados a la equitación y hechos al deporte violento de la caza, rápidamente se adaptaron a las exigencias de Filipo de adiestrarlos para la carga en masa. Filipo combinó y distribuyó las tropas de caballería a ambos lados de la falange haciendo que las dos fuerzas complementaran su acción en el combate y de este modo dió al ejército mace-

dónico una capacidad ofensiva superior a la de cualquier otro ejército griego de su tiempo.

Las primeras victorias de Filipo. — Macedonia lindaba por el oeste, norte y este con pueblos bárbaros, que constantemente la hostigaban.

Las primeras campañas de Filipo fueron dirigidas contra ellos, con éxito completo, pues no solamente consolidaron las



LA EXPANSIÓN MACEDÓNICA.

fronteras de Macedonia, sino que ampliaron sus territorios al este en Tracia, y alcanzaron por el norte la línea del Danubio.

Estos progresos pusieron a Filipo en condiciones de orientar su política en dirección del mar, hacia el lado de la Calcídica, es

decir, hasta la costa macedónica, donde existían importantes ciudades griegas: *Olinto, Potidea, Pidna, Metona y Anfípolis*. Estas ciudades habían formado parte de la liga marítima de Atenas, pero desde la guerra del Peloponeso readquirieron su independencia. Atenas tenía, sin embargo, grandes intereses comerciales y políticos en la Calcídica, y habría protegido a esas ciudades contra Filipo, pero en este momento (357 a. C.) se hallaba amenazada por una guerra con sus propios aliados.

Filipo aprovechó la ocasión. Se alió con Olinto y conquistó las demás ciudades.

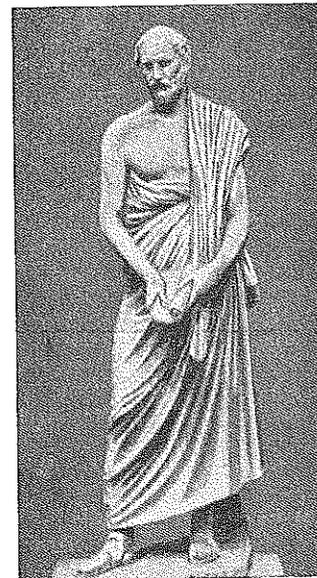
Tres años más tarde, Filipo invadió la Tesalia, que conquistó en una rápida campaña (353 a. C.). Filipo era ya el jefe del estado más poderoso y más rico de Grecia. Las minas de Tracia le daban abundante cantidad de oro. En una época en que a las ciudades griegas les resultaba difícil pagar a sus soldados, Filipo tenía una gran riqueza, con la que podía equipar magníficamente a su ejército, y pagar a algunos de sus enemigos para que defendieran su política.

Filipo y los griegos. — Filipo tardó quince años en realizar su ambición de dominar a los griegos bajo la hegemonía de Macedonia. Su política se vio favorecida por las luchas y rivalidades que agitaban a los diferentes pueblos de la Grecia Central. En dos ocasiones algunos de ellos quisieron apoderarse de territorios pertenecientes al templo de Apolo de Delfos, y este intento, considerado sacrilego, provocó guerras “sagradas”, que facilitaron a Filipo su intervención.

Filipo chocó sin embargo con la decidida y sistemática oposición que Demóstenes le provocó en Atenas. Demóstenes (384-322 a. C.) era uno de los oradores más reputados de Atenas. Empleó su elocuencia para fustigar a Filipo y convencer al pueblo ateniense de que debía combatirlo a muerte, para evitar la pérdida de su libertad. Pero la opinión pública estaba en Atenas sumamente dividida en cuanto a la manera de considerar a Filipo. Unos veían en él al hombre capaz de unir a los griegos y de lanzarlos a la conquista del imperio persa. Así creía *Isócrates*, cuyos discursos ejercían una gran influencia en toda Grecia. Otros, sin apoyar a Filipo, no deseaban la guerra por repugnancia a los gastos y sacrificios que ella implica. Contra unos y otros Demóstenes lanzó sus más fogosos alegatos. Las más famosas arengas de Demóstenes fueron las “Filípicas” en que de-

nunciaba todos los planes de Filipo para sojuzgar a los griegos, y en que tan duramente arremetía contra el rey de Macedonia, que el nombre de filípica ha pasado a la posteridad como sinónimo de reprimenda severa. Poco más tarde, en ocasión del ataque de Filipo a Olinto, Demóstenes, en otras arengas, las “Olintias”, atacó nuevamente la política macedónica, a la par que enrostraba, agriamente, a sus conciudadanos su incuria frente al peligro. Atenas intervino, entonces, a favor de Olinto, y envió en su auxilio una flota y un ejército, pero ello no impidió a Filipo triunfar en su campaña.

Demóstenes se lanzó además a la acción: reorganizó la flota ateniense y tuvo intervención destacada en las numerosas gestiones diplomáticas que Atenas realizó en esta época para contrariar la política de Filipo.



De Ch. Webster.

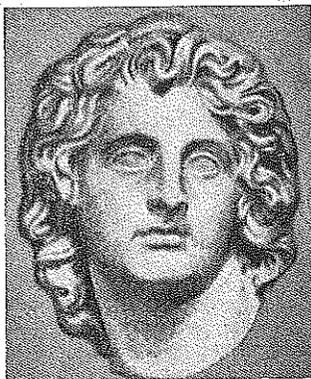
DEMÓSTENES.

La batalla de Queronea.
Muerte de Filipo. — En el año 338 a. C., Filipo, aprovechando una nueva “guerra sagrada”, atravesó las Termópilas. Su aparición súbita en la Grecia Central atemorizó a los tebanos y atenienses, que se unieron contra él para combatirlo, pero fueron derrotados en la batalla decisiva de *Queronea* (338 a. C.), que dió a Filipo la hegemonía sobre Grecia.

Después de su victoria, Filipo quitó a Tebas todo poder sobre Beocia, pero trató a Atenas con bastante consideración porque no quería levantar contra él odios: deseaba unir a todos los estados griegos bajo su dirección. Para ello, convocó a una reunión en Corinto, en que se aprobaron las bases de una liga grecomacedónica que conservaba a las ciudades griegas su autonomía, pero reconocía a Filipo como jefe militar (hegemón) de todos los griegos, excepto de los espartanos, que se abstuvieron de ir

a Corinto. La consolidación de su poder en Grecia colocó a Filipo en situación de realizar un proyecto que había forjado hacía ya tiempo: la conquista del imperio persa. Había empezado los preparativos para esta nueva campaña, cuando fué asesinado por uno de sus oficiales.

Alejandro; sus conquistas. — Los griegos creyeron que la muerte de Filipo significaba la destrucción de su obra, y que readquirirían de inmediato su independencia. Alejandro, hijo de Filipo, y de la princesa Olimpia, disipó muy pronto, esa creencia. Alejandro había recibido una educación de tipo griego. A los trece años fué colocado bajo la dirección del filósofo *Aristóteles*, a quien Filipo hizo venir a su corte de Pella para encargarle, especialmente, de la educación de su hijo. Seguramente, la influencia de Aristóteles fué muy grande sobre su real discípulo, quien decía que lo quería tanto o más que a su padre, pues si éste le dió la vida, aquél le enseñó el arte de vivir. Pero Alejandro no sólo se nutrió de filosofía, pues le apasionaba la vida militar. Ya en la



De W. Goetz.

ALEJANDRO.

batalla de Queronea se destacó, comandando una de las alas del ejército macedónico. La muerte de Filipo lo convirtió en rey a los 20 años. Iba a demostrar, como gobernante, un temple y unas aptitudes que lo capacitaron para superar la obra de su progenitor.

Al ascender al trono se hallaba rodeado de enemigos. Los griegos se disponían a sublevarse y en su propia corte, un partido se pronunció contra él. Pero Alejandro triunfó de todos ellos, demostrando un talento militar y unas condiciones de político y de conductor de hombres extraordinarias. Como corriera la voz de su muerte en una de sus campañas, Tebas se sublevó, apoyada por Atenas, y Alejandro tuvo que dirigirse, precipitadamente, hacia el sur. En dos días llegó a las murallas de Tebas,

se apoderó de la ciudad, y, como ejemplo terrible, la mandó arrasarse enteramente, dejando únicamente en pie la casa en que había vivido el poeta Píndaro.

Las rebeldías quedaron, así, comprimidas. Se reunió, nuevamente, en Corinto el Congreso de los estados griegos, que proclamó a Alejandro generalísimo de todas las fuerzas aliadas (335 a. C.). Alejandro pudo continuar los planes de Filipo.

Un ejército de 35.000 infantes y 5.000 hombres de caballería, y una flota de 169 trirremes se concentraron en el Helesponto para iniciar la expedición contra el imperio persa (334 a. C.). Por el mismo punto que habían cruzado las tropas de Jerjes, siglo y medio antes, para invadir a Grecia, atravesó ahora el ejército grecomacedónico sin encontrar resistencia alguna. Al pasar por Troya, Alejandro depositó una corona en recuerdo de Aquiles y los griegos, vencedores de Príamo y sus hijos.

La batalla del Gránico (334 a. C.) y la conquista del Asia Menor. — Los persas habían discutido mucho la táctica a seguir frente a la invasión. Unos creían que no debía presentarse combate a Alejandro, sino hacerle el vacío e impedir, por la devastación sistemática del país, el aprovisionamiento de sus tropas y vencer así por extenuación; mientras, se provocaban sublevaciones en Grecia y se aislaba a los macedonios de su base de operaciones, pero los generales y los sátrapas persas no se resignaban a sacrificar el país y resolvieron presentar batalla.

El choque se produjo en las riberas del *Gránico* (334 a. C.), pequeño río que desemboca en la Propóntide, al oeste de Cízico. La victoria de Alejandro fué completa, pues destrozó a las tropas de los sátrapas, perdiendo muy escaso número de hombres. Este triunfo entregaba a los invasores el Asia Menor, pues los persas no tenían otro ejército que oponerles en las provincias occidentales del imperio.

Rápidamente, Alejandro ocupó varias ciudades, penetró en el interior del país, hasta Gordio¹, y una vez que juzgó consolidada su posición y eliminado todo peligro en la retaguardia, marchó con su ejército hacia Siria.

¹ En Gordio existía una carreta, cuyo yugo se hallaba unido a la lanza por un nudo extremadamente complicado. Una tradición prometía el imperio del Asia al que fuese capaz de desenredar ese nudo "gordiano". Alejandro lo cortó de un sablazo.

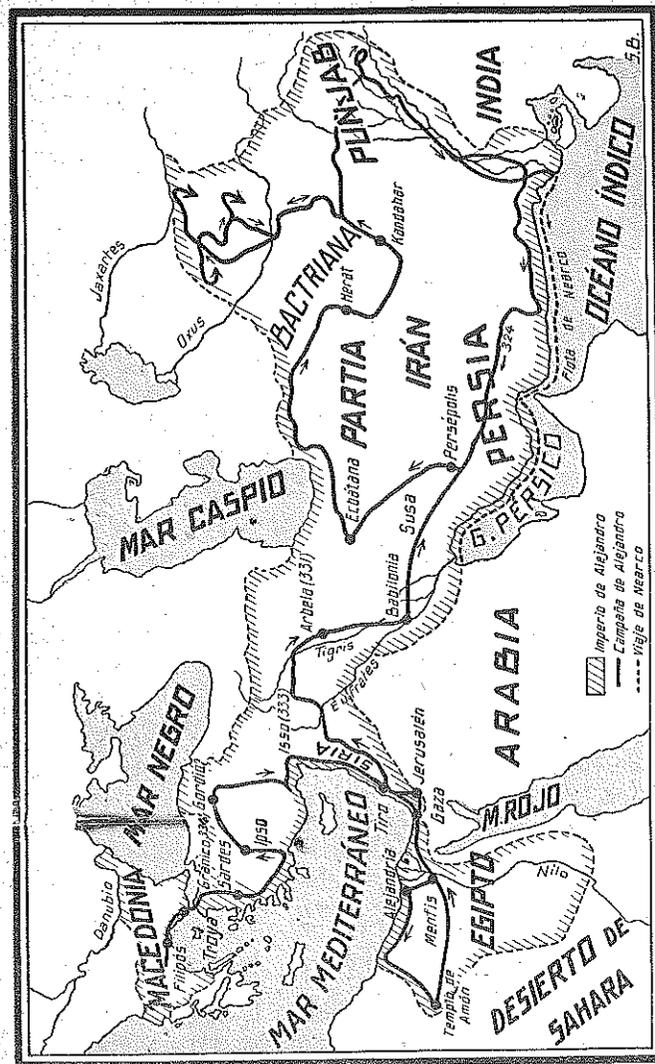
La batalla de Issa (333 a. C.) y la conquista de Siria y Egipto. — La ruta que lleva desde el Asia Menor a Siria, pasa cerca de la ciudad de Issa, por un desfiladero muy estrecho. Allí Darío, el rey de Persia, intentó detener con un ejército de 100.000 hombres al conquistador macedonio; pero otra vez la impetuosidad y el adiestramiento guerrero de la falange se impusieron sobre la masa desorganizada de los persas.

La batalla de Issa (333 a. C.) abrió a los invasores las rutas hacia el corazón del imperio. Pero Alejandro optó por la conquista previa de las zonas de la costa, es decir, de Siria y Egipto. De este modo quitaría todo refugio a la flota persa y se convertiría en dueño de *todo el litoral mediterráneo del imperio persa.*

En consecuencia, se dirigió hacia el sur. Casi todas las ciudades de Siria se sometieron espontáneamente, salvo Tiro, cuya resistencia necesitó de un asedio de siete meses para ser vencida. La conquista del Egipto fué singularmente fácil, pues los egipcios recibieron al caudillo macedónico como a un libertador que los emancipaba de la dominación persa. Alejandro fomentó esa idea, y halagó a los egipcios, respetando su religión; restableció fiestas religiosas, como las que se celebraban en honor del buey Apis, que los persas habían abolido, y se dirigió a través del desierto hasta el oráculo del dios Amón, santuario de gran prestigio, en el que los sacerdotes lo agasajaron declarando que era "hijo de Amón", título con el que se había honrado a los antiguos faraones, y que aumentó la popularidad de Alejandro. Después de este viaje al oasis de Amón, Alejandro fundó en Egipto una ciudad nueva, a la que llamó, en su honor, *Alejandría*. Ubicada cerca de la desembocadura del brazo más occidental del Delta, estaba destinada a convertirse en uno de los centros urbanos más ricos del mundo antiguo.

La batalla de Arbela (331 a. C.) y la conquista de Mesopotamia y de las capitales del imperio. — En 331, a. C., Alejandro abandonó el Egipto. Aleccionado Darío por la derrota de Issa, había preparado más de 200 carros de guerra, armados con largas y afiladas hoces que salían de los ejes de sus ruedas, con los que confiaba neutralizar el impulso tremendo de la falange. Darío con más de medio millón de hombres esperó a Alejandro junto al Tigris.

Los dos ejércitos se encontraron en las llanuras de Arbela, lugar próximo a la sede de la antigua Nínive. Como en el Grá-



IMPERIO DE ALEJANDRO.

nico y como en Isso, la falange hundió el centro de los persas, y el triunfo fué de los griegos. La victoria de *Arbela* (331 a. C.) consumió la ruina de la monarquía persa, pues dejó abierta a los conquistadores toda la Mesopotamia y los caminos que conducían a las grandes capitales del imperio de los Aqueménidas: Babilonia, Susa y Persépolis. Babilonia y Susa abrieron sus puertas al vencedor. Persépolis se hallaba protegida por la distancia, pues quedaba en el interior de Persia, en una región que no figuraba en los mapas de los griegos, para quienes el Eufrates y el Tigris señalaban la frontera de lo desconocido. Pero Alejandro no quiso dilatar su conquista por temor a que Darío reorganizara su ejército y se hiciera fuerte en ella. Penetró, pues, en el Irán por los desfiladeros (las "puertas persas") que conducen a Persépolis, cuyo paso forzó, y se apoderó de la ciudad (331 a. C.), que fué saqueada.

En Persépolis se hallaban las riquezas acumuladas por varias generaciones de reyes. En el tesoro real, Alejandro encontró oro por valor de más de 300 millones de pesos. Parte de esta riqueza fué transformada en monedas con la efigie del mismo Alejandro.

La conquista del Irán y del Afganistán. — En tres años, Alejandro había logrado conquistar la parte más rica y civilizada del imperio persa, desde el Mediterráneo a la Mesopotamia, y se había hecho coronar en Persépolis como sucesor de los Aqueménidas. Pero Darío, el rey destronado, todavía permanecía insumiso, y su autoridad seguía siendo acatada en los territorios del norte y del este del imperio.

Alejandro trató entonces de imponer su dominación en esas regiones. Sometió a la ciudad de Ecbatana, y marchó, tras las huellas de Darío, que se había retirado hacia el norte, pero sólo encontró su cadáver, pues uno de los sátrapas, Besso, gobernador de la Bactriana, lo asesinó para proclamarse rey, en su lugar, con el nombre de Artajerjes. Alejandro hizo rendir al desgraciado soberano honores fúnebres propios de su rango, y luego persiguió a Besso hasta más allá del río Oxus, donde lo tomó prisionero (329 a. C.), entregándolo a los familiares de Darío, que tomaron cumplida venganza en su persona, pues le dieron muerte de un modo atroz.

Durante los cuatro años siguientes a la muerte de Besso, Alejandro continuó tenazmente una campaña de conquista de las regiones orientales del imperio, afirmando su efectiva dominación en la meseta del Irán, en la Sogdiana (parte del Turkeistán

actual), y en la vasta zona de Bactriana (correspondiente al actual Afganistán), después de continuados y extenuadores combates con pueblos bárbaros, que no daban descanso a los conquistadores.

La campaña de la India y el regreso a Babilonia. — Alejandro permaneció en la zona del Afganistán más de un año, pues comprendió la importancia estratégica de ese nudo territorial en el que se cruzan las rutas que unen al Irán, al Turkeistán y a la India. Fundó allí muchas ciudades, las más importantes de las cuales fueron *Alejandro de Aria* (hoy Herat) que domina el pasaje del Irán al Turkeistán, y *Alejandro de Aracosia* (hoy Kandahar), que vigila los caminos que llevan del Irán al valle del Indus.

Alejandro pasó luego del Afganistán al Punjab, región de la India ubicada en el alto curso del río Indus, donde impuso a los reyezuelos locales el acatamiento a su autoridad. El contacto con esas primeras tierras de la India, había producido un verdadero deslumbramiento en Alejandro, cuya avidez conquistadora estimulaban las leyendas que corrían sobre las riquezas y maravillas de aquel país. Para no parecer inferior en lujo a los soberanos que pudiera encontrar en su camino, hizo adornar los escudos y corazas de sus soldados con placas de plata y colocar frenos de oro a los caballos. Anunció, entonces, a sus tropas su intención de conquistar la India, pero sus compañeros de armas deseaban volver a Macedonia, a disfrutar tranquilamente de la gloria y de las riquezas obtenidas, y ante esa resistencia, Alejandro cedió y resolvió volver hacia occidente.

El ejército descendió el curso del Indus acompañado por una numerosa cantidad de barcos, que Alejandro mandó construir en el Punjab. Llegados al delta del río, la expedición se dividió en dos partes: una embarcó en la flota que, al mando del cretense Nearco, volvió a la Mesopotamia navegando por el océano Índico y el golfo Pérsico; la otra, dirigida por el mismo Alejandro, regresó por tierra hasta Babilonia, donde llegaron los expedicionarios en el año 324 a. C.

En dos lustros, la extraordinaria campaña de Alejandro había transformado la situación del mundo civilizado e introducido el helenismo en el corazón del Asia.

hasta
Organización política del imperio de Alejandro. Las colonias. — Sólo a su regreso pudo ocuparse Alejandro de la

organización del imperio que había creado con sus victorias. Su obra, en tal sentido, aparece dirigida por un pensamiento dominante: *realizar la unión entre vencedores y vencidos*.

A tal efecto, adoptó frente a sus súbditos orientales una política de tolerancia, para hacerles olvidar los rigores de la conquista. Les dejó su religión, sus leyes y sus costumbres particulares. Les prodigó, además, toda clase de consideraciones; eligió a muchos persas como colaboradores de confianza, y aun les dió entrada en el ejército, recibiendo algunos de ellos mandos importantes y gobierno de territorios.

Exigió, además, de sus compañeros, que se adaptaran a los usos de Persia, y los estimuló para que se casaran con mujeres del país. Él mismo dió el ejemplo, uniéndose en matrimonio, primero con la princesa Roxana, y luego con la princesa Statira. En ocasión de este segundo matrimonio, prometió una recompensa a los soldados que eligieran esposa de origen persa, y consiguió, así, que se celebraran simultáneamente 10 000 casamientos.

Todos estos actos de Alejandro eran muy bien vistos por los persas, pero provocaban, en cambio, una seria oposición entre sus compañeros, quienes, por orgullo de raza, habrían preferido mantener una situación de privilegio absoluto frente a los vencidos. Por otra parte, ellos no toleraban la transformación que se iba operando en Alejandro, quien, a medida que progresaba en sus conquistas, adoptaba, de manera cada vez más neta, las características de un rey de Persia. Los irritaba, especialmente, la complacencia con que Alejandro acogía los honores divinos que se le tributaban, y, sobre todo, su exigencia de que se prosternaran ante él, como era la costumbre tradicional de los súbditos frente a los reyes en las monarquías orientales. Esta resistencia a la política y a la conducta de Alejandro llegó a prosperar tanto, que se tradujo en críticas y en conspiraciones contra el caudillo macedónico. En una ocasión, Alejandro, encolerizado por la crítica de sus actos, que hiciera en un banquete Clito el Negro, lo mató de un lanzazo, a pesar de que su víctima le había salvado la vida en la batalla del Gránico. En otra oportunidad, condenó a muerte a Calístenes, sobrino de Aristóteles, y a Filotas, de quienes comprobó que habían conspirado contra él. Filotas era hijo del viejo general Parmenión, que había prestado importantísimos servicios a Alejandro en la campaña de Oriente. Temerario éste de que, al conocer la suerte de su hijo, Parmenión se sublevase con sus soldados fieles, mandó, también, darle muerte.

Todos estos acontecimientos no detuvieron a Alejandro en sus planes de acercamiento con los vencidos, ni en sus propósitos de gobernar a su imperio al estilo absoluto de los reyes de Persia, en vez de a la manera liberal y sencilla de los reyes de Macedonia.

Alejandro, como se ha visto, propició el establecimiento de núcleos de pobladores griegos en las comarcas asiáticas y fundó numerosas ciudades que se convirtieron en importantes centros de producción y de intercambio y en lugares de propagación de la cultura helénica. Desde este punto de vista pueden compararse los efectos de las conquistas de Alejandro con los que siglos antes produjera la expansión colonial de los griegos en el mar Mediterráneo.

La economía.— La conquista del Oriente por los griegos provocó extraordinarios cambios económicos. Nuevas rutas de tráfico vincularon las zonas más remotas del Asia con las regiones del mundo mediterráneo. Una de ellas fué la que conducía del Egipto a la India, siguiendo el mar Rojo y el océano Índico; otra, la que conducía a China, atravesando el Irán, la Bactriana y los desiertos del Asia Central. Del lejano Oriente se trajeron nuevos productos, hasta entonces casi desconocidos o de difícil adquisición: las especias (canela, pimienta, nuez moscada, clavo de olor), el algodón, la seda, las maderas preciosas.

Alejandro puso gran empeño en facilitar las comunicaciones activando la construcción de caminos y estableciendo un regular servicio de correos. Al mismo tiempo, la navegación progresaba mucho, como consecuencia de las conquistas logradas en el campo de la geografía y la astronomía.

De todo esto resultó un gran desarrollo del comercio, así como una intensa actividad industrial.

Estos cambios económicos favorecieron, sobre todo, a las ciudades ubicadas en posición estratégica con relación a las rutas más activas de comercio, o sea las del litoral africano y asiático del Mediterráneo, por donde desembocaba hacia Occidente todo el comercio oriental.

El comercio estuvo acaparado por los traficantes griegos, lo que contribuyó a difundir el lenguaje griego, así como también a fusionar los diversos dialectos griegos en una lengua común. El griego fué el lenguaje oficial del imperio y el hablado también por las clases ricas y acomodadas. Pero en

la masa popular, y sobre todo en las clases campesinas, los idiomas locales no desaparecieron. Por esto muchos documentos de la época aparecen redactados simultáneamente en dos idiomas, como la famosa piedra de Roseta, que sirvió a Champollion para descifrar los jeroglíficos egipcios, en la cual se halla grabado, en lengua griega y egipcia, un decreto del rey Ptolomeo.

La muerte de Alejandro. — La muerte truncó los ambiciosos proyectos de Alejandro. Falleció atacado por una fiebre violenta un año después de su regreso de la expedición de la India, cuando apenas contaba 33 años de edad (323 a. C.).

La muerte de Alejandro influyó de modo muy diverso. El gran imperio forjado por sus conquistas se desmembró rápidamente en diferentes estados. Es decir, pues, que su obra de unificación política no duró sino unos años. En cambio, la vinculación económica de Grecia con el Asia, así como la helenización del Oriente, se intensificaron, cada vez más, durante los dos siglos siguientes a la desaparición del caudillo macedónico.

La civilización griega influyó, de modo cada vez más profundo, sobre la vida de los pueblos de Oriente, pero sin desplazar totalmente su milenaria civilización, que, por el contrario, reaccionó sobre la helénica y la modificó en algunos de sus aspectos. Ese helenismo orientalizado, forma nueva que asumió la civilización griega en la época posterior a Alejandro, constituye la llamada *civilización helenística*.

CAPÍTULO XVI

LA ÉPOCA HELENÍSTICA

Generalidades. — Después de la desaparición de Alejandro, las luchas de sus generales rompieron la unidad del imperio. Surgieron, en su lugar, diversos estados: Macedonia, Siria y Egipto, entre los principales.

Pero las conquistas de Alejandro, que no lograron crear un imperio duradero tuvieron, como se ha dicho, perdurables resultados culturales, al extender el helenismo en Oriente. Los estados orientales formados después de Alejandro, fueron estados gobernados por monarcas griegos, en los que se hablaba el idioma griego, y cuya civilización era, fundamentalmente, griega, si bien modificada, en algunos aspectos, por la influencia de las costumbres orientales.

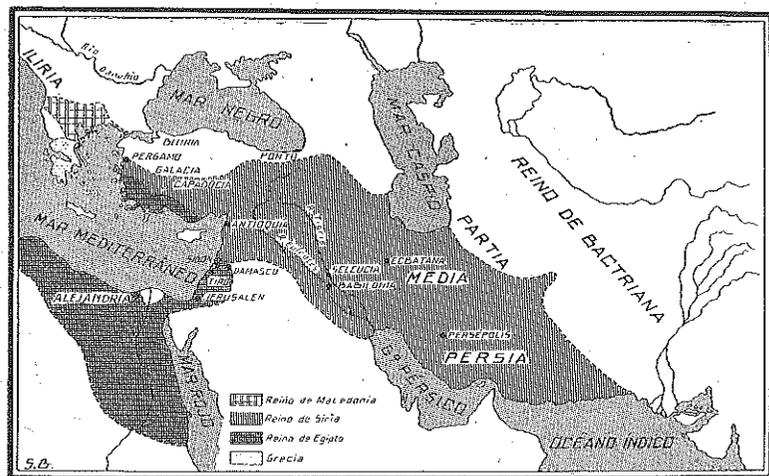
A esta civilización los historiadores suelen designarla con el nombre de *helenística*. Por tres siglos fué la que imperó en las regiones del Mediterráneo oriental, hasta que Roma impuso su dominación en esos territorios.

En consecuencia, pues, se llama época helenística al período comprendido entre la muerte de Alejandro (323 a. C.) y la fundación del imperio romano por Augusto (31 a. C.).

El desmembramiento del imperio de Alejandro. — El imperio de Alejandro no sobrevivió a su fundador.

En menos de un cuarto de siglo (323-301 a. C.), las ambiciones de los generales macedonios rivales consumaron su desmembramiento. En un primer momento, la unidad imperial se mantuvo, por lo menos en apariencia, en favor de un hijo pós-

tumo de Alejandro. Pero pronto este sucesor infantil fué asesinado, y tras él desaparecieron, también eliminados por muerte violenta, los demás integrantes de la familia imperial (309 a. C.). Entonces, uno de los más antiguos generales de Alejandro, *Antígono*, pretendió mantener unido, en su provecho, todo el imperio. Esta pretensión levantó contra él a todos sus rivales, o sea los restantes generales y gobernadores. Antígono fué vencido y muerto en la batalla de *Ipsos* en Frigia (301 a. C.) por las tropas de los coaligados. La batalla de Ipsos consagró el triunfo de los



ESTADOS HELENÍSTICOS.

generales que, como *Seleuco*, *Ptolomeo*, *Lisímaco*, deseaban repartirse el imperio. Pero entre los que se habían aliado circunstancialmente contra Antígono las luchas continuaron todavía, y, al cabo de unos veinte años después de Ipsos, el imperio quedó repartido en tres estados: 1º *El reino de Egipto*, que correspondió a los *Lágidas*, o descendientes de Ptolomeo Lagos, general de Alejandro. 2º *El reino de Siria*, que correspondió a los *Seleúcidas*, o descendientes de Seleuco, general de Alejandro. 3º *El reino de Macedonia*, que correspondió a los *Antigónidas*, descendientes de Antígono, el vencido en la batalla de Ipsos.

El reino de los Lágidas. — Ptolomeo había sido uno de los más hábiles lugartenientes de Alejandro, y a la muerte de éste fué nombrado gobernador del Egipto. Tuvo el tino de no pretender, como otros generales, la sucesión integral de Alejandro, contentándose con transformar el territorio que le tocó en suerte en un reino independiente. Triunfó en este propósito, pues al desmembrarse el imperio fué reconocido como soberano de Egipto, país en el que sus descendientes gobernaron durante trescientos años, hasta la época en que Roma impuso su dominación durante el reinado de Cleopatra (30 a. C.).

El reino de Egipto comprendía: el valle del Nilo desde la 1ª catarata; la Cirenaica; la costa de Siria hasta el norte de Sidón, y parte de la costa de Asia Menor. Era el mejor ubicado para dominar el mar, pues estaban en su poder las principales costas del Mediterráneo Oriental. La política de los Lágidas consistió, precisamente, en el mantenimiento de una fuerte flota que hizo del Egipto, por lo menos durante el siglo III a. C., el reino más fuerte del este del Mediterráneo. La fuerza naval del Egipto, así como las ventajas de su posición geográfica que le permitían realizar un activo comercio de intercambio entre el Oriente y el Occidente, le proporcionaron una gran riqueza.

Alejandro, capital del reino, fué, sin discusión, la ciudad dominadora del Mediterráneo en la época helenística. Ninguna otra ciudad de esos tiempos la sobrepasó en población, la que excedía de los 500.000 habitantes, ni en riqueza, ni en el desarrollo de las artes y de las letras.

El reino de Siria.—Otro de los estados surgidos del desmembramiento del imperio de Alejandro fué el reino de los Seleúcidas. El fundador de la dinastía fué, también, un general de Alejandro, *Seleuco Nicator*¹.

El reino que logró constituir, gracias a su habilidad, era muy grande, pues comprendía la parte territorial más importante del antiguo imperio persa y se extendía desde el Indo hasta Siria, prolongándose a través del Asia Menor.

La propia magnitud de este reino conspiraba contra su unidad. Gradualmente se fueron emancipando diversos territorios, que constituyeron reinos independientes: así, al oriente de Meso-

¹ Nicator significa, en griego, vencedor.

potamia surgió el reino de los *Partos*; al norte, el de *Armenia*, y en el Asia Menor, los reinos de *Ponto*, *Bitinia*, *Galacia*, *Capadocia* y, sobre todo, el de *Pérgamo*, sobre las costas del Egeo, que llegó a adquirir una gran importancia económica y artística.

Disminuído por estas segregaciones territoriales, el reino de los Seléucidas dominaba todavía, sin embargo, una vasta extensión geográfica, en la que se destacaban dos regiones importantes por su civilización y por su riqueza: Mesopotamia y Siria. Los Seléucidas dedicaron su principal atención a esta región mediterránea, y por eso, generalmente, se usa el nombre de reino de Siria para designar el estado que gobernaban.

Los Seléucidas desarrollaron una política sistemática de helenización, y uno de los recursos que emplearon fué la fundación, en gran escala, de ciudades con núcleos de población griega.

"Seleucos —dice el historiador antiguo Apiano— fundó cantidad de ciudades: 16 Antioquías, así llamadas en honor de su padre Antíoco; 5 Laodiceas, que llevaban el nombre de su madre; 9 Seleucias, que llevaban su propio nombre; 3 Apameas y 1 Stratonicé, en recuerdo del nombre de sus esposas".

Las ciudades más importantes del reino de Siria fueron: *Antioquía*, próxima a la desembocadura del Orontes en el Mediterráneo, y *Seleucia*, en las riberas del Tigris, al norte de Babilonia.

El reino de los Seléucidas fué conquistado por los romanos en el siglo I a. C.

El reino de Macedonia. — Comparado con los dos reinos de Siria y de Egipto, el estado de Macedonia era realmente pequeño.

En Macedonia, la corona fué adquirida por los descendientes de Antígono. El fundador de la dinastía fué Antígono Gonatas, reconocido rey en el 277 a. C., después de haber prestado a su país el gran servicio de detener las invasiones de unos bárbaros venidos del norte, llamados galos o gálatas.

La ambición de Macedonia, en esta época, consistió en dominar a las ciudades de la Hélade, las que lucharon tenazmente para defender su independencia, hasta que en el siglo II a. C. Roma sometió a su dominación tanto a los macedonios como a los griegos.

Grecia: La liga etolia y la liga aquea.—Las grandes victorias militares que los griegos lograron en Oriente, bajo la dirección de Alejandro, fueron, para Grecia, causa de decadencia.

En primer término, porque la emigración para el nuevo mundo conquistado por Alejandro en Asia y África fué tan intensa, que la población de la Hélade disminuyó sensiblemente.

En segundo término, porque el desarrollo de los grandes centros comerciales del Oriente, Pérgamo, Antioquía, Alejandría, empobreció a las ciudades griegas que, como Corinto y Atenas, habían poseído hasta entonces el dominio del comercio naval. La declinación económica de estas ciudades no afectó para nada su rango intelectual y artístico. Atenas mantuvo su condición de centro cultural de primera importancia en la época helenística. Pero, en cambio, las hizo declinar militar y políticamente, pues escaseaban las finanzas que permitieran pagar una buena flota o un fuerte ejército. Esto explica que en esta época (siglo III a. C.) se organizaran en la Hélade confederaciones de ciudades, que unieron sus esfuerzos para defenderse de la penetración macedónica. Estas confederaciones fueron la *liga Etolia* y la *liga Aquea*, que marcaron la entrada en escena de pueblos hasta entonces sin importancia, situados en zonas apartadas de Grecia.

A fines del siglo IV a. C., los *etolios*, montañeses rudos y valientes del Peloponeso, organizaron una liga, que se apoderó de la Elida, de parte de la Arcadia, de la Lócrida, de la Focidia, de Delfos y de algunas ciudades de Tesalia.

Los estados de la liga conservaban su gobierno propio, salvo en lo que respecta a la guerra y a la política exterior, en que existía una dirección única y común.

Al llegar el siglo III a. C., las ciudades de la *Acaya* constituyeron una liga, con la finalidad de expulsar a los tiranos establecidos o sostenidos por los macedonios en algunas ciudades de la región. Todas las ciudades de la liga Aquea tenían los mismos pesos, medidas y monedas, pero cada una conservaba su autonomía, en lo que respecta a la administración interior. Un estratega y diez asesores, los demiurgos, dirigían la liga, que adquirió singular importancia con la incorporación de Sicione, Corinto, Megara y Megalópolis.

Esparta: Agis y Cleomenes.—Los males de que sufrían las ciudades griegas también se manifestaban en Esparta. El número de ciudadanos había disminuído a setecientos y las tierras estaban concentradas en unas pocas manos. Así las viejas instituciones de Licurgo estaban en plena decadencia. El rey Agis III trató de restablecer el orden tradicional, pero pereció en su in-

tento. Uno de sus sucesores, el rey Cleomenes, persistió en aquella idea y logró restablecer las antiguas instituciones espartanas. Sin embargo, la restauración del poder espartano no fué duradera, pues los jefes de la liga Aquea, temerosos del renacimiento de la ciudad del Eurotas, solicitaron la intervención de los Antígónidas, de Macedonia. Así, la liga Aquea y Macedonia vencieron a Cleomenes en la batalla de Selasia (222 a. C.) que arruinó de nuevo el poder de Esparta.

Los aqueos no pudieron aprovechar los frutos de su victoria pues se convirtieron en vasallos de sus poderosos aliados macedonios. La misma suerte corrió la liga Etolia.

Conquista de Grecia por los romanos.—Los Antígónidas colocaron, pues, bajo su dependencia, a las ligas etolia y aquea. Pero habiéndose trabado en lucha con Roma, al aliarse con los cartagineses, las ligas Etolia y Aquea aprovecharon esta contingencia para unir sus tropas a las romanas y vencer, decisivamente, al rey de Macedonia en Cinoscéfalos (197 a. C.), localidad de Tesalia.

Para recompensar a sus aliados, Roma declaró la independencia de Grecia (196 a. C.), pero de inmediato inició la tarea de sojuzgarla. Colocó guarniciones en todas las ciudades importantes, como Corinto, y aprovechó una alianza entre la liga Etolia y el rey de Siria Antioco, para acabar con esta liga.

En cuanto a la liga Aquea, y pese a la aparición de un militar y político de gran talento, Filopémenes de Megalópolis, consiguió derrotarla igualmente. Después que la batalla de Pidna (168 a. C.) quebró definitivamente el poder macedónico, Roma fué asentando cada vez más su dominación. En el 146 a. C., las últimas tropas griegas de la liga Aquea fueron derrotadas por los romanos en la batalla de *Leucopetra*, cerca de Corinto, ciudad ésta que fué saqueada y destruída.

Grecia quedó colocada, así, bajo la dependencia del gobernador romano de Macedonia, terminando su existencia independiente.

CAPÍTULO XVII

LA CIVILIZACIÓN HELENÍSTICA

El cosmopolitismo helénico.—La civilización griega se extendió hasta el Indo como cultura dominante, pero fué modificada, en algunos de sus rasgos, por el contacto con la civilización oriental.

Muchos aspectos de la civilización helenística subrayan la gran influencia que las ideas y costumbres del Oriente ejercieron sobre los griegos. Así, por ejemplo, en materia política, los monarcas griegos Seléucidas y Lágidas aplicaron los mismos métodos de gobierno de los antiguos faraones o de los reyes de Persia. En materia religiosa, los dioses orientales tuvieron mayor atracción popular que los propios dioses griegos, algunos de los cuales se identificaron con las divinidades egipcias o babilónicas. En cambio, en otros aspectos de la cultura, arte, filosofía y ciencias, predominó, de modo absoluto, la civilización griega. A esta mezcla de elementos griegos con orientales es a lo que se suele denominar el cosmopolitismo helénico.

Las grandes ciudades helenísticas: Alejandría, Antioquía y Pérgamo.—*Alejandría* era, como se ha visto, la capital del reino de los lágidas y la ciudad dominadora del Mediterráneo en la época helenística.

La ciudad fué trazada con un plan que la dividió en cuatro grandes barrios, separados entre sí por avenidas de 30 metros de ancho, y calles fijadas a cordel, que se cruzaban en ángulo recto y le daban, como a las urbes modernas, el aspecto de un tablero de ajedrez.

En el centro se reservó una zona para los grandes edificios

públicos, asiento de las oficinas del gobierno, verdaderos palacios revestidos de mármol. También en el centro se levantó un amplio y espacioso mercado, rodeado de una hilera de columnas, al estilo egipcio. Este mercado fué el lugar de muy importantes transacciones comerciales. Templos, gimnasios, baños públicos, pistas de carreras de carros y un teatro, completaban esta parte de la edificación destinada a la vida pública de la ciudad. Las construcciones particulares, alineadas de modo compacto, demostraban, en general, una cuidadosa terminación.

Ciudad comercial y marítima, Alejandría hizo de su puerto un elemento fundamental para su desarrollo. El puerto se hallaba dividido por un largo dique de 1.300 metros de largo, en dos partes: el puerto de guerra y el puerto mercante. Ambos se comunicaban por un canal con un puerto interior, situado en el lago Mareotis. El puerto de guerra servía de apostadero a la flota de los Ptolomeos. En los largos muelles del puerto mercante fondeaban barcos provenientes de todas las regiones del mundo. Marineros de todas las nacionalidades ambulaban por sus calles. Sobre la isla de Faros, unida a tierra firme por el dique ya citado, se edificó una torre de 135 metros de altura, el Faro, que fué considerado una de las maravillas del mundo antiguo. En la cumbre del Faro se encendía una luz, con leños resinosos, visible, por las noches, hasta a 60 km. de distancia ¹.

Alejandría fué también, un gran centro intelectual y artístico. Entre las instituciones que aseguraron durante siglos su primacía espiritual, se encontraban dos principales: el Museo y la Biblioteca.

El Museo era una especie de universidad, construido en medio de un gran parque. Habitaban en él una serie de sabios que se entregaban a las investigaciones científicas y filosóficas, para lo cual el gobierno proveía a su subsistencia y a su recompensa adecuada. Contaban con un jardín botánico, rico en toda suerte de especies vegetales; con un jardín zoológico, poblado con toda clase de animales; con un observatorio, con comodidades convenientes para la observación de los astros; con salas de disección para los trabajos de anatomía. Pero el gran complemento del Museo era la Biblioteca, cuyo fundador, Demetrio de Falera, aseguraba haber reunido, en cinco años, doscientos mil volúmenes. Llegó a tener setecientos mil volúmenes que reproducían las obras de la civilización antigua; talleres para la preparación del papiro y salas para los copistas, completaban la Biblioteca, que fué destruída en el siglo IV a. C.

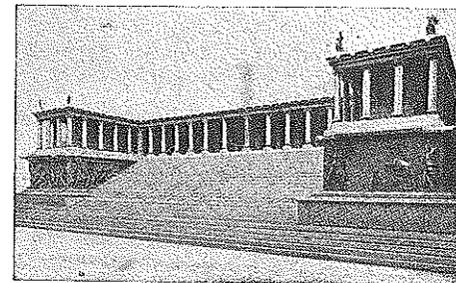
¹ De esta torre de la isla Faros deriva el significado moderno de la palabra faro.

Antioquia fué, como se ha visto, una de las principales ciudades del reino de Siria y otro de los grandes puertos mediterráneos de la época helenística, y por ello mismo rival de Alejandría. Todo el comercio del Asia se volcaba, a través de su puerto, y esto se traducía en una gran actividad y riqueza para la ciudad, que adquirió reputación de ser una de las más bellas del mundo antiguo, por sus templos, sus jardines, su magnífica avenida que bordeaba el río Orontes y a la que adornaban dos pórticos laterales, cubiertos, cuya extensión era de 8 kilómetros.

Pérgamo. La ciudad de Pérgamo, capital del reino del mismo nombre, en el Asia Menor, llegó a adquirir una gran importancia, pues sus reyes fueron propulsores de las artes y de las letras. La dinastía de los Atales, que comenzó a mediados del siglo III a C., reunió una biblioteca rival de la de Alejandría, que contuvo más de 200 000 manuscritos. Pérgamo dió su nombre a las pieles que se prepararon allí para escribir y que reemplazaron con ventaja al papiro egipcio y a las tabletas de arcilla mesopotamias. El pergamino se usó hasta los tiempos modernos, en que se inventó el papel de trapo. En el siglo II después de Cristo, nació en Pérgamo *Galeno*, que figura con Hipócrates entre los creadores de la medicina.

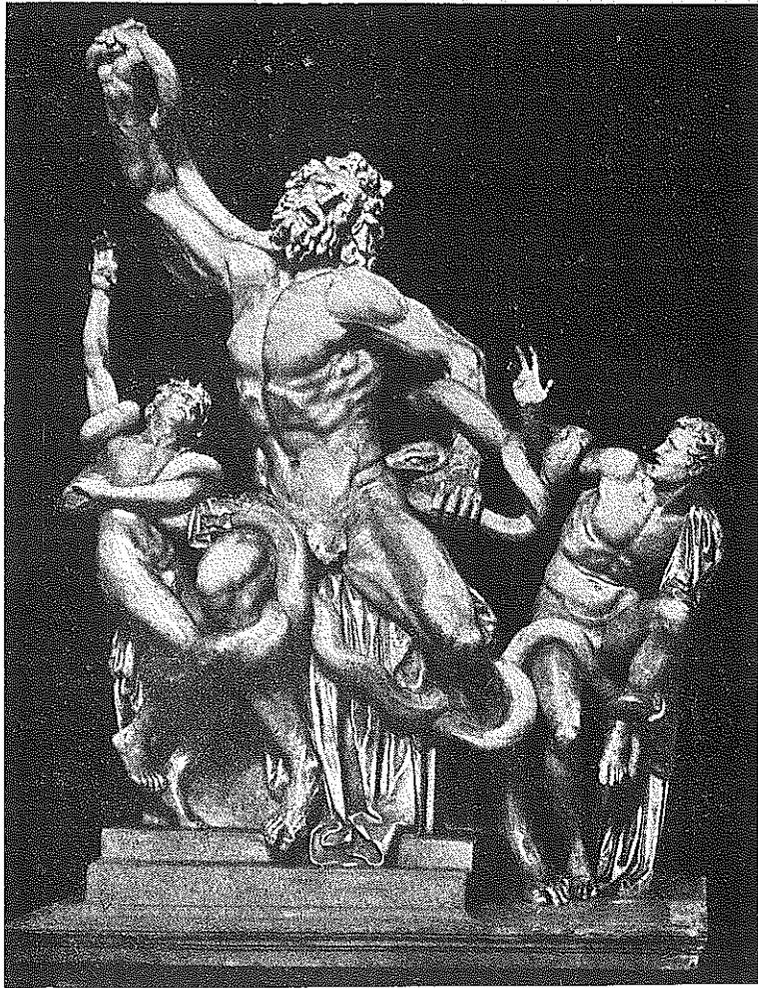
La cultura alejandrina: artes y letras.—El arte helenístico o alejandrino continuó las formas y tendencias del arte de la Hélade.

La *arquitectura* mantuvo fielmente el empleo de las formas



De W. Goetz.
EL ALTAR DE PÉRGAMO.
(Reconstrucción)

Este altar fué levantado en la Acrópolis de Pérgamo, a comienzos del siglo II a. C. Se hallaba construido en mármol y medía 37 mt. 70 de largo por 34 mt. de ancho. La escalera de acceso al altar constaba de 24 escalones. Los frisos que rodeaban la base representaban la lucha de los dioses con los titanes y medían 120 metros de largo por 2 metros 30 de altura.



LA MUERTE DE LAOCONTE.

De Ch. Terrasse.

Laoconte, sacerdote de Apolo, había contraído matrimonio a pesar de la prohibición expresa del dios. Para castigarlo, Apolo envió contra él a dos serpientes que, de acuerdo con la leyenda, lo mataron juntamente con sus dos hijos.

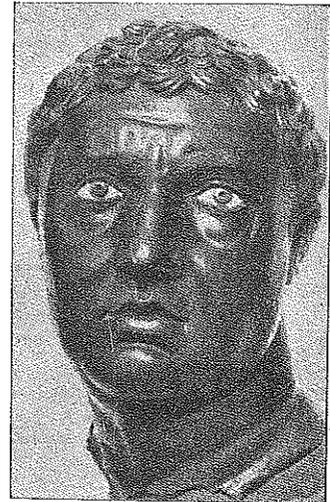
clásicas de la época anterior. Se nota, sin embargo, una modificación apreciable en las proporciones de los edificios, realizados ahora en una escala mayor, para producir impresión de grandiosidad monumental. El altar de Zeus, que se levantaba en la Acrópolis de Pérgamo, manifiesta bien la fuerza de esa tendencia a lo monumental.

La *escultura helenística* produjo obras admirables, que en nada desmerecen, si se las compara, con las más hermosas de la época anterior. Tales son, por ejemplo, entre muchas otras, la Afrodita (Venus) de Milo, la Victoria de Samotracia y el Laoconte. En este grupo escultórico el artista revela, a la par que un certero sentido de la composición, un conocimiento extraordinario del detalle anatómico. Con el cuerpo retorcido y tendido en un esfuerzo supremo de liberación, y la cara congestionada por el sufrimiento, el Laoconte expresa un rasgo característico de la escultura helenística el gusto por la representación de los sentimientos humanos y, en particular el del dolor.

En general, los escultores helenísticos, humanizaron sus personajes y demostraron una gran tendencia al realismo. A diferencia de los artistas anteriores, Fidias y Praxiteles, que idealizaron la belleza y la perfección divinas, éstos no desdijeron llevar al bronce o al mármol personajes humildes extraídos de la vida cotidiana o personajes burlescos, animados de una fina comicidad.

La *pintura y el arte del mosaico* tomaron un gran vuelo en la época helenística, pues el aumento de la riqueza difundió entre los particulares la costumbre de hacer decorar las paredes de sus casas con pinturas al fresco¹ o con mosaicos.

¹ La pintura al fresco es la que se efectúa sobre el revoque de una pared, especialmente preparado al efecto, cuando todavía se halla húmedo, *fresco*.



De C. Boissonnade.

CABEZA DE UN PRÍNCIPE HELENÍSTICO.

Esta escultura, en bronce, fué hallada en la isla de Delos.

Los griegos tomaron el conocimiento de la técnica del mosaico de la civilización oriental.

El mosaico fué muy utilizado, no sólo para el adorno de las paredes, sino también para los pisos de las casas o de los pórticos. Las pinturas y mosaicos presentan los mismos caracteres que se señalaron en la escultura, es decir, inspiración realista y cuidado minucioso en la ejecución.

En realidad, se han conservado directamente pocos ejemplares de aquella época, pero los romanos copiaron, más tarde, en sus casas, las pinturas y mosaicos más célebres de los artistas de Alejandría o Antioquía, y es a través de ellos que han llegado sus modelos hasta nosotros.

La *literatura* tuvo

sus principales representantes en Alejandría, ciudad que adquirió en esta época el rango indiscutido de capital intelectual del mundo helenístico. Ptolomeo I atrajo a su corte a numerosos sabios, y más tarde su hijo consiguió, mediante la fundación del Museo y de la Biblioteca, vincular estrechamente a su corte a un numeroso grupo de escritores.

La literatura helenística careció, sin embargo, de grandes figuras, y en general fueron más abundantes las obras de erudición que las de inspiración. Los principales escritores fueron críticos literarios, o glosadores de las obras antiguas, o historiadores, o gramáticos.



De W. Goetz.

LA VICTORIA DE SAMOTRACIA.

Uno de los poetas de inspiración más fresca de este período fué *Teócrito*, cuyas obras tuvieron gran repercusión por su atrayente sencillez. En los "Idilios" describe escenas de la vida campestre y pastoril, llenas de colorido y de gracia.

Las ciencias. — Durante el período helenístico, los conocimientos científicos realizaron notables adelantos, especialmente en el campo de la astronomía y de la matemática.

Eratóstenes (siglo III a. C.) calculó, mediante observaciones astronómicas, las dimensiones de la circunferencia terrestre. Equivocó la medida real, atribuyendo a la tierra una dimensión superior en 1/7 a la verdadera, pero el resultado de sus cálculos debe considerarse muy aceptable, dada la falta de instrumentos de precisión para realizar las observaciones.

Aristarco de Samos (siglo III a. C.), fué el más sagaz de los astrónomos de su tiempo, pues sostuvo la hipótesis del doble movimiento de la tierra alrededor del sol y de su propio eje. Pero estas ideas no hallaron eco en el ambiente científico de su época. Al contrario, en esta materia se aceptó como artículo de fe la creencia en una tierra inmóvil, colocada en el centro del mundo. Este sistema tan erróneo es llamado *ptolomaico* del nombre del astrónomo Ptolomeo (siglo II), que le dió difusión por la popularidad de sus obras.

En la matemática, la época helenística contó con dos figuras geniales. Euclides y Arquímedes.

Euclides (siglo III a. C.), dió un impulso extraordinario a la geometría. Tuvo, además, un admirable talento docente, que le permitió desarrollar sus conocimientos y sus teoremas en un pequeño libro, escrito de modo tan claro que se le ha seguido em-



De W. Goetz.

VENDEDORA DEL MERCADO.

pleando hasta nuestros días como texto para la enseñanza de la geometría. La claridad de ese libro no alcanzaba, sin embargo, a transformar el estudio de la geometría en un fácil pasatiempo, como creyó el rey Ptolomeo, quien, en cierta ocasión, después de leerlo de prisa y no entenderlo, preguntó a Euclides si no conocía algún modo más accesible de llegar a la ciencia. Euclides, con mucha oportunidad, le contestó: "no existen rutas reales que conduzcan a la geometría".



De G. Botsford.

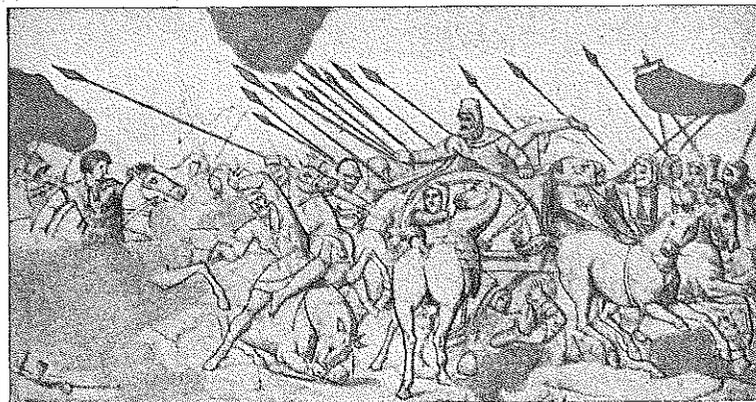
BAILARINA BURLESCA.

Esta pequeña estatua de bronce fué hallada en un barco hundido en la antigüedad, cerca de Túnez.

ple movimiento, botar un barco. Fué también inventor de máquinas de guerra, y a él se atribuye el empleo exitoso de un sistema de espejos gigantes con los que logró quemar, desde el puerto, a los barcos romanos que sitiaban Siracusa.

La medicina progresó muchísimo en el período helenístico, debido a la práctica de la disección, que hasta entonces no había sido admitida por los griegos, pero que en Alejandría encontró un ambiente propicio, pues la costumbre egipcia del embalsamamiento había familiarizado a los hombres con la idea de la disección.

Los adelantos de la medicina estuvieron encarnados en *Hierófilo*, médico y escritor alejandrino del siglo III a. C., quien



BATALLA DE ISSO.

De W. Goetz.

Mosaico pompeyano, copia de un original de la época helenística.

descubrió que por las arterias circulaba sangre y no aire, como erróneamente se pensaba; que el cerebro era el órgano central del pensamiento, y que el sistema nervioso era el regulador de las sensaciones.

Conclusión.—La situación política y cultural del Mediterráneo Oriental comenzó a transformarse en el curso del siglo II a. C. Hasta entonces, los estados helenísticos habían tenido a veces guerras entre sí, sin enfrentarse a ningún otro enemigo poderoso.

Pero a partir del año 200 a. C. una potencia occidental, *Roma*, va a intervenir de modo decisivo en el mundo helenístico. Victoriosa de los cartagineses, Roma comenzó lentamente a extender

su influencia política en el Mediterráneo Oriental. En el año 196 a. C., conquistó Grecia y Macedonia, y luego, en el correr del siglo siguiente, se apoderó de Siria y Egipto. De este modo, fué extendiendo paulatinamente su dominación por toda la cuenca del Mediterráneo, pero el helenismo no sucumbió ante el triunfo político de Roma sino que mantuvo intacta su pujanza cultural y alcanzó a influir de modo decisivo en la civilización y costumbres de los romanos vencedores.

ÍNDICE

Í N D I C E

	PÁG.
Introducción	7

CAPÍTULO I

EL MUNDO EGEO

Su extensión (9). — Generalidades (11). — Períodos de la civilización egea. Los descubrimientos de la civilización egea (12). — Creta (14). — Micenas, Tirinto y Troya (15). — La invasión dorica (16)	9
--	---

CAPÍTULO II

LAS CIVILIZACIONES DEL MUNDO EGEO

La civilización minoica y la cretomicénica (19). — El arte (21). — La arquitectura (23). — Vida y costumbres (26). — El feudalismo aqueo (26). — La edad heroica. Homero y los poemas homéricos: la Ilíada y la Odisea (27). — La Ilíada (28). — La Odisea (29)	19
---	----

CAPÍTULO III

G R E C I A

El medio geográfico: Grecia continental y Grecia marítima (31). — Recursos económicos de Grecia (33). — Principales regiones de Grecia (34). — Los griegos: su procedencia (36). — Leyendas de los orígenes (38). — Organización económica, política y social de los griegos. La Ciudad Estado (39). — Principales ciudades del mundo griego (39). — Régimen político y social de las ciudades griegas (41). — La reyecia. Oposición de la nobleza (41). — Conflictos entre las clases urbanas y los campesinos (Hesíodo) (42). — El gobierno de los nobles (44)	31
--	----

CAPÍTULO IV

LA COLONIZACIÓN GRIEGA

(Siglos VIII a VI a. C.)

Generalidades (45). — La segunda colonización griega; circunstancias políticas y necesidades que la impulsaron (45). — Conquista de las	
---	--

costas oriental y occidental del mediterráneo (46). — Principales ciudades colonizadoras (49). — Relaciones entre colonias y metrópolis (49). — Fundación de una colonia (50). — Griegos y fenicios (50). — Consecuencias de la colonización. La navegación, el comercio, las industrias (51). — La moneda (53). — La esclavitud. Los conflictos político-sociales (54). — Los legisladores (55). — La cultura de la época (55). — La unidad cultural del mundo griego (59) 45

CAPÍTULO V

A T E N A S

Generalidades (61). — Atenas y el Ática (61). — La oligarquía (62). — La opresión de los nobles y las luchas sociales (63). — El atentado de Ción (64). — Dracon (64). — Solón (65). — Pisistrato y la tiranía (66). — Clístenes y la democracia (67) 61

CAPÍTULO VI

ORGANIZACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE ATENAS

Las instituciones políticas (69). — El arcontado. Los estrategas (69). — Las asambleas del pueblo. El senado (70). — El tribunal de los Helias (70). — El areópago (71). — El pueblo ateniense: ciudadanos, metecos y esclavos (71). — Los ciudadanos (71). — Los extranjeros o metecos (71). — Los esclavos (72). — La educación (73). — Vida material y espiritual de Atenas (75). — La familia. La habitación (76). — El vestido (78) 69

CAPÍTULO VII

E S P A R T A

Esparta. Sus orígenes (79). — Licurgo (79). — Desarrollo y trascendencia de la invasión doria desde el punto de vista del destino griego (80). — La organización del Estado. Los Reyes. El Senado o Gerusia. La Asamblea del pueblo o Apella (81). — Los Eforos. Importancia de sus poderes (82). — La conquista del Peloponeso. Hegemonía de Esparta (82). — Las clases sociales: espartanos, periecos e ilotas (83). — Los espartanos (83). — Los periecos (83). Los ilotas (84). — El ejército (84). — Las costumbres espartanas (85) 79

CAPÍTULO VIII

LA RELIGIÓN GRIEGA

Su formación (87). — La mitología (87). — Leyendas sobre el origen del mundo (88). — Culto de los grandes dioses (88). — Divinidades secundarias (91). — Culto de los héroes (92). — Leyendas

sobre el origen de los Griegos (92). — Leyendas sobre héroes extranjeros (92). — Leyendas de héroes nacionales griegos (93). — Hazañas de Teseo (94). — Hazañas de Perseo (94). — Jasón y los Argonautas (94). — Las ceremonias del culto religioso. Los oráculos (95). — El culto de los antepasados (97). — Los misterios y el orfismo (98). — El orfismo (99). — Las fiestas nacionales griegas: Panateneas y Dionisiacas (100). — Las fiestas panhelénicas. Los juegos olímpicos (100). — La era de las Olimpiadas (103). — Las Anfictionías (104). — Panhelenismo y particularismo griegos; causas que los provocaron (104) 87

CAPÍTULO IX

LAS GUERRAS MÉDICAS

Antecedentes y circunstancias (107). — Causas lejanas y próximas (107). — La primera guerra médica. Darío. Milciades. Maratón (108). — Los ejércitos persa y griego. Diferencias en su organización (111). — El instinto de la libertad en Grecia (111). — La segunda guerra. Jerjes. Las Termópilas (112). — La batalla de las Termópilas (113). — La destrucción de Atenas (114). — Batalla de Salamina. Temístocles (115). — Platea y Micala (116). — Confederación de Delos. Su origen (117). — Organización de la liga de Delos: Arístides (118). — Fortificación de Atenas: Temístocles (119). — Cimón (119). — Consecuencias de las guerras médicas. El triunfo griego (120). — Preponderancia de Atenas (120). — La prosperidad económica (121). — El poderío naval (122). — La confederación de Delos, instrumento de la hegemonía ateniense (123) 107

CAPÍTULO X

LA CULTURA GRIEGA

La poesía lírica (125). — El teatro. Sus orígenes y desarrollo (126). — Los grandes trágicos: Esquilo, Sófocles, Eurípides (128). — Esquilo (128). — Sófocles (128). — Eurípides (128). — La comedia. Aristófanes (129). — Las ciencias. La astronomía (129). — La historia: Heródoto. Tucídides. Jenofonte (130). — Tucídides (130). — Jenofonte (131). — La oratoria (131) 125

CAPÍTULO XI

P E R I C L E S

Proceso del partido popular en Atenas (133). — El Areópago. Disminución de sus privilegios (134). — Pericles. Sus tendencias políticas y sus proyectos (134). — La consolidación de la democracia (136). — El ejercicio de la ciudadanía (137). — Las clases pobres y la solución de los problemas político-económicos (las clerquias) (137) 133

CAPÍTULO XII EL SIGLO DE ORO

La cultura helénica. El aticismo (139). — Las artes plásticas (141). — La arquitectura: estilos arquitectónicos, dorio, jónico y corintio (142). — La Acrópolis y sus monumentos: el Partenón y el Erecteión (143). — La escultura. Las Xoanas, los Apolos arcaicos y su evolución hasta el período clásico (148). — La pintura y la cerámica (152) 139

CAPÍTULO XIII LA FILOSOFÍA GRIEGA

Los filósofos milesios (155). — Los sofistas (156). — Sócrates (157). — Platón (159). — Aristóteles (160). — Estoicismo, epicureismo y escepticismo (161). — El epicureismo (161). — El estoicismo (161). — El escepticismo (162) 155

CAPÍTULO XIV GUERRA DEL PELOPONESO

Generalidades (163). — Sus antecedentes (164). — Los tres períodos de la guerra (165). — Desarrollo de la guerra. El primer período (165). — La expedición de Sicilia (166). — Demagogia y oligarquía en Atenas (167). — La caída de Atenas (168). — Egos-Potamos (168). — La hegemonía militar de Esparta. Lisandro. Agesilao. Esparta y las ciudades griegas (169). — Esparta y Persia. La paz de Antálcidas (169). — Ciro el joven y la retirada de los diez mil (169). — El ocaso de Esparta (170). — Tebas y su dominación temporal. Pelópidas y Epaminondas (171). — La batalla de Leuctra (172). — Apogeo y ocaso de la supremacía tebana (173). — Grecia después de Mantinea. Destrucción de ciudades. El debilitamiento griego (174). — Las persecuciones políticas. Cuadro social, político y económico de Grecia (174). — Los mercenarios (175). — Los cambios económicos y sociales (175) 163

CAPÍTULO XV M A C E D O N I A

Generalidades (177). — Felipe II; su política (178). — Las primeras victorias de Filipo (179). — Filipo y los griegos (180). — La batalla de Querona (181). — Alejandro; sus conquistas (182). — La batalla del Gránico y la conquista del Asia Menor (183). — La batalla de Issos y la conquista de Siria y Egipto (184). — La batalla de Arbela y la conquista de Mesopotamia y de las capitales del imperio (184). — La conquista del Irán y del Afganistán (186).

— La campaña de la India y el regreso a Babilonia (187). — Organización política del imperio de Alejandro. Las colonias (187). La economía (189). — La muerte de Alejandro (190) 177

CAPÍTULO XVI LA ÉPOCA HELENÍSTICA

Generalidades (191). — El desmembramiento del imperio de Alejandro (191). — El reino de los Lágidas (193). — El reino de Siria (193). — El reino de Macedonia (194). — Grecia. La liga etolia y la liga aquea (194). — Esparta: Agis y Cleomenes (195). — Conquistador de Grecia por los romanos (196) 191

CAPÍTULO XVII LA CIVILIZACIÓN HELENÍSTICA

El cosmopolitismo helénico (197). — Las grandes ciudades helenísticas: Alejandría, Antioquía y Pérgamo. La cultura alejandrina: artes y letras (179). — Las ciencias (203). — Conclusión (205) .. 197

Los mapas de su texto...

por buenos que sean no pueden tener la nitidez, precisión, claridad, y riqueza de datos que a veces usted necesita.

Además están en el libro y usted debe saltar hojas para tener a medias el mapa mientras lee a medias la explicación.

Tenga bien abierto el ATLAS mientras estudia en su texto.

Hay muchos Atlas, pero el que detallamos a continuación, impreso a todo color, en formato 26 x 36 cm, ha sido especialmente hecho para ser usado por los estudiantes de primer año.

ATLAS "COPÉRNICO"

General y de Asia y África; físico, político y económico.

CONTIENE LOS 19 MAPAS SIGUIENTES: 1. *Geografía astronómica*: Mapa del cielo (Hemisferio Sur) - Paralelos - Meridianos - El día y la noche - La radiación solar - Pruebas de la esfericidad de la tierra - Esquema del sistema solar - Zonas climáticas astronómicas - Altura del Sol según las estaciones - El esferoide-geoide - Latitud y longitud geográficas - Tamaño comparado de los planetas. — 2. *Geografía astronómica*: La eclíptica: sus elementos - Elementos de la Esfera Celeste - Revolución de la Tierra y Estaciones - Líneas y círculos de la Tierra (Eje, Meridiano) - Husos horarios - Líneas y círculos de la Tierra (Polos, Trópicos y Ecuador) - Estructura de la Tierra - Eclipses de Sol y Luna - Fases de la Luna (desde el Hemisferio Sur). — 3. *Mapa Mundi* (Hemisferio oriental y occidental). — 4. *Planisferio*: físico. — 5. *Regiones árticas y antárticas*. — 6. *Planisferio*: Isotermas, Isobaras y vientos de enero y julio. — 7. *Planisferio*: lluvias de enero y julio - Tipos de clima - Vegetación y corrientes. — 8. *Planisferio*: Productos vegetales y animales. — 9. *Planisferio*: Productos minerales e industriales - Comercio y densidad de población. — 10. *Planisferio*: Político y de las comunicaciones. — 11. *Planisferio*: Las razas - Las religiones - Los idiomas - Los imperios coloniales. — 12. *Asia*: físico. — 13. *Asia*: Lluvias, isotermas e isobaras de enero, julio y anuales - Climas y corrientes marinas. — 14. *Asia*: Vegetación - Población, comercio y comunicaciones - Productos vegetales y animales - Productos minerales e industriales. — 15. *Asia*: político. — 16. *África*: físico. — 17. *África*: Lluvias, isotermas e isobaras de enero, julio y anuales - Climas y corrientes marinas. — 18. *África*: Vegetación - Población, comercio y comunicaciones - Productos vegetales y animales - Productos minerales e industriales. — 19. *África*: político.

Un tomo lujosamente encuadernado, con los 19 mapas citados y un *Índice de nombres geográficos* que comprende aproximadamente 1.000 nombres.

Precio \$ 4.70
Gastos de envío \$ 0.45

La EDITORIAL KAPELUSZ Y CIA.
dió término a esta obra el 4 de
enero de 1947, en la imprenta
Línari y Cia., Soc. de Resp. Ltda.,
265 Varela 279 — Buenos Aires.